

A blue-tinted photograph of a street scene. In the foreground, a tram is partially visible on the right. In the background, a tall, ornate monument with an eagle on top stands prominently. The street is filled with people and buildings, creating a sense of a busy urban environment.

Attila Bartis
La calma

TRADUCCIÓN DE ADAN KOVACSICS

Lectulandia

En una sórdida Budapest, en las postrimerías de la época comunista, un joven escritor se ve inmerso en la brutalidad de la dominación y el encierro a que le somete su madre, una actriz otrora célebre quebrada hoy por la soledad y la locura. Novela brutal, en la que los gestos y las palabras toman dimensiones paroxísticas y en el que la violencia parece ser un camino de purificación, se nos muestra como una confesión de seres solitarios y perversos, a medio camino entre la locura más desenfrenada y la tendencia a la normalidad. Brutal y sin concesiones, *La calma* ha sido considerada por muchos como la mejor obra húngara publicada en el año 2001, que nos presenta una voz prometedora de la nueva narrativa europea.

Lectulandia

Attila Bartis

La calma

ePub r1.0

Titivillus 26.10.16

Título original: *A Nyugalom*
Attila Bartis, 2001
Traducción: Adan Kovacsics

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El entierro se celebró el sábado a las once de la mañana, aunque habría preferido esperar unos días, por ver si llegaba Eszter. Sin embargo, por nada en el mundo estaban dispuestos a prolongar la congelación del cadáver. La mujer de la administración se remitió a un nuevo reglamento y me preguntó por qué no la incineraba, que era más práctico y mucho más barato, así podría elegir el momento más adecuado para toda la familia, a lo cual le respondí que yo no incineraba a mi madre, que fuera el sábado, pues, y me dispuse a pagar de antemano los tres días de depósito, tras lo cual empezó a preparar la factura y apuntó en el libro de los transportistas las siguientes palabras: setecientos cuatro —con ataúd—sábado—cementerio de Kerepes. Acto seguido me puso un papel delante y me acercó un bolígrafo señalándome el lugar preciso para estampar la firma.

Por cierto, cuando la mujer de aquel despacho me recomendó la incineración, vacilé un instante, pues recordé las histéricas demostraciones gimnásticas de mi madre... Mira, así se levantan todos ellos, decía agarrándose al respaldo de la silla Tonet para mostrarme cómo se incorporaban los muertos en el horno, pues los había visto hacía unos meses en un programa divulgativo sobre el tema; desde entonces no cesaba de volver todas las mañanas sobre el asunto, y yo le decía, tranquila, mamá, que no la voy a incinerar y tenga usted cuidado, no derrame el té, pero al cabo de unos días volvía a la carga, que la incineración era algo impío, insistía, y yo sabía que le daba miedo que los incinerados no resucitaran, hecho que en el fondo le gustaba porque en su maldita vida había tenido nada que ver con Dios. Al final, me exigió que jurara que no la mandaría al crematorio, me prohibió que la incinerara, a lo cual le respondí que no hacía falta jurar ni nada, que como por fortuna aún podía andar acudiera al notario y que allí le darían un formulario para refrendar su voluntad de no ser incinerada. Entonces dejó de insistir, pues llevaba quince años aterrada ante la posibilidad de salir a la calle.

Por un momento la imaginé levantándose, sin agarrarse ya a la silla Tonet, pero luego pensé en Eszter, deseoso de que regresara, de que viera el cuerpo rígido, las uñas mordisqueadas hasta la última noche en aquellos dedos nudosos adornados con los siete anillos conmemorativos, desde el anillo de la Julieta de la temporada, pasando por el de los amigos de la poesía, hasta el del Festival de Moscú, todos los cuales habían perdido el baño de oro y habían teñido de verde o negro la parte proximal de los dedos, dependiendo de si eran de cobre o de aluminio. Quería que viera su pelo pajizo, pegajoso por la laca, en el que el tinte se esparcía de forma cada vez menos uniforme año tras año y dejaba traslucir el color ceniza del cuero cabelludo, que viera los pechos otra vez tersos por el *rigor mortis*, aquellos que en su día había untado con sal después de amamantarme durante no más de mes y medio para que no se le

dilatara los pezones, pero deseaba sobre todo que viese esa mirada que no se distinguía en nada de la que tenía cuando aún vivía, y cuyo resplandor azulado iluminaría a partir del sábado una tumba que llevaba quince años esperándola vacía, puesto que no hubo manera de cerrarle los ojos.

No hizo falta enviar una esquila mortuoria, ya que se había quedado sin amigos hacía tres lustros, pero, además, yo no quería que nadie, salvo Eszter, acudiera al cementerio de Kerepes. Por otra parte, odiaba las esquelas mortuorias; había unas treinta en el cajón de mi madre. Como habían olvidado borrar su nombre de algunos listados, el cartero trajo hace dos años, por ejemplo, una que ella luego leyó durante varios días: pobrecito Winkler, y mira que era un Arpagón de lo más sutil. Qué vida más horrenda, hasta a un actor tan extraordinario como él le toca, ¿no habrá una excepción? Espantoso. Simplemente espantoso. Y no te olvides, hijo mío, de que hoy le toca a Winkler y mañana a ti. En esto no hay escapatoria.

A veces las sacaba del cajón y las ponía sobre el escritorio, una al lado de otra, como si hiciese un solitario. Grasientas de tanto toquetearlas, como las cartas de las gitanas, revelaban con mayor precisión que éstas, sin embargo, el momento de la muerte, así como si se produciría de forma trágica y repentina o después de una larga y dolorosa enfermedad. Se pasaba horas clasificando aquellas hojas ribeteadas de negro, según la fecha del fallecimiento, según la edad de los finados o según la religión de cada uno, mientras tomaba té de menta.

Los protestantes viven seis años y seis meses menos que nosotros por término medio. No es casual, afirmaba. Una cosa así no puede ser casual, hijo mío.

Pues tiene usted toda la razón, madre, pero ahora he de trabajar, respondía yo, y regresaba a mi cuarto, mientras ella volvía a calcular quiénes vivían más tiempo.

El domingo anterior había ido a dar una lectura fuera de la ciudad. Aceptaba las invitaciones no tanto por el dinero, sino más bien por un deseo irrefrenable de respirar. Hice la compra, preparé una comida caliente, le cerré la puerta y, mientras daba una segunda vuelta a la llave, ya oí que preguntaba ¿cuándo vuelves?

Cuanto antes, madre, mañana por la noche a más tardar, tiene el caldo en la nevera, no se olvide de calentarlo, y apague el televisor cuando se vaya a dormir, insistí mientras me dirigía a la puerta cerrada con una doble cerradura de seguridad, a la que ella ponía luego una doble cadena, no sin razón según ella, porque desde su punto de vista había razón suficiente para contar, además, con un extintor de incendios, diversos productos desinfectantes y una caja fuerte marca Wertheim, como también había razón suficiente para que, durante semanas, me obligara a abrir su correspondencia puesto que había visto por televisión lo que había quedado de un primer ministro o un alcalde después de abrir una carta.

Jirones, hijo mío... Mostraron los jirones en torno al escritorio, dijo, y entró precipitadamente en el retrete, como si, de hecho, sólo me encargara abrir los sobres para poder ir a mear. Una noche, claro, llamó a mi puerta, se detuvo en el umbral, pues nunca entraba cuando yo me encontraba en casa, y empezó diciendo: me quieres matar con este humo de tabaco, y yo le respondí: ahora mismo ventilo, madre, pero ella siguió en la puerta.

¿Qué le pasa?, madre, pregunté.

Lo sabes perfectamente. No leas mis cartas. Es mi vida, mi propia vida, con la que no tienes nada que ver, ¿entendido? Yo le contesté que muy bien, que a partir de ese momento no las volvería a abrir, pero ahora acuéstese, que son las tres de la madrugada, y en los últimos meses ya no volví a escribirle cartas.

Fui a pie hasta la estación, situada a no más de treinta minutos andando tranquilamente, porque necesitaba ese paseo. Siempre daba un paseo antes de ir hacia cualquier lugar, aunque fuera a la tienda, daba una vuelta a la manzana o por los jardines del Museo con el fin de prepararme para pronunciar frases que no acabaran con la palabra *madre*. De hecho, no era exactamente así. No sólo tenía que prepararme para otro tipo de frases, sino también para otro tipo de movimientos, otro tipo de respiración. Esos primeros minutos siempre se me antojaban como una tierra de nadie, pues las estaciones del año llevaban una década y media alternándose entre un cuándovienes y un dóndehasestado, así el Danubio se desbordara y un imperio vergonzoso se deshiciera en pedazos. Todo ocurría entre un cuándovienes y un dóndehasestado: mientras, los corredores de Bolsa fundaban religiones, los contables transcribían las apariciones de san Juan, los tornados recibían nombres de cantantes y los terremotos nombres de políticos, quince premios Nobel de la Paz encontraban a sus dueños y el mismo número de ancianas lograba escapar en barca de la última isla de leproso habida en el mundo. Entre un solo cuándovienes y un solo dóndehasestado se aprobaron tres leyes sociales, aparecieron trescientos satélites, se declararon extinguidas tres lenguas asiáticas e hicieron desaparecer a tres mil presos políticos en Chile aprovechando el derrumbamiento de un pozo minero. Entre un cuándovienes y un dóndehasestado se arruinó la tienda más cercana que estaba abierta día y noche, tuvo tiempo el falso cobrador para recorrer todo el barrio, se quedó ciego el viejo cartero por beber vodka metílico de contrabando y saltaron como un géiser las aguas residuales de la tubería principal. Entre estas mismas dos preguntas, el conserje sacó a patadas el embrión del vientre de su hija, pues Emóke, de catorce años de edad, le confesó que amaba al señor profesor de gimnasia y no quería abortar; así, su padre le pateó el vientre por primera vez cuando mi madre me preguntó cuándovienes, y en el momento en que regresé de casa de Eszter y mentí diciendo que había ido a un concierto, Emóke ya había superado la primera intervención quirúrgica.

Habiendo aceptado ofrecer la lectura, estaba dispuesto a aguantarla con todas sus consecuencias, ya que iba por voluntad propia. Así pues, si se me planteaban preguntas, las respondería, pues al fin y al cabo a uno lo invitan a una biblioteca de pueblo con el fin de poder formularle algunas preguntas: ¿por qué escribe?, ¿en qué está trabajando últimamente?, ¿está satisfecho con los resultados obtenidos hasta ahora o esperaba usted más? Por consiguiente, apunté algunas respuestas prefabricadas en un papelito para no tener que estrujarme el cerebro in situ, pues soy bastante lento y mis respuestas improvisadas suelen resultar bastante torpes. En una ocasión a punto estuvo de caérseme la cara de vergüenza: acepté participar en una mesa redonda en directo por televisión, donde la presentadora interrogaba a tres escritores, y me tocó el turno y tuve que responder a la pregunta de por qué escribía, y sólo atiné a pensar que mi madre estaría sentada en casa, bebiendo su té de menta ante el televisor y me preguntaría dónde has estado hijomío cuando regresara. Así pues, afirmé en aquel programa en directo que escribir es el suicidio de los cobardes, pero me di cuenta en el acto de que no debería haber respondido así, y la presentadora se abalanzó sobre mí de inmediato señalando que ella podría enumerar a la primera a un buen puñado de escritores que prefirieron suicidarse recurriendo a la soga o al tren de carga, y a partir de ese momento ya sólo conversó con los otros dos autores, los cuales daban respuestas sin duda más ponderadas, mientras yo permanecía treinta minutos mudo bajo los focos, como en el banquillo de los acusados, todo por culpa de una frase malograda. Cuando volví a casa, mi madre me preguntó dónde has estado hijomío, me dejaste sola la mitad del día y el televisor no funciona, y yo sabía que el televisor estaba en perfecto estado y que ella había cambiado simplemente de canal después del programa para hacerme creer que no había visto nada.

Con el tiempo me acostumbré, pues, a tener siempre las respuestas preparadas para tales ocasiones, y luego hasta pedía por escrito las preguntas a los periodistas y dedicaba dos o tres noches a encontrar alguna réplica aceptable a las cuestiones que despertaban la curiosidad de los lectores de suplementos literarios y revistas de señoras. Las respuestas no agotaban el tema, en absoluto; de hecho, se apartaban más de la verdad que un confuso no lo sé o un yamegustaría saberlo, pero al menos resultaban ingeniosas y comprensibles y no me obligaban a avergonzarme, de modo que, en un palabra, decidí tratar de responder a las expectativas puestas en mí, plenamente justificadas, por cierto. Y si después de la lectura me invitaban a col rellena y aguardiente, me dejaría llevar y tomaría el aguardiente sin simular un malestar, como había hecho medio año antes cuando, deseoso de eludir la cena con el alcalde y su séquito, logré fingir tan perfectamente que, después de un buen rato en la taberna situada al lado de la estación, aún me sentía mal.

En aquella ocasión, el guardavía me llevó a su casa, donde pasé la noche, y mientras el marido salía a realizar el cambio de agujas, la esposa cambiaba la compresa sobre mi frente.

—Éste es el expreso de medianoche —dijo, y me puso encima el paño empapado que parecía recién salido de un pozo.

—Éste es el tren ómnibus de la una y veinte —dijo, y volvió a sumergir el paño en el cubo.

Cuando pasó el tren de carga de las tres y quince, le grité tienes las tetas saladas, cabrona, a lo cual la mujer rompió a llorar y suplicó a su marido que cogiera la bicicleta y fuera a buscar a un médico, pero el hombre la tranquilizó, que no hacía falta, dijo, que era una cuestión que sólo me atañía a mí y a la persona a la cual iban dirigidos aquellos gritos.

Me desperté con el retumbo del tren de las diezycuarentaycinco. Me encontraba perfectamente. El guardavía dormitaba en una silla, con la cabeza apoyada en el alféizar cubierto de geranios, el gorro de ferroviario le protegía la nuca de los rayos del sol. Y la mujer me acercó unos huevos revueltos con cebolla y una taza de té, se sentó a la otra punta de la mesa a desvainar judías o guisantes y se quedó mirando sin decir palabra mientras yo comía. Durante unos minutos no se oyó nada salvo los ronquidos del guardavía, los golpes de las semillas de las judías o guisantes que caían en la palangana, así como mis cubiertos que chocaban con el plato, como si estos tres sonidos llenaran el universo desde el principio de los tiempos. Y el tenedor siempre golpeaba el plato de cerámica en el preciso momento en que una vaina volvía a abrirse en las manos de la mujer, y así seguimos los tres tocando la música del cosmos hasta que sonó el timbre de las agujas, o se acabó mi tortilla, o se llenó de judías la jofaina, que ya no lo recuerdo y, además, da igual.

—¿Tiene cigarrillos? —preguntó la mujer.

—Compraré en el vagón restaurante —respondí.

—No hay vagón restaurante —dijo, y sacó tres cigarrillos marca Symphonia del bolsillo de su marido.

—Gracias —dije.

—Llévese esto también —añadió, y llenó de Nescafé una botella de Olimpos.

—Gracias —dije, y el tren ómnibus de las doceydiez me trajo de vuelta a Budapest, aunque por un momento llegué a pensar que no lo haría nunca. Que los Ferrocarriles Estatales Húngaros sin duda tendrían otra casita de servicio con habitación y cocina y otro jardincito de servicio en algún ramal secundario.

Cuando regresé a casa, mi madre se negó a saludarme, pues llegaba con medio día de retraso. Sentada ante la pantalla del televisor, revolvió con gran estrépito su té de menta y tomó sus gotas de valeriana, luego se arregló la bata de seda ante el espejo que había robado de su antiguo vestuario, jugueteó un rato con las dos cadenas de seguridad en el recibidor y sólo después se plantó ante mi puerta cerrada. Escuché un buen rato su respiración jadeante, percibí su sudor con olor a almendra, y como sabía

que se preparaba para soltar un discurso, dejé la pluma y preparé mi respuesta, pues así solíamos proceder siempre, hasta que por fin llamó.

Dónde has estado hijomío, preguntó, aunque sabía perfectamente dónde había estado.

Leyendo en un pueblo, madre.

Te prohíbo que leas en público ese montón de basura.

¿Cómo que basura, madre?

Tú lo sabes. No quiero que sigas escribiendo necrológicas sobre mí.

Son relatos, madre.

Lo que escribes es repugnante. Basura. Basura infame. Productos de tu imaginación perversa.

Es posible, madre. Tal vez tenga usted razón, pero ahora acuéstese, que ya han pasado las tres de la madrugada, dije, y desde su punto de vista realmente tenía razón, pues incluso gran parte de mis conocidos la creía muerta desde hacía años. La enredadera de las críticas elogiosas cubrió el monumento levantado en su honor, las pálidas amantes de una sola noche preguntaron por ella, y yo, en vez de responderles, me vestía y preguntaba dónde podía encontrar la estación de autobús más cercana, porque no tenía ningún sentido contarles entre coito y coito que mi madre se encontraba bien, gracias, pero llevaba años sin salir siquiera a la galería.

Ida sólo, dije a la taquillera de la estación Este, porque quería darme un billete de ida y vuelta, y yo nunca compraba ida y vuelta. Para colmo, eché un vistazo al horario y descubrí que tenía que hacer trasbordo en plena gran llanura húngara, de modo que por un instante se me pasó por la cabeza la posibilidad de llamar por teléfono o enviar un telegrama para cancelar la lectura aduciendo una repentina enfermedad, puesto que cuarenta minutos de espera en la llanura equivalían, para mí, a cuarenta días. El desierto de piedra más yermo me resultaba más tolerable que la llamada dispensa de Europa. De hecho, odio, sin motivo alguno, los ondulantes campos de trigo. No sé por qué, pero la cosa se ha dado así. Unos abominan de las montañas, otros del mar, y yo de la *puszta*, eso es todo. Descubrí, pues, que tenía que hacer trasbordo, y me entraron ganas de dar media vuelta, pero entonces recordé el vergonzoso griterío de la noche anterior, o sea, que pedí a la mujer que me diera el billete y me tranquilicé diciéndome que esos cuarenta minutos de espera me vendrían bien, puesto que dispondría de tiempo para echar un vistazo al texto que leería esa noche. Después me acordé de que Judit había partido de ese mismo andén a Belgrado y que un día de éstos se habían cumplido quince años de aquel viaje. Por tanto, llevaba exactamente quince años trayendo a mi madre las vitaminas y la valeriana de la farmacia y los lápices de labios de la perfumería, así como el esmalte para las uñas y el tinte para el cabello, y ella, quince años sentada a la luz gris del televisor o de pie ante las manchas opacas del espejo. Visto de este modo, llevaba quince años muerta. Un

simple cadáver, al que le quitaban el olor con una tisana de menta y le untaban la piel con crema hidratante para darle color humano. Un cadáver que jugaba al solitario con esquelas ya obsoletas. Un cadáver que llevaba quince años coleccionando revistas de televisión y de novedades científicas y farmacéuticas. Guardaba esas porquerías de periódicos en el trastero, junto con unos frascos que talvez sirvan para algo y unas cajas de bombones qué bonitasson y medapenatirlas. Así vivía ella: juntando trastos y carteándose con mi hermana mayor, sin intuir que, de hecho, se carteaba conmigo. Que ni los expertos eran capaces de distinguir la letra de mi mano izquierda de la escritura afilada e implacable de la mano derecha de mi hermana. Las cartas llegaban desde Amberes, Bombay o Nueva York enviadas por mis amigos, a los que les mentía afirmando que coleccionaba sobres con sellos extranjeros.

Hace quince años llegó la última tarjeta postal enviada de verdad por mi hermana Judit: Estimada madre, si quiere verme, pido que no le cierren los ojos cuando llegue el momento... La escribió desde Caracas, y a partir de entonces sólo llegaron las transferencias bancarias de un banco de Zúrich el día siete de cada mes, con la puntualidad de un reloj suizo y la discreción del secreto bancario también suizo, puesto que hasta la madre más infame merecía quinientos francos mensuales. A partir de Caracas, pues, yo escribía las cartas con la mano izquierda y procuraba que no perdonaran ni pidieran cuentas, sino que se limitaran a ser las señales de vida de una hija enterrada viva a una madre enterrada viva. Estimada madre, este mes tengo tres recitales en Estocolmo, ya le escribiré para Navidad, saludos a mi hermanito y, por supuesto, también a usted, escribía mi mano izquierda, aprovechando que alguien viajaba a Estocolmo al día siguiente, al tiempo que mi mano derecha desmenuzaba la colilla en el cenicero.

Unas semanas después del infame entierro de mi hermana resultaba evidente que no era la migraña la causa de que mi madre no saliera de casa. Ya no saldría nunca más. A partir de entonces viviría en una cripta de ochenta y dos metros cuadrados orientada hacia el norte y equipada con decorados robados de diversos teatros, donde el sillón pertenecía a Lady Macbeth, la cama a Laura Lenbach y la cómoda a Ana Karenina. Donde incluso el asiento del váter provenía de un estreno malogrado y la borla dorada del cordel del telón de acero colgaba de la cadena del váter. Pensé entonces que unas cuantas cartas le vendrían bien, pero no conté con que mi madre las contestara. Que empezara a cartearse con su hija declarada muerta y enterrada de manera infame. Ni se me pasó por la cabeza. Carecía de toda lógica, y por aquellas fechas aún tenía a la lógica por un perro lazarillo o, más bien, por un silla de ruedas en perfecto estado que nunca te dejaba en la estacada. Habría declarado bajo juramento que la lógica guiaba nuestros actos y habría dibujado la cadena de causa-

efecto de nuestras vidas: qué siguió a qué frase, qué precedió a qué gesto, pues creía en todo ello a pies juntillas. Dibujaba mis esbozos y escribía mis apuntes, teniendo en cuenta todos los detalles desde la emigración de mi hermana hasta la tarjeta postal de Caracas. Desde la noche en que a sus diecinueve años abandonó el hotel de Belgrado con su violín de concierto, hasta que mi madre la declaró muerta y organizó el entierro de su hija en el extremo más alejado del cementerio de Kerepes, entre tumbas infantiles cubiertas de enredaderas.

Después llegó el momento en que ya no fui capaz de describir mi actuación en la catedral de Colonia, no porque no actuara en la catedral de Colonia, sino porque a la tercera o cuarta misiva mi madre empezó a responder a Judit.

Haz el favor de llevarme esto a Correos, hijo mío.

Por supuesto, madre, allí voy precisamente, dije, y se me heló la sangre en las venas, o sea, que a partir de esa fecha se fueron acumulando, sin abrir, las respuestas en el cajón de mi escritorio, ya que no tenía ningún sentido llevar a la oficina de Correos los sobres remitidos a hoteles o salas de concierto inexistentes. Sabía que no debía leer esas cartas, pues quizá contenían algo que yo no podría pasar por alto sin contestarle a mi madre, y entonces se descubriría que en vez de cartearse con su hija enterrada en vida llevaba meses manteniendo correspondencia conmigo.

Un día, camino de la tienda, tiré a la basura los sobres remitidos a París, Venecia y El Cairo. Me encontraba ya en la esquina cuando escuché el traqueteo del camión de la basura procedente de más allá de los jardines del Museo y volví corriendo para sacar las cartas del cubo.

—¡Espere! —grité al hombre vestido con una capelina fosforescente, dispuesto a encajar el cubo en el brazo hidráulico. No mostró sorpresa alguna, probablemente porque ocurría a menudo que alguien quisiera sacar de las fauces del camión aquello que acababa de arrojar hacía unos minutos.

—¿Está todo? —preguntó cuando conseguí sacar los sobres embadurnados por la borra del café.

—Sí, todo —respondí, y entonces tomé conciencia de que no sólo no era capaz de leer las cartas de mi madre, sino tampoco de arrojarlas a la basura, y me di cuenta de que tenía que dejarlo, que todo esto no tenía ningún sentido: por mucho que Judit escribiera todos los meses, mi madre ni siquiera abriría las persianas.

Al cabo de unos días, alguien viajó a Colonia, y yo no pude escribir estimada madre, mañana doy un recital en la catedral de Colonia, es decir, ya por aquellas fechas me disponía a dar por terminada esa miserable mentira, pero una noche irrumpió en mi cuarto con el pelo revuelto y los labios mordisqueados, gritándome que no me atreviera a retener su correspondencia. Exigió que le entregara en el acto las cartas de su hija y yo le dije tranquila, madre, que Judit está ofreciendo un concierto en Sydney o Nueva Caledonia, seguro, y las cartas desde allí tardan más. Al

cabo de diez días, mi hermana escribía desde Estambul, puesto que los Pintér, del entresuelo segunda, últimamente preferían Estambul a Varsovia para ir a buscar los abrigos de cuero.

Desde luego, habría sido más conveniente dejarlo todo y no pedir a los Pintér un miserable abrigo de cuero, para así solicitarles el favor de enviar una carta, pero no pude. De hecho, estaba agradecido a mi madre por exigirme las misivas de Judit. Al final aguardaba las cartas como ella, porque nos acostumbremos a que yo abría el sobre y luego leíamos juntos esas escasas líneas en la cocina.

Estimada madre, esta semana ofreceré tres conciertos en Tel Aviv y de allí me iré para Damasco, saludos a mi hermano, escribía Judit, pues yo no tenía ni idea de que esos pobres sólo habían acordado un alto el fuego, es decir, que, en el fondo, la guerra continuaba. O sea, los turistas tenían que elegir: o Siria o Israel. Los Brenner se enteraron en el consulado sirio, de donde el cónsul los echó con cajas destempladas al ver el visado israelí en sus pasaportes. Pero como las dos cartas ya obraban en su poder, pensaron que así al menos yo tendría dos sellos judíos y enviaron la carta damasquina de Judit desde Haifa; mi madre, poco informada sobre las diferencias entre la escritura árabe y judía, por fortuna no se dio cuenta. No se percató de nada y sacó el mapamundi que yo le había regalado. Le ayudé a buscar Damasco, y ella, a su vez, trazó con rotulador negro una equis sobre la ciudad, de tal modo que el mapa ya estaba tan lleno de fechas y crucecitas que parecía un juego de mesa, un Monopoly, sólo que aquí no se jugaba con viviendas prefabricadas, sino con salas de concierto y hoteles de lujo, no con trenes de cercanías, sino con Lufthansa y KLM, no con dados, sino esperando al cartero. Así recorría mi hermana el mundo, por un mapa extendido sobre la mesa de la cocina, como una muñeca de plástico inyectado que mi madre hacía andar, pero cuyo rumbo yo marcaba. Durante años abrigué el plan de ponerle una equis a Budapest y dar así por concluido el juego, que habría sido lo lógico, pero me equivoqué en este caso como en tantos otros.

Me senté en la sala de espera de Karcag. A decir verdad, me gustan las flores artificiales atadas a los tubos de los radiadores y las tiras matamoscas que cuelgan de las lámparas de neón, el reloj grande como un lavabo que da la hora exacta, el olor a bocadillos de foie gras, a aguardientes caseros y a sudor que las señoras de la limpieza no logran expulsar de estos caserones ni a fuerza de usar ambientadores con fragancia de manzana verde. Una joven mujer de pueblo estaba sentada en la otra punta de la sala, y me quedé observándola un rato. Entre sus piernas abiertas, unos polluelos chillaban en un bolso de plástico de estridente color amarillo; tenía en brazos un bebé, al que reconvenía en vano, pues el retoño no cesaba de llorar. Al final consiguió lo que quería: la madre liberó un pecho de debajo de la blusa, y el bebé se

le aferró como una sanguijuela. Aquellas chupadas voraces no tenían nada de la mal llamada inocencia infantil, pero tan pronto como empezó a tragar la leche materna, también callaron los polluelos en el bolso de viaje.

Luego apareció un magnífico camión y se detuvo ante la entrada. El chófer paró el motor, esperó a que los quince hombres saltaran de la plataforma, apretó el acelerador y se marchó. Ni saludos con la mano, ni deseos de buen viaje, era como si un conductor robotizado condujera el vehículo. Los hombres entraron en la sala de espera y se sentaron uno al lado de otro. Llevaban todos la misma camiseta sin mangas y los mismos pantalones, hasta el punto que parecían reclutas. Sin embargo, difícilmente podía tratarse de defensores de la patria húngara, puesto que a todas luces no sabían ni decir buenos días. Por mi parte, no veo nada escandaloso en el hecho de que nuestras características raciales se nos instalen en la cara como viejas chismosas ante un portal. Que a veces se sepa a la primera qué ha almorzado cada cual: si espaguetis o sopa de *gulas*. Junto al caos de Babel, esta especificidad es uno de los pocos inventos de Dios que me gustan. Vamos, que a los quince hombres también se les había instalado en la cara su característica racial, la de no ser húngaros. Sin decir palabra, contemplaban las vías con ojos acuosos, a través del cortinaje manchado por las moscas. Todos llevaban la misma bolsa de plástico, con el mismo bocadillo en su interior y el mismo pasaporte, y cuando el bebé volvió a llorar, los quince se estremecieron de la misma manera, aunque evidentemente hasta el más enjuto era capaz de levantar dos sacos de cemento sobre los hombros.

Entró entonces un funcionario de ferrocarriles y les pidió los billetes, añadiendo que la sala de espera sólo podía ser utilizada por quienes estuvieran en posesión de títulos de viaje válidos, pero los hombres no lo entendieron.

—*Bileta*. Si no *bileta*, para fuera. Que allí luce el sol —dijo el ferroviario, señalando el exterior.

—*Oradea* —señaló uno de ellos, a lo cual los quince introdujeron al mismo tiempo la mano en las bolsas de plástico y extrajeron al mismo tiempo los billetes.

—Eso aquí se llama Nagyvárád, me cago en el coño de vuestras madres —dijo el ferroviario con una sonrisa, mientras asentía con la cabeza, dando a entender que, ya que había billetes, todo estaba en regla.

—¿Esto a qué viene? —pregunté, aunque tenía ganas de aplastarle la cara contra la pared hasta que cayera el revoque y se vieran los ladrillos, pero lo cierto es que con los años aprendemos a confundir nuestra cobardía con un talante pacífico.

—Si no entienden, hombre —dijo mientras no paraba de sonreír.

—Pues yo sí —le aclaré.

—Oiga, que nadie le ha pedido su billete —replicó y se marchó, al tiempo que yo me tranquilizaba pensando que ya describiría la escena en un futuro, porque cuando no nos atrevemos a golpear, tendemos a considerar la escritura una especie de látigo o vergajo.

Al cabo de unos minutos, llegó el tren internacional procedente de Budapest, y los

hombres se subieron. No en un vagón, sino en varios, dos en el primero, cinco en el último, sin orden ni concierto, porque quince trabajadores sin papeles juntos habría sido demasiado descarado, habría sacado de quicio hasta al aduanero más tolerante, y entonces no habrían podido volver de Nagyvárád a la *puszta* con el Korona Express de la noche y el nuevo visado de turistas válido por un mes. Entonces habrían sido expulsados por dos años de la despensa de Europa, y en vez del trabajo temporal de principios de otoño sólo les quedaría el golpe de calor allá en Baragan; en vez de los cincuenta florines y las dos comidas calientes al día sólo tendrían las gachas frías de ayer como característica racial.

Aún faltaban unos veinte minutos para el trasbordo, de modo que saqué el manuscrito para limpiarlo y quitarle el líquido amniótico, pero no había mucho que hacer, una que otra coma, algún cambio sintáctico, y poca cosa más. De hecho, era una historia sencilla sobre un párroco rural llamado Albert Mohos que llevaba años ejerciendo de forma sumamente respetable, hasta que un buen día, en la misa de Viernes Santo, exterminó a sus feligreses introduciendo un matarratas en la hostia consagrada.

Normalmente, mientras el anfitrión —por lo general, un profesor de húngaro, un bibliotecario o un director del área de cultura— me presenta con unas palabras, echo un vistazo al público para elegir a la persona a la que luego leeré, a cuyos ojos miraré y que no me planteará preguntas. Es decir, a una persona que luego no aplaudirá, por considerar que no es asunto suyo. Lo mismo ocurrió esta vez. Tan pronto como nos sentamos en la tarima, elegí a una mujer de unos cuarenta años sentada en un extremo de la tercera fila; sin embargo, al cabo de dos o tres frases percibí que la turbaba el hecho de que me dirigiera a ella, y a la mitad del relato incluso se levantó y abandonó la sala. Ni siquiera procuró evitar que su asiento plegable se cerrara con estrépito. A partir de ese instante me quedé sentado en la tarima como si me hallara en un juicio, pero acabé el relato, traté de responder correctamente a las preguntas, que por qué escribía, que cuáles eran mis proyectos, que si estaba satisfecho con los resultados obtenidos hasta ahora o si esperaba más. Como no recordaba exactamente las respuestas preparadas, tuve que beberme toda la jarra de agua para ganar tiempo. Por fortuna, en estos lugares siempre hay una jarra de agua en la mesa. Luego un señor mayor me preguntó por qué había elegido precisamente a un cura como protagonista del relato, si estaba enfadado con la Iglesia, y si lo estaba, por qué, puesto que, en su opinión, la institución eclesiástica desempeñaba un importante papel en el mundo de hoy, tan alienado. Así pues, me vi obligado a beber otro vaso de agua, ya que no estaba en absoluto preparado para esta pregunta. Ni se me había pasado por la cabeza que un señor párroco llamado Albert Mohos tuviera algo que ver con la Iglesia.

No estoy enfadado con la Iglesia, dije. Ni yo mismo sé por qué elegí precisamente

a un cura como protagonista de mi narración, dije. Tal vez, añadí, porque la historia no tendría ningún sentido con un secretario del Partido. De un secretario del Partido no se puede esperar que envenene a sus compañeros en una reunión de la dirección, señalé, pero entonces el bibliotecario acudió, por fortuna, en mi ayuda.

La historia es, de hecho, simbólica, tío Anti, pero está escrita con gran realismo, aclaró, me agradeció rápidamente que aceptara la invitación y me deseó mucho trabajo y mucho éxito en el futuro.

Después de la lectura se me acercó el párroco del lugar, una especie de cura castrense de unos cincuenta años, de esos que van de trinchera en trinchera en situaciones de emergencia como si sólo tronara el cielo y a los que, gracias a la infinita benevolencia del Señor, los disparos sólo alcanzan cuando han finalizado su trabajo.

—Tengo un vino de misa bastante bueno, si es que se atreve a probarlo —dijo cogiéndome del brazo, de modo que encontré una buena excusa para declinar la invitación del director de la escuela, al que la comisión de cultura seguramente había encargado cenar conmigo como si de una misión cultural se tratase y que se sintió a ojos vistas aliviado, pues ya no estaba obligado a informar a un extraño sobre las dificultades del proyecto educativo y su, a pesar de todo, ejemplar escuela, sobre los certámenes de declamación que se organizaban cada año, los viajes de estudios y el grupo de danza folklórica que celebraba su aniversario y que había obtenido grandes éxitos en el condado. Porque, además, no tenía que preguntar por los problemas a la hora de publicar un libro, pues bastantes problemas tenía él con la vaca, por ejemplo, que había abortado hacía menos de dos días. ¡Y resulta que en el marco del programa cultural le endosaban a un escritor que en el mejor de los casos sólo llenaba de vómitos el cuarto de baño e importunaba a su hija de dieciséis, y que en el peor callaba como una tumba y comía el muslo de pollo con tenedor y cuchillo, obligando así a toda la familia a comer con cuchillo y tenedor y a él a hablar, a hablar por los codos, que el diablo se lleve todo el programa cultural, pues a todos se les nota, tanto a los mudos como a los vomitones, que son unos pobres desgraciados, unos bebés hinchados y así convertidos en adultos, que seguirían aferrados a las tetas de sus madres hasta el día de hoy, como éste con su hostia impregnada de matarratas, por ejemplo! ¡Pero en la matanza arrojaría la bandeja con la sangre, seguro que sí, señor escritor, como si fuese una manzana llena de gusanos, así saldría volando la bandeja! Está usted muy equivocado, señor director, porque sólo en este preciso instante la estoy agarrando de verdad.

—Muchas gracias, señor director, pero la iglesia acaba de invitarme a un vino de misa.

—Cómo lo siento, señor escritor, pues podríamos haber conversado de maravilla.

—Yo también lo siento infinitamente, señor director, pero entenderá que la opinión del padre Lázár me resulta sumamente interesante.

—Lo entiendo perfectamente, señor escritor, y me alegra haberlo conocido en persona. Y permítame agradecerle en nombre de nuestra corporación municipal y de nuestra ciudad esta experiencia inolvidable —dijo, pero por entonces el párroco ya me había cogido del brazo y me llevaba como a un prisionero, y yo me dejé conducir aunque me repugna el contacto físico con los hombres.

Sólo tolero el apretón de manos, eso sí, con el brazo bien estirado en la medida de lo posible. Ahora, sin embargo, tenía la sensación de que, en este maldito pueblo, el sacerdote provisto de una linterna era el único que no se había quedado profundamente escandalizado por la historia de la infame caída del señor cura Albert Mohos. El único con el que quizá podría pasar las horas sin fingir hasta el día siguiente. Y después, largo de aquí, pensé. Tomar el primer tren e ir a ver a Eszter, pensé, lo cual me tranquilizó en cierta medida, y dejé que el párroco me condujera por el pueblo oscuro cogiéndome del brazo, atravesando jardines abandonados y bordeando granjas avícolas y establos de vacas porque, decía, era más corto. Unas veces tiraba de mí, otras me empujaba, dependiendo de si la luz de la linterna se perdía en un bache o iluminaba algún charco.

—Ya le buscaremos un jersey en las bolsas para los pobres —dijo, pues mi chaqueta se había empapado con la lluvia menuda y persistente, y yo le respondí que no hacía falta, gracias, que ya lo arreglaría el vino de misa.

Debimos de tomar un atajo para evitar una curva larga y superflua, puesto que al otro lado del arroyo volvimos a desembocar en la calle principal y nos detuvimos ante una mansión solariega. La luz amarillenta de la linterna recorrió la fachada y los trozos de vidrio rotos de la primera planta centellearon uno tras otro, cual si fuesen los dientes de un tiburón. El cono luminoso se posó al cabo sobre el escudo de piedra que remataba la puerta de entrada, concretamente sobre un pelícano que daba de beber su sangre a sus crías.

—¿Le parece bien? —preguntó mientras buscaba la llave.

—Perfecto —respondí.

No se me ocurrió añadir nada, aunque aquella nidada cubierta de moho era el escudo de nuestra familia, al menos mientras esas cosas no pasaron de moda. Para ser más exactos, las aves fénix aún llameaban, los osos pardos aún mostraban los dientes, los leones alados aún aullaban en los mejores blasones, gran parte de la fauna heráldica seguía vivita y coleando cuando la sangre con que nuestra ave alimentaba a sus crías ya se había convertido en agua. Así pues, mi madre pudo pisar sin inhibiciones el escenario a los diecisiete años y yo podía maravillarme sin inhibiciones de la versión de la nidada en el capuchón de mi pluma marca Pelikan, diseñada al estilo de su creador, Günther Wagner.

Hace unos diez años acudí durante semanas a una tienda de antigüedades, puesto que había tomado la decisión de recuperar el escudo de la familia y regalárselo a mi madre para Navidad. Ya nos saludábamos con un *shalom* el señor Rosenberg y yo, pero él me ofrecía una pluma y yo pensaba en un pergamino o, en el peor de los casos, en un grabado en cobre extraído de algún libro antiguo. Además, era más bien reacio a poner una pluma en manos de mi madre. Y yo tenía mi Montblanc. No existe el dios que me obligue a cambiar el copo de nieve de baquelita por toda una nidada de cacareantes pelícanos, pensé. Y cuando ya conocía el plano del campo de concentración de Dachau como la palma de mi mano, cuando ya sabía enumerar los nombres de todos los *kapos*, cuando ya llegaba al caldero de la sopa con los ojos cerrados, cuando ya lo alcanzaba hasta en sueños, de pronto comuniqué al viejo Rosenberg que le vendiera tranquilamente la pluma a un coleccionista, que yo no la necesitaba para nada, pero él insistió, hombre, no me venga con tonterías, no me venga con sentimentalismos, que si fuera así, él seguiría tomando sopa de remolacha durante toda la vida. Créame, usted necesita esta pluma más que cien pergaminos. Así pues, se la lleva usted a casa, la lava bien y la carga con una buena dosis de tinta producida por la democracia popular, porque tinta no tengo. Por consiguiente, pasé una noche remojando la pluma en agua tibia para ver si funcionaba el cargador, y cuando ya llevaba semanas funcionando aún no sabía qué hacer con ella. Luego alguien viajó a Bruselas, y a partir de ese momento empecé a escribir con esa pluma las cartas de mi hermana a mi madre.

—¿Ha estado alguna vez por aquí? —preguntó el párroco.

—No. Pero procuraré sentirme como en casa —respondí.

—Antes la habitaban las milicias obreras —señaló.

—Pues la han dejado como un trapo —dije.

—Organizaban las prácticas de tiro atrás, en el huerto de los frutales. Al principio sólo había un blanco, pero luego el perrero también ingresó en la asociación, y usaron los perros callejeros. Claro que es sólo un juego de niños en comparación con el cura que liquida a los feligreses con la hostia consagrada.

—No puedo negar que confiaba en que usted careciera de la susceptibilidad propia del clero —confesé.

—No me venga con bromas... Ya hace tiempo que me abandonó la susceptibilidad del clero. ¿Por qué cree usted que me desterraron de una iglesia catedral y me enviaron aquí, donde Cristo dio las tres voces? Desde el punto de vista de usted, soy un cura realmente bueno.

Le sujeté la linterna mientras él introducía la llave en la cerradura y luego pasamos del gimnasio a una cocina rehabilitada, donde encendió la luz.

—Por desgracia se llevaron las escaleras suecas, pero los trampolines y los potros

aún siguen en el desván.

—Desde fuera uno se espera otra cosa.

—¿Qué desea... crema de apio o caldo con albóndigas de hígado?

—Crema de apio.

—Podría preparar una tortilla.

—Déjelo —respondí—. ¿Lo ha abandonado la cocinera?

—Llamémosla mi esposa. Es verdad que no se celebró una boda ante los ojos de Dios, pero decir esposa resulta más acertado.

—¿Qué ocurrió?

—Nada particular. Yo enseñaba geografía; ella, física. Y entonces entró en la escuela un profesor de gimnasia nuevo. De todos modos, supongo que no contribuiré a la serie de conmovedoras historias de amor. No tenemos hijos, por fortuna.

—Normalmente, no hay una línea recta entre el divorcio y el clero.

—Tuve suerte. Podría calificarlo de experiencia de Dios. Dio la casualidad de que, en la biblioteca de la escuela, en vez de sacar del estante el *Asno de oro* de Apuleyo cogí por error las *Confesiones* de san Agustín.

—No es moco de pavo para ser una experiencia de Dios.

—Quizás incluso demasiado para un principiante. Por lo visto, al comienzo me mostré más diligente de lo que convenía, porque no tardaron en apartarme de la enseñanza pública. Luego me calmé y a los treinta años me matriculé en teología. Esto es todo a grandes rasgos.

—¿Y qué extrajo del estante cuando lo desterraron aquí, donde Cristo dio las tres voces?

—Una vez más, las *Confesiones* de san Agustín.

Mientras se calentaba el agua en la cocina de gas para preparar la crema de apio, salimos en busca de leña y encendimos la estufa en la habitación de los huéspedes o, mejor dicho, en el cuarto de armas o, para ser aún más preciso, en el cuarto de fumar de uno de los condes Weér que, según mis cálculos, debía de ser mi tío rebisabuelo o mi tío tatarabuelo o, en el peor de los casos, algún primo de éste. Sin embargo, ya no tenía mucho en qué basarme para realizar esta suerte de cálculos, pues así como se reducía la familia, así como disminuían las yugadas de catastro y con ellas el número de criados, así como se apergaminaba la pierna de cordero comprada por miles de *pengó* en el mercado negro y se convertía en pata de pollo, así como enmudecían las trompas de caza y se intensificaban los llantos de hambre de los niños, así como callaban los aullidos de los sabuesos y eran sustituidos por el traqueteo de la máquina de coser dedicada a remendar camisas, así como la sangre con que el pelícano alimentaba a sus crías se convertía poco a poco en agua, así se multiplicaban en la memoria la fortuna y el poder de antaño. Hasta tal punto que mi madre pisó sin inhibiciones el escenario para hacer de Julieta siendo la propietaria secreta de media

Hungría y se enteraba por los chismes que oía en la cantina del teatro de los movimientos más interesantes del proceso de nacionalización. De hecho, los nacionalizadores le rindieron una fugaz visita, pero en el cuarto de realquiler que habitaba entonces no encontraron nada notable salvo un violín de concierto que la clase obrera no necesitaba por aquellas fechas. Para colmo, la joven actriz Weér se limitaba a permanecer sentada en un taburete y a dirigir una turbadora sonrisa a los tres nacionalizadores, que ya habían rebajado a su función animal aquellos pechos que se traslucían a través de la bata de seda artificial y, humanos como eran, tragaban saliva, confusos. Jadeando pidieron perdón por las molestias, al tiempo que mi madre no decía ni pío sobre la mitad de la Gran Hungría que era suya.

De este modo, para cuando el escudo de la familia llegó a mi poder en forma de emblema de una pluma, el árbol genealógico más fiable era la guía telefónica. A mi madre le conseguí no sólo la guía de Budapest, sino también las de provincias. Las robaba de las cabinas telefónicas, y cuando las encontraba atadas con cadenas, cortaba con una hoja de afeitar las páginas correspondientes a la W. Eran los regalos que más le alegraban, durante la época en que aún nos hacíamos regalos. A veces escondía hasta Navidad las guías telefónicas más jugosas, luego ella escribía a todos y cada uno de los Weér. Había quienes incluso contestaban, pero en general contaban cosas tales como que habían *magiarizado* el apellido, pues antes se llamaban Weerhagen, o que su abuelo se apellidaba simplemente Vér, o sea, «sangre», pero que el negocio funcionaba mejor con el cambio, pues el apellido Vér no servía para abrir una consulta de médico de cabecera. Sea como fuere, lo extraño es que quienes habían nacido llamándose Weér no escribían nunca. Precisamente aquellos que no se enteraban en la cantina del teatro de los movimientos más interesantes del proceso de nacionalización y para los cuales las deportaciones no eran unas historias de safaris de las que sólo se sabía de oídas. Precisamente ellos no querían cartearse con unos miembros de la familia nunca vistos, con unos primos de octavo o décimo grado, decisión que al cabo de un tiempo empecé a entender perfectamente, pero que mi madre entendía cada vez menos.

Seguro que se han mudado, hijo mío.

Sí, madre, deben de haberse mudado varias veces, pero ahora acuéstese, en serio, que ya son más de las cuatro de la madrugada, dije, y cuando me di cuenta de que la fortuna seguía creciendo aun muerta, de que las antiguas fincas de los Weér absorbían cada año unos cuantos condados, comencé a desmembrar por mis propias fuerzas ese país fantasma, a cortar ese gigantesco pino canceroso. Al principio procedí con sumo cuidado, pues dicen que no conviene cortar el árbol debajo de uno mismo, pero luego atacué a fondo con el hacha y me pasé años astillando esas ramas que se alzaban a la nada y esas raíces que se aferraban al deseo, hasta llegar a la única realidad palpable, el violín de concierto de mi hermana.

La leña estaba húmeda. Costaba encender la salamandra incluso recurriendo al queroseno. El párroco salió a buscar más papel de periódico después del tercer o cuarto intento, y yo aproveché la oportunidad para echar un vistazo a los armarios de armas de las milicias obreras reconvertidos en estanterías de libros. Al final, conseguimos encender la estufa, y me trajo un jersey rojo de la bolsa de la cooperación internacional holandesa, de modo que colgué mi chaqueta para que se secase. Volvimos a la cocina que, en vista de los estucados, parecía más destinada a salón que a cocina o a gimnasio. Mientras él vertía el contenido del sobre Maggi en el agua que ya hervía, yo saqué los platos del aparador.

—Confieso que pensé que se mostraría más entusiasmado —dijo.

—¿Por el escudo? —pregunté.

—Más bien por el espíritu del lugar.

—No puedo afirmar que me deje del todo frío, pero, a decir verdad, tampoco me entusiasma. Seguramente pertenecemos a la rama más lejana de la familia.

—¿En serio que no quiere una tortilla? Tengo tocino y cebolla.

—No, gracias —respondí.

—No sé por qué, pero lo imaginaba a usted más interesado en sus raíces.

—Mis raíces están debajo de un escenario —dije.

—O sea que proviene de una familia de artistas.

—Pues algo por el estilo —confirmé.

—Si tanto lo turba, prefiero no insistir.

—Será mejor —dije, y se enfrió un poco el ambiente. De hecho, sólo deseaba que la conversación no desembocara en el estado de salud de la ya retirada actriz, la señora Weér. Tomamos la crema de apio sin decir palabra, y luego se fue al otro extremo de la cocina en busca de vino. Lo sirvió, bebimos una copa, volvió a servir, pero seguíamos sin abrir la boca, de modo que, aunque me guste tan poco hablar de Dios como de mi madre, lo invité a abrir fuego tranquilamente, ya que se trataba de su deber profesional. A lo cual me respondió que trataba de evitar los fracasos en la medida de lo posible.

—¿Se rinde usted rápidamente?

—Después de escuchar la historia de horror de Albert Mohos, tengo la sensación de que a usted no lo ayudaría siquiera una experiencia de Dios bien succulenta. Si extrajera agua de esta tabla de madera, usted diría sin duda: buen trabajo, pero lástima que yo no tenga sed. Pues ya le vendrá la sed. Yo espero —dijo, se quitó la sotana y la colgó en un gancho atornillado en un costado del aparador.

Entonces me di cuenta de que tenía ambos brazos llenos de cicatrices y huellas de puntos de sutura.

—Quise apalearlo al profesor de gimnasia —confesó mientras se ponía un jersey.

—¿Y ya no quiere apalearlo? —pregunté.

—Sí. Pero por motivos muy diferentes —respondió—. Y es bastante fuerte. Pasé un mes y medio en el hospital. De modo que ahora prefiero rezar por él.

—O sea que usted espera —dijo, pues me di cuenta de que, como yo no hablaba de mi madre, era preferible que él no me explicara la historia del profesor de gimnasia—. De hecho, es usted el primer cura que no acude de prisa y corriendo a ayudarme.

—No me diga que le extraña. Ya lo sabía usted en la biblioteca, de lo contrario no se habría dejado arrastrar hasta aquí. Habría charlado animadamente con el director de la escuela, sobre los problemas propios de la educación pública y de la edición de libros.

—Seguramente tiene usted razón —confirmé.

—Además, se puede convertir a los incrédulos, pero no a quienes odian a Dios —dijo, y por un instante tuve la sensación de que me acababan de escupir a los ojos. Largo de aquí, pensé. Volver en el primer tren a Budapest, pensé. O ir a ver en seguida al director de la escuela y comer muslo de pollo con cuchillo y tenedor, pensé. Y emborracharme luego como una bestia e importunar a la hija de dieciséis años, pensé. Al fin y al cabo, llevo un año sin importunar a nadie, pensé. Tendré que ver mañana mismo a Eszter y decirle que no aguanto más, pensé. Que tratemos de vivir como seres humanos o que se largue de mi vida de una vez. Que vuelva de una vez por todas a su bosque de pinos. Dónde has estado hijomío, hablando de Dios, madre.

—Nunca he odiado a Dios —declaré y encendí un cigarrillo.

—Cómo que no. Como al tendero que le cobra cien gramos de más cuando le compra azúcar. También podría afirmarse que tiene una imagen de Dios bastante infantil. Y que es usted bastante inteligente para saberlo. Y bastante talentoso para escribirlo de manera que le retuerza a uno el corazón. ¿Quiere que siga?

—Y demasiado cobarde para renunciar a esa caricatura, por temor a que se acaben entonces los relatos capaces de retorcerle a uno el corazón.

—Pues ya ve, la cosa funciona.

—Claro que funciona. Ya he captado su lógica. Y en gran parte hasta es acertada. Sólo la escena del tendero no me satisface. En primer lugar, porque nunca he ido a comprar azúcar a una tienda. En segundo, porque, a mi entender, todos hemos sido estafados. Y me siento obligado a pensar así hasta el día en que pierda la cordura e imagine ser el único engañado.

—O hasta que una buena mañana empiece a sentir náuseas ante el espejo. Mucho me temo que aquel que tiene una imagen tan fija de Dios no cuente con ninguna posibilidad hasta que por algún motivo se le llene la boca de barro.

—Es posible —admití. Llené las copas. Bebimos. Volvió a llenar las copas—. Será el último trago. Me gustaría irme con el tren de las siete y media.

—A las nueve hay uno directo. Lo llevaré a la estación.

—Gracias —dijo—. Por cierto, no puede imaginar usted lo agradecido que estaría

si entre una crema de apio Maggi y medio litro de vino de misa pudiera perder por fin mi convencimiento de que la Providencia no existe en absoluto. Porque, a decir verdad, pago un precio bastante alto por mantenerlo.

—No me cabe la menor duda.

—Podría afirmar que envidio a las personas a las que les basta coger por error otro libro en la biblioteca.

—Eso ya es otra cosa. Siempre resulta más fácil a aquellos que tienen arriba un cielo vacío que a quienes ya han instalado la propia caricatura en lo alto.

—Simplemente no veo otra solución, padre. No encuentro la fórmula para revestir al Dios Padre de unas virtudes que yo ni siquiera poseo en fase germinal. Así pues, es de temer que deba ir tirando con esta caricatura por un tiempo.

—Muy bien. Ya le he dicho que lo esperaré. ¿Quiere un pijama?

—Preferiría una manta.

—La encontrará en el armario. Póngala un rato sobre la estufa... Es lo que yo suelo hacer.

Por la mañana, me desperté al percibir la presencia de un hombre con sotana al lado de mi cama que me tocaba la frente con el pulgar, como ocurre cuando a uno lo bautizan o le dan la extremaunción. Por unos instantes traté de reconstruir el día anterior, deseoso de saber dónde estaba y quién era ese hombre. Debía de hallarme en medio de una pesadilla cuando el padre me tocó y me desperté, y su dedo borró de golpe todo aquello que no me producía alegría, aunque, por muy miserables que fueran, yo me aferraba a mis sueños.

—Despierte. Ya he repartido las penitencias correspondientes a las blasfemias del día de ayer. Además, han comulgado doce, y están todos vivos —señaló, a lo cual le respondí que era un pueblo con suerte, pues su párroco creía en Dios. Luego, ante el café, le pregunté si esa cruz que trazó sobre mi frente era mi primera o mi última bendición.

—¿No le da igual? —inquirió.

—Pues sí. Pero a veces me gustaría creer que no —dije.

El camino más corto a la estación pasaba por la hilera de casas de los gitanos. Entre chozas en parte derrumbadas y en parte levantadas, el párroco eludía los charcos con su todoterreno mientras no dejaba de tocar el claxon para espantar a los niños semidesnudos que correteaban junto al vehículo. Algunos no llevaban ni calzoncillos. Con el trasero desnudo y descalzos, jadeaban tras el coche que no cesaba de emitir bocinazos. Los más afortunados se agarraban de la manija y sonreían por la ventanilla; otros saltaban sobre las piedras que emergían de los charcos y daban así la impresión de andar sobre el agua. Encima de las ingles desnudas llevaban el mismo

jersey rojo que yo. Quinientos jerséis rojos habían llegado con el transporte que la cooperación holandesa había enviado la semana anterior; así pues, la escena resultaba más fantasmagórica que aquellas casas que no estaban cubiertas con tejas, sino con láminas de nylon. Esa ingente cantidad de jerséis rojos resultaba más siniestra que las ventanas tapadas con mantas, las fogatas encendidas en las habitaciones de tres paredes y las mujeres sentadas en escalones de hormigón que no conducían a ninguna parte porque, de hecho, una escalera que no conduce a ninguna parte es algo bastante humano.

Sentí náuseas, y al principio creí que se debía al traqueteo del coche o al espectáculo de esa cantidad de jerséis rojos, pero al instante siguiente recordé con precisión los detalles de mi sueño del alba. Sentado en mi barraca sobre la cama hecha con tablas de madera, escuchaba los crujidos de la leña que ardía en la estufa, veía por la ventana cómo salía el sol sobre el bosque y esperaba el inicio de mi jornada de trabajo. Luego, los sabuesos empezaron a dar señales de vida allá en el hoyo. Jadeando escarbaban el suelo, zamarreaban los huesos pelados, mordisqueaban las costillas, cuya médula se había secado, cual si buscaran algún resto. Como todas las mañanas. Me puse el abrigo de paño, cogí la vara provista de un gancho, salí y me dirigí a la fosa común situada detrás de la barraca para darles la ración diaria. Éste era mi trabajo: dar de comer dos veces al día a los animales y no preocuparme por la identidad de los muertos. La fosa se llenaba una vez a la semana, siempre por la noche. Cuando me despertaba, ya estaban allí los despojos de mujeres y niños. De hecho, todos los cadáveres eran maravillosos, sólo su inmovilidad y su olor dulzón revelaba que estaban muertos. Podía coger cualquiera con mi vara, agarrarlo por el cuello con el gancho, ponerlo en mis brazos como a una amante dormida o a un niño enfermo y llevarlo a los perros que se hallaban en el hoyo situado al otro lado del claro. Durante unos cuantos cientos de pasos podía admirar a discreción su fría inmovilidad. Sabía que en ese camino podía pensar y sentir lo que quisiera. Que nadie podía intervenir, ningún reglamento influir. A algunos los llevaba sin decir palabra de una abertura a la otra; a otros, sin embargo, les hablaba del bosque, por ejemplo, les decía que los árboles parecían mohosos a causa del líquen y que, contrariamente a otros bosques, el nuestro carecía de raíces. «Mire», dije a una anciana y aparté con el pie la hojarasca. «Mire, son sólo tablas, o sea, que no hay que tener miedo». Por supuesto, sabía que no tenía miedo, pues estaba muerta. Que le importaba un rábano. Que la podía arrojar tranquilamente a los perros. Así y todo, no era lo mismo que arrastrarla por los pies hasta el hoyo. Lo intenté una o dos veces, pero no me gustó. Luego estaba dando vueltas con una niña, pues veía que lo que más le agradaba era dar vueltas. Le enrojecí los labios con un arándano, su cuerpo de apenas ocho años era más liviano que un montón de hojas otoñales, y mientras girábamos, el viento esparcía su pelo en mi cara. Jugando a dar vueltas y más vueltas

hicimos el camino hasta el hoyo, pero en ningún momento dejé de ser consciente de mi deber, sabedor de que, una vez al borde del hoyo, habría de soltar el cuerpo desde unos dos metros de altura. Que no podría hacer una excepción. Sin embargo, antes de que la arrojara a los perros que ya entrechocaban los dientes, abrió los ojos y me preguntó por qué llevaba a cabo este trabajo después de bailar tan maravillosamente. A lo cual le respondí que no sabía hacer nada mejor y que de algo tenía que vivir. De hecho, no sirvo para otra cosa, y por eso me asignaron este puesto en el destacamento de alimentación, dije. Luego, mientras bailaba, solté su cintura, pero no cayó entre los perros como los otros cadáveres, sino planeando como un copo de nieve al tiempo que reía. Los canes la despedazaban mientras ella seguía riendo, tanto que las risas resonaban en el bosque. De pronto sentí que me volvía loco. «¡Soltadla!», grité a los perros y les arrojé palos y piedras. «¡Aún está viva!», grité. «¡Moriréis todos por esto!», grité, pero ellos seguían desgarrándola, mientras la niña reía y el bosque putrefacto absorbía el aroma a menta de su sangre. «¡Maldita puta!», grité. «¡No harás de mí un asesino!», grité, y empecé a correr entre los árboles, consciente, sin embargo, de que eso no tenía mucho sentido, y de mi boca brotaba fango.

—¿Tanto le afecta el espectáculo de la miseria? —preguntó el párroco, pero le di a entender con un ademán que prefería no tocar el tema por el momento. Ni siquiera sentí la vergüenza que siempre se apodera de mí cuando noto que aquello que llevo dentro me impide ver cuanto me rodea. Sin embargo, importa. Importa tener al menos un sentimiento de vergüenza. A uno le gusta percibirla y decir al señor Rosenberg que no necesita una pluma, aun sabiendo que esto apenas lo separa, básicamente, del de la empresa holandesa de confección que declara no necesitar esos quinientos jerséis tarados.

—Dese prisa —le pedí, y dejé atrás aquella hilera de casas de gitanos, con sus desolladores de caballos, sus escaleras que no conducen a ninguna parte y sus niños vestidos con jerséis de la cooperación internacional, como si fuese un circo ambulante cuya única atracción consistiera en un león escuálido que toma la leche de una jofaina a lametazos.

No tenía billete de vuelta, pues llevaba quince años recalcando a las empleadas de las taquillas que sólo necesitaba un billete de ida, como Judit en algún puerto del Adriático, cuando, con una muda de ropa interior y el violín de concierto de la familia Weér, pidió a un hombre que, a cambio de mil dólares y una pizca de humanidad, le dejara un hueco entre los productos de la industria pesada yugoslava. Así pues, en la taquilla se me ocurrió que para volver a casa también había de hacer hincapié en el sóloida. A estas alturas ya da igual, pensé, y pagué de prisa y corriendo el billete, puesto que el tren ya aullaba.

—Llévese esto —dijo el párroco cuando me hallaba en el estribo del vagón, y me entregó un libro encuadernado en piel negra.

—¿Las *Confesiones*? —pregunté.

—¡Qué va! Usted no conoce ni al autor.

—Está bien —dije, y guardé el libro en el bolsillo de mi chaqueta—. O sea, que usted espera.

—No se preocupe. Tengo para entretenerme mientras tanto.

Poca gente viaja en estos trenes los lunes por la mañana. Ni trabajadores, ni excursionistas, ni hombres y mujeres que acuden con su mercancía de contrabando a los mercados de la periferia, sino sólo uno o dos viajeros provistos de maletines, que acaban de empezar, pero que, según el jefe, en un año habrán acumulado dinero suficiente para comprarse un Suzuki Swift y transportar así los cubiertos bañados en oro a Budapest y a la familia al lago Balaton. Ya verá, las chicas de las *boutiques* de las Kőrút los comprarán como el azúcar, porque es la temporada. ¿De qué se lamenta? ¿Que no puede depositar la fianza por cincuenta míseros juegos de cubiertos? No me venga usted con la factura de la luz, a ver si espabila de una vez por todas. Aproveche la oportunidad, hombre. Las chicas de las *boutiques*, sin embargo, ya habían puesto en las puertas un letrero que exhortaba a los viajeros a abstenerse de entrar, y las que no lo habían hecho ya tenían un juego de cubiertos bañado en oro y guardado en una cartera de diplomático y esperaban a otro viajante, a aquel de los cosméticos y de la ropa interior con dibujo de piel de leopardo, pues la de dibujo de piel de leopardo había dado excelentes resultados y Robi, la verdad, la había desgarrado. Uno o dos de estos viajeros recurrían, por tanto, a estos trenes, así como unas cuantas personas que se dirigían a diversos hospitales con claveles y refrescos enlatados y otras que iban a diversos despachos por el asunto de las indemnizaciones y llevaban en el bolsillo contratos de compraventa escritos a pluma relativos a tierras de cultivo valoradas en tres coronas de oro o los testimonios de sus compañeros de cautiverio, según los cuales habían vuelto a casa a pie después de doce años a orillas del Yenisei. ¿Cómo mierda quiere usted que le consiga un certificado de puesta en libertad? Al que no se le había congelado la mano le obligaban a firmar un papel según el cual nunca en su maldita vida había estado allí, y luego el vigilante nos daba una patada en el culo en la puerta del *lager*, que nos las piráramos, decía, porque no nos atrevíamos a subirnos al camión, teníamos miedo de que nos dispararan por la espalda. Oiga, joven, ¿está usted loco? ¿Cree usted que me arrancaron un pendiente de maricón de la oreja? No me venga usted con los artículos de la ley, y míreme bien: esto no es la huella de un pendiente de marica, sino la de una rata que me mordió la oreja en el barracón. ¡Y lástima que no me despertara, porque en ese caso habríamos podido comer carne! Así era, pues, la gran mayoría de los viajeros de los trenes del lunes por la mañana, de modo que resultaba más difícil encontrar un compartimiento libre que al amanecer, cuando viajaban los trabajadores, o los fines de semana, cuando era el momento de los excursionistas: ellos se metían todos en un

compartimiento, se instalaban dieciséis en uno de ocho, despotricaban contra el capataz de la obra o contra el profesor de física, mientras la botella hacía la ronda y sonaba el radiocasete. Estos viajeros, visitantes de enfermos y solicitantes de indemnizaciones, en cambio, querían viajar siempre solos, corrían las cortinas y en las estaciones fingían estar durmiendo para que no los molestaran los pasajeros que acababan de subir, y si funcionaba el pestillo de la puerta, lo corrían, para que sólo el revisor pudiese entrar.

Encontré un compartimiento vacío en el último vagón. Cerré la puerta, corrí el pestillo y la cortina, y pensé que lo mejor sería guardar la historia del párroco Albert Mohos en aquella carpeta amarilla en que se acumulaban los relatos abortados. La carpeta que antaño sirviera a Judit para poner a buen recaudo sus partituras se convirtió en el banquillo, en el cepo de los fracasos, ya que nunca tuve el valor de arrojar a la papelería o a la estufa aquellos torpes relatos. De hecho, dejaba la carpeta amarilla sobre mi escritorio, entre otros manuscritos, pruebas de imprenta y demás papeles, para que mi madre los leyera tranquilamente aprovechando mi ausencia. Así hablábamos. Cuando yo estaba en casa ella apenas franqueaba el umbral de mi cuarto, pero tan pronto como ponía el pie fuera de casa, llenaba mi habitación con el intenso perfume de sus cosméticos, vertía su té de menta y dejaba allí sus pelos. Mis manuscritos quedaban pringados de rojo de labios y rímel, pues o bien se humedecía los dedos o se frotaba los ojos. Sin embargo, yo no mencionaba esos indicios: bien podría haber guardado mis escritos en el cajón del escritorio, pero entonces no habría sido ella mi primera lectora.

En el tren no puedo ni leer ni escribir, el paisaje que transcurre a mi lado no cesa de embadurnar mi experiencia de la lectura. Hasta el más pequeño de los bosques recién plantados cubre de vergüenza las más espléndidas descripciones del paisaje. Todo esto sólo es digno de mención porque las personas, por ejemplo, no me molestan en absoluto. Puedo leer perfectamente en una escalera mecánica, en una estación de tranvía o en un bar, las conversaciones de la mesa contigua jamás han perturbado el monólogo del starez Sosima ni el de Marmeladov y hasta han congeniado bastante bien con ellos. A veces resultaba particularmente interesante escuchar un intercambio de palabras sobre el final de la Copa y hojear de paso la *Crítica de la razón pura*. Lo único que me molesta es el paisaje, lo cual no es ninguna bendición. Siempre he envidiado a quienes son capaces de sentarse con un libro en la isla Margarita o con pluma y papel bajo un emparrado de rosales, pero lo que es yo, no sé por qué, no puedo, de modo que ni siquiera lo intenté con el libro que me había dado el párroco y me limité a contemplar la llanura y a esperar al revisor, deseoso de superar de una vez por todas el trance de la revisión de mi billete. Desde hace años me aterra la idea de

que le encuentren algún fallo a mi billete y me obliguen a bajar del tren, lo cual es por supuesto una tontería, pero el hecho es que uno no tiene ni un segundo de tranquilidad mientras no pasa la revisión. Que venga ya el maldito revisor, pensaba, pero no tardé en darme cuenta de que ya no sentía miedo. Más aún, si ahora me bajara, podría vagar durante cuarenta días por la *puszta* húngara, lo cual no carecería de cierta utilidad. Sin mí ya no eres capaz ni de abrir el grifo, madre, pensé. Tendrás que administrar muy bien ese medio kilo de pan, pensé. Porque ni Dios bajará corriendo a la tienda de la esquina, pensé. Y lo cierto es, madre, que te alimentas sólo de pan, pensé. Del mejor pan blanco de la panadería Rákóczi, pensé. Si este revisor tuviera una pizca de humanidad, pensé, le encontraría alguna pega a mi billete y me arrojaría a la *puszta* con el tren en marcha, y tú bajarías y harías la compra como Dios manda, pensé. Los quinientos francos suizos mensuales dan para las gotas Béres que nos sirven para nada y los cosméticos que nunca nadie ha visto, pensé. Por cierto, no es mi hermana menor, sino mi hermana mayor, ya podrías haberte enterado, madre, pensé. Lo decidimos unánimemente a los siete años de edad, pensé. Porque habría sido una vileza discutir toda la vida por esa media hora de diferencia, pensé. Así pues, mientras vosotros ensayabais una revista sobre el movimiento obrero, nosotros jugábamos a ver quién aguantaba más la mirada del otro en la concha del apuntador, pensé. Quien más aguantara sería el mayor; no volvimos a discutir sobre el tema, pensé. Y te lo comunicamos, pensé. En aquel momento al menos, podrías haber aprendido que Judit es mi hermana mayor, pensé. Buenos días, el billete por favor, dijo el revisor. Tenga, dije. Al menos podrías haber intentado simular que, de todo aquel follón, no sólo recordabas el desgarramiento del perineo y la hemorragia ocular. Es un compartimento de no fumadores, dijo el revisor. Perdón, saldré al pasillo, respondí. Aunque, a decir verdad, uno no puede prestar atención a otra cosa cuando se le lesionan los órganos sexuales. Basta con que baje la ventanilla, dijo el revisor. Da igual, respondí, o, mejor dicho: gracias.

Cuando el cartero trajo la primera carta de Judit de los Estados Unidos, el camarada ministro llamó al camarada Fenyő, secretario del Partido encargado del teatro, y le comunicó que él no sentía particular simpatía por la Weér, en parte porque prefería a las actrices morenas y esbeltas y en parte porque de todos modos había cola para los diversos premios y anillos conmemorativos, o sea, que ya le venía bien que se esponjara un poco la cúpula de la plantilla mientras, como se había enterado por el *New York Times*, aquella pequeña bastarda ya estaba haciendo maullar con suma destreza su violín allá al otro lado del charco. En una palabra, que sería una lástima perder a un ejemplar como ella porque, al fin y al cabo, somos una gran potencia musical, ¿o no? Además, hasta los primeros violines de las orquestas gitanas tienen la ventaja de ser sumamente vistosos y, al mismo tiempo, dúctiles y fáciles de mantener a raya. No escriben ni pintan ninguna clase de sandeces. Con un cuarteto de cuerda

resulta más difícil minar a la clase obrera. En una palabra, que como camarada ministro estaría sumamente agradecido al camarada Fenyő si le encontrara cuanto antes el talón de Aquiles al corazón materno.

Así pues, el camarada Fenyő, que llevaba todo un plan quinquenal convertido en hazmerreír de todo el mundo, aunque se reían de él con discreción, claro, a modo de señal, claro, el camarada Fenyő se rompió la cabeza durante una noche de insomnio buscando la fórmula idónea para encontrarle el talón de Aquiles al corazón materno. Le fastidiaba un poco que ya hubieran pasado los tiempos aquellos en que uno no tenía la mano atada, pero luego pensó que daba igual, que esto era una democracia popular o el diablo sabe qué, y en el ensayo del día siguiente pidió a Cleopatra que cambiara su papel con una de las esclavas. «Es una broma, ¿no?», preguntó Cleopatra, pero el camarada Fenyő respondió que no era ninguna broma, camarada actriz, créame, es un papel excelente y, pensándolo bien, hasta los teatros populares de las orillas del río Tisza pueden necesitar a una artista tan extraordinaria como usted. A lo cual Cleopatra pidió al director que echara del escenario a ese cabrón de mierda; el director, sin embargo, solicitó a su señora colega que no perturbara los ensayos, y que hiciera el favor de aprenderse esas pocas frases que le tocaban, porque para él era cuestión de vida o muerte participar en el Festival de Teatro de Praga.

Cleopatra volvió a casa vestida como tal. Las lágrimas manaban negras de sus ojos, pues no tuvo tiempo ni para quitarse el maquillaje. Corriendo atravesó el centro de la ciudad, con la peluca negra sobre la cabeza, con la diadema de falsos diamantes, con el sujetador de rubíes falsos, con sandalias en los pies, con una túnica de seda artificial sobre los hombros, tal como la sobrina del camarada Fenyő había imaginado a Cleopatra basándose en el cartel de una revista de variedades francesa. La gente no podía creerse cuanto veían sus ojos, las madres que salían en ese preciso momento de los almacenes Úttörő cogían a sus hijos por la cabeza y les torcían el cuello como a los pollos, las esposas abofeteaban en plena calle a sus maridos que miraban boquiabiertos, el autobús de la línea siete hizo el recorrido desde la plaza Felszabadulás hasta la esquina del Hotel Astoria a ritmo de tortuga, puesto que los viajeros exigieron al conductor que no adelantara a Cleopatra. Sin embargo, nadie identificó a esa mujer medio desnuda que corría con una túnica ondeante. No reconocieron a su actriz, ya que nunca la habían visto con lágrimas de verdad, sino tan sólo con las provocadas por un bálsamo vietnamita que se untaba en el momento oportuno bajo los ojos. De igual modo, Antonio tampoco había visto llorar a Cleopatra, ni siquiera cuando el cartero trajo la primera carta enviada desde la costa Este. De hecho, sólo en ese momento se dio cuenta de que las lágrimas de Cleopatra no sabían a menta, sino a sal, como las de todo el mundo, y ni siquiera le dio pena verla llorar por primera vez con sentimiento por la pérdida de un ridículo papel protagonista. Agradecía a las leyes draconianas de la democracia popular aquellas lágrimas con sabor a sal. Tampoco habría lamentado que en vez de pasar a Cleopatra a la categoría tolerada, la trasladasen a la prohibida, tras sacarla del campamento

privilegiado de los protegidos. Que su ficha de cuadro político fuera a parar un estante más abajo. Antonio entró luego en el baño en busca de una valeriana y de una toalla húmeda, le desabrochó las correas de las sandalias y quitó el polvo de la calle Kossuth Lajos y de la Kiskörút y la de los jardines del Museo de los talones y los dedos de los pies. Luego la despojó de la túnica de seda artificial para secarle con otra toalla las gotas de sudor acumuladas en los valles de las vértebras. Para calmar los hombros que temblaban por el llanto y las caderas adornadas con un cinto dorado que no cesaban de agitarse. Luego quitó de las manos de Cleopatra los plumones de las almohadas desgarradas, y así empezaron a sosegar los sollozos.

Así está bien, dijo Cleopatra, y se volvió hacia Antonio para que éste pudiera acceder a los plumones que se le habían pegado a la cara, a las lágrimas de verdad que descendían por el maquillaje de teatro, a la yugular que no cesaba de palpitar en el largo cuello y para que pudiera tranquilizar con un paño húmedo los pechos palpitanes adornados con falsos rubíes.

No llore, madre, dijo Antonio, al tiempo que acariciaba con su pañuelo el valle que empezaba en el tórax, transcurría sobre el vientre y llegaba hasta el cinto dorado bajo el ombligo.

Quítame esta porquería, hijo, dijo Cleopatra, se desabrochó el cinturón y levantó la cadera para que pudiera quitarle por debajo aquella correa de piel de serpiente artificial pintada de oro.

Son una basura, creen poder convertirme en comparsa, dijo mientras yo le retiraba los plumones de los muslos.

Ay, qué agradable que es esto, hijo. Más... la planta también, y levantó el pie para ponerlo en mi regazo, pero lo cogí por el talón y lo sujeté a la altura de mi rostro.

Tranquilícese, madre, dije mientras le calentaba la planta del pie con el aliento, antes de masajearle los delicados dedos. Puse entonces su talón sobre mi hombro izquierdo, pues no me atrevía a poner el pie en mi regazo ni quería volver a ponerlo sobre la cama, y ya llevábamos unos minutos así, ella acodada, con la peluca que dejaba en parte al descubierto el moño rubio, y yo sujetando un pie con el hombro y el otro con la mano. Fue quizá la primera vez en mi vida que percibí cierta calidez en esa mirada, pero no osaba alzar la vista, pues sabía que sólo duraría mientras no nos miráramos a los ojos. Desde luego, sabía también que no se puede estar así sentado, con la cabeza inclinada, toda la vida. Luego retiró el pie de mi mano y lo acercó a mis labios para que lo besara.

Te van a querer mucho las mujeres, hijo mío, dijo, y entró rauda en el baño.

Una mañana soleada, el camarada Fenyó hizo pasar a mi madre a su despacho, le ofreció un coñac Napoleón y le dijo que somos nosotros los que más lamentamos que la estimada actriz no pueda sacar rendimiento a su talento. Porque aquí está, por ejemplo, este guión cinematográfico, con un papel protagonista maravilloso, y, para

más inri, se trata de una coproducción, o sea, que incluso habría que viajar. Sólo a Bulgaria, cierto, pero el mar no deja de ser el mar. ¿Otra copita quizá? La camarada actriz comprenderá, sin embargo, que algunos elementos perturbadores han surgido en las circunstancias actuales. Por otra parte, estos factores negativos son fáciles de eliminar... Caray, no sé si saben otra cosa, pero fabricar coñac sí que saben estos franceses, ¿no le parece?... En una palabra, que si su simpática hijita volviera a casa... Porque, al fin y al cabo, somos una gran potencia musical, ¿o no?, aquí están Liszt, y Bartók, y Lehár, y los sinfónicos de los Ferrocarriles del Estado, vamos, que no acabamos de entender qué ha imaginado su simpática hijita. Ahora bien, si volviera, consideraríamos este mínimo desliz como un viaje de estudios, y le puedo asegurar que no sólo podrá sacar rendimiento a su talento, sino también a los contactos que haya establecido, eso sí, no sin cierta crítica y disciplina. Para no hablar, claro, del guión que le he mencionado y de la cantidad de papeles protagonistas en los que le tocaría actuar, claro que sí. Venga, una última copita... Ese mismo día mi madre escribió la primera carta, callando el papel protagonista, pero insistiendo en el carácter de viaje de estudios que se le concedía a su emigración a un país capitalista, a lo cual mi hermana se limitó a contestar que estimada madre, la semana que viene doy un concierto con Yehudi Menuhin, ¿no pensará en serio que quiero ingresar en la orquesta sinfónica de los Ferrocarriles del Estado?

Mi madre, sin embargo, no se rindió y hasta consultó el asunto con el secretario del Partido.

—Escríbale que piense en su familia —ordenó el camarada Fenyő, pero luego reflexionó un poco y añadió, no, mejor no se lo escriba, pues podría provocar malentendidos, esos imperialistas son capaces de pensar que la familia podría sufrir algún daño aquí. Sería preferible que escribiera que nosotros valoramos un talento como el suyo incluso desde un punto de vista existencial. A lo que mi hermana contestó que estimada madre, aquí no sólo me valoran desde un punto de vista existencial, aunque por el momento sólo puedo enviar quinientos dólares mensuales. Por otra parte, prefiero ser camarera en un motel de aquí que primer violín en una orquesta que celebre el congreso del Partido en casa. De modo que le pido encarecidamente que no vuelva a escribirme sobre el tema.

A lo cual mi madre ya no pidió consejo al camarada Fenyő, sino que elaboró una lista de los papeles principales y los premios estatales que no recibiría por culpa de la emigración de la mocosa de su hija, y exigió a Judit que volviera a casa en el acto, porque no estaba dispuesta a convertirse para siempre en figurante por culpa de una furcia. O volvía con el primer avión o ella consideraba muerta a su hija a partir de ese momento. Y le garantizaba que, como muerta, incluso la enterraría. Llevaría al cementerio todos los trastos que había dejado aquí.

Una mañana buscaba un medicamento para paliar mi dolor de cabeza, y me quedé

mirando un rato, sin entender nada, los sobres abiertos que se hallaban en el fondo de la caja fuerte, pues creía haber leído a mi madre todas las cartas de Judit durante el desayuno.

Visto así, el Metropolitan tampoco está tan mal como lugar. Lo que es terrible, sin embargo, es que sigas sin saber leer con fluidez, hijo mío. No me extraña que no acabaras el bachillerato, remachó.

No me suspendieron en lectura, madre, dije.

¿Será verdad? Pues da igual, tú sigue, ordenó mientras dejaba caer el huevo pasado por agua sobre la tostada. Yo proseguí con la lectura. Sin embargo, aquellas cartas trataban de asuntos muy diferentes que estas tres dirigidas a la actriz Rebeka Weér y remitidas al teatro, que mi madre había escondido en la caja fuerte bajo la caja de los medicamentos. En la tercera, Judit ya tuteaba a nuestra madre. No con descaro, ni por desobediencia, sino como una mujer a otra. Siete hojas de papel pautado arrancado del cuaderno, siete hojas de vergüenza... Yo, en el centro de la habitación, me di cuenta entonces de que me había perdido algo desde la primera menstruación de mi hermana. Estaba a punto de devolver los sobres a su sitio, para no saber nunca más nada de nada, cuando me percaté de la mirada compasiva de mi madre en el espejo.

Pobrecito, dijo mientras sacaba las hojas de papel pautado de mis manos. Los cogió como si fuesen una rata muerta, con dos dedos. Tenía los ojos inexpresivos, como los de un animal apaleado, y me di cuenta de que a partir de ese momento viviríamos de una manera muy distinta. Que las reglas válidas hasta entonces habían perdido su vigencia.

Pobrecito mi don nadie, repitió, y allí me dejó plantado.

Volvió tarde por la noche, con un metemuertos que llevaba una camiseta sin mangas y transportaba sobre los hombros uno de los ataúdes negros del decorado.

Aquí, señaló mi madre, apartó con el pie la ropa tirada en medio de la habitación, dio quinientos florines al muchacho y cerró la puerta cuando se hubo marchado.

Yo seguía sentado en la cama.

Venga, acuéstese, madre, dije.

Largo de mi habitación, dijo, pero no me moví.

Con el pie abrió el ataúd y arrojó en su interior las cartas de Judit. Luego todas las partituras, desde Paganini hasta Stravinski, así como el atril, las cuerdas y colofonias. Todo, desde el certificado de nacimiento hasta la taza de té, pasando por la ropa que había dejado. Después sacó la caja de zapatos con las fotos de familia, se sentó a mi lado, y las fue tirando una por una con expresión impávida. Como si separara la paja del trigo. Incluso las que sólo dejaban intuir la presencia de Judit Weér acababan en el féretro; el trigo, en mi regazo. Yo miraba la estampa de la Virgen María en la pared de enfrente y no abría la boca mientras caían sobre la madera fotografías hechas en

los conciertos del día de la madre, los cumpleaños y las excursiones escolares. Sabía que yo también aparecía en la mayoría de ellas. Y no sentía nada. Ni siquiera cansancio. Nada de nada.

Después volvió a mirar alrededor en la vivienda, temerosa de haber olvidado algo. En el baño encontró unas enaguas; en el cuarto de la criada, un viejo cartapacio.

—El cartapacio era mío, dije.

—Está bien, respondió, y lo arrojó entre las maletas y demás trastos.

Era realmente mío.

Después trajo la caja de herramientas de la despensa y empezó a clavetear. Los clavos se doblaban todos, pues los sujetaba mal. Después del quinto o sexto intento me entregó la herramienta, y cerré el ataúd a martillazo limpio. No habría tenido ningún sentido pedirle que llamara a alguno de los metemueertos. O quizá sí lo habría tenido, pero no se me ocurrió. No pensaba en nada salvo en cómo clavar los clavos. Y después le dije buenas noches, madre.

A la mañana siguiente fue a la librería católica, donde no sólo vendían libros, sino también toda suerte de enseres imprescindibles para la práctica de la religión: rosarios fosforescentes, pilas domésticas para el agua bendita, la Virgen María con velo y el Niño en yeso, el Gólgota en tres dimensiones, o sea, todo cuanto la pequeña industria patria podía producir en aras de la práctica religiosa, más aquello que proporcionaban los grandes comerciantes del Vaticano. Compró diez esquelas mortuorias en blanco y, cuando me desperté, ya las había llenado.

Buenos días, madre, dije.

Vaya, respondió, mientras seguía copiando de la guía telefónica, con su letra similar a la parisina, la dirección del Ministerio, pues no sólo enviaría la esquila a mi hermana, sino también al secretario del Partido encargado del teatro, al ministro de Educación y Cultura e incluso al mismísimo János Kádár.

No se le notaba ni una pizca de locura. Me paré detrás de ella, observé cómo humedecía los sellos con saliva y los pegaba en los sobres orlados de negro.

Déjelo, madre, le pedí.

Tú en esto no te metas, hijo mío, respondió, y retiró mi mano de su hombro.

Luego se marchó y pagó una tumba por un período de veinticinco años en uno de los rincones más recónditos del cementerio de Kerepes, allá donde estaban las tumbas infantiles cubiertas de enredaderas, donde las válvulas suspiraban cuando se probaban los neumáticos en la fábrica contigua, de tal modo que los muertos parecían respirar en la tierra. Los sepultureros se resignaron, pero el hecho es que la parcela catorce era su terror, allí se entrelazaban las raíces de los tilos, los castaños y los plátanos, y no existe trabajo más fastidioso que atacar la raigambre con un hacha, hasta las tumbas

encajadas en roca son mejores; pero al final espantaron a los faisanes, eliminaron la maleza y cavaron el hoyo, sin tomar conciencia, sin embargo, de que habían progresado, de que habían pasado a ser operarios que montan y desmontan escenografías. No se dieron cuenta porque formalmente todo estaba en perfecto orden. El picapedrero József Smukk, por ejemplo, se volvía loco por el vodka marca Finlandia, de modo que tardó pocos minutos en grabar el nombre de mi hermana en un obelisco prefabricado de piedra artificial, con los años y todo, y hasta doró las letras y se encargó del transporte. Por otra parte, el director de la funeraria no insistió en solicitar el certificado de defunción o, para ser preciso, un cartón de cigarrillos americanos y una botella de whisky de malta escocés hicieron las veces de certificado de defunción de mi hermana, que mi madre compró en la tienda de la calle Kígyó donde sólo se compraba con divisas, en este caso, con el dinero que le había enviado Judit. O sea que ni Cristo se quejó de que allí no se hubiera enterrado a nadie desde hacía treinta años, los cuatro sepultureros cogieron las herramientas y, al ritmo traqueteante del ventilador de la fábrica de neumáticos, cortaron las malas hierbas y cavaron y serraron las raíces hasta abrir la tumba de los recuerdos materiales de Judit Weér.

Esta camisa es espantosa. Ponte un traje decente, hombre.

Yo no iré, madre, dije.

Cómoqueno. Venga, vístete.

Ya le he dicho, madre, que no iré.

En fin, da igual. Haz lo que quieras.

Por favor, madre, déjelo, insistí.

Es cosa mía, ¿entendido?

Entendido, madre. Pero usted nunca se lo perdonará.

Estás muy equivocado, hijo mío. No puedes imaginar la cantidad de cosas que se perdona el hombre cuando lo necesita, aseguró. Acto seguido se vistió y llamó a un taxi provisto de una baca.

El conductor lo sentía mucho, no se enfade, señora, pero yo no transporto cadáveres, a lo que mi madre sacó dos mil florines del bolso, y entonces se descubrió que en casos de extrema necesidad un ataúd podía considerarse un equipaje cualquiera. El hombre se puso manos a la obra, pero la caja resultó más liviana de lo que parecía, de manera que no se la colocó sobre el hombro, sino que la llevó bajo el brazo. La instaló sobre la baca y la sujetó con una goma tipo telaraña, mientras mi madre se sentaba en el asiento trasero del Zsiguli con un traje negro, unas sandalias casi invisibles en los pies y un bolso de terciopelo negro en la mano.

Ya podemos ir, dijo, y se marcharon al cementerio de Kerepes, recorrieron la

sombreada avenida principal hasta llegar al final, a las tumbas infantiles, pero ni el secretario del Partido, ni el ministro de Educación y Cultura, ni János Kádár esperaban junto al hoyo, sino sólo cuatro sepultureros, de modo que mi madre dijo al conductor, espéreme, que esto lo acabamos en un periquete. Así pues, mientras bajaban el féretro, el taxímetro siguió corriendo. A dos florines caían las cuatro paladas sobre las partituras de Paganini y Stravinski, porque los sepultureros estiraban el tiempo cuanto podían para contemplar a mi madre, sobre la que el traje de seda negra se tensaba como en su día cuando se lo probó en el probador de los grandes almacenes de la Alexanderplatz.

Lo cierto es que la industria textil de la República Democrática Alemana no esperaba conseguir tal efecto con este vestido. Los diseñadores difícilmente imaginaron que por su culpa algunas esposas de actores, que acababan de salir de una depresión postparto, caerían en una depresión que les duraría hasta la tumba; que las amantes secretas de los directores de teatro serían sometidas a un lavado de estómago por causa de este traje aún más secreto; que cientos de mujeres desearían quemar en la hoguera esa falda de seda y esa chaqueta de seda de dos botones, bajo la cual se tensaban los pezones, llenando de cianuro sus matrimonios de diez años. Sin embargo, también querían quemar el traje en la hoguera los antiguos ayudantes de director, camareros y aprendices de carnicero que al cabo de los años seguían despertándose bañados en sudor cuando en sueños sentían el olor a almendra de los pechos, y, por la mañana, en el baño, abofeteaban a sus hijas gritándoles no quiero volver a verte vestida con esos trapos, porque las pobres niñas se estaban probando un traje de seda de segunda mano ante el espejo. En una palabra, que la industria textil de la República Democrática no contaba con esto. Los diseñadores imaginaban un vestido clásico y veraniego, que se llevaría, como es natural, con una blusa de color crema, por ejemplo, y con el que las empleadas de entre dieciocho y treinta y cinco años irían al cine los fines de semana. Mi madre, sin embargo, se dio cuenta en aquel probador de la Alexanderplatz de que aquellos escasos cientos de gramos de seda contenían mucho más y ni siquiera se molestó por el hecho de que llevara tres meses sin menstruar.

Ya podemos marcharnos, dijo al cabo de unos minutos al taxista, puesto que el trabajo de los peones no le interesaba sobremanera, o sea, que cuando los sepultureros taparon el hoyo, ella ya estaba sentada en el tantas veces utilizado sillón de piel del despacho del camarada Fenyő y preguntaba si el Partido se daba por satisfecho, porque, si bien era cierto que el intercambio de cartas no había surtido el efecto deseado, ella había sacado las debidas consecuencias, es decir, había llegado a la conclusión de que su hija no era una oveja descarriada, sino una vil traidora a la patria, capaz de traicionar, en aras de su carrera, no sólo a su propia madre, sino a la clase obrera en su conjunto. Una nulidad infame, una putita barata. Y como bien

sabía el camarada Fenyő, ella no sólo había roto relaciones con ella, sino que consideraba muerta a su hija. En su opinión, pues, volvía a cumplir, como madre y como actriz, con la moral socialista. El secretario del Partido creyó que mi madre se burlaba de él y de todo cuanto representaba y aseguró a la camarada que el Partido Socialista Obrero Húngaro no toleraría con los brazos cruzados esta actitud, pero al cabo de unos instantes se percató de que no había allí ni pizca de cinismo y que la mujer lo decía todo absolutamente en serio. Y entonces escupió a mi madre en la cara.

Dejó caer la libreta de trabajo en la alcantarilla de delante de la entrada de artistas como un papel de estaño vacío que ya se ha quedado sin el bombón de guinda al coñac, pero una vez en casa apenas tuvo fuerzas para cerrar las persianas. Se quitó de alguna manera las sandalias, se desabrochó el traje y se tumbó en la cama.

Trae un paño húmedo, que tengo migraña, dijo.

Madre, yo me largo, dije.

Vaya, respondió, y mientras ella se dirigía tambaleándose al baño en busca de una toalla húmeda, yo metía en la maleta unas cuantas mudas de ropa interior.

Desde el umbral veía cómo yacía sobre la cama en el cuarto oscurecido, entre los decorados que la mentira había reconvertido en herencia de los Weér. La chaquetita de seda negra había resbalado de su vientre, y el lugar de su cara lo ocupaba un paño húmedo. Su desnudez era como la de los muertos, que ya sólo maravilla a los limpiacadáveres y al Señor. No me habría molestado que mis ojos segregaran la saliva del camarada Fenyő en vez de lágrimas, con tal de sentir algo. Pero lo único que sentía era una sensación de asfixia. Que si no huía de allí esta vez, no lo haría nunca. Al menos odiarla, pensé. Odiarla como Judit, pensé. O como aquellas esposas atiborradas de calmantes que, mirando por la ventanilla de la caldera del crematorio, deseaban verla consumirse por fin junto con su traje de seda y aplastar la cara del marido contra el cristal refractario, venga, míratela bien, que aún puedes entrar y follártela.

Me voy, madre, insistí, pero ya no a ella, sino al paño que se le había pegado al rostro.

Cierro, dije, cerré la puerta con llave y me fui a pie hasta la Körút, aunque aún no sabía adónde ir. Luego recordé que los Kremer me habían ofrecido no hacía mucho su casa de campo, cuando quieras.

Por aquel entonces se habían puesto de moda las casas de campo con sus muros de adobe, su aire fresco y sus carros adornados con geranios en el patio, mientras los campesinos se limitaban a mirar asombrados con qué entusiasmo pisaban el barro esos intelectuales de Budapest, con qué pericia cubrían con arcilla los hornos con

forma abombada que se habían derrumbado y llenaban de geranios los carros de heno pintados de color marrón, y con qué ingenio fabricaban mesas de jardín con los hediondos barriles de la col fermentada, sillitas con las colodras para el queso, lámparas de lectura con la vajilla de cerámica rota. Con qué entusiasmo chapotean los críos en la artesa, mientras su padre afila la guadaña con una lima de hierro y su madre pinta con pintura de barco la pala del horno. Los campesinos contemplaban absortos cómo la presentadora presentaba las últimas noticias en televisión y plantaba las cebollas en el jardín contiguo, y preguntaban entonces por encima de la verja que cómo funcionaba eso, cómo era posible tal cosa. La presentadora explicó que el programa estaba grabado, que la técnica había avanzado mucho, que había soluciones para todo, a lo cual los campesinos le dijeron que lo entendían perfectamente, pero que no era ésta la cuestión, sino cómo se podían grabar el viernes las noticias del sábado. ¿Cómo se podían conocer por adelantado? La presentadora, turbada, preguntó cómo era la tierra por esa zona, si bastaba introducir dos porrinos en el agujerito o si era preferible meter tres. Los campesinos respondieron que la tierra era buena y que ellos metían uno solo.

Sería preferible llamar antes por teléfono, pensé, y saqué una moneda de dos florines del bolsillo, pero entonces se me ocurrió que a buen seguro preguntarían por mi madre. Qué tal estamos, qué noticias tenemos de Judit, y cosas por el estilo. Tendré que inventarme algo, pensé. Porque no puedo decirles que mi madre se ha vuelto loca, pensé. Simplemente no puedo decírselo a nadie, pensé. Uno no puede decir de su madre que está loca, pensé, y traté de inventar algo y, cuando empezó a llover, me resguardé bajo el alero del quiosco, y desde allí me quedé mirando los tranvías, sin saber qué responder cuando me preguntaran por mi madre. Después del décimo convoy sabía ya que nunca sería capaz de hablar con nadie sobre mi madre. El vendedor sacó entonces la cabeza por la ventanita rodeada de noticias y crucigramas y preguntó qué quería yo en el fondo, a lo cual le dije que nada, que estaba esperando a alguien, y le pedí la guía de *Cineteatrico*. Cuando me dio la revista y la vuelta, tomé conciencia de que no tenía adónde ir. O, para ser más preciso, que iría a cualquier sitio desde Kamchatka hasta Tierra de Fuego y que también pediría el *Cineteatrico* al quiosquero que me mirara y me inspirara miedo. Igual que los soldados reclutados en los pueblos que, una vez en el frente, agarraban tierra mientras cavaban las trincheras, desmigajaban los terrones y los examinaban para ver si el suelo servía para trigo o para cebada. Una mujer de unos cincuenta años, medio borracha, descalza, cruzaba la calle con un vestido de punto encarnado. Los coches tocaron la bocina, algunos conductores la insultaron, pero la mujer escupió hacia ellos y les gritó soyunaputa. La lluvia había desecho la permanente de su pelo ralo, y las gotas descendían por el maquillaje, del grosor de una pulgada, como por un hule. En una mano llevaba una botella de vodka y los zapatos, y en la otra, un cuervo.

Soyunaputa, repitió cuando ya había alcanzado el otro lado, pero ya sin despotricar, sólo para sí, con la impasibilidad del rosario. Dejó caer el pájaro sobre la acera, trató de ponerse los zapatos, pero se tambaleó y se apoyó en el poste de la electricidad. Por último se sentó en el bordillo mojado, mientras el cuervo se debatía a su lado, sobre el asfalto.

Cuando por fin logró atarse la cinta del zapato, el pájaro murió. Las alas rotas y rígidas se pegaron al asfalto mojado como si se hubieran adherido al alquitrán, pero ella no se dio cuenta hasta que acabó de ponerse los zapatos. «Despierta, Rebeka», dijo, y levantó ese montón de plumas empapadas, decidida a no creer que hubiera fallecido. Luego intentó introducir vodka en el pico del pájaro muerto, y cuando ya había desperdiciado casi toda la bebida, cuando ya no cabía la menor duda, cogió, furiosa, el cuervo por la cabeza y empezó a golpearlo contra el suelo, gritando ¡Rebeka, vuela! ¡Rebeka, vuela!, y la acera se llenó de sangre, pues la cabeza del pájaro casi se había desprendido ya del cuerpo.

En la parada del tranvía, una mujer tapó rápidamente los ojos a su hijo que no cesaba de mirar, no mires, que es una mujer fea, dijo, pero el niño quería verlo todo, o sea, que acabó recibiendo una bofetada, y su madre se lo llevó casi a rastras hasta el otro extremo de la isla peatonal. El quiosquero gritaba desde su puesto, si no te largas de aquí, te meto a patadas bajo el tranvía, oye, pero la mujer no paraba, o sea que el hombre salió finalmente del quiosco y la cogió del pelo.

—Suéltela en el acto —dije yo, que nunca había intervenido en una escena callejera.

—Cierra el pico, que a ti también te doy —me amenazó.

—Le he dicho que la suelte —insistí, pero en voz mucho más baja.

—Pues entonces sácala de aquí ahora mismo, con el jodido pájaro y todo —soltó encolerizado; luego volvió despotricando a su puesto y cerró la puerta de un portazo.

La mujer me abrazó las piernas como si fuese un tronco, y yo aún no sabía qué decirle. Se me ocurrían cosas tales como déjelo, tranquilícese. Al cabo de un rato ya sólo tenía la sensación de que me quedaría toda la vida en aquella esquina de la Körút y la calle Bérkocsis, con la prostituta arrodillada en un charco. Habría preferido huir, habría sido mejor dejar el asunto en manos del quiosquero, pero por fin cogí a la mujer del brazo para, como mínimo, liberarme de su presa.

—Recójalo —dijo mientras la ponía en pie, y luego esperó apoyada contra el poste a que envolviera el cadáver del cuervo en el *Cineteatroncierto*. Guardó el paquete bajo el brazo, y del brazo cruzamos la calle para dirigirnos a la plaza de enfrente. Elegí un banco al que aún no le habían sacado los listones a patadas, pero no quería sentarse.

—Aquí no se está bien —dijo.

—¿Dónde vive? —pregunté. Indicó con un movimiento de la cabeza una calle lateral y arrojó luego el cuervo a una papelera.

La habitación estaba situada en la escalera trasera, frente a los váteres

comunitarios. La mujer se subió primero a uno de los inodoros para coger del depósito de agua la manija utilizada como llave de casa, y así entramos en el lavadero reconvertido en vivienda. Desde que se extendieron las lavadoras Hajdú, el consejo del distrito se dedicó con gran energía a habilitar como viviendas de emergencia los espacios que habían quedado más o menos en condiciones a pesar del salitre acumulado. En éste cabían exactamente una cama sin hacer, una mesita, dos sillones con los brazos rotos, un armario y una cocina de gas butano.

Entre la cocina y el lavabo, una serie de portadas de revistas tapaban el revoque que se venía abajo. En algunos puntos se habían desprendido las chinchetas y se habían inclinado las cantantes de melodías bailables y las modelos que presentaban cardiganes primaverales, y se veían los ladrillos mojados tras las chicas de osados escotes que adornaban las portadas de la revista *Rakéta*, pero no se percibía olor a moho, sino a pajarera. La mujer abrió entonces el armario, y de repente el cuarto se llenó de gorjeos y trinos. Veinticinco jaulas se alineaban en los estantes, y al ver luz se animaron los canarios, los loros, las gaviotas, los pinzones y las tórtolas; también había palomas comunes, tórtolas de los Balcanes, mirlos y un montón de gorriones, y todos aleteaban impotentes en el fondo de las jaulas, pues todos tenían las alas rotas.

—¿Llevas cigarrillos? —preguntó la mujer, y le respondí que se me habían acabado, a lo cual se arrodilló y rebuscó bajo la cama, hasta encontrar un frasco de compota lleno de calderilla, metió la mano y me dio un montón de monedas de veinte y cincuenta centavos—. Tráeme Fecske —ordenó.

La dependienta ya estaba barriendo. Llega tarde, dijo, la caja está cerrada, y yo le sugerí que marcara mañana el dinero ingresado, pero según ella no se podía, pues qué pasaría si yo fuese un inspector, la pondrían de patitas en la calle, y le aseguré que no era un inspector, pero que mi madre no había podido bajar a comprar porque se le habían roto las alas, y se rió y me dejó entrar bajo la persiana bajada a medias, y eso que había dicho por casualidad alas en vez de piernas. Compré cuatro panecillos de Viena y cien gramos de embutido. Cuando volví, la mujer contemplaba sentada en la cama a los pájaros que no paraban de chillar en el armario, mirándolos como se mira la tele o la calle a través de la ventana, como un modo de saber lo que ocurre allá fuera en el mundo.

—¿Tiene hambre? —pregunté, y puse la comida en la mesita.

—Tú come tranquilamente, que yo lo haré después —respondió, se incorporó, se encendió un cigarrillo, y siguió contemplando a los pájaros. Fuera, la puerta del váter se cerró de un portazo, y acto seguido los gemidos de un hombre se mezclaron con los trinos de los gorriones y canarios—. Es Nyitrai —dijo—. Lleva dos semanas estreñido, pariéndome aquí su mierda todas las noches —añadió, y luego gritó a Nyitrai que se tomara por fin el aceite de ricino, a lo cual el hombre le contestó a voz en cuello que cállate, que te denuncio a la brigada antivicio, furcia.

—No me denunciará, seguro —continuó la mujer con un ademán de desprecio, como queriendo calmarme, e invitándome a quedarme tranquilamente apagó el cigarrillo, encendió el gas de la cocina y calentó agua—. El agua fría los pone enfermos —dijo.

A continuación, vertió en las jaulas unos granos de una bolsita, al tiempo que repetía una y otra vez Rebecka come.

—¿De dónde son? —pregunté.

—De aquí y allá. Regalo de los mejores clientes. Todos me los traen con las alas rotas, porque son más baratos o incluso gratis. Además, da igual, porque aquí de todos modos no pueden volar.

—¿Y el cuervo?

—Acababa de encontrarlo en la plaza. Algún perro lo habrá destrozado.

Comprobó con el dedo meñique la temperatura del agua, llenó los bebederos y volvió a encenderse un cigarrillo.

—¿Follas? —preguntó.

—No —respondí.

—Claro, eres un caballero. Seguro que vas al Anna.

—No es por eso —dije.

—Mira que son sólo trescientos. Yo también iba al Anna.

—Pero yo no.

—Estás casado.

—No, no estoy casado.

—Aunque estés casado, puedes querer follar. Son los que más quieren.

—¿Puedo dormir aquí? —pregunté.

—También cuesta trescientos. Pero sólo esta noche, que mañana espero a un cliente. El cartero viene todos los martes.

—Está bien —la tranquilicé.

—Él me trajo el canario. Pero me pagarás ahora, por adelantado.

—Por supuesto —dije, y saqué los trescientos florines. Cogió el dinero y lo guardó en el armario, detrás de una de las jaulas.

—Allí no lo roba nadie. Si alguien mete la mano, me despierta el alboroto de los pájaros. Son mejores que los perros.

—¿Es usted? —pregunté, señalando la fotografía que colgaba sobre la cama.

—Es mi madre.

—Se le parece. Era una mujer muy hermosa su madre —dije.

—A mí no me vengas con cumplidos. Los trescientos te dan derecho a follarme. Y cuando te hagas cliente, me traerás pájaros.

—No le estaba haciendo ningún cumplido, es realmente bella.

—Así es. Que esté allí colgada y lo vea todo... A ver, ¿te desnudas?

—En serio, sólo querría dormir.

—Te echó tu mujer, ¿no?

—No tengo mujer —aseguré.

—No hablemos del tema si no quieres.

—¿Por qué no se cree que no tengo esposa? —pregunté.

—Me importa un rábano, la verdad. Me lo creo —dijo—. Sólo éstos se hacen rogar como tú. Luego vienen regularmente porque las esposas escupen la leche. Como si no diera igual de qué se compone la mierda.

Cerró la puerta del armario para acallar a los pájaros.

—Toma, bébete esto —ordenó, y me dio media botella de vodka, que había sacado de debajo de la cocina, y luego se quitó a tirones el vestido encarnado de punto, se desabrochó el broche del sujetador, y los enormes pechos emergieron de los cestos, se expandieron como una esponja arrugada o como rosas ajadas por la lluvia.

Por estos pechos viene el cartero, seguro, pensé. También debe de tener algún problema psíquico, pensé. Los lisiados son los que gustan de buscar refugio entre pechos tan enormes, pensé. Ese de la silla de ruedas que anda por aquí todos los domingos también acude, seguro, pensé. Con una mano maneja la manivela, con una pierna dirige el triciclo, y cruza la calle con el semáforo en rojo sin inmutarse, porque a estas alturas ya todo le importa un pepino, pensé. Se abalanza directamente sobre la pierna del policía de tráfico y le grita, anda a follar a tu madre, madero, y el otro prefiere apartarse de un salto. Ni siquiera le pide el documento de identidad, porque tampoco es tonto. Sabe que no conviene complicarse la vida con alguien al que ya todo le importa un rábano, pensé. Mañana mismo lo probaremos, pensé. Cruzaremos la calle con el semáforo en rojo, y si no nos piden el documento de identidad, será porque en el fondo ya todo da igual, pensé, y me quedé mirando a la mujer que se quitaba los zapatos sacudiendo los pies. Sus piernas estaban cubiertas de barro, de modo que sacó un pañuelo de debajo de la almohada, escupió encima, se limpió los pies y luego tiró el trapo bajo la cama.

—¿Qué, vienes ya? —preguntó.

—Prefiero dormir aquí en el sillón —respondí, y di un trago a la botella de vodka para que me entrara sueño cuanto antes.

—Puedes desvestirte, que no soy carterista —dijo.

—Ya lo sé —contesté.

—Entonces apaga la luz —sentenció, y se cubrió con la manta.

Junté los sillones, me desvestí y luego tomé un trago de agua directamente del grifo, puesto que el vodka me quemaba en la garganta.

—¿Por qué quiere usted que su madre lo vea todo? —pregunté en la oscuridad.

—Si no follas, duerme —respondió.

Esperé a que el tren pasara traqueteando por los barrios periféricos y el cinturón verde de tercera categoría, porque aborrezco la periferia. Y eso que a buen seguro no está nada mal. Probablemente, muchos prefieren la ciudad jardín de Kispest a la

Nagykörút, y el asentamiento Havanna es mejor que nada. Yo, en cambio, cuando me despertaba en alguna vivienda de paneles prefabricados, sentía auténtico pánico. Creía no ser capaz de encontrar el camino de casa, y en el curso de los años, uno de mis cajones se llenó de papelitos con mapas dibujados en ellos. De esos que te dibujaban con la cerilla quemada porque no había nada para escribir cerca de la cama.

—Pero así también lo entiendes, ¿no, cariño? O sea, que sigues recto por esta calle y cuando llegas al colmado doblas a la derecha. Una vez allí, tiras este papelito con la dirección y el número de teléfono al cubo de la basura, pues no quería que entre jodienda y jodienda me confundieran con un servicio de ayuda psicológica.

Claro que también había mapas dibujados durante el café de primera hora: en servilletas con corazoncitos, en hojas arrancadas de cuadernos o con un lápiz de labios en un trozo de tela.

—¿Verdad que lo guardas, miamor? Y aquí tienes también la dirección y el número de teléfono. O sea, que sales por esta calle y cuando llegas al colmado doblas a la izquierda, y allí está la parada. Pero ahora date prisa, que en seguida viene mi padre o mi marido de Leningrado.

Pero yo corría de todos modos, deseoso de alcanzar el bus nocturno, como cuando confundí a una maestra que había ascendido a modelo con el servicio de ayuda psicológica y, por casualidad, me puse a llorar sobre su cara mientras follábamos. Considerando, de hecho, que después del coito sólo dan ganas de huir, no hacen falta, en el fondo, tantas hojas arrancadas de cuadernos ni servilletas con corazoncitos.

Así y todo, resulta muy comprensible que te cagaras de miedo por culpa de Eszter, madre. Que prefirieras que siguieran acumulándose aquellos mapas tan útiles en su día, con las rosas secas de la despedida, con los mechones de pelo rubio y los sonetos de rima consonante escritos sobre mi espalda. Que siguieran juntándose los números de teléfono de nuncamás, las crucecitas, corazoncitos de oro y estrellitas de David desprendidos de sus cadenas. Las fotografías del bachillerato y los medallones con los signos del zodiaco. Tantas piscis como escorpiones, lo cual no es casual, madre. E igual cantidad de las otras, claro, y ropa interior de todas y cada una, y al menos una cinta magnetofónica desgastada con canciones de Edith Piaf.

Una colección de naderías como ésta resulta sin duda más tranquilizadora que Eszter, madre. Eszter contra el corazoncito de oro o contra la casete Orwo, con los jadeos grabados en secreto en la cara B, que me han puesto en el bolsillo en el momento de la despedida, como un souvenir práctico para que pudiera hacerme la paja lejos de Angyalföld.

—¿Verdad que pensarás en mí mientras tanto? —y yo le miento diciéndole que sí, claro, porque en tales situaciones nada es más humillante que la verdad. No hay excusa ante el hecho de que nos repugna ese contacto que deseábamos, y mucho, hace dos horas, sentados todavía en el trolebús o en el Polskifiat, pues llevábamos medio año sin que nadie nos llevara al piso de realquiler de Újpest o a su chalé de Sashegy.

Vamos, que aunque la cosa acabe con que después del orgasmo un simple músculo bombea la nada al cerebro, uno tampoco puede afirmar que no escuchará nunca esos jadeos grabados en la cara B del casete. Que no pensará en nada salvo en la luz de neón de la publicidad de la lotería estatal que se filtraba por la ventana y pintaba la habitación de color de moho tras el coito. Como tampoco recordará nada de los sonetos escritos sobre su espalda y compuestos con rimas consonantes, salvo los arañazos del lápiz en la espalda; y respecto al cuello parcialmente arrancado, sólo se le ocurrirá pensar que era su mejor camisa. Y, sin embargo, comprendo que esa década de las amantes de una sola noche te resultara mucho más tranquilizadora que Eszter, madre.

En Rákosrendező tres hombres se subieron al compartimiento, trabajadores ferroviarios que se movían en tren incluso dentro la ciudad. En un tren de cercanías llegan a la estación Este en busca de unas zapatitas o a pedir prestadas unas herramientas, y beben luego uno o dos vinos con sifón en el restaurante a la espera del siguiente convoy. Claro que así el viaje dura una hora y media, pero nadie les pide cuentas. Los viajes en tren están incluidos en el tiempo de trabajo, porque estos ferroviarios en el autobús o el trolebús como los marineros la tierra firme. Éstos empiezan a marearse tan pronto como han atracado. De igual modo, a los ferroviarios les aterran los medios de transporte de masas en las ciudades. Lo sé por un revisor que me contó que a estas alturas de la vida era incapaz de dormir con una almohada. Su mujer llevaba treinta años haciéndole la cama como correspondía, y los mismos años llevaba él tirando la almohada al suelo y poniendo bajo la cabeza su maletín de ferroviario, como acostumbraba desde su época de soltero. La mujer, en cambio, trabajaba en el Hotel Hajnal, o sea que tampoco se podía esperar de ella que no pusiera la almohada en su sitio, puesto que el hábito es un gran señor. A Dios gracias, pues, que sólo discutieran una vez en treinta años, cuando sus primeras vacaciones conjuntas se fueron al garete porque él no llevó su maletín de ferroviario y pasó cuatro noches sin poder dormir en el balneario del sindicato. Se revolvía en la cama hasta la mañana, arrugaba la almohada, lo intentaba con la cesta de rafia de su esposa en la que llevaban la manta a la playa, pero no servía de nada, de modo que al quinto día se volvieron para casa. Y a punto estuvo de romperse el recién estrenado matrimonio, pero la mujer no tardó en comprender que no tenía razón, porque no existe en el mundo un revisor capaz de dormir sin su maletín.

Una vez hablé con un maquinista al que despidieron porque no pudo volver a subirse a la locomotora después de su primer suicida.

—Se me agarrotó la mano, simplemente no podía soltar el pasamanos, ¿me entiende? Me eché a llorar allí en el estribo, y eso que el semáforo ya me había dado vía libre. Vinieron luego el revisor y el jefe de estación y, no sé cómo, me soltaron los dedos de la barra de hierro. Ese mismo día, el médico me envió a Budapest, al

Hospital de los Ferrocarriles del Estado, y mire que la mayoría de los maquinistas ha matado a cinco o seis personas. Se incluye en los cálculos, vamos. Durante la formación ya te avisan de que no hay que montar un cirio por una cosa así, que son muchos los que saltan ante el tren como los ciervos o las liebres, pero que es su problema. No es asunto nuestro que tengan tales aficiones. Lo mejor en estos casos es tocar la bocina y seguir adelante como si no hubiese ocurrido nada, porque así no puede haber problema. Yo, sin embargo, ni siquiera toqué la bocina. Simplemente me paralicé, ¿me entiende? Allí estaba, después de la curva de Tatabánya, la mujer con los dos niños, pero ni siquiera los abrazaba, sino que estaban uno al lado del otro como álamos, los tres mirándome a los ojos, ¿me entiende? Esa niña de seis años me miraba como a un árbol de Navidad lleno de regalos. Al día siguiente, el periódico mostró las fotografías tomadas en el escenario del suceso y publicó un artículo de condena a esta clase de madres, y el periodista manifestó su simpatía por el maquinista, al que el acontecimiento, desde luego, conmovió sobremanera. Y yo quise ir a ver a ese periodista para preguntarle si había visto alguna vez a una madre con dos niños en las vías del tren. Le quería exigir que escribiera una rectificación. Que escribiera que estaban allí plantados como tres álamos y que yo no toqué la bocina, pero los colegas me lo desaconsejaron. No te metas, dijeron, el mal ya está hecho, y tú sabes perfectamente que habrías tocado la bocina en vano. Al día siguiente no pude empezar mi turno, la mano se me quedó pegada al pasamanos del estribo de la locomotora, o sea que me despidieron. Desde entonces cultivo champiñones en el sótano.

Y yo pregunté al maquinista cómo es que seguía viajando en tren, a lo cual me contestó que esto no es como el cigarrillo, joven, que lo dejamos después de Nochevieja. El ferroviario no puede vivir sin el ferrocarril. Como tengo un pase gratuito, me subo todos los domingos al tren y viajo hasta Debrecen o hasta Miskolc y vuelvo con el nocturno, porque allí no tengo nada que hacer.

Cuando los tres trabajadores de mantenimiento de vías y obras se sentaron en el compartimiento, me apresuré a sacar del bolsillo el libro que me había dado el párroco, para refugiarme en un rincón y fingir que estaba leyendo, pues no quería conversar con nadie, y al que lee normalmente lo dejan en paz. No le preguntan adónde va ni de dónde viene ni si tiene familia, etcétera. De hecho, quien tiene un libro en la mano ni siquiera está presente. No hay que ofrecerle ni pastitas secas ni bebida porque el libro lo vuelve invisible. Ante el pasajero lector ni siquiera se baja la voz. Así pues, saqué el libro, y quizá sentí una pizca de curiosidad por saber qué texto me había dado el padre Lázár en lugar de las *Confesiones* y por qué estaba tan seguro de que nunca había oído hablar de él. No es que conozca a fondo la literatura religiosa, pero es preferible suponer estas cosas a darlas por sentadas, padre. Y cuando abrí el libro, sólo tuve una sensación de vergüenza porque, a mi manera,

había hecho creer a alguien que de las profundidades del tabernáculo de hormigón aún pudiera salir algo más grato a los ojos de Dios que un cáliz lleno de formas envenenadas. Hojeé la libreta vacía, encuadernada en piel negra, pero aparte de ese fugaz sentimiento de vergüenza no sentí nada. Es de temer, padre, que le causaré una desilusión, como los niños gitanos a la industria de cooperación holandesa. Esos jerséis ya deben de estar llenos de barro, pensé. A partir de ahora los llevarán puestos cuando desuellen el caballo robado o cuando estén sentados en escaleras que no conducen a ninguna parte, pensé. Lo cual quizá no sea tan grave, pensé. Bien es verdad que ningún viento conviene al navegante que no sabe dónde está el puerto, pero si tenemos carne de caballo, pensé, ¿por qué hemos de sentir curiosidad por la costa? Aunque esta libreta de la cooperación sea, desde luego, un recuerdo simpático y hasta ingenioso, mis hojas DIN A4 se encuentran igualmente vacías al principio, pensé. Y tengo buenos motivos para suponer que hasta el trigo de Caín resulta más grato al Señor que todo cuanto escriba sobre papel, padre. Y está bien que así sea, y no se puede condenar al Señor por ello. El Señor no tiene la culpa de que, incluso cuando estoy en mi mejor estado de forma, sólo sea un metal sonoro. Pues o bien tiene la culpa de muchísimas cosas o bien no la tiene de casi nada. Y es preferible que nos atengamos a la segunda hipótesis, padre.

Quédate ciego, dije para mis adentros cuando apenas tenía diez años, y me puse a andar a tientas por la casa, con los ojos abiertos como quien no ve. Durante tres días me dediqué a derramar el té y a darme contra las jambas de las puertas. Veía, sí, pero todo aquello no me molestaba.

Sólo Judit sabía lo que me pasaba.

—Estoy ciego, pero no se lo digas a nadie —le pedí.

—Está bien —respondió, y siguió ensayando para su concierto de la escuela, al tiempo que yo miraba a través de mi madre como por un vidrio opaco mientras ella se ponía el abrigo de piel. Luego sacó en un rápido gesto el embutido y los triangulitos de queso crema de la nevera y se fue deprisa y corriendo al teatro.

—El lunes descansan —aseguró Judit a los diez años.

—Seguro que ensayan, porque el viernes estrenan —respondí a los diez años.

—Los lunes no hay ni ensayo. Es el domingo de los actores, como el sábado es el domingo de los judíos.

—Entonces hoy no es lunes —dije, a lo cual dejó el violín y trajo la agenda de la mesa de nuestra madre.

—Mira, es lunes —dijo.

—No veo —le recordé.

—Perdona —dijo—. Aquí lo pone, lunes, ocho de la noche, T. H.

—Ya ves, *La tragedia del hombre*.

—Tamás Hefenbach —aclaró.

—*La tragedia del hombre* —insistí.

—Hefenbach. Además, *La tragedia del hombre* fue prohibida cuando los del abono Gorki aplaudieron puestos en pie a los falansterios.

—Pues será otra cosa. Prometió que Hefenbach no volvería a poner los pies en esta casa.

—Estaban ensayando. ¿Por qué te molesta que ensayen en casa? Tampoco subes corriendo al escenario para decirles que lo dejen en el acto.

—Porque no puedo dormir mientras gritan. Y que no mienta. Que mi madre no me mienta. Además, Hefenbach no es actor, sino periodista.

—Crítico. O sea, casi un actor —dijo Judit.

—Da igual. Que ensaye sola por las noches.

Me llevó de la mano hasta la cocina, untó mi rebanada de pan con queso crema y me la dio como si fuese un ciego de verdad, y entonces se abrió la puerta y llegó mi madre, pero no saludó, ni se quitó el abrigo, sino que entró rápidamente en el baño.

—Ya ves, esta noche no hay función —explicó Judit, y entonces dejamos nuestra cena y entramos en nuestra habitación.

—Tiene migraña, o sea que ahora no ensayes —le ordené.

—Juguemos a las cartas —propuso.

—No puedo —dije.

—Entonces al dominó. Así puedes palpar las fichas.

Al cabo de diez minutos entró, apretando con una mano una toalla contra la sien palpitante y sujetando con la otra el pomo de la puerta, con tal fuerza que se le tensaron los tendones como cuando se agarra un cuchillo, y su mano era así aún más bonita si cabe, y por un momento olvidé mi ceguera. Fue mi único instante de flaqueza, pero luego volví a mirar a través de ella como por un vidrio opaco. No le miraba a los ojos, sino a un punto situado muy lejos detrás de ella.

—¡No vuelvas a meterte en mi vida! ¡No quiero que vuelvan a humillarme por culpa del mocoso de mi hijo! —gritó, y se fue dando un portazo.

—Es por Hefenbach —dijo Judit.

—No importa. Así al menos no vuelve. ¿Me pones el pijama?

—¿Hasta cuándo estarás ciego?

—Aún no lo sé.

—¿Por qué no estás sordo? Se daría cuenta antes.

—No es seguro. Y entonces no podríamos hablar.

—En la escuela no podrás estar ciego.

—No iré. Mañana por la mañana haré que me sangre la nariz con hipermanganeso.

—¿Quieres que me quede en casa? De todas maneras tengo que ensayar.

—Será mejor que vayas a la escuela. No me gusta Vivaldi.

—Vivaldi no está mal —dijo—. Como ciego no puedes leer. De hecho, no puedes hacer nada. Como sordo podrías leer y no me oirías cuando ensayara.

—Entonces me lavarían las orejas. O me pincharían como a Laci Örvös antes de Navidad.

—De todas maneras te llevará al médico.

—Pero sólo me iluminarán los ojos y me pondrán unas gotas.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó Elemér cuando le pusieron gafas. Te amplían las pupila con unas gotas. Durante un día lo ves todo nublado, como si tuvieras lágrimas en los ojos.

—El médico se dará cuenta de que ves.

—¿Cómo?

—Pestañearás cuando te los ilumine. Un ciego de verdad no pestañea.

—Apuesto a que no pestañeo. Juguemos a aguantar la mirada.

—¿Qué apostamos?

—Si no parpadeo, tú serás la menor durante una semana.

—Eso no lo apuesto. Eso ya lo decidimos.

—Bueno, pues entonces me robarás cápsulas de sangre del vestuario de mamá. El hipermanganeso me pica en la nariz.

—De acuerdo. ¿Y si gano yo?

—La semana que viene te haré los deberes de húngaro.

—Y de gramática —remachó.

—Vale —respondí.

Al día siguiente, Judit robó toda una caja de cápsulas de sangre del teatro, porque la miré como un ciego de verdad. No moví los ojos ni cuando me aventó con la partitura.

—Has ganado —dijo, y me puso el pijama, pero mi madre tardó dos días en darse cuenta de mi ceguera.

—Tendríamos que ir al médico. Es terrible cómo te sangra la nariz. Ya no te pueden poner más faltas en la escuela —dijo.

—Ya recuperaré —aseguré, y quise golpear con la cucharita la cáscara del huevo pasado por agua, pero no acerté.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Nada, ya lo conseguiré —dije, y volví a fallar, al tiempo que miraba a la nada a través del azul de sus ojos.

Irritada, cogió el huevo, partió la cáscara, volvió a ponerlo delante de mí, pero mi mano no encontraba el salero. Palpaba la mesa con cuidado para no volcar la taza de té, metí la mano en la mantequilla, y mi madre se ponía cada vez más nerviosa, pero todavía no se le ocurría pensar que estaba ciego.

—Toma, límpiate la mano —ordenó Judit, y trajo el trapo de la cocina, pero yo no atiné a cogerlo y esperé a que me lo pusiera en la mano.

—¿Qué es todo esto? —preguntó mi madre.

—Lleva tres días sin ver —dijo Judit.

—¿Cómo que sin ver? ¿Por qué no ve?

—Porque se quedó ciego. Cuando viene Hefenbach, se queda horas mirando la lámpara —explicó Judit.

—¡Por el amor de Dios! —gritó mi madre, corrió hacia mí y se arrodilló, me cogió la cabeza entre las manos, pero yo seguía mirando a través del azul de sus ojos a la nada.

—Le sangra la nariz por el hipermanganeso —dijo Judit—. Porque no se atreve a ir ciego a la escuela.

—¡Ay Jesús!, vístete en seguida —me pidió mi madre.

—No puede. Llevo tres días vistiéndolo —aclaró Judit.

—¿Cómo es que no me avisasteis? ¿Qué os imagináis? —preguntó mi madre, y fue la primera vez que podría haberla visto llorar, pero estaba ciego. Dejé que me vistiera, que me quitara el pijama a tirones y me pusiera el primer traje que cayera en sus manos y hasta los zapatos de invierno sobre los pies desnudos.

—No queríamos molestarla antes del estreno —dijo Judit fríamente mientras seguía comiendo su tostada—. Por cierto, no lleva calcetines —añadió, asombrada por la desesperación de mi madre.

—¡Pues tráelos! —gritó.

—Están todos sucios —mintió Judit.

—Pues trae unos calcetines sucios —susurró mi madre, y llamó luego a un taxi y me llevó en brazos hasta el coche.

—Al Hospital Heim Pál —dijo al conductor, pero no parecía su voz. En la calle Üllői yo ya sabía que no sería capaz de mirar la lámpara del médico sin pestañear. Ya no era capaz de mirar a través del azul de los ojos de mi madre. Cuando volvió a cogerme la cabeza entre las manos, mi mirada se clavó en su iris enceguecedor y mi rostro se llenó de lágrimas, y eso que habría sido una maravilla aguantar al menos hasta el hospital, pero ya veía. Primero sólo vi que se le alisaba la cara y luego que se endurecía como una estatua.

—Dé media vuelta —ordenó al conductor, con la misma voz que utilizaría diez años más tarde al transportar el ataúd de un decorado al cementerio de Kerepes. Regresamos sin abrir la boca. Una vez en casa, se limitó a decir que no intentes chantajearme nunca más y acto seguido se marchó sin despedirse.

Los tres operarios de los Ferrocarriles del Estado despotricaban contra los soviéticos que se retiraban del país. Que por culpa de los movimientos de tropas se había detenido todo el transporte de carga húngaro, que unos convoyes espectrales recorrían traqueteando el país llevándose todo cuanto había. Que esta gran libertad habrá de traernos su época de ayuno. Cuando el último vagón salga por la frontera de Záhony, nos quedaremos en pelotas, decían. En las cajas de municiones había una capa de granadas para disimular, para engañar la vista, pero debajo iba el parque arrancado de los cuarteles. Habían quitado las ventanas con jambas y todo. Una capa

de ventanas y otra de mantas, para que no se rompieran los cristales, y habían desmontado los grifos y hasta los florones de las duchas. Las minas estaban llenas de aspirinas, los cañones de los fusiles llenos de bolígrafos y hasta se rumoreaba que los depósitos de combustible de los misiles tierra-tierra iban cargados de *paprika* de Szeged. Esa gente, decían, se llevaba hasta el agua mineral de Parad y las chocolatinas marca Boci. Si hubieran podido, habrían cargado toda la industria alimentaria húngara. La mierda, eso sí, se quedaba aquí. Vertieron la gasolina en el río Zala para dejar hueco a los terrones de azúcar. Barriles de gasolina llenos de azúcar húngaro, mientras que los peces preferían morir en la orilla antes que ahogarse por culpa de la contaminación. En la zona de Pécs hasta los niños de seis años llevaban máscaras antigás caducadas, así iban a la escuela, como los marcianos, y dejar salir a los pequeños a los prados suponía exponerlos a la muerte, pues allí, debajo de los escaramujos, acechaban montones de espoletas. Una maestra contó con lágrimas en los ojos al presentador de las noticias que había pedido una goma de borrar a un niño del primer curso y que el estuche del crío estaba lleno de munición de ametralladora. Como lápices HB, así se alineaban los proyectiles. Y entonces registró la cartera del alumno y encontró más munición, como libros y cuadernos. Treinta cartuchos equivalían a una granada de mano, ésa era la cotización, decían los de primero, que se quejaban de que a ellos sólo les quedaran los restos de saldo, puesto que los de cuarto habían encontrado la fosa y hasta habían conseguido, quién sabe cómo, una ametralladora. Imagínese, señora maestra, es mucho más fácil cortar leña con una ametralladora que con una sierra mecánica. Mi padre tarda dos minutos en cortar un haya sudando sangre, siempre y cuando no se le encalle el motor, mientras que Sanyi Pongrác, del segundo B, vació en tres segundos el cargador de su ametralladora y el árbol ya empezó a inclinarse. Lo cronometramos, pero no se asuste, señora maestra, nosotros nos apartamos.

—Tendrían que haberse podrido todos en el vientre de sus madres allá en medio de la taiga, digo yo —declaró uno de los operarios de los ferrocarriles—. Instalan aquí los culos durante cuarenta años y luego ni siquiera son capaces de volver a casa con decencia. A éstos no los civiliza ni Dios. Son peores que los gitanos. Éstos al menos no se pasean en carros de combate. Se comen lo que roban, y ya está. Pero aquellos saquean de tal modo que para recuperar lo perdido habrá que hacer horas extras hasta el año que viene.

—Pero al menos había orden.

—Hasta aquí hemos llegado, tío. ¿Dónde había orden aquí? ¿Y cuándo?

—Nada, nada, sólo he dicho que había una fuerza militar. No lo puedes negar. Había cazas, había tanques, había de todo, y ahora no hay nada. El soldado húngaro lleva cuarenta años sin saber ni correr. Sólo podrá sonreír, como el burro albano al helicóptero, cuando entren los eslovacos o los rumanos. Es un patio sin perro, digo yo. Y tú sabes perfectamente lo que supone eso. Aquí puede entrar quien quiera. ¿Acaso importa que beban whisky o vodka? A ti de todos modos no te darán.

Entonces es mejor que instale el culo aquí aquel al que ya estamos acostumbrados.

—Pues yo no me he acostumbrado, desde luego.

—¿Por qué? No armaron mucho follón. No cenábamos juntos, no importunaban a tu señora, ni siquiera sabíamos dónde vivían. Se retiraban tranquilamente tras el letrero aquel que ponía «prohibido fotografiar». ¿Crees que serán mejores los negros? Al cabo de cinco años tus nietos serán mestizos o mulatos o Dios sabe qué.

—Aquí no vendrán los negros. Esto se ha acabado, ¿no lo entiendes? De eso se trata precisamente.

—Pues tanto peor si no vienen, porque entonces estamos jodidos. Pasado mañana nos invadirán los rumanos e izarán la tricolor hasta en el Parlamento, como en 1919. A mí, desde luego, tampoco me gustaban los *ruskis*. Mataron a mi hermano mayor en 1956. Con un lanzagranadas antitanque. Se encogió como un bebé. Ese lanzagranadas es una bestia asquerosa cuando da de lleno en la cabina, te hace carbón. Aun así, insisto en que, ya que estaban aquí y nos habíamos acostumbrado a ver sus jetas, habría sido mejor que se quedaran.

Desde que se inició la retirada, ya casi sólo se oía esta clase de conversaciones en las tiendas y en los bares y en el tranvía, como cuando se proclamó la República. Entonces también todos hablaban de política. Había quienes se pronunciaban a favor de la neutralidad con muchos bancos, como Suiza, otros apoyaban la monarquía argumentando que para eso ya teníamos una corona e incluso vivía el rey. Habla perfectamente en húngaro, afirmaban. O sea, que hay que sacar todos esos cuadros del Palacio y llamar a Otto de Habsburgo para que vuelva a casa. Él al menos es un verdadero caballero, no un don nadie como todos esos otros que ignoran la tradición. También se habló de la Gran Hungría. El cobrador veía buenas perspectivas para una revocación del tratado de Trianón. Los propios franceses lo consideraban una injusticia. Que estaba arreglado como un partido de fútbol. Los rumanos habían llevado un vagón lleno de prostitutas, y mientras los vejetes bebían champán y trazaban las nuevas fronteras, ellas los manoseaban debajo de la mesa. Ya han aparecido los documentos, señor escritor; todo será revocado.

Y también estaban aquellos a los que todo les importaba un rábano, pero que Dios nos guarde de los judíos, que entonces sí que nos vamos a quedar boquiabiertos. Nos van a arrebatarse a los hijos de madres húngaras con el apoyo del Estado y el gobierno de Tel Aviv se trasladará a Budapest en no más de veinticinco años. Dejarán todo aquel foco de guerra, con su desierto y su mar Muerto, y fundarán *kibbuz* en la llanura húngara. Ya están pululando en torno a las brasas. Nos hacen sacar las castañas del fuego, pero en un abrir y cerrar de ojos se comerán lo poco que ha quedado del país de san Esteban. No hay enseñanza religiosa obligatoria en ningún sitio, pero ya tenemos media hora para los judíos en la televisión. Y eso es tan sólo lo que se ve. Lo que el húngaro percibe en directo. Porque, claro, del dinero secreto de

Nueva York nunca sabemos nada de nada. Pues algo habrán pagado para imprimir ese montón de carteles electorales con la cara del rabino, pero, eso sí, para publicar el protocolo de los sabios de Sión no hay ni un centavo.

Y también estaban, claro, los que esperaban la pronta llegada del cartero con el dinero secreto de Nueva York, que les permitiría volver a ponerse en pie y financiar la cultura. Porque, perdóneme, lo que hace esta gentuza nacionalista húngara, que ya muestra los dientes, es demasiado. Suerte que todavía no te descuartizan en plena calle, pero no falta mucho para eso. No tardarán en llevarte a la orilla del Danubio como hacían los «cruces flechadas». Sólo pido a Dios que nos guarde de ellos. ¿No es suficiente lo que hemos recibido hasta ahora? Que venga por fin el cartero con ese dinero secreto para que podamos construir un poco de Europa en vez de dedicarnos a esta escandalosa verborrea. Es una vergüenza. Dios sabe que es una vergüenza.

Otros, en cambio, juraban y perjuran que no había cambiado nada, ni cambiaría nunca mientras existieran comunistas sobre la faz de la tierra. Simulan, hacen como si traspasaran el poder. Con una mínima libertad de prensa engañan a occidente, pero de hecho se instalan en todos los partidos nuevos. Se han blindado perfectamente, todo el dinero es suyo. Allí están, por ejemplo, esos montones de balnearios sindicales. No existe el poder dispuesto a entregar sin tiros esos balnearios si no está blindado. Quien afirme lo contrario es un ingenuo. Todo lo demás es cuento. El cambio de régimen está amañado como un partido de fútbol.

Y también estaban, por supuesto, aquellos según los cuales, sí, la dictadura del proletariado necesitaba alguna reforma, pero antes había que llevar al paredón a toda esta maldita banda. ¿Qué se han creído? En otros tiempos no se habrían atrevido. ¿Qué es eso de «proletarios de todos los chalés, uníos»? ¡Vaya jeta tienen! ¿Quién reconstruyó el país después de 1945? ¿Quién levantó la industria pesada? Los autobuses húngaros recorren incluso el desierto de Mongolia, las traviesas húngaras sostienen incluso los raíles africanos, la caja de los Tupolev 152 está hecha con aluminio húngaro, ¿y así y todo dicen eso de «proletarios de todos los chalés, uníos»? ¿Dónde está la policía, que no interviene en estos casos? ¿Cómo es que se han desmovilizado las milicias obreras? ¿Cómo es que las tropas soviéticas no tienen tiempo porque están embalando sus pertenencias?

Tales opiniones se oían por doquier. Hasta los mendigos hablaban de política. Allí estaban, en las manifestaciones, allí deambulaban al final de los entusiastas cortejos fúnebres cuando alguien volvía a ser enterrado con todos los honores, allí repartían octavillas a cambio de un jornal, y por las noches recogían los carteles gigantes puesto que servían perfectamente para taparse. Los fundadores de periódicos hablaban de tiradas superiores al número de lectores potenciales del país, ya que existía una demanda entre la diáspora. Los quince millones de ejemplares no suponían ningún problema, lo único que se pedía era que las máquinas de imprenta no se estropearan. La producción de la pequeña industria se disparó en un santiamén, fabricaba de todo, desde nuevas insignias hasta nuevos letreros de calles, y unas

bellísimas estudiantes de secundaria vendían latas de conserva con el último suspiro del comunismo, puesto que la fábrica de conservas Globus contribuía a la revolución con varios miles de latas de foie gras. Y cada cual tenía al menos tres ideas sobre el futuro, y cada una era más bella que la otra. Por primera vez quizás en mil años existía algo así como un idilio paradisíaco, aunque sólo durara poco tiempo. Porque todos cogían el micrófono, pero nadie desenfundaba la pistola, como si a partir de ahora solamente existiera la muerte natural o, a lo sumo, un crimen pasional. Hasta el camión antidisturbios sólo se pudo ver una vez, en una travesía, y resultó que llevaba té caliente. Los manifestantes hacían cola ante el camión, recibían dos decilitros de té ruso en vasos de plástico y luego podían volver al Parlamento. ¿No le parece maravilloso, señor escritor? Pues sí, señor conserje.

—Déjame en paz —dijo volviéndose hacia atrás, semidormida, la mujer, pero yo no cejaba, arrojándome a su espalda trataba de introducirme al menos entre sus muslos, hasta encontrar por último su vaina agotada.

—Si no puedes, mejor será que duermas —dijo.

—Ahora mismo —respondí.

—Pues date prisa —dijo, y procuré darme prisa. Me aferré a aquellos pechos que parecían rosas ajadas y le agujeré el coño como un perro.

Serás exactamente igual, pensé. Dos o tres años te quedan, pensé. Igual de flácido, pensé. Y con olor a amoníaco, pensé, y cuando me corrí, la mujer ya roncaba a ritmo de asma. Al cabo de un rato me desperté al notarme encajado entre su vientre mojado y la pared húmeda, y pasé unos minutos sin osar moverme. Simplemente no recordaba cuándo había pasado del sillón a la cama. Me dolía la cabeza, y el vodka seguía raspándome la garganta, como si hubiera bebido media botella de sosa cáustica. Después, conseguí salir de la cama y busqué mi ropa a la luz de una cerilla, mientras la mujer seguía durmiendo con las rodillas dobladas bajo el vientre, como un bebé envejecido. Sobre ella colgaba el retrato de su madre, que, quién sabe por qué, había de contemplar aun muerta al cartero, a mí y a los veinticinco pájaros tullidos.

La puerta del váter se cerró en el exterior de un portazo, o sea, que, reacio a encontrarme con alguien, esperé a que Nyitrai se desembarazara de su mierda, saqué tres cigarrillos Fecske de la cajetilla y salí de aquel lavadero a hurtadillas, como un ladrón.

Amanecía. Ya traían la verdura fresca en furgonetas; detrás del Mercado Central tres hombres golpeaban el pescado con mazas. Uno sacaba las carpas de la cisterna con una red, las arrojaba sobre un tajo, y dos hombres vestidos con monos golpeaban las cabezas de los peces hasta que dejaban de zangolotearse.

—Los demás seguirán vivos —dijo el hombre de la red, se bajó luego de lo alto de la cisterna y encendió un cigarrillo. Los otros dos descansaron un rato apoyados en las mazas y luego se pusieron a arrojar los cadáveres a una caja.

Yo también me senté a una de las mesas de hormigón y me fumé un cigarrillo. Aún no había nada abierto. Debían de ser las cinco y media, o ni eso, pues la noche anterior se me había olvidado darle cuerda al reloj. Rebeka vuela, pensé, y miré cómo nadaban por los aires los peces con las cabezas destrozadas.

Luego, una taberna abrió por fin en la calle de enfrente, faltan diez minutos, gritó la mujer, de modo que aún tuve que esperar diez minutos ante la escoba atravesada en la puerta. Ya éramos tres cuando la tabernera nos dejó entrar. Uno de los hombres llevaba sobre los hombros unos tubos de gas procedentes del derribo de un edificio; el otro, cuatro fardos con el *Esti Hírlap*. El centro de recogida de papel no abría hasta las siete, de modo que podría haberlos cargado más tarde, pero así Jolika podía ver al menos que el primer vaso de vino con sifón estaba respaldado por los periódicos viejos. Y que todos estos tubos de gas daban para media copa de Unicum. Sólo a mí me miró con suspicacia. Sin decir palabra, puso ante mí el vaso de vino con sifón, pero su mirada manifestó a las claras que el local no era frecuentado por hombres de traje oscuro.

Más adelante aceptó el traje, y frecuenté el Balkán Gyöngye, o Perla de los Balcanes, durante quince años. No tenía mesa fija, ni jarra propia, ni nada por el estilo, sino que bajaba a tomar un vaso de vino con sifón o simplemente a arreglarme un poco en el lavabo. A veces intercambiaba unas palabras con Jolika, aunque ella, a su manera, siguió durante años guardando las distancias. Yo sabía perfectamente que poca cosa cambiaría si consiguiera un chándal o respaldara mi vaso de vino con sifón con dos paquetes de periódicos.

—Tiene usted una cabeza como los condes melancólicos esos que juegan a la ruleta rusa hasta el amanecer en las películas históricas —dijo en una ocasión, pero yo me alegré de que al menos se manifestara.

Una vez trajo el periódico junto con el vaso de vino con sifón y lo arrojó sobre la mesa.

—¿Éste es usted? —inquirió, señalando la fotografía con que acompañaban una entrevista.

—Sí —respondí.

—¿Y sobre qué escribe? —preguntó.

—Sobre todo tipo de cosas. Es difícil de explicar.

—Venga, inténtelo —insistió nerviosa.

—Escribo historias. Cosas que oigo aquí y allá —expliqué, puesto que me parecía lo más fácil.

—¿También ha escrito sobre mí? —preguntó, apretando mi fotografía con el dedo

como si aplastara un bicho contra el tablero de la mesa, como si bastara una mala palabra más para echarme volando.

—No, sobre usted no he escrito nada, Jolika —dije.

—Eso está bien —dijo—, el vino con sifón de hoy es gratis.

Esto, sin embargo, ocurrió años más tarde. Aquella mañana no hubo ni relatos, ni entrevistas, ni fotografías desenfocadas. Aquella mañana sólo deseaba quitarme de encima la náusea, pues recordaba con creciente nitidez cómo me había adherido como una enredadera a aquella pobre mujer. Como un caracol pelado a la herida de un frutal que se está pudriendo. Como el cartero y como los demás clientes, para proyectar yo también lo mío en su interior. Y eso que no lo deseaba. No lo deseaba en absoluto, pero uno siempre acaba levantándose del sillón para meterse bajo la manta diseñada para dos personas, aunque el olor a amoníaco no estimule el apetito sexual.

—¿Dónde están los servicios? —pregunté.

—Frente al refugio antiaéreo —respondió, y descolgó la llave del gancho que sobresalía entre las jarras.

—Un florín —añadió—, y lleve también el maletín. No quiero malentendidos —o sea que cogí el maletín, y entre cascos vacíos y barriles de aluminio me dirigí a tientas hasta el extremo del pasillo, donde empezaba el refugio antiaéreo.

Todo esto ocurrió porque el ayuntamiento del distrito sólo había concedido el permiso bajo esta condición: ochenta metros cuadrados para Balkán Gyöngye y ochenta metros cuadrados de refugio antiaéreo, para dar cobijo a los habitantes del bloque en caso de emergencia. En vano explicó Jolika al jefe de negociado que mírese usted ese sótano, mírese luego una película divulgativa sobre los misiles tierra-tierra y ya verá que no encontrará usted a nadie en el bloque que no prefiera meterse en los contenedores de basura, a lo cual el jefe de negociado le contestó que tampoco le importaría demasiado que medio distrito se trasladara ese mismo día a los contenedores porque, en definitiva, ése era el lugar adecuado para la basura, pero que el reglamento era el reglamento.

—Y yo estaba a punto de coger la papelera para encajársela en la cabeza como un orinal, para teparle la jeta con restos de bocadillos y solicitudes de ayuda y peticiones de asignación de vivienda desechadas. Pero se me ocurrió entonces que sólo me faltaba su firma. Y me reí por la excelente broma y le dije, perdone, camarada jefe de negociado, no quería darle lecciones de nada, sino tan sólo decirle que me vendrían bien al menos diez o quince metros cuadrados más para los barriles. Así pues, cuando al cabo de año y medio tenía todos los permisos en el bolso, ya ni me acordaba del papel pintado que quería, ni de los manteles, ni del aparador. Jamás en mi vida había visto a tanto canalla junto. Aquí un jamón de Pascua, allí un jabón líquido yugoslavo. Por cierto, sólo consigues que te estampen un sello en una solicitud si la usas para limpiarles el culo. En muchas ocasiones había que sobornar incluso al portero para

que te dejara entrar al despacho. Créame, sólo encontré una persona honesta en año y medio, cuando hubo que autorizar el nombre y yo tuve que apuntar por qué había de ser precisamente Mangalia Gyöngye, puesto que en un principio había de llamarse así, no Balkán Gyöngye, o sea, por qué no Bodega Joli o Taberna Joli. Y yo, estúpida, escribí que porque tenía un amante rumano, un tal Radu Perla, y «perla» en rumano significaba «gyöngy» en húngaro.

»Que fuera esa noche, que le prometiera ir esa noche porque quería mostrarme algo bonito, explicó él en una mezcla de ruso y rumano en la playa de Mangalia, y yo le contesté que me dejara en paz porque aquel hombre de un quintal de peso era mi padre, lo cual, claro está, era rigurosamente falso. Mi padre se pasaba el día sentado en el hotel, pues no aguantaba ni a los rumanos ni el calor. Mi madre, en cambio, quería ver el mar, y en la oficina de la agencia de viajes del Estado le dijeron entonces que era preferible la costa rumana a la búlgara. Que si uno olía la carne y lavaba las verduras no podía ocurrir nada. Así pues, expliqué al joven, mitad en ruso, mitad en húngaro, que no era una ingenua, que sabía perfectamente qué pretendía mostrarme, pero procuré no espantarlo demasiado porque ni en los carteles de cine había visto yo una cara tan guapa. Y por la noche, después de huir del hotel, no podía creer cuanto veían mis ojos. Sentados en la costa, mirábamos cómo rielaba el mar. Se podía leer, tal era la luz de las olas. Sobre la superficie del agua flotaban unas algas o musgos que la corriente arrastraba hasta allí todos los meses de julio, y la espuma fulgía como las luciérnagas. Hasta entonces creía que sólo se lloraba por dolor o tristeza. Hasta al muchacho le asomaron las lágrimas a los ojos, y eso que había visto muchas veces el espectáculo y podría haberse acostumbrado. Luego se levantó y se metió en el mar como si fuese suyo. Emergió por un instante, y una luz verdosa recorrió su espalda. Su columna vertebral y sus omóplatos brillaban. Así debían de haber visto a Dios quienes tuvieron la suerte de verlo. Entonces me levanté y lo seguí. No tuvo que llamarme. Por el suave ruido de mis pasos ya sabía perfectamente que iba tras él. Incluso había olvidado mi profundo temor, pues jamás había estado con un chico. Tenía la sensación de ser la única mujer en el mundo, vestida ahora con una luz de color verde claro. Una novia cuyo velo era el fúlgido mar. ¿Cómo te llamas?, le pregunté, después de que el agua se volviera roja alrededor de nuestros vientres. Perla, respondió. ¿Y eso qué significa?, inquirí, pero no sabía cómo explicármelo. Espera, dijo, y se desprendió de mi abrazo y se sumergió, y a punto estuve de estallar en llanto, pero no por la maravilla que estaba viviendo, sino por la desesperación, pues creía que el mar se lo había tragado. Cuando emergió de nuevo, recibió una bofetada, pero se limitó a reír. Luego abrió una concha con los dientes. Ésta es la perla, dijo, y me besó, y sentí la perla en la boca. Esta que cuelga de la cadenita.

»Esto puede escribirlo si le parece, porque es muy bonito.

»Así se convirtió en la Perla de los Balcanes. A pesar de que esa mañana también recibí una bofetada de padre y señor mío, y medio año después, cuando se jugó un partido amistoso, yo apoyaba a los rumanos ante los ojos de mi padre. Pero puede

usted creerme que a una persona a la que han besado con una perla en la boca todo lo demás le importa un rábano. Mi marido, por ejemplo, era más húngaro que los siete jefes magiares que conquistaron el país, lo cual, sin embargo, no fue óbice para que me tirara al suelo como un moco cuando llevaba cuatro meses encinta. Me sacaron al niño con la matriz y todo, y a él lo condenaron a un año, pero le dieron la libertad condicional, o sea que me puso de patitas en la calle con una maleta y la cafetera Unipress, pero, bueno, da igual. O sea, que apunté como correspondía que había tenido un amante llamado Perla, pero el hombre de la oficina sacudió la cabeza y dijo que no serviría de nada. ¿Por qué?, pregunté. ¿Serviría si bautizara la bodega con el nombre de mi ex marido, por cuya culpa mi matriz acabó en el cubo de la basura del Hospital János? A lo cual me respondió que era diferente, porque aquello fue, a pesar de todo, una relación legal, pero que con esta justificación el negociado seguramente rechazaría mi solicitud. Él, como hombre de a pie, sin embargo, me entendía perfectamente, pues también había veraneado a orillas del mar. Además, ¿por qué no podía una simpática bodega llamarse la Perla de Mangalia? Así pues, me recomendó que buscáramos otra justificación, conjuntamente, claro está, una que, además, respondiera a la realidad, aunque fuese de forma tangencial. ¿Qué me parecía, preguntó, si escribiéramos, por ejemplo, que con este nombre pretendíamos contribuir a la amistad húngaro-rumana? ¿Que esta bodega estaba llamada a servir al mismo fin que el muelle Péter Gróza y el restaurante Bucarest? ¿Qué opina, querida Jolán?, preguntó. Lo sabe usted perfectamente, respondí. ¿Entonces puedo escribirlo?, inquirió, al tiempo que introducía la hoja en blanco en la máquina de escribir. Así pues, lo dicho, entre unos cincuenta funcionarios fue el único que no alargó la mano, pero tampoco sirvió de mucho, porque al final hubo que sustituir Mangalia por Balcanes, pues resultaba más fácil de entender.

Primero dibujé su cabeza con los cuernos resplandecientes, a continuación toda su figura y por último colgué las dos tablas de su cuello, aunque se parecían un poco a una ventana de dos arcos abierta en su tórax. Después pinté el fondo con tinta china marca Holló y la túnica con el esmalte para uñas color rojo de mi madre; a los cuernos les puse un matiz de amarillo para darles más luz, o sea que estaba todo casi listo, pero aún no osaba tocar las tablas. Luego, sin embargo, me armé de valor y escribí nueve veces sí, sí, sí con el lápiz para las cejas. El lugar de «no matarás» quedó finalmente vacío, con lo cual la composición se descompensó un poco, pero tenía la sensación de que así quedaba mejor.

—¿Cómo se titula? —preguntó Judit.

—*Mis tablas de piedra* —respondí.

—¿Y por qué tiene un violín en la mano?

—No lo sé. Se me ocurrió.

—Muy bonito, pero le has dibujado dos pies izquierdos a Moisés. Por cierto, no

queda mal, puesto que un violín y un arco roto encajan mejor con un Moisés de dos pies izquierdos —dijo.

—Quería dibujarle un látigo, pero el mango me quedó largo. Y los dos pies izquierdos también son casualidad. Intentaré arreglarlo.

—No lo arregles, que así me gusta más. ¿Me lo darás? —preguntó.

—Por supuesto, pero no lo enseñes por ahí —contesté.

—No lo enseñaré, lo pegaré en el interior del estuche del violín.

Efectivamente, buscó la cola, untó el dorso del dibujo y lo dejó secar un rato.

—Pidámosle perdón —dije, porque mi madre llevaba días sin dirigirnos la palabra.

—¿Te arrepientes? —preguntó mientras repasaba el Moisés con las uñas para que se adhiriera.

—No.

—Pues yo tampoco. ¿Entonces para qué?

—La verdad es que me arrepiento. Estuvo bien mientras se lo creía y me llevaba en taxi al hospital. Iba en bata, y ni siquiera me puso calcetines.

—Entonces, ¿por qué te echaste a llorar? El médico también te habría creído.

—No lo sé.

—¿Tenías miedo?

—No.

—Entonces te dio lástima.

—No.

—La gente no llora por otros motivos.

—Pues sí. Tú también lloras a veces cuando practicas.

—Eso es otra cosa.

—No es otra cosa. Lloré y punto. Pidamos perdón.

—Yo no lo haré. Tú sí, si quieres.

—Sería mejor hacerlo juntos.

—Ya te he dicho que no.

—Mañana estrena.

—¿Y qué? Yo doy un concierto el domingo.

—No irá si no le pedimos perdón.

—De acuerdo, pídeselo tú, y yo me pondré a tu lado —propuso.

—De acuerdo —contesté.

—Quería pedir perdón, nunca más seré ciego —dije a mi madre en el desayuno.

—Vaya —dijo, y ni siquiera alzó la vista mientras seguía untando el maldito pan con mantequilla—. Venid esta noche al teatro, os enviaré un taxi.

—El concierto es el domingo —anunció Judit.

—A partir de las cinco tengo un ensayo de reposición —dijo mi madre.

—El concierto es a las tres —aclaró Judit.

—Entonces está bien —dijo mi madre—. A ver si consigues no salir la última al escenario. Estos conciertos son más espantosos que las reuniones de padres. ¿Cómo aguantas tanta falta de talento?

—Bueno, Grossmann es bastante habilidoso. Pero madura poco a poco —explicó Judit a los diez años. Dijo esta pedantería con el mismo tono de mi madre, pero significaba algo del todo distinto.

—Lo único que hacen es retrasar tu evolución. Ya me ocuparé de que puedas ir al conservatorio a partir de otoño —aseguró mi madre.

—Preferiría no ir —dijo Judit.

—Ya lo hablaremos. Vestíos de forma más o menos decente esta noche, que a las seis y media os envió un taxi —dijo mi madre y, ya en el umbral, se dio la vuelta para decirme que después de la función también pidiera perdón a Hefenbach por lo del otro día.

De hecho, debería odiar el teatro. Odiar, por ejemplo, los camerinos con su olor a sudores diversos, el laberinto del almacén de decorados, los aplausos rítmicos y, al cabo de diez minutos, el silencio de los trescientos asientos vacíos. Odiar el paisaje otoñal introducido a través del telar y los focos con sus interruptores provistos de sensores. Cien vatios igual a crepúsculo; mil, igual a tarde veraniega. Odiar la concha del apuntador que parecía el hoyo de una tumba y donde cabían dos niños, pero donde la señora de la limpieza prefería no meterse. Debería odiar también las pistolas ensordecedoras, los samovares y los juegos de té de la utillería. Los chalecos de época de los lacayos, con la etiqueta de la Fábrica Textil Octubre Rojo en su interior.

Debería sentir repugnancia por el bullicio del club de actores, por las miradas copiadas de sus papeles, por los gestos robados del escenario y por los lamentables juegos de palabras.

—Mi reino por el salero, querido Jenó, y a ver si me consigue un poco de rábano picante para estas salchichas. —Jenó hace un ademán, dando a entender que ahora mismo, señor actor, pero antes apuntaré el licor de huevo de la señora actriz en el cuaderno de fiados.

—El día cuatro, querido Jenó. El día cuatro ni siquiera hará falta que me pregunte si me ha de fiar o no.

—Por supuesto, señora actriz, ni siquiera se lo preguntaré.

—¿Dónde carajo está ese rábano picante, mi querido Jenó? Me esperan. En dos minutos toca mi escena —pero no le da tiempo ni a tragar un bocado, puesto que el altavoz Tesla ya solicita la presencia de Ricardo III en el escenario.

Debería ahuyentar con el látigo a las estudiantes de secundaria agolpadas ante la entrada de los artistas, que, mientras piden un autógrafo, introducen a escondidas poemas de amor en el bolsillo de Coriolano y confían en conseguir, si no un puesto

en la escuela superior de arte dramático, al menos uno en los camerinos. Las muchachas ensayan ante el espejo cómo poner la túnica sobre los hombros del señor actor Újhelyi, cómo darle la espada de aluminio, y no se les pasa por la cabeza ni por un instante la posibilidad de que a Coriolano lo deje frío toda una escuela de niñas. A él le gustaría quitarle el abrigo a ese muchacho que lleva tres días parado junto al letrero de prohibido estacionar, esperando a la señora actriz Weér, pero sin conseguir todavía el autógrafo, puesto que la señora actriz o bien se marcha acompañada o bien le dice que otro día, cariño, que ahora tengo prisa. Porque para conseguir algo escrito de puño y letra por la señora actriz Weér hay que merecerlo. Quien no muestra tenacidad, quien no permanece como mínimo en dos o tres ocasiones ante la salida, no merece las letras perladas de la señora actriz. Y la señora actriz sabe, claro está, hasta dónde se puede tensar la cuerda en cada caso. Le bastó una mirada para saber que este muchacho se encontraría allí incluso al cabo de un mes: ¿no es un tesoro?

El señor actor Újhelyi, en cambio, se pasa media hora repartiendo autógrafos a las futuras estudiantes de arte dramático o encargadas de los vestuarios. Charla con ellas, elogia sus peinados y siempre suelta una o dos frases oportunas para definir la esencia del teatro. Luego pasa escopetado por delante del estudiante que espera a mi madre, pues prolongar la mirada no sería compatible con la moral socialista. Si la verdad se descubriera, si no cerraran los ojos ante ella, sería peor que la emigración de una hija. Acabaría en la cárcel de Vác hasta perder la razón o en el psiquiátrico de Buda hasta perder la vida.

—¿Cómo es posible que un hombre tan apuesto como usted, en plena madurez sexual, no se haya casado todavía, camarada Újhelyi?

—Procuro vivir exclusivamente para el teatro, señor secretario del Partido.

—No me diga, camarada Újhelyi. Hasta los curas se quejan del celibato. La naturaleza del hombre exige lo suyo. ¿Querría una copita de coñac?

—Gracias, señor secretario.

—¿No le parece que ya es hora de fundar una familia, como ejemplo para las estudiantes de secundaria? También podría haber, por ejemplo, algún ligue inequívoco. Un pequeño romance con la apuntadora, digamos. Sólo lo digo porque este enorme amor al trabajo puede generar malentendidos, camarada Újhelyi.

—Así es, señor secretario.

—Y los rumores, camarada Újhelyi... Créame, puede contar con nosotros. ¿Qué le parecería algún premio o un anillo conmemorativo? Así no necesitará esos pocos florines adicionales y podrá desahuciar al realquilado menor de edad que tiene. Porque un muchacho en realquiler no conviene a una relación sana de pareja, ¿no le parece, camarada Újhelyi?

—Así es, señor secretario.

—¡Venga, una última copita! Estos franceses sí que saben, carajo.

—Así es, señor secretario.

Y Coriolano volvió a casa como si fuese al patíbulo.

—¡Soy una mierda! ¡Una mierda, una mierda, una mierda! —sollozaba—. Esto no lo aguanto. Me han destrozado, ¿entiendes? Recoge tus cosas y vuelve a Szeged. No son personas. ¡Son peores que un perro rabioso! ¡Sí, soy un cagado, pero no quiero palmarla! ¿Tan vergonzoso es? ¡Largo de aquí! ¡Coge tu maleta y lárgate! ¡Esfúmate! —gritó Coriolano a su realquilado de apenas dieciséis años de edad, cerró la puerta de un portazo y lloró hasta el amanecer sobre el catafalco del amor entre hombres, pero luego tuvieron que suspender tres funciones porque tomó conciencia de que no valía la pena vivir como un cobarde. Que había cosas que uno nunca se perdonaba. Le suturaron las venas de la muñeca en el Hospital Korányi para que pudiera volver a empuñar la espada.

—¡Oiga, ¿va a salir ya?! —preguntó la tabernera y llamó a la puerta, porque llevaba media hora sacudido por las náuseas allí dentro.

—Un momento —respondí, y me lavé la cara a toda prisa con agua fría.

—A mí no me venga con estupideces —dijo—. Aquí no quiero ni la ambulancia ni la policía.

—Es que me encuentro mal, he bebido mucho.

—Entonces no hay que pedir vino con sifón, sino cerveza —dijo, y me puso una jarra de cerveza Kőbányai—. Venga, bébasela poco a poco, que tiene tiempo, ¿no?

—Sí, tengo tiempo —contesté, y fui bebiendo poco a poco.

Bajo la escalera ya se iban acumulando junto a los percheros los paquetes de periódicos, suficientes para llenar una furgoneta pequeña, como en otros sitios los abrigos en el guardarropa. Aquí, sin embargo, no daban números, pero todos sabían a quién pertenecía cada paquete, el del *Népszava* o el del *Rádiótévéújság*. Cada fardo de papel estaba amarrado con un alambre grueso, atado y bien atado, porque el alambre pesaba más que el cordel, cosa de la que el comprador también era consciente, claro, pero lo dejaba correr, pues se trataba de unas miserables decenas de gramos de más. Lo único que no toleraba era la presencia de una piedra o de alguna otra trampa en el paquete. Notaba una piedra en seguida. Ni siquiera necesitaba una balanza para ello; su brazo era más preciso en este sentido que cualquier instrumento. Podía decir con los ojos cerrados si se trataba de un año de *Nőklapja* atado con cordel o de un año de *Rakétaregényújság* atado con alambre, o sea, que no intentarían engañarlo con una piedra, ni con la plancha rota de la cocina, porque era una cuestión de honor. «A mí no me tome por imbécil, querido Karcsi. Este paquete tiene como mínimo una lata de betún para zapatos. A ver, desatémolos», y, en efecto, entre el *Népszabadság* del ocho de septiembre y el del nueve del mismo mes acechan cuatro latas de betún llenas de arena mojada, y no hay nada más deshonesto que eso. Los que hacen cola se escandalizan, esto es demasiado, y dos se alejan a hurtadillas con los números de la revista de pasatiempos *Füles* del año pasado como si sólo hubieran acudido a mirar un poco. Luego, revisan el paquete en un portal por ver si se ha

mezclado alguna materia contaminante con los crucigramas. Unas cuantas tejas, por ejemplo, que podrían perjudicar a la industria papelera socialista. Que podrían detener la cadena de la maquinaria. Así pues, como no conviene intentarlo con estos trucos, los paquetes de periódicos alineados bajo la escalera son todos correctos, igual que los abrigos en los guardarropas de los restaurantes de calidad, y sus propietarios consumen en silencio sus primeras jarras de cerveza o vinos con sifón. Con este silencio empiezan los días. En tales instantes, el sentimiento que todos comparten es que lo mejor habría sido, probablemente, no despertar, que el lugar más propicio para una vida así es el cubo de la basura, como señaló a Jolika el jefe de negociado en el ayuntamiento del distrito. Pero entonces baja el primer vino con sifón, Jolika enciende la radio y se pueden escuchar las noticias deportivas por la emisora Kossuth. Y, claro, no es lo mismo escuchar a Jenő Knézi que a los gusanos del Nuevo Cementerio Central. En este sentido, el camarada jefe de negociado quizás estaba equivocado. El hombre ve más claro después de tomarse un vaso grande de vino con sifón y de escuchar las noticias deportivas: una vez más, habían amañado el partido del Ferencváros. La final de la Copa era una estafa como el plan quinquenal. ¿Cómo es que derriban a Töröcsik y el árbitro concede la ley de la ventaja, y nosotros ni siquiera podemos meter una plancha de cocina entre las páginas del *Népsport*?

La tabernera se resignó por fin a verme sentado horas enteras en un rincón, sin consumir apenas nada. De vez en cuando cambiaba el cenicero, y en una ocasión hasta me trajo unas avellanas saladas.

—¿Qué, lo ha echado su esposa? —preguntó.

—No tengo esposa —respondí.

—Pues lo parece —dijo, y volvió a su sitio tras el mostrador.

Luego acabó la Crónica del Mediodía, y entonces bajó el volumen de la radio porque empezaban los diez minutos de juego y música, aquel programa donde un tal György Cigány, por ejemplo, pregunta, y otra u otro responde, una tal viuda de Kálmán Juhász, de Kecskemét, por ejemplo.

—Hoy hace ciento dieciocho años se estrenó en Dresde una de las obras más destacadas del romanticismo... —dijo György Cigány.

—¿Qué fecha es hoy? —preguntó Judit.

—Siete —respondí.

—Entonces es la Sinfonía Dante —apuntó Judit, y eso que ni siquiera habían puesto el disco.

—¿Por qué no te presentas? Podrías ganar un pastel cada día —insinué.

—Cuando quiero comer pastel, bajo a la pastelería —dijo Judit.

—Sabes que no es por el pastel, sino por ganar —dije.

—Ya he ganado de todos modos. Para qué ir —sentenció ella.

—¡Magnífico! Aplaudamos a la señora viuda de Kálmán Juhász —gritó György

Cigány.

—Ya ves que no has ganado tú —dije.

—Lo que dice la radio te importa mucho, por lo visto.

—No soporto cuando finges que todo esto te da igual.

—No finjo, es que me da igual. ¿Cómo no lo entiendes?

—¿Para qué tocas el violín, por ejemplo? ¿O por qué no lo tocas sólo en casa? Si te importa un rábano, ¿por qué sales al escenario?

—Eso es otra cosa —señaló Judit.

—No es otra cosa —dije.

—Escucha, cuando toco el violín, no estoy en los diez minutos de juego y música, ¿está claro?

—¿Me cobra, por favor? —dije a la tabernera, pero no contó el vino con sifón.

Desde hacía años, el cementerio de Kerepes era el único lugar de la ciudad donde me creía eso del verdor de la hierba o del susurro de las hojas secas bajo mis pies. Donde tenía la sensación de que la naturaleza hacía su trabajo. Las rocas reforzadas con hormigón en las colinas de Buda, el mirador del monte János con el aire fresco, los paseos en bote en el parque de Városliget, todo eso me dejaba frío. Nunca me interesó la naturaleza como parque de atracciones. Me hallaba allí porque Coriolano se cortó por segunda vez las venas, pero en esta ocasión con mayor pericia, y cuando oí que «estamos aquí estremecidos, pero sin entender» y que «la causa de tu dolorosa decisión quedará para siempre en la oscuridad», dije a Judit que prefería dar una vuelta. Logramos salir de la multitud, y mientras los cinco oradores mentían sin escrúpulos a la cara de un muerto, yo procuraba alejarme lo máximo posible de la parcela reservada para los artistas.

—Estás indignado como si no mintieras nunca —dijo Judit.

—No me digas que no te dan ganas de vomitar.

—¿Por qué? ¿Confiabas en que se pondrían al lado del hoyo y pedirían perdón por el hecho de que no sea recomendable ser maricón en Hungría?

—De todas formas no hay que mentirle a la cara a un muerto.

—Mira, seguirás vivo mientras puedas mentir sin pestañear a la cara de cualquiera. Y si ya no puedes, vas y coges la hoja de afeitar.

—Es una tontería.

—Escucha, en todo este cementerio no encontrarás ni un solo cadáver que no viviera como candidato potencial al suicidio. Lo que pasa es que entretanto te apareció un cáncer, un bombardeo o una debilidad senil. Y no tuviste tiempo para mentir la dosis entera que te correspondía y sentir asco de ti mismo.

—¿Entonces sabes qué? Ve a casa y córtatelas. Si todo es cuestión de tiempo, arráncale una cuerda al violín y córtate las venas de la muñeca.

—Buena idea.

—¡Me cago en la buena idea! ¿Qué ocurre? ¿Por qué no vas a casa? Si conoces el final, ¿qué esperas? ¿Quieres mentir la dosis entera o qué?

—Ya lo he hecho. Ya sólo tengo miedo —dijo y me dejó plantado.

La alcancé en la parte del cementerio consagrada a las víctimas de la Segunda Guerra Mundial.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Nada —respondió.

—No es verdad.

—Tienes razón. Vamos, que no puedo mentir sin pestañear —dijo.

—Yo suponía que a mí no.

—A nadie. O sea que no me interrogues.

—Hasta ahora nunca te has mostrado cínica. Nunca has dicho tantas sandeces.

—Porque estoy en plena pubertad, seguro. Y entonces una le concede demasiada importancia a su coño —dijo.

—Estás hablando igual que nuestra madre —dije, a lo cual Judit se plantó ante mí, dispuesta a darme una bofetada, pero su mano se detuvo en el aire.

—Nunca más te atrevas a compararme con mi madre. Nunca más, ¿entendido?

—Entendido —respondí.

Nos escondimos entre unos arbustos porque el duelo acababa de disolverse, y no queríamos encontrarnos con nadie. Como si fuera tras un estreno, se formaron pequeños grupos y se analizaron los discursos. El señor actor Réthy recibió unánimemente el mayor número de puntos. «Sigue siendo todo un caballero, un señor lleno de encanto, y eso que es más un rey Lear que un Oberón». «¡Nooo! ¡No lo dices en serio! ¿Hijos? Si tiene dos nietos. Una irresponsabilidad, desde luego». En eso, alguien se lamentó de la muerte del señor actor Újhelyi. «¡Qué Coriolano había creado! Se te ponía la carne de gallina. Y en plena madurez como hombre». «¡Noooo! ¡No lo dices en serio! ¿Que era marica? Vamos, un simple mito. Lo difundió él mismo para hacerse el interesante. No hay que creérselo todo. Devoraba a las mujeres como el azúcar. Habrás visto cómo pululaba allí todo un instituto de niñas». También había quienes consideraban que así era mejor para él, y otros según los cuales el director, si tenía dos dedos de frente, se camelaría en el acto a Bojár, que actuaba en Kaposvár, para conseguir su contratación.

Luego el público se marchó por fin, y nosotros nos quedamos solos en el cementerio.

—En serio, no te enfades —le rogué.

—No me enfado, pero ahora preferiría no hablar —dijo, y me cogió del brazo, y así recorrimos los senderos cubiertos de maleza.

Mientras oscurecía, las estatuas erigidas bajo los álamos fueron perdiendo color una tras otra. Parecía como si hacía cien años se hubiera hecho pública una resolución, según la cual las tumbas de las familias más acomodadas habían de ser custodiadas por creaciones artísticas que sugirieran el sexo o la eternidad. A unos

ingresos superiores a las mil coronas les correspondía una Afrodita; a unos que oscilaban entre las quinientas y las mil, un Cristo con la cruz; a los demás, la cruz sin Jesucristo. Así y todo, la hiedra ya cubría todas las lápidas. Los sarmientos serpenteaban por los genitales de mármol, las acacias y los tilos minaban los panteones, las raíces emergían por las cubiertas agrietadas de las criptas, y todo eso era mucho, muchísimo más tranquilizador que la posibilidad de que el señor director Várkonyi se camelara a Bojár para que abandonara Kaposvár. A partir de aquel día iba casi una vez por semana al cementerio de Kerepes, porque era el único lugar de la ciudad donde uno tenía la sensación de que la naturaleza aún conseguía algo.

¿Me cobra?, dije a la tabernera, y comí luego unas verduras en un restaurante de autoservicio y volví a ponderar las diversas posibilidades de ir a algún sitio, pero todo me resultaba ridículo, desde la casa de campo de los Krémer hasta mis antiguas amantes. Así pues, cuando se acabaron las judías con albóndigas, ya era evidente que sólo podía ir a un lugar, el cementerio de Kerepes, a ver con qué conviviríamos a partir de entonces. En parte porque desde Kamchatka hasta Tierra de Fuego siempre pediría el *Cineteatrico* cuando un quiosquero me mirara y me inspirara miedo, y en parte porque una cosa es marcharse con un violín de concierto y otra hacerlo con una maleta llena de ropa interior limpia.

Es posible, madre, que uno perdone cualquier cosa a los genitales, pero los ventrículos del corazón son mucho más sensibles que el clítoris. Si la mala hierba tapa la aurícula, la autoestima tarde o temprano se va a la mierda, pensé. Deberías saberlo, puesto que unas doscientas personas sollozaban en el anfiteatro cuando tu autoestima se te iba a la mierda, pensé. Pero ahora ya no es de las siete a las nueve y quitarse luego el maquillaje, pensé. Si realmente mandaste poner una lápida para tu hija, entonces no habrá crema que te sirva para volver a untarte con un color humano, pensé cuando ya recorría por tercera vez la necrópolis, pero sin encontrar nada.

Bajo cada piedra yacía un muerto de verdad, de esos que acabaron por culpa de una bala, del cáncer o de la debilidad senil. Muertos que son polvocyeniza, que desde allí abajo escuchan pacíficamente los combates de los faisanes, los suspiros de las válvulas de la fábrica de neumáticos y los gemidos que emiten las estudiantes de instituto enamoradas al tiempo que se acerca un traqueteo, pues con el paso de los años al vigilante del cementerio se le ha oxidado el cubo de la rueda trasera. «¡Por el amor de Dios! ¿Qué os habéis imaginado? ¡Esto no es un burdel! ¡Aquí yace gente como Endre Ady y Mór Jókai! ¡Id a copular al Nuevo Cementerio Central!». Y mientras la chica se arregla la ropa interior, el muchacho protesta contra ese tono de voz. «Si mal no recuerdo, aún no nos tuteamos, caballero. Por cierto, tranquilícese, señor vigilante, porque a Mór Jókai quizá sí, pero a Endre Ady seguro que no le molesta que hagamos el amor aquí. Lo cual es un pelín diferente que copular. Para no mencionar el detalle de que pronto también yaceré aquí, entre Endre Ady y la fábrica

de neumáticos, aunque ya me ocuparé vía testamento de que los desolladores del alma como usted no se acerquen a mi tumba». Y la risa desvergonzada de la chica aún pasa, pero eso de desollador del alma resulta demasiado. En eso, el señor vigilante arroja la bicicleta contra el suelo, recoge una cruz caída y blandiéndola los persigue, entre soldados del Ejército Rojo, rumbo a la salida.

Un vigilante vestido con chándal recorría en bicicleta el sendero de enfrente. Llevaba una boina, y del cuello le colgaban unos binoculares que le permitían observar a los profanadores de tumbas y a los licenciosos y a los que iban a dormir allí mientras el ayuntamiento del distrito no les asignaba un lavadero para cobijarse.

—Supongo que lo sabe, caballero, pero hay que respetar este lugar. Por favor, absténgase de fumar —pidió.

—Usted perdone —dije, y aplasté el cigarrillo, aunque sabía que él también acababa de hacerlo.

—Busco a alguien —expliqué.

—Aquí ya no encontrará a nadie. Cerramos en diez minutos.

—Judith Weér. La enterraron ayer por la mañana —dije.

—Búsquela mañana. Haga el favor de abandonar el cementerio.

—Es mi hermana —insistí.

—Parcela once, atrás, junto a la fábrica de neumáticos. Pero dese prisa, que a las ocho soltamos los perros.

He vuelto, madre, dije desde el umbral, pero no contestó. Seguía tumbada en la cama como la había dejado hacía un día; sólo la toalla, al secarse, se había arrugado sobre su cara. Con el tiempo, todo su cuerpo se ajó del mismo modo. En un plazo de quince años, los hilos de la nada la cubrieron como la tela de araña a la cetonía, pero a través de la tela de las arrugas aún se vislumbraba la maravillosa coraza.

He vuelto, madre, repetí, y le quité la toalla, pues creía que estaba dormida, pero continuaba despierta. No miraba a ninguna parte. Y tan pronto como vi su rostro vacío, me di cuenta de que no tenía ningún sentido hablarle. Entré en la cocina para prepararme un té, y ella me siguió, aunque apenas podía mantenerse en pie.

¿Dónde has estado hijo?, preguntó, quizá por primera vez en su vida.

Da igual, respondí.

Se lo merecía. Ojalá se pudra ella también en la tierra con sus partituras. ¡Que se pudra allá donde está!

Estoy cansado, dije, y me levanté para salir, pero me cogió del brazo.

¿Conque te lo crees? ¿Te crees toda esa basura?

Da igual, dije.

¡No da igual! Cada una de las líneas de aquella carta era una mentira infame.

Así es, seguro, dije.

¡Yo nunca la obligué a nada!

Es posible, madre, dije.

Era una mujer adulta. ¡Hacía lo que quería! ¡Follaba con los que quería! ¡Y yo también follo con los que quiero!

Lo sé, dije.

¡Y eso del raspado también es una vulgar mentira! ¡Fue un simple control! ¡Un control rutinario, ¿entendido?!

Probablemente así sea, dije.

¡Tú calla! ¡Probablemente no! A todas las niñas de trece años las llevan al médico, ¿entiendes? ¡A todas!

Entiendo, madre, dije.

¡No entiendes nada! ¡Yo le enseñé a vivir! ¡Una mujer tiene que saber vivir! ¡Y lo que hice estaba bien!

Pues ahora ya no importa un rábano, madre, dije.

Al principio parecía que no franqueaba el umbral para salir de casa sólo por culpa de la migraña, pero acabaron siendo quince años. Hoy hace dos semanas vio el cielo por primera vez, puesto que la hice salir al patio en un ataúd abierto.

—¿No le cierra los ojos? —preguntó uno de los empleados de la funeraria.

—No —respondí.

—Pues es la costumbre.

—Ya lo sé —dije.

—Tenía unos ojos muy bonitos.

—Lo siguen siendo —dije, mientras los vecinos, de pie en el pasillo, se preguntaban de dónde había salido mi madre, puesto que se habían olvidado de su existencia.

En los primeros meses aún querían saber cómo estaba la encantadora señora actriz, que hacía tiempo que no la veían, no estará enferma, ¿no?, y yo les comunicaba que no padecía ninguna enfermedad. Luego se dedicaron a interrogar al hombre de las facturas de la luz y del gas, pero Karcsi los tranquilizaba diciendo que ni hablar, de embolia nada, que mi madre seguía cerrándole en las narices la puerta de su habitación y seguía tan hermosa como en la película del lunes pasado. Seguro que se ha retirado. Las grandes actrices se suelen retirar, y luego se inventan algo y vuelven a sorprender al público, dedicándose a la protección de animales o cosas por el estilo.

Unas semanas después del entierro de Judit tuve un sueño. Yo iba por la cresta de una montaña. Acababa de amanecer. De hecho, aún se asentaba una niebla lanosa en lo hondo del valle, pero ahí arriba, entre los gitanos, las níveas casas ya deslumbraban. Pasé temblando ante las puertas cerradas y las ventanas oscurecidas con telas de seda

negra, puesto que me había enterado por una de las señoras de la limpieza del teatro que los gitanos ataban a los niños extraños en los establos y les daban de beber sangre de caballo, y cuando les crecían alas por la sangre de caballo, los niños conducían a los muertos al cielo o al infierno, según el lugar que correspondía a cada uno, porque el jefe de los gitanos no dejaba siquiera esta decisión en manos de Dios.

Como he dicho, el cielo deslumbraba, pero los pinos que se alzaban detrás de las casas se inclinaban a causa del viento. Lo cierto es que no se oían ni los golpes de las ramas ni los crujidos de los troncos, como si nada tuviera voz salvo los latidos de mi corazón. Ya había dejado atrás ese cementerio previo al despertar, ya podía verse el camino que bajaba de la montaña, pero en el patio de la última casa se hallaba la niña gitana. Monedas de oro en las trenzas que le llegaban a las caderas, un pañuelo floreado en la cintura y el color encarnado del arándano otoñal en los labios. Habría querido huir corriendo, pero su mirada me paralizó. Fluyó plomo por mis venas, y por mi garganta descendió alquitrán en vez de saliva. La niña llevaba un látigo corto en la mano; a su lado, un búho del tamaño de un hombre dormía sobre el tocón de un pino. La muchacha dijo algo en una lengua incomprensible, una única palabra, ante mis ojos. Luego hizo restallar el látigo, a lo cual el pájaro empezó a preparar un nido y después voló, aleteando pesadamente, para entrar por la ventana tapada con seda negra.

Al día siguiente llegó la respuesta de Judit a su propia esquila mortuoria. Estimada madre, si quiere verme, que no le cierren los ojos en su día, escribió, y en la postal de Caracas me miraba una niña gitana que sujetaba un látigo, con monedas de oro en el pelo, un pañuelo floreado en la cintura y las brasas del odio en la mirada. De pie ante los buzones del portal del edificio, no pude moverme durante varios minutos, hasta que logré introducir la postal en el bolsillo, arrugándola. Sabía perfectamente que nunca jamás llegaría a manos de mi madre. Por la noche, rebusqué en la caja de herramientas hasta encontrar una llave vieja que encajara en el cajón de mi escritorio. Guardé la postal y busqué un escondite para la llave, que no estaba a buen recaudo ni siquiera tras el zócalo del parqué, de modo que decidí atarle un cordel y ponérmela en el cuello. Allí colgó años enteros, como un amuleto un tanto oxidado, pero eficaz, que había fracasado en su intento de representar uno de los signos del zodiaco.

Envié tres o cuatro cartas a Judit, pero todas fueron devueltas. Volvieron arrugadas, envueltas en plástico, con los sellos empapados, como si el cartero las hubiera dejado caer casualmente en el océano. Así pues, ya no envié las otras, pero se lo escribía todo, porque difícilmente se podía contar a otra persona cómo vivíamos. Uno no puede decir de su madre que está loca. Que mira la televisión incluso después de la hora de cierre de la emisión, que manda instalar, una tras otra, diversas cadenas de seguridad en la puerta, que se levanta durante la comida como si fuera a buscar una servilleta, pero rompe el teléfono con el mazo de la carne y vuelve a sentarse para acabar su sopa de tomate.

Así pues, se lo escribí todo, no en forma epistolar, claro está, porque no tenía

ningún sentido, sino como si escribiera para aquellos que luego forzarían nuestra puerta. Después, sin embargo, olvidé esconder una de estas historias en el cajón, y por la noche, cuando volví a casa, mi madre me lanzó la misma mirada que me espetó en su día, cuando me pilló leyendo la carta escondida de Judit.

Qué es esta basura, hijo mío, preguntó, y yo no abrí la boca porque no se me ocurría ninguna explicación razonable.

De pie en el recibidor, ella con la hoja arrugada en la mano y yo con mi ira y mi vergüenza, le aseguré que se trataba de un relato, madre, pues tenía la sensación de que era lo único en que ella no podía inmiscuirse. Porque si hace falta soy capaz de montar veinte cadenas de seguridad más en la puerta, si hace falta soy capaz de mentir a los vecinos afirmando que sí, gracias, estamos bien, pero nadie, nadie en este maldito mundo puede inmiscuirse en lo que yo escriba en una hoja de papel DIN A4.

Hasta tus prefijos verbales son de mal gusto, declaró.

Puede ser, madre. Entonces no los lea, dije. Y a partir de ese día dejé mis escritos sobre la mesa, y hasta que apareció Eszter, no los leyó nadie salvo mi madre.

A decir verdad, fue a un policía a quien dije por primera vez que era escritor. Para colmo, no había ocurrido nada particular, no era ni el 15 de marzo ni el 23 de octubre. Era un simple control de principios de otoño. «Buenas noches, el documento de identidad, por favor», y cogió la libretita de color rojo, y yo le fui diciendo mis datos: año de nacimiento, nombre de la madre, lugar de residencia. Luego buscó el empleo, y resultaba que no había ninguno. «O sea, que es usted un “tepé”», y a punto estaba ya de poner el papel carbón en el libro de registro para registrarme como un «tunante peligroso», y a mí no se me ocurría ninguna explicación razonable, como cuando mi madre me preguntó en el recibidor ¿qué es estabasurahijomío? Y entonces dije al policía que era escritor, y él me preguntó cómo podía demostrarlo porque, claro, cualquiera podía decirlo. Que ya estaba harto de que uno fuese escritor, el otro pintor y el tercero artista, pero sin un documento que lo acreditara. «Ustedes juegan directamente a contravenir la ley, y luego, claro, vienen las quejas de que el régimen es así y el régimen es asá. Y eso no acabará bien. Acabará muy mal, caballero, porque ¿qué pasará si lo apunto ahora en el libro de registro? Ya le diré yo lo que pasará. Desde el día uno del mes que viene, caballero, colaborará usted en calidad de peón en la construcción de la colonia de Gazdagrét. Así que por esta vez haré la vista gorda, pero si en la próxima ocasión no cumple usted con sus deberes ciudadanos y no lleva el sello de intelectual por cuenta propia, no me sentiré obligado a mostrar benevolencia».

Estimada madre, acabo de llegar a Roma, escribí, y garabateé a toda prisa la dirección en el sobre para llegar a las dos y media al Hotel Gellért, pues Judit llevaba cuatro meses sin escribir una sola línea, y por fin había conseguido a alguien dispuesto a despachar la carta fuera de las fronteras de la COMECON. Era una mujer llamada

Anetta, dedicada al comercio exterior, aficionada a las humanidades, chiflada por las relaciones hondas, convencida de que un hombre que prefería hablar del rey Lear a hacerlo sobre su vivienda era una relación profunda. «Lástima que no puedas acompañarme a Roma, pues seguro que podrías contarme muchas cosas interesantes. Y si nos diéramos una fiesta de noche en el Coliseo, con los primeros cristianos y los gladiadores, sería la mar de decadente», y yo, tumbado sobre la sábana con estampados de Hundertwasser, miraba las reproducciones de Van Gogh traídas de Holanda y esperaba el momento oportuno para levantarme de la cama sin que ello resultara humillante. Porque ella no tenía la culpa de que después del coito la misma nada me tensara el tórax, me lo tensaba tanto en la arena del Coliseo como aquí en la calle Bartók Béla cuatro, encima de una sábana con estampados de Hundertwasser. No era culpa suya que yo, por un detalle muy concreto, prefiriera hablar sobre el rey Lear a hacerlo sobre mi vivienda o sobre mis actividades de la tarde anterior. El detalle era que yo ya tenía una relación profunda:

¿Dónde has estado hijomío?

He salido a dar una vuelta, madre.

La próxima vez lávate antes de volver a casa. Apesta a colonia.

Lo siento, madre.

Supongo que es otra pequeña furcia barata. Las que usan esta colonia son todas unas furcias.

Eso no tiene sentido, madre.

Tú no me digas lo que tiene sentido o no, sino que quítate ese olor a vagina antes de volver a casa, ¿entendido?

Entendido, madre, y entonces dije a la tal Anetta que sí, que eso del Coliseo sería la mar de decadente, y salí a ducharme y a fumarme un cigarrillo en el baño, porque en el cuarto no podía fumar. De hecho, no es verdad, puesto que excepcionalmente podría haber encendido un cigarrillo allá dentro si lo hubiera necesitado mucho y si hubiera procurado no dañar la sábana de Hundertwasser, pero me embargaba la sensación de que una persona que va a ducharse porque ya tiene una relación profunda no merecía tal privilegio. Así pues, abrí incluso la ventana de ventilación instalada sobre la bañera para que saliese el humo del cigarrillo y, mientras me lavaba, trataba de inventar alguna excusa creíble para explicar mi deseo de enviar a Rebeka Weér una carta de Roma a Budapest si en mi vida nunca había estado en Roma. Sin embargo, tenía que inventar algo, puesto que Judit llevaba cuatro meses sin escribir, y cuando acabé de ducharme, Anetta ya se mostraba entusiasmada, que sí, por supuesto, mandaría la carta el primer día, porque gastarle una broma así a una tía era la mar de emocionante. En una palabra, que mañana partía la delegación, pero ella pasaría antes por la sauna del Hotel Gellért, ¿qué te parece si tomamos una sauna juntos? Luego recordó, por fortuna, que a la sauna del hotel los hombres y las mujeres acudían por separado, de modo que quedamos a las tres del día siguiente delante del Gellért, o sea que ese día cogí la pluma Pelikan y empecé a escribir,

Estimada madre, hoy acabo de llegar a Roma, cerré el sobre y me puse en marcha a pie para cruzar el puente de la Libertad.

Una mujer joven apoyada en la barandilla, con el pelo enmarañado y un impermeable gris, contemplaba los ruidosos témpanos que bajaban por el río. La luz del sol irrumpía entre las nubes bajas, el viento zarandeaba las gaviotas y aquella mujer con su abrigo ondeante estaba allí de pie como un chopo.

Aunque llegaba tarde, me detuve un instante. Al principio no me fijé en su cara, sino en la mano aferrada a la barandilla de hierro. Luego, no sé por qué, olvidé la carta de Judit, olvidé a mi madre y también a aquella Anetta aficionada a las humanidades que ya había salido de la sauna y me esperaba a una distancia de cien metros, delante del Hotel Gellért. Olvidé los decorados de teatro convertidos mediante mentira en herencia de los Weér y las cadenas de seguridad puestas en la puerta, la tumba de la vergüenza en el cementerio de Kerepes, que la hiedra no estaba dispuesta a cubrir desde hacía años, como si a la tierra le hubiesen echado sal. Miraba yo a esa mujer de gabardina gris y olvidé por completo a la señora actriz Ivett Bíró que, inspirada sin duda por mi madre, me ayudó a superar la crisis de los catorce y después de un estreno de *La gaviota* simuló de tal manera un orgasmo en el guardarropas de un restaurante alquilado que parecía no haber visto una polla durante toda una década. Y olvidé también a la señora actriz Mezei, que habría deseado sobremanera que la ayudara a superar la crisis de los cuarenta y ocho años, pero que no lo consiguió ni por el amor de Dios. Olvidé la llave del cajón de mi escritorio que colgaba de mi cuello y a la niña gitana que sujetaba el látigo, los paquetes de periódicos de la Perla de los Balcanes y las veinticinco jaulas con los veinticinco pájaros alirroto en su interior. Olvidé al camarada Fenyő, que le había escupido a la cara a mi madre, y a Cleopatra, que había recorrido el centro de la ciudad con un sujetador de rubíes falsos. Sólo miraba a aquella mujer de impermeable gris que estaba allí, expuesta al viento de marzo como un chopo, mientras el río arrastraba sus deslumbrantes témpanos treinta metros por debajo de ella, y no sabía qué decirle, puesto que nunca me había dirigido a nadie así en plena calle. Siempre esperaba a que se dirigieran a mí. Como las putas sofisticadas, daba a entender con una mirada mi disposición, pero esperaba, esperaba meses incluso, de modo que ahora no sabía qué decir. De hecho, no sentía ni simpatía ni curiosidad. No quería saber por qué estaba allí ni por qué no se arrojaba ya al vacío. Sólo la miraba embelesado.

—Venga, vamos —dije, después de agotar todas mis reservas de embeleso.

—De acuerdo —dijo ella, después de mirarme a los ojos.

Debería haber dejado a Eszter en aquel momento en el bar, con las copas de coñac acumuladas en la mesa y el volante de ingreso para que le examinaran el tejido.

«¿Puedo tirar esto?», preguntó la camarera, y le respondí que no y guardé el volante como si fuese mío. Al cabo de cuatro días llegó el resultado y se descubrió que el tumor en la matriz de Eszter Fehér era benigno. Que después de una intervención rutinaria, la matriz prestaría sus servicios como la de todas las mujeres de veintiocho años, que serviría tanto para el parto como para el aborto, dependiendo de la calidad de su relación de pareja.

Esperaba fuera en el pasillo, con dos paquetes de cigarrillos en los bolsillos, pues no sabía cuánto se tarda en extirpar un tumor benigno, pero después del primer pitillo ya me dieron ganas de irrumpir en el quirófano y conminarlos a parar la operación en el acto. La puerta se abrió por fin, y el doctor Vidák me tranquilizó diciendo que la encantadora joven estaba en perfecto estado, pero que durante un mes no podríamos practicar *eso*, ¿me entiende, no?

—Lo entiendo —respondí, y al cabo de dos días llevé a Eszter del hospital a su piso de alquiler de treinta y dos metros cuadrados situado en el distrito noveno y la subí hasta el tercer piso por las escaleras que apestaban a gato como a una esposa después del parto, y eso que era la primera vez que entraba en su casa.

¿Adónde vashijomío?

A comprar pan, madre.

Aún queda pan. Ayer volviste a las diez.

Tenía cosas que hacer, madre.

Yo así no puedo vivir, no puedo aguantar que vayas y vengas sin ton ni son.

Está bien, procuraré llegar antes, madre, dije, pero una noche desmonté las dos cadenas de seguridad de la puerta y las volví a instalar de tal manera que con un gancho pudiera descolgarlas desde fuera, y cuando mi madre se dormía, me escabullía del piso como si estuviese en un internado, pues no quería que me preguntara adónde vashijomío. Me quedaba tumbado junto a Eszter hasta el amanecer, sobre un colchón de goma espuma en aquel silencio abacial de los pisos de alquiler de la calle Nap, y estaba agradecido al doctor Vidák por prohibirnos eso. Y en vez de analizar en profundidad *El rey Lear* de pronto empecé a contarle todo aquello que no había contado a nadie durante décadas. Hablaba como cuando el agua mana de las fuentes a la vera del camino, y eso que ella no me preguntaba ni me interrogaba. Se limitaba a abrazarme con tal fuerza que su pubis me dejó una marca de color violeta en el vientre.

—Me gustaría ver tu cuarto —insinuó Eszter.

—No se puede —dije—. Además, no tiene nada de particular. Tengo un escritorio procedente de una obra de teatro rusa, una cama bastante buena, también procedente de una pieza teatral, así como un montón de libros, una quinta parte de los cuales

incluso he leído.

—¿Alfombra?

—*El mercader de Venecia*.

—¿Araña?

—Una comedia checoslovaca. Ya no recuerdo su título.

—Vista.

—Jardines del Museo o persiana.

—Quiero hacer el amor.

—No se puede, todavía estás enferma —llevaba mintiendo desde hacía varios días, pues me aterraba la idea de esperar después el momento oportuno para emprender la huida como en el guardarropas del restaurante Karpátia, o en Kispest, o en una sábana con estampados de Hundertwasser. Habría deseado que la prohibición del doctor Vidák se extendiera a toda una vida. Poder estar aquí hasta el amanecer, vestido, tumbado sobre este colchón de ciento sesenta por doscientos, y poder hablar y hablar hasta que ella no oyera mi voz. No deseaba otra cosa, sólo que ella apretara mi mano contra su cuerpo y yo pudiera sentir el calor de su sexo a través de la bata. Y cuando sus labios empezaban a temblar, yo sabía que ya llevaba varias frases sin oír ni una palabra. Y entonces callaba y me limitaba a observar su cuerpo que se sacudía de manera cada vez más desesperante. Veía tensarse su columna vertebral, como la de aquellos a los que intentan reanimar con una descarga eléctrica. Como la cuerda del violín que salta ante el siguiente golpe de arco. Su belleza era tan estremecedora como cuando estaba expuesta al viento, treinta metros por encima de los deslumbrantes témpanos. Veía el rostro detrás del pelo negro enmarañado, el jadeo cada vez más lento de su pecho, veía cómo volvía en sí poco a poco. Entonces, antes que su mano llegara a mi sexo, la agarré de la muñeca y le mentí diciéndole que tenía que irme en el acto porque mi madre estaba a punto de despertarse. Y ella dijo que me fuera y me besó la mano.

—Me gustaría conocer a tu madre —insinuó.

—No puede ser —le contesté—. Además, no tiene nada de particular. Cuando no es ni Julieta ni Laura Lenbach es exactamente como yo.

—Ya lo sé.

—¿Cómo?

—Hoy fui a la biblioteca y busqué algunas fotos de portada.

—No deberías salir.

—No soy tu madre.

—Ya lo sé.

—Entonces bésame —dijo.

—Sigues enferma —dije.

—Mientes —dijo, y se desabrochó el cinturón de su bata, y fue, de hecho, la

primera vez que la vi desnuda, cuando aquella seda blanquinegra se deslizó de sus hombros. Quise huir, pero estaba sentada sobre mí como el ángel del Señor sobre las ruinas de Nínive. Jugamos a aguantar la mirada mientras ella me desabrochaba la camisa.

—No —dije.

—Tú calla —ordenó, y su pelo me tapó, y sentí cómo se llenaba de saliva ardiente la minúscula cavidad del ombligo. Su cara se arrimó a mi vientre para bañarse en aquel charco espumoso, para untar mi piel de saliva antes de que me quemara, y mi ingle ya sentía su aliento.

—No —insistí, pero su dedo, perlado por su propio sexo, me tapó la boca y se coló entre mis labios para paralizarme con su sabor a mar. Se arrastró por mi lengua, cada vez más hondo, hasta la garganta, y volvió con la misma parsimonia irresistible con que allí dentro una única papila gustativa se deslizaba por los vasos capilares en tensión. Noté que su boca subía y bajaba por las terminaciones nerviosas del deseo, y poco a poco empecé a olvidar. Lo olvidé todo como en su momento en el puente de la Libertad, pero no solamente no recordaba ya mi cajón cerrado con llave, ni las cartas de Judit falsificadas con la mano izquierda, ni a Cleopatra que corría a casa con sus rubíes falsos, sino que ni siquiera sabía si era el alba o la tarde. Y cuando olvidé incluso cómo tomar el aire para respirar y mi columna vertebral se tensó, la boca de Eszter también olvidó el camino de regreso. De pronto estaba allá dentro, en lo más hondo de la garganta, en las profundidades más inverosímiles, y en el instante siguiente ya no sentía las uñas que surcaban mi tórax ni oía mi propio grito, sino que sólo sentía los latidos de su garganta que tragaban toda la brea de un mes de deseo y el redoble enloquecido del corazón en la jaula de mis costillas. Luego se acabó la luz y se acabó también la oscuridad, se detuvo el reloj de Dios en los cielos y se detuvo el despertador de mi madre en el infierno, aquel del almacén de la utillería.

Sólo volví en mí por el sabor de mi semen. Besándome me introducía en la boca el espermatozoide como una sarta de perlas auténticas. «Te quiero», dije, y cuando su dedo llegó de los labios a los testículos, yo ya era realmente capaz de aquello que su deseo acumulado durante un mes aún imposibilitaba hacía unos momentos. Mi mano encontró el sendero que conducía a lo largo de los surcos de su columna y descendió a la hondonada que había más allá de la última vértebra, para abrir entre las ninfas el camino a mi miembro. «¿Duele?», pregunté, pero ya era incapaz de ordenar los sonidos en palabras. Cada uno huía por separado, jadeando, de la red destrozada de la conciencia. Su lengua volvió a deslizarse por el arco de mi paladar, se introdujo en el hueco entre los labios y las encías, su saliva bajó por mi garganta, pero cuando accedí a lo más profundo de su cuerpo, cuando percibí por dentro las palpitations enloquecidas de su corazón, ya no tenía fuerzas para besarme. Y yo también sentí la necesidad de pensar en el despertador de mi madre salido del almacén de la utillería, ansioso de que no se detuviera. Quería quedarme allí hasta el final de los tiempos, enredado en la red destrozada de la conciencia, con el sabor a sudor de uno de sus

pezones en la boca, pero no me dejaron. Mil manos me cogieron del brazo y apretaron las yemas de los dedos contra las brasas del clítoris, y en el instante siguiente ya noté que empezaban a sacudirse los músculos aferrados a mi cuerpo, que Eszter se agarraba de mis costillas sollozando, y quizá llegué a sentir incluso que se tumbaba sobre mí semiinconsciente.

Ahora debería echar raíces, pensé, como los robles, pensó, o como el cedro más bien, que vive más tiempo, pensé, te quiero, pensó, calla, pensé, sólo pensaba, pensó, te va a matar, pensé, no importa, pensó, así no se puede vivir, pensé, yo sí quiero, pensó, calla, pensé, no callo, pensó, contrataré a una enfermera para que la cuide, pensé, será el último día que me veas, pensó, lo sé, pensé, sólo lo pensaba, pensé, si estás tumbado a mi lado no te atrevas ni a pensarlo, pensó, no te enfades, pensé, no me enfado, pensó, entonces abrázame, pensé, te estoy abrazando, pensó, me quiero quedar aquí, pensé, lo sé, pensó, en un solo lugar, como los robles, pensé, o como el cedro, que vive más tiempo, pensó, con raíces que se aferren a ti, pensé, pues aférrate, pensó, tu cintura ya se ha puesto azul, pensé, no importa, pensó, te quiero, pensé, entonces viviremos así, pensó, así no se puede vivir, pensé, sólo así merece la pena, pensó, siento miedo por ti, pensé, ya no hay nada que temer en mi caso, pensó, lo pienso, pensé, ya amanece, pensó, en vano llevas un mes callando, pensé, has de marcharte, pensó, tienes más miedo tú que yo, pensé, no es cierto, pensó, pues sí, pensé, en serio, has de irte, que en seguida se despertará, pensó, ya lo sé, pensé, pues ve, pensó, y a besos quitó de mi frente el sudor de la delicia.

¿Dónde has estado hijomío?

Tenía cosas que hacer, madre.

Pues a mí me dolía la zona del corazón.

Lo siento, madre.

No estarás en casa ni cuando la palme.

Llamaré a un médico, madre.

No llames a nadie, que ya he tomado un medicamento.

Está bien, madre, dije, aunque sabía perfectamente que no había nada en la vivienda salvo vitaminas y valerianas, que se habían acabado hasta las aspirinas, pero era incapaz de decirle que no creía que le doliera la zona del corazón, nunca en la vida. Y eso que a los diez años me atrevía a entrar en su habitación por la noche y pedirle sin ambages que acabaran ya el ensayo y que ese Hefenbach se largara ya de casa, porque no me dejaban dormir, y Judit y yo nos teníamos que levantar a las siete.

—Y tú, además, no eres actor, sino un periodista de mierda —dije a Hefenbach, y hasta hoy no he logrado comprender por qué tuve que pedirle perdón, madre, si de verdad era un periodista de mierda. Un criticastro que escribía sus lugares comunes

en dos columnas por orden del Estado. Una obra profundamente humana, esto no lo olvidaré nunca, madre. Los *Desdichados* de Milán Füst como obraprofundamentehumana, esto se me ha quedado más grabado que las tablas de multiplicar, pero en la recepción posterior al estreno me acerqué finalmente a ese bicho, porque tú lo quisiste.

—Me gustaría pedir perdón por lo de la otra noche —dije.

—Nada, hombre, ya lo había olvidado —dijo.

—Pues yo no —repliqué.

—Escucha, eres un niño grande y en uno o dos días serás un hombre hecho y derecho. Ya deberías saber que no le hago daño a tu mamaíta.

—Por supuesto —admití.

—Nosotros, entonces, a ver cómo te lo explico. ¿Quieres un zumo de manzana?

—No, gracias —dije.

—Vamos a ver, ella no grita porque le haga daño, sino porque se lo pasa bien. Tú también gritas, seguro, cuando Papá Noel te trae algo.

—Ajá —respondí.

—¿Ves como lo entiendes? Decíamos, pues, que las señoras guapas como tu mamaíta gritan tanto más cuanto más se alegran.

—Sí, eso decíamos.

—Claro que sí, y tenías toda la razón al afirmar que yo no soy un actor, pero hay momentos en que uno no quiere confesar lo que le alegra, pues cree que el otro no lo va a comprender, y entonces prefiere decir algo que no es del todo cierto... ¿Seguro que no quieres zumo de manzana?

—Seguro —dije—. Por cierto, no importa, pues mi madre también prefiere que creamos que está ensayando.

—¿Lo prefiere a qué?

—Por ejemplo, a que yo entre diciendo que dejéis de follar de una vez.

—Por el amor de Dios, ¡vaya niño! Contigo ya se puede hablar de hombre a hombre.

—Entonces hablemos así —acepté—. No quiero que mi madre folle contigo.

—No me parece que me estés pidiendo perdón.

—Acabas de decir que podemos hablar de hombre a hombre.

—¿No eres un pelín arrogante?

—No —respondí—. Lo que pasa es que no me gustan los cabrones como tú. Los que traen mazapán cuando vienen a follar. Odio el mazapán.

—Venga, vuelve con tu madre antes de que te dé un bofetón —dijo, pero yo estaba dispuesto a seguir, a decirle, por ejemplo, que me atrevía a matarlo así sin más, pero por fortuna apareció el director, el camarada Sárossy, deseoso de brindar con el crítico, el camarada Hefenbach, y apareció también Judit, que me apartó casi a

empujones.

Siento mucho, madre, que haya convertido a este escritorzuelo en un crítico respetable. En uno que poco después habría de manifestar que la señora actriz Weér cacareaba al estilo de las comedias de mercado aquello de «oh, lanza al viento tus preocupaciones» y «lo mejor es vivir sin ver». Y, a decir verdad, ¿cómo es, madre, que tu actuación más mediocre hubo de ser en el papel de Yocasta? ¿Que hasta a Tamás Hefenbach se le helara la sangre en las venas al ver a tal farsante? ¿Que precisamente ese papel hecho a tu medida acabara siendo tu única mácula, en lo que respecta a tu carrera dramática, claro está?

A todo esto, mis disculpas resultaron del todo superfluas, puesto que al tercer día llegó el director invitado Jerzy Bukowski, que antes de acostarse aún bebía el vodka en inglés, pero que después del orgasmo ya roncaba en polaco. Hombre aficionado a los idilios, deseaba que a partir de entonces estuviéramos siempre juntos como una gran familia. «Tugede», nos abrazaba a todos en la puerta del baño, y la camiseta que ya llevaba puesta varios días emanaba una combinación espeluznante de olor a vodka ruso, loción húngara y sudor polaco, pero se alegró cuando Judit le dijo que apestas, Jerzy, porque no entendía ni jota. Y le alegraba vernos tan rubios a los cuatro. Una verdadera familia. De hecho, nosotros también nos alegrábamos. Nos gustaba ese catolicismo informal que lo impregnaba todo y en cuyo espíritu te daba una palmada en el culo, que primero tomaría un buen desayuno con los niños, decía, que luego ya ensayaríamos el *Mrožek* y que los colegas se esperarían media horita. Me gustaba que preguntara ¿otra vez queso fundido? y que, mientras se hacían los huevos pasados por agua, bajara a la tienda a comprar unos cuantos chorizos caseros y dos botellas de vodka. En el fondo nos dio pena que al cabo de un mes regresara a Varsovia, a reunirse con su mujer y sus hijos, los cuales también eran todos rubios y cuya fotografía colgaba en la puerta de nuestra nevera para que Jerzy pudiera contemplarlos después de cenar y entregarse un ratito a la melancolía por mor de la inspiración, qué lástima que estén tan lejos porque nos queríamos todos mucho. Sería una *big famili, veri big*, que mi hija toca el piano, la tuya el violín, y los chicos no hacen nada, lo cual también encaja.

Sí, madre, de hecho me daba pena que Jerzy Bukowski tuviera que volver a casa, puesto que lo esperaban los pensamientos secretos, el catolicismo informal, el teatro informal y su familia informal. No puedo afirmar que lo quisiera, pero al menos no le decía a uno que anoche tu madre se alegró mucho con Papá Noel. Lo cual ya era algo.

—¿Qué crees tú que pasaría si yo subiera a vuestra casa? —preguntó Eszter.

—No lo sé —respondí—. La última vez que un extraño entró en la vivienda fue hace dos lustros. Sólo aceptó la presencia del cobrador.

—¿Nadie tocó nunca el timbre?

—Por supuesto que sí. Al menos tres. Los que no se habían enterado de la noticia de que no convenía en absoluto llamar a la puerta de la señora actriz Rebeka Weér. Es una mierda que sólo tuviera amantes y conocidos.

—No hables de un modo tan grosero.

—Es realmente una mierda. Y te lo puedo confirmar. O sea, que en las primeras semanas aún aparecieron tres despistadas, pero mi madre sabía con precisión de cirujano qué había de decir a cada cual para que se les fueran para siempre las ganas de visitarla. A una le elogió a su marido; en el caso de otra, mandó saludos a su amante; y en el de la tercera, le bastó con despotricar contra su peluquero. En el fondo, el ser humano no es un animal tan complejo. Además, ella también sabe formular sus frases de manera bastante eficaz. Sólo el médico del distrito logró entrar en su habitación, porque mi madre creyó que yo lo había llamado. Y que pretendía encerrarla en el manicomio. De hecho, sólo venía porque la señora actriz Weér había olvidado firmar unos papeles hacía unos meses.

—¿Y?

—Nada. Que mi madre se alegró mucho de la inesperada visita y se quejó de los dolores que sentía últimamente en la zona lumbar. Incluso le indicó dónde, y el médico se mostró sumamente agradecido. A mí me enviaron a la tienda a comprar una botella de vino rosado y unas pastas secas, y ella pidió perdón por el caos, pero así es la vida de una artista, correr de aquí para allá y de allá para acá, y después elogió la chaqueta *tweed* del doctor y su firma en el talonario de recetas.

—Supongo que el médico le recetaría la crema deportiva Richtofit.

—Eso hizo. Luego mi madre me encerró en el váter, se puso los guantes de goma y con el cable de la plancha llevó la corriente al pomo de la puerta de entrada, para acabar en lo sucesivo con todos cuantos vinieran a instancias mías a llevársela al manicomio de Lipótmező. Por fortuna, juntó la fase con el neutro y sólo consiguió que saltaran los fusibles.

—Es espantoso.

—Te acostumbras —dije—. Gracias a Dios, cuando arregla algún desperfecto eléctrico, nunca olvida los guantes de goma. Es muy sensible al peligro. De hecho, si el televisor o el secador de pelo funcionaran con pedal, yo probablemente seguiría sentado en el váter.

—Estás loco. ¿Cómo puedes reírte de una cosa así? —preguntó, pero ella misma empezó a reír.

—Porque sé que Eszter Fehér me abrazará ahora mismo —dije, y me abrazó, y su lengua luchó durante minutos con la mía en la oscuridad de las cavidades bucales, pero la dejé ganar. Dejé que conquistara todos los territorios desde los labios hasta la garganta, pues entretanto había encontrado la abertura de su vestido de verano. «Estás realmente loco, que aquí no se puede», dijo, pero yo ya sentía cómo se le hinchaban los pezones, cómo se petrificaba su clítoris, igual que aquellos cristales que en las

profundidades de la mina aún son más blandos que las esponjas marinas, pero que al ser tocados por la luz del sol se endurecen como el cuarzo rosado. Ya sentía sus dedos que se introducían entre los botones de mis pantalones y oía los latidos de su corazón. Los martilleos de las válvulas del corazón hacían retumbar todo aquel centro de hostelería de Budapest Este, en el que esa mañana nadie puso el pie, por la gracia de Dios. «¡Más!», gritó jadeando sobre el tablero de la mesa situada en un rincón de aquella sala del tamaño de un caserón, y mientras una mano penetraba en lo más hondo del laberinto rectilíneo del placer, yo ponía la otra sobre su boca, pues sabía que su grito reuniría a todo el personal de servicio en el lugar. Que en seguida aparecerían todos los camareros y saldrían corriendo las muchachas encargadas de fregar los platos, pero entonces ya no había camino de retorno. Sabía que ni todo un batallón de policías sería capaz de pararnos. Que faltaba un movimiento para que a todos los pozos petrolíferos de Kuwait y a todos los géiseres de Islandia les diera un ataque de envidia. Y de pronto cobraron vida las flores artificiales atadas con cordeles a los tubos de los radiadores, empezaron a cabrillar el linóleo con estampado de mármol y el falso techo cubista, se fue al garete la luz de neón y ondearon, cegadoras, las cortinas de nylon, como si con el cable de la plancha hubieran introducido la corriente en el restaurante Rozmaring, que ya sólo aguardaba su liquidación. Luego se sacudieron las paredes, temblaron los cimientos del realismo socialista junto con las dos jarras de cerveza y el cenicero lleno a rebosar, y Eszter se recostó sobre la mesa, y yo estaba a punto de caer sobre sus hombros, pero en eso apareció en las lejanas tinieblas la figura sumamente antropomorfa de Dios Padre y preguntó si nos apetecía algo más, y le contesté que no lo sabía o, mejor dicho, que sí, tráiganos dos más de lo mismo.

—Más —susurró Eszter, con el rostro todavía hundido entre sus brazos, temerosa de que su mirada lo delatase todo. De que su sola mirada infringiese todos los artículos de la ley de escándalo público. Mientras tanto, yo notaba que con la otra mano trataba de restablecer rápidamente el orden bajo la mesa.

—Año y medio, condicional —dije cuando por fin nos quedamos solos.

—¿Solamente? A mí me tocarán diez años de régimen carcelario agravado —dijo, y sonrió y recorrió mis labios con su dedo pegajoso antes de besarme, cuando yo estaba a punto de decir que a mí entonces cadena perpetua.

—¿Por qué quieres verla? —pregunté ya en la calle.

—De hecho no lo sé —respondió.

—Ya te odia lo suficiente sin conocerte.

—Ya lo creo. ¿Le has hablado de mí?

—No. Te conoce por el olor.

—Yo odiaría más al que sólo conozco por el olor.

—Tú no eres mi madre —dije.

—De hecho, creo que no quiero verla. O, más bien, sí quiero verla, pero es otra cosa. Aquello es la curiosidad. Es más fácil de superar. El miedo es más difícil.

—No tienes por qué temerla.

—Me parece que no la temo a ella, sino a su hijo. Que la estás ayudando. Que ya le cierras la puerta como el carcelero.

—Entonces vamos —dije, y la cogí de la mano, aunque sabía perfectamente que mi madre encontraría con precisión de cirujano cardíaco la frase capaz de extraer de la aurícula las cortinas de nylon, el falso techo ondulante y el linóleo serpenteante, todo cuanto cobró vida en el Rozmaring. Me temblaban las tripas, pero dejé que Eszter comprara flores en el paso subterráneo. Llegamos hasta el umbral. Mi madre se limitó a mirarla de arriba abajo, pero ni siquiera quiso saber su nombre.

No aguanto que me presentes a tus furcias. Llévate al hotel como a las demás, dijo, y dio un portazo, y entonces vi que las lágrimas lavaban el último resto de luz que quedaba en los ojos de Eszter. Que el comoalademás dolía más que una bofetada o un escupitajo en la cara.

Una tierra de labor rodeada de alambradas, torres de vigilancia a lo lejos. Las bocas oscuras de unas fosas con forma de ladrillo hasta donde llega la vista. Delante de cada fosa una tabla esmaltada, con la fecha de la plantación. Un médico uniformado me conduce por el campo. Me explica mis tareas antes de que entre en servicio. Se detiene ante una de las fosas y señala las profundidades. «Preste particular atención a ésta, que es en la que más esperanzas hemos depositado», dice. Abajo, una anciana ciega blande el bastón blanco.

—Despiértate —ordenó Eszter.

—No iré —dije.

—Claro que irás.

—Hace diez años que no debería haber vuelto a casa.

—Puede ser. Por eso has de volver a casa ahora.

—La odio.

—No quieras odiarla en mi lugar —dijo.

¿Dónde has estado hijomío?

No se atreva a preguntármelo nunca más, madre.

Y tú no te atrevas a traerme a tus putas. ¡No necesito ningún público!

¡Se llama Eszter, madre! ¡Eszter Fehér! ¡Métselo en la cabeza! ¡Regístrelo mejor que su propio nombre!

¡Éste es mi piso! ¡Aquí la llamo como me da la gana!

¡Se equivoca, madre!

¡Putas! ¡Putas, ¿has entendido?! ¡Una puta de la última categoría! Sólo sirve para

aliviarte un día.

¡Le pido, por favor, que se calle, madre!

¡Tiene el descaro de venir aquí a husmear! ¡Se la han follado un par de veces, y ya se presenta con sus florecitas!

¡Le he dicho que se calle!

¡Sé que llevas meses follándote a esa ramera! ¡No creas que no lo sé! ¡La pequeña Eszter! ¡Y esta furcia pretende destruirme!

¡A usted ya no se la puede destruir, madre!

¡Es la que te llena la cabeza de pajaritos! ¡Hasta que esta sabandija no se te pegó al rabo no te atrevías a hablarme así!

¡Estaba equivocado, madre! Estaban equivocados todos cuantos no se atrevían a hablar así con usted. El compañero Fenyő fue la única excepción.

¡Calla!

¡Y Judit también sólo osó hacerlo por carta! Sólo desde el otro extremo del mundo se atrevió a escribir que...

¡Cierra la boca!

¡Da igual que cierre la boca o no! ¡No diré nada nuevo si le digo por qué se ha vuelto loca!

¡Largo! ¡Vete a tu habitación!

Quien lleva diez años sin salir a la luz del sol está loco, madre. ¡Simplemente loco, ¿me entiende?! ¡Pálmela ya! ¡A ver si revienta de una vez!, grité y cerré su puerta de un portazo, y me tumbé temblando sobre la cama, esperando a que estallaran mis venas o a que como mínimo me asfixiara, pues había dicho algo que no debe salir nunca de los labios de un hombre.

Al cabo de diez minutos llamó a la puerta. Allí estaba, con la bata arreglada, el pelo recién peinado y los labios pintados, y preguntó dóndehasestadohijomío, como quien no recuerda nada, y a punto estuve de romper a llorar. He tenido cosas que hacer, madre, dije, he preparado una sopa de tomate, dijo, y entonces sirvió aquel aguachirle, y nuestras cucharas golpeaban el plato al unísono, y partíamos el pan al unísono, y tragábamos el bocado al unísono. Y yo sabía que no estaba fingiendo, que realmente no recordaba ni una sola de mis palabras. Y que a partir de ese instante no recordaría nunca nada que nos obligara a apartarnos de nuestro modo de vida.

Cómprame un poco de fruta mañana, dijo.

Está bien, compraré manzanas, dije.

Será mejor que compres uvas. Las prefiero.

Un viernes, Eszter consiguió una máquina de escribir Remington en la biblioteca, compró quinientos folios de papel Sirály y papel carbón, así como una buena cantidad de galletas, y puso dos jarras de té frío sobre la mesa.

—No quiero verte —dijo, y acomodó las dos sillas con brazos de tal manera que

se dieran la espalda.

—Entonces parecerá que le leo a la pared —me quejé.

—Por supuesto —dijo, y empecé a leer mis relatos a la blanca pared.

Por el tableteo de la máquina sabía dónde cambiaba el orden de las palabras o eliminaba alguna coma, y me daba cuenta de que aquella coma no tenía ningún sentido y seguía leyendo la *Historia del soñador a sueldo*, y la *Historia del transporte*, y la *Historia del ladrón de violines*, y cuando las paredes se oscurecían por el atardecer, a veces tenía que cerrar los ojos porque las líneas se me fundían en una. La *Historia de la pediatría* ya no consistía en palabras, sino en tenias que se deslizaban negramente, y en ese momento me desesperé al darme cuenta de que podía leer con los ojos cerrados. Que recordaba las frases escritas hacía años mejor que el sabor de la galleta que acababa de sumergir en el té. Y pedí entonces a Eszter que lo dejásemos, pues todo esto no tenía ningún sentido. No hay nada más lamentable que confundir los sucios engendros del cerebro con la libertad. Sin embargo, no me contestó, sino que cogió dos hojas más, introdujo el papel carbón entre ellas y oí que el borde de los papeles golpeaba la mesa una y otra vez y que Eszter los introducía en la máquina, y esperaba a que tomara un sorbo de té y prosiguiera la *Historia del arte dramático*, pero cuando concluí, ella tampoco aguantaba más. Tuvo que atarse un paño húmedo a las muñecas, y las yemas de los dedos se le habían endurecido de tanto escribir. Así pues, traje crema Nivea del baño y le unté las manos y a continuación los brazos. Después se dio la vuelta para que pudiera acceder a sus omóplatos y a su cintura.

—Un poquito más abajo. Me duele precisamente tu vértebra favorita —señaló, y se puso la almohada sobre el vientre—. Debería conseguir una silla adecuada. Cuando acabe tu libro, me tendrás que llevar de nuevo al hospital.

—No quiero ningún libro —dije.

—No me contradigas. Lo mejor será que me untes por todas partes —sugirió, y poco a poco le fui cubriendo todo el cuerpo de crema, desde el cuello, pasando por la cadera, hasta los dedos de los pies, y luego volví a la zona de las ninfas perladas entre los muslos, pero procurando no tocarlas.

—Por todas partes —repitió desde debajo del pelo que se le enmarañaba, pero yo me limitaba a tentar con el aliento el clítoris latiente, pues aún quería deleitarme en el mero deseo. Tanteando alcanzó el pote, y ungió luego con una crema que parecía de avellana la zona en torno al ano—. Aquí también —susurró mientras su dedo se introducía cada vez más, y el músculo color malva empezó a ceder poco a poco, y mi dedo también se abrió paso junto al de ella para romper definitivamente el sello del miedo, que en alguna ocasión ya se había agrietado.

—Por el amor de Dios, duele —dijo cuando intenté penetrar, y a punto estaba yo de renunciar, pese a que no era consciente de nada, pero alguien, instalado en el último rincón del cerebro, me obligaba a actuar con cuidado—. Lo quiero. Lo quiero así —jadeaba ella, y sus diez uñas se me hincaron en la carne, y me introdujo por la

fuerza en su interior como quien se clava un dardo en su propio cuerpo, y después del gemido del animal herido ya tenía la sensación de que el suplicio se ve obligado a convivir con el placer. Que el placer es, en el fondo, un dolor ennoblecido.

Como los pompeyanos muertos bajo la lava, que sólo dejaron cavidades del tamaño de un hombre, así quedó ella tumbada sobre el colchón negro, apretando la almohada contra el vientre, aún medio desnuda, pero con una línea de semen casi seco sobre el muslo y unas lágrimas casi secas sobre el rostro. El sol se reflejaba en la ventana del edificio de enfrente y pintaba el cuarto de rojo, pero de pronto apareció una nube o alguien abrió la ventana allá al otro lado, y la habitación se oscureció de golpe. Me tumbé de espaldas, anidé la nuca en el valle de su cadera y me quedé mirando las manchas de humedad en el techo, todas de color beige.

—Te acostaste con ella, ¿verdad? —preguntó, y por un instante no comprendí de qué hablaba. Luego le mentí diciéndole que no.

En aquel momento debería haberme gritado en la cara que a mí no me mientas. Sí, en aquel momento debería haberle confesado que cuando Cleopatra atravesó corriendo el centro de la ciudad vestida con el disfraz de una corista de tercera categoría y Antonio le quitó la mugre y aquel sudor con olor a almendra, la señora actriz Weér, la artista desechada, tardó un rato en ir al baño. Ocurrió después de unos gestos, que también caben en una tragicomedia de estilo checoslovaco, pero esos gestos fueron suficientes para que luego pasaran semanas sin que pudiéramos mirarnos a los ojos. Para que al día siguiente Cleopatra no quisiera leer durante el desayuno el primer papel secundario de su vida, sino que entrara con una jarra de té de menta en su habitación y se pusiera a empollar con la puerta cerrada. De hecho, en nuestros días más inhumanos nos comportamos de la manera más humana, madre. Cuando se secaba el pan con sólo entrar en contacto con nosotros y el agua del barrizal salía por los grifos. Luego llegó por fin una carta de Judit y de algún modo conseguimos reencontrar las frases que transmitían seguridad:

Visto así, el Metropolitan tampoco está tan mal como lugar. Lo terrible, sin embargo, es que sigas sin saber leer con fluidez, hijo mío. No me extraña que no acabaras el bachillerato.

Me suspendieron en la reválida de álgebra, madre.

Pero al menos podrías haber vuelto a examinarte.

Ya iré el año que viene, madre, pero no tuve por qué ir, pues no se necesitaba el certificado de bachillerato en una vivienda de propiedad convertida en cripta para dos personas. Sí, madre, pero lo cierto es que enterrar a tu hija para más inri fue un acto del todo superfluo. De hecho, ya señalaste el lugar de las cadenas de seguridad con el gesto de conducir la mano de Antonio desde tu vientre a la lúbrica vagina de la

apesadumbrada Cleopatra.

—No me interrogues. Sólo te pido que no me interrogues —dijo Eszter, y yo ya había aprendido a no formular preguntas en los últimos años que pasé al lado de Judit. Caminábamos kilómetros enteros desde algún muelle de Pest hasta un mirador de Buda sin que le preguntara nada. Por la noche observaba los coches con matrícula occidental desde la ventana y por la mañana no preguntaba nada. Le subía cartas sin sello ni remitente del buzón, y no preguntaba nada. Sólo antes del concierto de Belgrado le pregunté por qué lloraba. Por la noche ensayaba en el teatro, pues prefería la acústica de la sala a la de las salas de ensayo del conservatorio. Después de los rítmicos aplausos, los del turno de noche desmontaban Roma y volvían a casa, pero nosotros nos quedábamos. Ella en el escenario, en la penumbra de una bombilla de sesenta vatios, yo en el patio de butacas, a mi lado el estuche del violín convertido en Arca de la Alianza, en cuyo interior ya llevaban una década acechando mis tablas de piedra y el Moisés de dos pies izquierdos y látigo en mano. El papel ya se había agujereado en el lugar vacío correspondiente al «no matarás», puesto que Judit había escrito a veces sí y a veces lo había vuelto a borrar, y la hoja, que había sido arrancada de un cuaderno y pegada allí, en el interior del estuche, no aguantó tanta vacilación.

A los trece años tuvo que borrar por primera vez, cuando mi madre la llevó a una control de rutina y no pudo acudir a la escuela durante una semana porque la operaron de las amígdalas. Luego borró el contenido de dos cajas de Eunochtin, que vomitó por miedo. Borró tres años de silencio y a un bailarín de ballet homosexual. Borró al señor actor Réthy con familia y todo, a un oncólogo, a un profesor de instituto y a un piloto de caza cuyo aparato estalló en medio de unas maniobras militares. Luego volvió a borrar al señor Réthy, pero esta vez no con la familia, sino con nuestra madre, y a partir de entonces tuvo que borrar exactamente cuatro veces a nuestra madre. Y entonces ya se tuteaban, pero yo no me enteraba, y cuando la señora actriz Weér confesó a su hija que a ella le gustaba mucho a trío, la hoja de papel se desprendió, y ya tuvo que borrar de la madera contrachapada del estuche el retrato que la escultora Ágnes Raimann empezara haciendo de Judit y acabara haciendo de Rebeka, y eso que a mi madre siempre le repugnaban las mujeres, pero en esta ocasión superó sus reticencias. Puede afirmarse que se entregó del todo a su pasión por el juego, y después del lavado de estómago llevó los fragmentos de Safo a su hija al hospital —mamá, la maquinaria no funciona—, y yo que me creía que se trataba de tres días de Festival de Música en Sopron, como si no viviéramos bajo un mismo techo. Luego, cuando por casualidad fue a parar a mis manos la carta de Judit escrita en las hojas de papel pautado, entendí perfectamente lo que significaba aquella frase de que nunca más te atrevas a compararme con mi madre.

Hasta el viaje a Belgrado pensé que era preferible no preguntar nada. Así al

menos no tendrá que mentirme a mí. Luego me senté en la tercera fila, la observé cómo se plantaba sobre el escenario, en la penumbra de la bombilla de sesenta, y escuché el concierto para violín en si menor de Paganini, y en medio del segundo movimiento ya lloraba a lágrima viva.

—Seguro que ganarás —dije.

—Ya lo sé —dijo.

—Sin embargo, tienes miedo —apunté.

—Mucho —dijo.

—Volverás, ¿no? —pregunté.

—Calla —respondió, y estaba tan sola en el escenario como si Dios hubiera olvidado crear el mundo a su alrededor.

—Así han evolucionado las cosas. Por favor, no me interrogues —dijo Eszter cuando le pregunté por qué le aterraban tanto los médicos, pero, antes de que se lo llevara la camarera, guardé en el bolsillo el volante de ingreso para que le examinaran el tejido y decidí esperar. Aunque tenía la llave de su piso casi desde hacía un año, sólo sabía que estaba empleada a tiempo parcial en la sucursal de la Biblioteca Municipal Ervin Szabó, en el sexto distrito, y que no le había ocurrido nada digno de mención hasta que le dije venga, vamos, en el puente de la Libertad.

Al principio creía que podría escuchar durante años ese silencio si fuera necesario, pero el miedo se introdujo de forma casi imperceptible en mi pecho, y mi imaginación se sumió en el caos. Quien ve colmada su vida por la biblioteca del distrito no hace el amor como aquel a quien le va la vida en ello, pensé, y del papaíto amante de los niños pasé al cabo de unos minutos al griterío nocturno del bar Anna, donde unas *frauen* situadas por encima de su clase, pero auténticamente *ungarisch*, tomaban coñac con clientes sin clase ninguna, pero solventes. Es lo primero que puede imaginar una mente empapada por la mescalina de la sospecha. Como si el silencio de una mujer no pudiera tener más causa que unos antecedentes penales. Así pues, una mañana en que sabía que ella trabajaba, subí a su piso, corrí las cortinas y empecé a registrarlo. Mi cajón, al menos, está lleno de mapas dibujados sobre trozos de papel y de medallones arrancados de sus cadenitas, pensé al tiempo que revisaba una por una las facturas. En mi cajón, al menos, se apilan las cartas de mi madre dirigidas a hoteles inexistentes, pensé. Y no las abro, pensé. De hecho, la carta de Judit llegó a mis manos por casualidad, pensé. Sí, me dolía la cabeza y buscaba un analgésico, pensé. Un ridículo Quarelin, nada más, pensé. Pero yo nunca fisgaba, pensé. Ni interrogaré nunca a nadie, pensé, pero en vano buscaba yo algo, sólo encontré unos cuantos programas de cine y la ya conocida alta del hospital. Como si no existieran en el mundo las cámaras para tomar fotos de familia, sino sólo los fotomatones. Como si nadie hubiera tomado esas fotos en traje de baño o aquellos semidesnudos subexpuestos que se hallan en el fondo del cajón de cualquier mujer.

Recorrí luego todos los libros y álbumes, pero no encontré ni una flor prensada. Repasé los estantes del ropero, las bragas, las toallas, las medias y los camisones. Examiné las etiquetas de los vestidos de verano, por ver donde se fabricaron, registré los tres bolsos y los bolsillos del único abrigo de invierno y luego, ya enfurecido, saqué las cajas del armario empotrado del recibidor. En una había betunes y cepillos, en otra, medicamentos; en una caja de madera había unas cuantas herramientas, martillo, tenazas, bombillas, pero ningún objeto que pudiera indicar qué le había ocurrido a una persona en el curso de treinta años. Con qué había llenado la vida hasta que alguien le dijo venga, vamos, en un puente.

Después se cerró una puerta, y volví corriendo al cuarto para tumbarme sobre el colchón y hacerme el dormido. Le diré que mi madre, sí, que mi madre había estado gritando durante la noche, pensé. Que llevo durmiendo aquí desde la mañana, pensé, porque en casa ya no podía ni dormir, pensé, y luego me di cuenta de que sólo era el vecino, pues Eszter trabajaba ese día hasta las dos, o sea, que me quedaba media hora. Y me puse a registrar el baño, pese a que a esas alturas lo conocía mejor que el de mi casa. Lo revisé todo, desde el vaso para lavarse los dientes hasta la caja de las compresas, aunque no sabía qué buscaba de hecho ni qué haría si lo encontraba. Qué cambiaría en cuanto a aquellos dedos aferrados a mis omóplatos, en cuanto al tableteo de la máquina de escribir que se extendía hasta el amanecer o en cuanto al hecho de empuñar por fuera el pomo del quirófano y de querer irrumpir para decirles que lo dejaran en el acto pues sabía que estaba aterrada. Que daba igual. Fuera benigno o maligno, sólo les pedía que no le tocaran la matriz con guantes de goma ni tiraran nada de ella a la basura. Cualquier cosa que encontrara, no modificaría en nada los jadeos que resonaron entre las rocas de Irhásárok, ni el juicio moral de los vigilantes del Museo de Bellas Artes, ni los huevos revueltos carbonizados, pero entonces recordé que no había revisado a fondo uno de los bolsos, de modo que volví al cuarto pequeño y saqué el bolso negro, y mientras rebuscaba entre pañuelos de papel arrugados y billetes de autobús usados, sentí de pronto un ardor en la nuca y tuve la sensación de morir de vergüenza.

—Sólo he venido por esto —dijo, y cogió del escritorio el manuscrito de mi libro—. Cuando hayas acabado, cierra con llave.

Cerré la puerta y dejé la llave en el buzón, creyendo que nunca tendría valor suficiente para presentarme ante sus ojos, pero no aguanté más de tres días. Esperé hasta la noche ante la biblioteca, con unos guantes de piel de ante en el bolsillo en vez de flores, guantes que, excepcionalmente, no eran accesorios del teatro, sino que habían quedado de la antigua Gran Hungría de los Weér, con tres cucharillas de plata, un paisaje del romanticismo tardío y unas cuantas fotografías descoloridas que se sumaron, por así decirlo, al violín. No tenía ni la menor idea de quién había sido aquella E. W. cuyo monograma estaba grabado con hierro candente en la piel de ante,

como cuando marcaban a los corderos para que la hacienda no sufriera menoscabo si el pastor marcado con hierro se dormía bajo los árboles marcados asimismo con hierro. Así pues, no sabía quién era E. W., sólo sabía que estaba dispuesto a entregar toda la Gran Hungría por el perdón de Eszter Weér. Salió entonces por la puerta del edificio y yo, olvidando aquella baratija, me di la vuelta para marcharme sin decir palabra, porque no veía ni rabia ni compasión, sino mera indiferencia. La indiferencia más inmisericorde, frente a la cual ni los huevos revueltos carbonizados ni mi mano aferrada al pomo del quirófano suponían argumento alguno. Cuando ya había llegado a la Körút, me cogió del brazo por detrás y me dio la vuelta como si fuese un muñeco de trapo.

—Te has olvidado de esto —dijo, y puso la llave en mi mano, y me dejó plantado en medio de la acera, mientras yo miraba cómo cruzaba la calle con el semáforo en rojo para alcanzar el tranvía que acababa de llegar a la parada.

Fue la primera vez que lloré desde la emigración de Judit, en la esquina de la Lenin Körút y la calle Népköztársaság. Tenía en la mano la llave Elzett, comparada con la cual la de san Pedro es una miserable falsificación, la llave barata de un sótano. Sí, me daba la sensación de que, en comparación con la Lenin Körút y la calle Népköztársaság, la tierra de Nuestro Señor sólo podía encontrarse allá en las honduras, en la capa de arcilla bajo la línea amarilla del metro.

—No encontrarás nada en mis cajones. Nada, ¿entendido?

—Entendido. Pero yo todo...

—Ése eres tú. Pero tú tampoco todo... Yo, en cambio, odio mentir, o sea, que no me obligues a hacerlo. No me violó mi padre, ni he sido puta, ni tengo amantes. Supongo que es esto lo que querías saber.

—Sólo quería conocer...

—Soy exactamente aquella que conoces y que soy desde que nos hemos conocido —dijo, se puso los guantes de E. W. y empezó a desabrocharme la camisa.

Intentó establecer el árbol genealógico de los Weér sobre la base de los documentos de un archivo, para que yo pudiese regalar a mi madre algo que la alegrase en las fiestas navideñas, aunque resultaba imprevisible qué podía alegrar de verdad a aquella alma trastornada. De hecho, en otros tiempos sólo Judit sabía qué podía agradar a nuestra madre.

—Regálale tus cuadros —dijo, porque yo pintaba de vez en cuando cuadros del tamaño de una postal, pintaba con todo cuanto caía en mis manos, hasta con el esmalte para las uñas y el pintalabios de mi madre. A veces embadurnaba el papel con tanta pintura que parecía sobre todo un relieve. No era mi intención, claro, pero como no sabía dibujar, lo pintaba todo una y otra vez hasta que quedaba más o menos

como lo había imaginado y lo fijaba luego con laca para el pelo. Me gustaban los cuadros, pero daba más importancia a los títulos. *Animal de blasón en plena huida*, *Joven elaborador de vivencias*, *Si Dios existe*, *¿por qué hago falta yo?*, *Hombre que se lleva a su propio animal*, así los titulaba.

—Ya se comprará ella el perfume. Tú regálale tus cuadros —dijo.

—Estropearía nuestra Navidad —dije.

—Te equivocas. Le encantarían.

—Que a ti te gusten es otra cosa.

—¿A qué le tienes miedo?

—A nada. Pero no se alegrará.

—Ya es hora de que empieces a conocer a tu madre. Por mí —dijo, y compró un álbum, y elegimos juntos los cuadros, y lo titulamos *Ascendientes monstruosos* y *descendientes monstruosos*, porque era lo que más les convenía, según ella.

Como si el bosque hubiera entrado en la ciudad a echar un vistazo, así se alzaban los árboles en el barro de la plaza Kálvin, bajo el cartel publicitario de Fabulon. El vendedor despotricaba diciendo que por qué carajo no venía la gente a comprar a tiempo, que él aún tenía que volver a casa, a Bicske. Una anciana le replicó: porque hoy es más barato. Si ayer hubiera vendido el metro a cien, hoy no hablaría como un cochero, con perdón, joven. Y sepa usted que en el cuarenta y cuatro, cuando pasamos las Navidades en el sótano, nadie tenía la desfachatez de pedir el precio de tres sacos de patatas por una rama de abeto, o sea, que el pequeño Frici Berek nos tranquilizó, que ya la cobraría al año siguiente si aún estábamos con vida, dijo, y nos deseó una feliz Navidad, ¿sabe? Y el vendedor le contestó que aquél era un imbécil y váyase usted pasito a pasito a su casita, señora, que se le va a quemar el pastel, y entonces puso el árbol que yo había elegido sobre la vara de medir.

—Doscientos sesenta —dijo.

—Son dos metros y medio —le corregí.

—Más diez por el cordel —dijo.

—Pues no lo ate —repliqué, y cuando llegué a casa, estaba lleno de ramitas. Mientras Judit sacaba los pinchos de mi pelo, le pedí que buscara algo para la noche, porque a mi madre a buen seguro le daría un ataque de cólera cuando viera mis pinturas. No quiero que por unos sucios engendros de mi imaginación se ponga el abrigo de piel en Nochevieja. Pero Judit aseguró que realmente no conoces a nuestra madre, y yo, por mi parte, sería capaz de dar un Stradivarius por tu sucia imaginación. Busqué entonces el hacha y tallé el tronco del abeto para encajarlo en el pie, y cuando encendimos las velas, y mi madre cogió el regalo envuelto, sentí náuseas como quien acaba de comer un trozo de carne agusanada. Habría deseado tumbar el árbol de Navidad para que, mientras ellas se dedicaban a apagar el fuego que había prendido en las cortinas, yo pudiera hacer desaparecer aquella porquería, porque era una simple y llana porquería, equivalente a escupirle en la cara.

—Pues es realmente encantador. No sabía que fueras tan habilidoso tú también,

hijo mío. Y esos títulos, vamos, que son geniales. Ya haré gestiones para que te admitan en la Escuela Superior de Artes Plásticas —dijo, y en vez de sentir alivio, me entraron ganas de ahogarla allí mismo con las manos. De meterle uno por uno los veinticuatro cuadros por la garganta, así como todas las barritas de rímel, las tizas de cera y la pintura para los ojos. De embadurnarle la cara con la tinta china marca Holló y de encajarle por la vagina, hasta llegar al corazón, el frasco con la laca para el pelo. El cuchillo para el pescado temblaba en mi mano.

—Me alegro de que te guste, madre —dije, y una espina se me clavó en la garganta. Sacudido por las náuseas fui corriendo al baño. Judit me seguía golpeándome la espalda, y cuando conseguí escupir el bocado, me miró a los ojos satisfecha.

—¿Ves cómo tenía razón? —dijo.

Aguantamos hasta el final del concierto del virtuoso chino que, con su talante belicoso y sus sienas chorreantes, pasó como un tifón entre los treinta y los cuarenta grados de latitud norte y cuya música humedecía todos los ojos habidos y por haber entre Pekín y París, para citar con precisión aproximada el cartel anunciador y las noticias culturales de la televisión. En efecto, a todo el Conservatorio de Música se le puso la carne de gallina. Sólo había visto a un organista provisto de tales dotes: estallaban en llanto las menopáusicas, porque ni diez mil tubos de órgano bastaban a su alma. De igual modo, las cuatro cuerdas no bastaron a este chino, o sea, que se cargó una disimuladamente, pues tres producían más, ya eran todo un pacto con el diablo, y las viejas se pusieron a aplaudir, y cuando tuvo que cambiar el arco, y aguardó el efecto, y llegaron las ovaciones, yo habría preferido largarme, pero me había acostumbrado a no levantarme nunca, ni en el teatro ni en la sala de conciertos. De hecho, sólo ocurría en los auditorios de música, pues llevaba más de una década sin acudir al teatro, ausencia que una vez una me sacó a colación, reprochándome que se trataba de una forma de darse aires, y yo le contesté que sí, en efecto, que había dado en el clavo, y a partir de entonces dejamos de follar. Así pues, aguantamos con Eszter al chino y la cola en el guardarropas, y en el lodazal típico de una noche de diciembre salimos a tientas a la calle Népköztársaság en busca de alguna cervecería de aspecto humano, y ya suponíamos que, con el cambio de régimen, estábamos, de hecho, en la calle Andrásy, pero no queríamos confiarnos, ya que cualquier cosa podía suceder mientras no arrancaran los parqués de los cuarteles, no llenaran de *paprika* de Szeged las minas antipersonas y no entregaran las balas a los estudiantes de primaria.

—A los diez años de edad Judit sabía más de música —aseguré.

—Ya lo sé —dijo Eszter.

—¿Cómo lo sabes? Nunca te lo he dicho.

—Porque es tu hermana.

—Lo ves con parcialidad.

—Así es.

—¿Hasta qué punto? —pregunté.

—Un poco más de lo que imaginas.

—¿Mañana también?

—Tú confía. Pero sólo si recibo un regalo.

—No lo recibirás. Más bien no. Por cierto, ya están envolviendo la luna llena. El cielo se ha nublado para que no te des cuenta.

—No quiero la luna llena.

—¿Por qué?

—Porque se acabará.

—Eso déjame a mí.

—De todas formas no la quiero. Ocupará toda la habitación, y tendremos que refugiarnos en el cuarto pequeño. Necesito algo que quepa en el cuarto pequeño.

—Ni lo sueñes. En el cuarto pequeño no cabe nada.

—Algunas cosas sí.

—Dime una.

—Un niño.

Encendí un cigarrillo, y me quedé manoseando la cerilla para no mirarla a los ojos.

—Por cierto, no es de recibo hablar de los regalos con antelación.

—Quiero un hijo tuyo.

—Sabes que no se puede todavía.

—Se puede. Hace tiempo que estoy bien.

—Dice el médico que tenemos que esperar.

—Lo dijo hace casi dos años.

—Sí, pero dos años no son muchos.

—¿Por qué no confiesas que los niños te dan miedo?

—Porque no es verdad.

—¿Entonces qué?

—Que tengo miedo por ti. No quiero verte en el hospital.

—Deja esa cerilla.

—No hay nada que temas tanto como un hospital.

—Sí hay algo. A ti, por ejemplo, ahora.

—No me digas. Sólo acabo de afirmar que siento miedo por ti. Un simple examen de rutina te pone blanca como una pared durante días.

—Sueles usar símiles mejores.

—¿Por qué te pones cínica, oye? ¿Por qué está mal que sienta miedo por ti?

—Nunca en mi vida he sido una cínica, ¿sabes? Me he limitado a decir que, gracias a Dios, sueles recurrir a mejores símiles que blancacomounapared.

—Nunca hemos hablado así entre nosotros —dije.

—Porque nunca me has mentido a la cara.

Callamos.

—No te enfades —me rogó—. ¿Me pides otra cerveza, por favor?

—Sí. Pero no nos peleemos. Esto es terrible.

—Yo lo deseo mucho.

—Y yo, en cambio, no —dije.

—Ahora al menos eres sincero. ¿Tanto cuesta?

—Tanto.

—No cambiaría nada. O casi nada.

—No es así. Todo cambiaría.

—Sólo quiero un hijo. No quiero que te vengas a vivir a mi casa.

—Ya lo sé —dije.

—Entonces, ¿qué te aterra?

—No quiero más Weér —dije.

—Es una tontería. No sólo sería una Weér. Tú tampoco eres puro Weér —aseguró, y el humo se congeló en mis pulmones.

—¡Déjalo! ¡No quiero más Weér en el mundo, y ya está!

—Lo entiendo. No grites.

—¡No lo entiendes! ¡Jamás, con nadie! ¡Ni puro ni impuro! ¿Entendido?

—Sí. Entendido —susurró.

Al día siguiente recibí una luna llena y se alegró. Buscamos los cráteres bautizados con nombres de húngaros y dónde alunizó el Apolo y dónde se hallaba la Statio Tranquillitatis, y la esfera de la luna bajó entonces rodando por su vientre y luego por sus muslos apretados, rodeó la ropa tirada sobre la alfombra, las dos copas y la bandeja con las pastas, apartó de su camino una mandarina para evitar el tablero de ajedrez de doscientos años de antigüedad que recibí en vez del Hijo y, entre susurrantes papeles de regalo, regresó rodando al fin bajo las velas y estrellas del árbol de Navidad. Pero ni ella ni yo llegamos a la ingravidez. El lecho del Mar de la Tranquilidad se llenó de sudor terrenal, y nos callamos.

—He de irme —dije.

—Pues vete —ordenó, y me besó los ojos, y su rostro era blanco como la pared, aunque a veces recurra a símiles mejores. A continuación me fui a tiendas por el lodazal de diciembre. En los cuartos más atestados de gente brillaban las velas o las bombillas navideñas, en otros sitios las velas y el televisor, y sólo un primer violín gitano borracho y una anciana que había sacado a pasear a su perro infringían la prohibición de salir.

¿Dónde has estado hijo mío?

Teníacosasquehacer, madre.

Un día como hoy todo el mundo está en su casa con la familia. Ésa es la costumbre.

Lo sé, por eso me he dado prisa en volver, madre, y entonces adorné con tres esferas de cristal y con dulces para el árbol de Navidad la rama de abeto puesta en un florero, como si el pequeño Frici Berek la hubiera traído en el cuarenta y cuatro.

Le ha llegado una carta de Judit, madre. La envió a través de un conocido para que nos la entregara en mano.

Hasta ahora nunca había mandado nada para que nos lo entregaran en mano.

Pues esta vez se dio así. Se topó con Frici Berek en Niza.

¿Y ése quién es, hijo mío?

Usted no lo conoce, madre, dije, y luego cogió el mapamundi y el rotulador, y mientras ella buscaba Niza para marcar la ciudad con una equis, yo encendí las velas y traje el árbol genealógico de los Weér, que había dibujado sobre la base de los apuntes de Eszter tomados en el archivo, pues habíamos llegado a la conclusión de que era lo que más podía alegrar a aquella alma trastornada. Pero el rostro de mi madre se tornó más y más gris, y así tomé conciencia de que el infierno de los locos es la realidad. Que nunca me perdonaría que sólo fuéramos una rama colateral, es decir, que media Gran Hungría perteneciera, de hecho, a algún primo de sexto grado.

¿Ni siquiera la Navidad es sagrada para ti? ¡No me dejes expoliar, a ver si te enteras! ¡Sé que tú y tu puta me queréis expoliar! ¡Te la follas, y luego te presentas aquí con esa guarra!, gritó, y me arrojó el cuadro como un puñado de mierda. Yo, en el fondo, no sentía nada. Fui a buscar la escobilla y la pala para recoger los trozos de vidrio que se habían roto contra mi frente para a continuación irme a dormir.

Pues eso no os dará ni para comer, dijo.

Nadie pretende expoliarla, madre.

¡Hienas! Pero ni se te ocurra creer que me dejaré.

No lo creo, madre.

¡Te denunciaré!

Ponga usted la denuncia por escrito y la llevaré a Correos, madre.

No escribiré nada. Te voy a denunciar a Kádár.

Kádár ya ha muerto, madre.

¡¿Sí?! Pues ya veremos, dijo, y empezó a arrancar del armario todos los vestidos apolillados, hasta que por fin apareció su traje de seda negro. Comenzó a vestirse, y los hilos de la nada ya la cubrían como la tela de araña a la cetonia, y los viajeros del autobús de la línea siete aún habrían exigido al conductor que no adelantara a Cleopatra, las madres que salían en ese preciso momento de los almacenes Úttörő aún habrían tapado los ojos a sus hijos y las esposas de actores convertidas en despojos por los calmantes aún habrían acercado las caras de sus maridos a la ventanilla del horno para que vieran, aun en sueños, cómo se consumía su puta con traje de seda.

¿Qué hace, madre?

Te has cagado patas abajo, ¿no? Pero igualmente te mandaré a la cárcel. Por falsificación de documento público os mandaré a la cárcel a ti y a tu furcia, dijo, y arrancó el dibujo del marco y se lo guardó en el bolsillo para que no se me pasara por la cabeza destruir la prueba. Y cuando se puso el abrigo de astracán, ya temblaba la pala de la basura en mi mano, y tenía la sensación de que me faltaba muy poco para ahorcarla. Para encajarle por la garganta aquellos trece años, con el árbol genealógico de los Weér y los trozos de vidrio.

¡Nunca! ¡Nunca, cabrona de mierda!, grité, y la agarré del brazo y la arrojé sobre la cama.

¡Nunca, ¿me entiendes?!, grité jadeando, y mientras le quitaba el abrigo de astracán, ella se rió de mí en la cara.

Como un huevo roto al que algún animal salvaje ya le ha devorado la yema, así yacían los trozos de la esfera lunar sobre el colchón. En el piso vacío comprendí por qué me pidió un hijo en vez de la luna llena y creí que encontraría a los dos.

Llamé uno por uno a los diversos hospitales y me enteré de que estaba en el Kútvolgyi, pero cuando llegué allí, la enfermera me dijo que ya la habían pasado de la sección ginecológica a la neurológica y que no podría visitarla hasta el día siguiente. «¡Es mi mujer!», grité al enfermero en el pasillo. «¡Voy a hacer que te despidan si no me dejas entrar! ¡Soy escritor y puedo conseguir que te echen, tonto del culo!», y allí estaba ella, tumbada en la habitación once junto a la ventana enrejada, con las extremidades atadas, y me miró como si fuese un vidrio opaco.

Había aprendido de mi madre que muchas cosas se podían resolver con una botella de coñac y unos cigarrillos de marca, de modo que logré que la trasladasen a una habitación para ella sola. Conseguí incluso que le quitaran las correas, pero así y todo permaneció tres días inmóvil. «Dos», leía alguna vez de sus labios, pero no me lo decía a mí. Poco a poco fue despertando del estado de inconsciencia provocado por los tranquilizantes, y el día de Año Nuevo le quitaron el suero y ya pudimos pasear por la habitación.

—Sentémonos —dije, porque le temblaba la pierna.

—Aún no. Está bien así —dijo, aunque sólo se mantenía en pie porque yo la sostenía. Dimos una vuelta más, cinco pasos hasta la puerta y cinco hasta la ventana, y la cogí en brazos y la dejé sobre la cama.

—No permitas que me apliquen electroshocks —me pidió.

—Claro que no lo permitiré —dije.

Rascó con la uña la pintura al aceite de la pared descascarillada. Rompió un trocito, se lo llevó a la boca, y luego lo escupió.

—Lo he olvidado —dijo—. Sabes que sólo lo he olvidado, ¿no?

—¿Qué has olvidado? —pregunté.

—El medicamento. Tomar el medicamento —dijo, y por último rompió a llorar.

Estábamos en una región pantanosa a orillas del Danubio, vestidos con ropas largas de tela basta. Bajaba un bote con un niño de unos siete u ocho años en su interior, también vestido con una camisa de tela basta y con los ojos tapados. Al llegar a nuestra altura, el niño se quitó la venda negra de los ojos y nos miró de arriba abajo. No había ni reproche ni exigencia de cuentas en su mirada. Se limitó a mirarnos, volvió a atarse la venda, y la barca siguió su curso y desapareció en la bruma cuando me percaté de que nadie remaba y que el río volvía a detenerse ante nosotros.

A menudo tenía que contarle mis sueños hasta el amanecer. Se tumbaba a mi lado, y si alguien nos hubiera visto en aquel momento, habría creído contemplar la encarnación del idilio, aunque la escena, en el fondo, no tenía ni pizca de idílica. Recordaba más que nada a la situación en que los hombres hablan de sus antiguas amantes a la nueva, estimulados por ella, porque quiero saberlo todo, y el hombre cae en la trampa. Si no recuerda algún detalle, se lo inventa, pero luego se da cuenta de repente de que la mujer ya le ha mordido los labios hasta hacerlos sangrar y ha aplastado la colilla en el cenicero. Sí, a esto recordaba sobre todo nuestro ritual. Nunca me interrogaba por mis antiguas amantes, pero se aferraba a mis sueños, y durante años creí que eran celos por mi madre. Luego descubrí que quería escucharlos porque llevaba años sin recordar ni uno solo de los suyos, con lo que tenía la sensación de haber sido despojada de media vida.

—Hasta ahora apenas has soñado conmigo —señaló.

—Porque me he especializado. Sólo me ocupo de pesadillas —dije, y preferí no contarle el de la barca, pues no le interesaban ese tipo de sueños.

—¿Cuándo fue el primero? —pregunté.

—No me interrogues —respondió.

—Ahora ya es diferente. Ahora ya he de saberlo.

—No es diferente. Sigue siendo lo mismo, ¿entiendes? Lo mismo.

—Por el amor de Dios, es para volverse loco —dije.

—Tranquilo, que tú nunca te volverás loco —aseguró.

—Ahora me ha dolido aún más, como si me hubieras dado un sopapo.

—Yo tampoco me volveré loca. ¿Te gusta más así?

—No. Prefiero que me des un sopapo a que calles como una tumba.

—Tus símiles son cada vez peores —dijo—. Ahora vete, por favor.

—No iré a ningún sitio. Hasta ahora nunca nadie me ha hablado así.

—Pues acostúmbrate y vete de una vez.

Salí por la puerta sin despedirme, pero sólo llegué al portal.

En ese preciso instante, un hombre apostado en el segundo piso hacía bajar el árbol de Navidad con un cordel. Las agujas secas caían en el barro, y cuando el abeto llegó abajo, la mujer, que esperaba en la acera, revisó los envoltorios encarnados para

ver si había quedado algún dulce en su interior, cortó el cordel con unas tijeras de uñas como si fuese un cordón umbilical y arrojó el árbol entre dos coches estacionados.

—Manda al niño abajo con una escoba —gritó al hombre, que se asomaba por la ventana.

—Déjalo —dijo el hombre.

—Ni hablar. No quiero que me venga la señora Dorák diciendo que voy tirando mierda por ahí.

—Te tiraré la escoba —anunció el hombre.

—No, que caerá sobre un coche —y cuando me di la vuelta, ya bajaba corriendo por las escaleras un niño, con la escoba entre las piernas y sobre la cabeza un sombrero vaquero de hule que sin duda le había traído el Niñito Jesús, y aún oí que su madre le decía, toma, y le daba el último dulce del árbol.

Eszter estaba tumbada en el colchón, y el llanto le sacudía todo el cuerpo.

—Nunca más querré salir así por la puerta —dije, y me eché a su lado. Se introdujo bajo mi abrigo, pero con su silencio se quedó igual de sola que alguien a cuyo alrededor Dios ha olvidado crear el mundo.

—¡Genial! ¡Genial! Pero póngale un poco más de vistosidad, que esto es Paganini al fin y al cabo —le exhortó el profesor Vágvölgyi.

—La partitura es de Paganini, pero el violín es mío —respondió Judit, a lo cual el maestro le pidió que se guardara las réplicas ingeniosas para más tarde, para los periodistas, de modo que Judit cogió el instrumento y lo puso sobre la cátedra—. Tome, tóquelo como yo y haga el payaso mientras tanto. Yo escucho —dijo, y cuando vio que a todos se les helaba la sangre en las venas, salió de la sala, pero no se atrevieron a expulsarla, porque en tal caso no podrían enviarla a Belgrado. Luego, en los últimos días, ya ni siquiera acudió al Conservatorio, pues ensayaba doce horas diarias. La partitura era para Judit como la cavidad del tamaño de un hombre en la lava que se ha enfriado, y ella debía colmar aquel hueco. Por eso llenaba la partitura de toda clase de signos y comentarios. El rápido de las dos y media en la estación de Zugló, mi madre en la *Agonía* de Miroslav Krleža (segundo acto), Greco: María Magdalena. Tales apuntes llenaban las partituras, semanas antes incluso de que cogiera el violín.

—Para ya. Que esto te va a matar —dije.

—Aún falta mucho para eso —aseguró, y sumergió una galleta en un vaso lleno de leche salada, la puso sobre la lengua, untó el arco con colofonia y empezó de nuevo. Lo curioso es que nunca se le ocurriera romper una cuerda con disimulo y observar qué efecto producía. A quien se limitaba a observarla durante unos minutos, le resultaba aburrido verla en el escenario. Parecía un chopo. Con el tiempo, el espectáculo se volvía más y más monstruoso, hasta que uno ya sólo deseaba que se

derrumbara. Que le rompan la columna, que la derriben con el hacha, por favor, pero que no siga así de pie, con las piernas juntas y los ojos cerrados, porque es para volverse loco.

Y cuanto más furiosamente preguntaba mi madre qué se estaba haciendo, cuánto más le costaba a Eszter encontrar las letras en la máquina de escribir, más valoraba yo la calidad de mis relatos, adecuados, cuando menos, para que cada cual oyera su propio silencio en tal punto o tal coma. Sabía también que no podía esperar más, puesto que yo también sólo oía mi propio silencio en las pausas del *Cuaderno de apuntes de Bor*, y estaba bien que así fuera. Con todo, el libro me aterraba, pues lo imaginaba como la cavidad dejada por un cadáver de Pompeya, con la que cada uno podía hacer cuanto le viniera en gana: tumbarse allí desnudo, pero también llenarlo con yeso barato para modelar, y no era fácil aceptarlo. No es fácil dejar en libertad una frase; y cuando recibí la carta de la editorial diciendo que esta primavera no, puesto que los gastos se habían disparado, pero en otoño seguro, ya que los informes de los lectores eran realmente excelentes, con los mejores deseos para sus futuros trabajos, Éva Jordán, editora, tuve la sensación de que sólo habían aplazado el día señalado para enterrarme vivo. Eszter, en cambio, se puso furiosa, como si no se tratara de mi libro, y bastante me costó convencerla de que no fuera a la editorial a preguntar qué se habían imaginado.

—Lo ves todo con un poco de parcialidad —dije.

—Te equivocas. Simplemente me pone furiosa que algún borrachuzo haya acabado su tocho y entonces se disparen los gastos. Siempre funciona así.

—Puede que sea un borrachuzo, pero no necesariamente ha de ser un tocho.

—Pues sí.

—Pues no.

—Tú calla. Odio que en este país haya más escritores que gente capaz de escribir sin faltas de ortografía.

—Pues yo tampoco sé si se escribe *concesión* o *conseción*.

—No me vengas ahora con ésas. Te estaría agradecida si por fin me abrazaras.

—¿Hasta qué punto me estarías agradecida?

—Hasta donde lo permiten las posibilidades —dijo, y me abrazó, y le puse el abrigo, ya que esto era, desde el paso por el Hospital Kútvölgyi, lo que permitían las posibilidades. Y coger las ramas en la isla Margarita y arrancarles todos los brotes.

—Vi un cuadro en la tienda del viejo Rosenberg —dije.

—Vaya —dijo.

—Acaba de llegar el dinero de Judit. Mañana lo compraré.

—Esa Judit no tiene ni un pelo de tonta —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Que envía con mucha inteligencia el dinero para los gastos mensuales.

- Oye, odia a mi madre, pero a Judit déjala en paz.
—No te enfades. Además, a tu madre tampoco la odio.
—Sabes perfectamente que Judit...
—Por supuesto. Te he dicho que no te enfades. ¿Qué cuadro viste?
—Da igual. Un paisaje. Me gustó.
—Enséñamelo antes de llevarlo a casa.
—Lo quiero para aquí.
—Ya he perdido la costumbre de tenerlos —dijo.
—¿Los paisajes? —pregunté.
—Los cuadros en general.
—¿Por qué la has perdido?
—Da igual —respondió.

—Por supuesto —dije, del todo convencido ya de que, siendo ella una niña todavía, un buitre canoso se había abalanzado sobre ella, algún pintor sucedáneo y padre sucedáneo que la cercenó con los últimos restos de fuerza viril que le quedaban y la dejó atada a la cama de un hospital para que concluyeran tranquilamente el raspado y la terapia de choque, pues más allá de los sesenta resulta muy conveniente tener a alguien que tome incluso nuestros eructos por manifestaciones significativas y que se pase horas ocupada en nuestro rabo flácido, aunque tampoco la privilegiaremos si se queda preñada, la pequeña desvergonzada. Porque a mí hasta la trementina me resulta apestosa, cariño. No necesito pañales cagados, la verdad, de modo que aquí tienes dos mil florines para que arregles el asunto. ¿Para qué ir yo allí? Ya eres una niña grande, ¿no? Además, no tengo tiempo, pero a cambio habrá una exposición en el Ernst, todos cuadros de ti. Así pues, por culpa de la inauguración no puede acudir al hospital neurológico, pero se muestra muy triste, y lo notan tanto los colegas como los críticos, lo cual ya es un punto más a su favor. Pero yo lo buscaré y lo mataré, pensé. Daré vueltas y vueltas hasta encontrar su paradero, pensé. Me atrevo a matarlo así sin más, pensé. Y si hace falta, lo desentierro y le rompo los huesos, pensé. Le cubro la tumba de sal. Sí, la cubro de sal y me meo encima.

De hecho, no era nada particular: un campo pelado bajo un cielo pálido, como si los metemuertos acabaran de limpiar un escenario sobredimensionado. Ni cuervos, ni crepúsculo, ni retamas, ni siquiera el fin del mundo. Óleo, tela, unos cuarenta por sesenta centímetros con el marco negro. Se trataba, sin duda, de la obra de algún insignificante pintor de provincias inspirado por el *Angelus* de Millet. Sin embargo, como al artista siempre le costaba representar figuras humanas, prefirió eliminar al hombre y a la mujer, y de paso también la carretilla. Además, el ataúd tampoco se ve en el original... Así pues, quedó el escenario, y entonces pensó que volvería a poner fondo a la tela, porque éste no era suficiente, pero luego ocurrió quién sabe qué y el

cuadro quedó como estaba.

—Era éste, ¿no? —preguntó Eszter, y sacó el cuadro de detrás del escritorio.

—Pues sí —respondí, pues era todo cuanto se me ocurrió decir por el asombro.

—Entonces trae un clavo y un martillo.

—¿Cómo lo sabías?

—Será porque me llevo bien con los anticuarios, o será porque te conozco. Quizá por las dos razones. De hecho, no fue difícil elegirlo entre jóvenes gitanas con mandolina y toros que bramaban —dijo, y me abrazó.

—Gracias —dije.

—¿Dónde quieres colgarlo? —preguntó.

—Dame un beso —le ordené.

—Trae primero el martillo.

—Quiero hacer el amor —insistí.

—No, aún no se puede, seguro —respondió.

—Mientes —dije, y jugamos a aguantar la mirada mientras le desataba el cinturón de la bata, y fue la primera vez en dos meses que la vi desnuda. Descontando, claro está, los momentos en que la cambiaba en el hospital, en que la llevaba en brazos a orinar al váter situado al fondo del pasillo de la sección neurológica y cargado de olor a mierda con cloro, pues Eszter prefería aguantarse a que la enfermera Bertuska le pusiera la cuña sin lavar. Deseaba huir, pero me instalé sobre ella como un ángel delirante que se ha metido en la cabeza recomponer hasta el último cráter las piezas de la luna llena destrozada por error.

—No —dijo.

—Calla —dije, y los pezones empezaron a sudar por mi aliento. Apoyé el rostro sobre su vientre, y cuando llegué a la ingle, todo su cuerpo temblaba.

—No —repitió, pero mi dedo perlado por su sexo le tapó la boca y se introdujo luego entre sus labios para inmovilizarla con su propio olor a mar. Mi lengua saboreó las terminaciones lúbricas de los nervios del deseo, y poco a poco Eszter empezó a olvidar. Primero a mi madre y la casa de citas, luego los restos del cráter de Bolyai y del Mar de la Tranquilidad, y cuando ni siquiera sabía si era el alba o la tarde, cuando se olvidó incluso de cómo tomar el aire, mi mano también olvidó su fuerza, y en el instante siguiente ya no sentía tampoco mis dedos que masajearan su clítoris y las uñas que surcaban su pecho. No oyó su propio grito, no sentía nada salvo el redoble enloquecido de su corazón en la jaula de las costillas, y luego se acabó la luz y se acabó también la oscuridad, se detuvo en los cielos el reloj de Dios y se disolvieron en el infierno los instrumentos médicos del doctor Vidák.

A besos introduje en su boca el sudor de su sexo, como si fuesen auténticas perlas. «Te quiero», dije, seguro de que en ese instante resucitaría la verdadera Eszter Fehér. La que no arrancaría más brotes de las ramas. «¿Duele?», pregunté, pero ya no era capaz de ordenar los sonidos en palabras. Cada sonido huía por separado, jadeando, de la red destrozada de la conciencia. Su lengua volvió a deslizarse por el

arco de mi paladar, se introdujo en el hueco entre los labios y las encías, su saliva bajó por mi garganta, pero cuando los músculos que me apretaban empezaron a palpar, me cogió con mil manos y me apartó de sí, y entonces sólo sentí que me golpeaba el rostro con el puño.

—¡Eres una mierda! ¡Una mierda! ¡Una mierda! —gritó, y dejé que me siguiera golpeando, hasta que se desplomó sobre mí sollozando.

¿Dónde has estado hijo mío?

Lo sabe usted perfectamente, madre.

Veo que ya os peleáis.

Me han atracado en plena calle, madre.

No me tomes por imbécil.

No nos peleamos ni nos pelearemos nunca. Le he dicho que me han atracado en plena calle, madre.

Conque se ha quedado preñada, ¿no? Lo ha conseguido, ¿no?

Le ruego que cierre la boca, madre.

La pequeña puta. He dicho la verdad, ¿no?

Ahora sería preferible que no dijera nada, madre.

Éstas sólo sirven para aliviarte un día.

Desde mi infancia me alivio en la bañera, madre.

Por aquellas fechas comenzaron a morir las palomas. Vi el primer cadáver en la plaza Gutenberg, donde cuatro o cinco palomas silvestres yacían sobre la calzada o al borde de la acera, como si les hubieran crecido alas a los charcos, pero el hecho ni siquiera llamó la atención, porque en primavera suelen caer como las moscas. Superan de alguna manera el invierno, pero con el deshielo empiezan a precipitarse de tejados y cornisas. En algún caso, los cadáveres acabaron taponando la chimenea, y por la mañana sólo se despertó Ágika, de medio año de edad, porque la abuela se había olvidado de encender la estufa en el cuarto de la niña. Durante tres semanas, sin embargo, ni al restaurante Kispipa, ni a la sección de alfombras de los almacenes Lottó, ni al Club de Jubilados Años y Vida les llamó la atención la injustificada ausencia de los Bodnár. Así pues, cuando los habitantes del edificio avisaron de que debía de haber algún problema, puesto que faltaba poco para Pascua y la vecina no sacudía la vestimenta y la ropa de cama de su suegra en el patio, Ágika también se hallaba ya en proceso de descomposición. Y las autoridades dijeron que les dejaran unos días, que quizá volvían tras la fiesta de la rociada, que se celebra el lunes después del domingo de Pascua, pero al final hicieron saltar la cerradura, y los Bodnár pasaron a ocupar los titulares del *Estihírlap*, entre noticias sobre sucesos tan vitales como los últimos resultados de las investigaciones sobre Marte y las aradas de

primavera, pero para entonces hasta el papel de periódico olía a cadáver.

—¡Qué asco! Sería mejor que miraras lo que escriben sobre Dürrenmatt. A ver si lees de una manera un pelín más comprensible —sugirió mi madre.

—Es extraño, pero yo lo entiendo perfectamente: murieron cuatro, y lo cierto es que ninguno había obtenido el premio Kossuth —señaló Judit.

—Por lo visto, no soy tan sensible a la tragedia —dijo mi madre.

—Sólo hay una breve nota sobre el estreno —dije.

—Nadie tiene todos los sentidos perfectos. Yo, por ejemplo, oigo bastante bien, pero a veces me paso semanas sin ver cuanto ocurre a mi alrededor —dijo Judit, y recogió los platos.

—Una mujer ha de aprender a ver hasta en la oscuridad —observó mi madre.

—Si te das prisa, lavaré luego los platos —dije a Judit.

—Gracias. Por cierto, la idea no es mala. Si quisiera matar a alguien, casi seguro que procedería así —anunció Judit.

—Echaré un vistazo al *Népszabadság* —dije, y seguía sin oír nada.

—Unas cuantas palomas muertas en la chimenea, apuesto a que aparecerá en las noticias del día —dijo Judit.

—Muy ingeniosa. Siempre y cuando seas capaz de atrapar una paloma —dijo mi madre.

—Si la inspiración es grande, tarde o temprano lo consigues. Las hamburguesas estaban, una vez más, exquisitas. Gracias por el almuerzo —dijo Judit, y se marchó deprisa.

Hasta el final de la temporada de invierno, mi madre mandó examinar la chimenea de su habitación en cinco o seis ocasiones, aduciendo supuestas denuncias de la comunidad de vecinos.

Así pues, primero vi unas cuantas en la plaza Gutenberg, luego unas cuantas más en la plaza Blaha Lujza, donde la acera había quedado negra por su culpa. La gente se quejaba, ¿qué diablos es esto, y dónde coño se han metido los de la limpieza? Según algunos, era obra de los comunistas, según otros, de la extrema derecha, pero la mayoría opinaba que la epidemia se debía sin género de duda a la central nuclear de Paks, y al día siguiente ya aparecieron los primeros análisis políticos, reflexionando sobre la influencia de una hipotética manifestación masiva sobre la industria energética húngara. La televisión se remitía a fuentes no oficiales, los periodistas de investigación sacaron de sus escondrijos a todos cuantos podían decir algo sobre el tema, y no faltaban los memoriosos que, en horas de máxima audiencia, recordaban muertes colombinas similares. Sólo el Servicio Médico Municipal se contentó con afirmar que, en contra de las apariencias, no podía hablarse de epidemia, pero exhortó al mismo tiempo a los padres a no dejar a los niños jugar con las palomas muertas. Fue precisamente entonces cuando me dirigía con Eszter al mercado y vi en la plaza a

una anciana que, tras extraerlos de una bolsita de papel, esparcía granos a las palomas, mientras murmuraba que *Rebeka* come.

—Es ella —dije a Eszter.

—¿Quién? —preguntó.

—La mujer al lado del columpio. La que envenena a las palomas.

—Qué dices.

—La conozco —dije—. En su casa vi las veinticinco jaulas en el armario.

—No la imaginaba así —dijo—. Además, quien convive con pájaros tullidos, no echa trigo envenenado a las palomas. Es una tontería.

—Estás muy equivocada —dije, y nos fuimos a hacer la compra.

Cuando recibí la carta que me citaba para el día seis, me pasé dos días vomitándolo todo, incluido el café del desayuno. Repasé las posibles preguntas y redacté las respuestas más impersonales. En última instancia les diré que dejemos estar todo este asunto, pensé, y, para perder tiempo, preferí subir por la escalera a usar el ascensor que funcionaba como una cadena sin fin, y eso que jamás había utilizado tal tipo de ascensores. Sin embargo, cuando alguien dijo desde dentro que pasara, lo único que vi fue que, aquí también, el pomo era de aluminio.

—Éva Jordán —se presentó la mujer y me miró de arriba abajo al tiempo que me daba la mano—. ¿Un café? —preguntó, y le dije que sí, y me senté en uno de los sillones mientras me preguntaba si no habían tenido tiempo para cambiar el tresillo de piel artificial y la máquina de escribir Erika y ella avisaba al despacho de al lado que dos cafés, por favor.

—Me gusta su libro —dijo, y yo le dije, gracias, a pesar de que, desde el instante mismo en que me miró de arriba abajo, ya deseé que no le gustara. Siempre me han dado repelús las mujeres que, si bien consiguen rebajar en una década los cincuenta o más años que tienen, dan la mano como militares. Que son capaces de cambiarle el neumático a un Polskifiat en cinco minutos sin que les salte el esmalte Margaret Astor de las uñas y que después de un agradable folleto o de un desagradable proceso de divorcio siguen conociendo perfectamente el sentido de la vida. Me molestaba hasta su voz de fumadora empedernida. Que no te guste mi libro. A ti no, pensé, y mientras ella buscaba la carpeta, me quedé mirando el calendario colgado a un costado del archivador: ventisca en la *puszta* en diciembre, a pesar de que habría tenido que volver atrás, a las aguas de infiltración típicas del mes de abril.

—Claro, tendremos que trabajar un poquito los textos. He garabateado un poco las páginas. Espero que no le moleste —dijo, mientras yo echaba un vistazo al manuscrito y veía algunos comentarios escritos con bolígrafo negro al margen, algunos subrayados y signos de interrogación. Tuve la sensación de que esta mujer había emborronado lo que Eszter había escrito a máquina durante semanas.

—No me molesta, no —dije.

—Lo mejor será, a mi juicio, que lo revise y que luego lo hablemos.

—De acuerdo —dije.

—Llámeme a mi casa. Este fin de semana a ser posible —me sugirió, y apuntó su número de teléfono en la carpeta—. Aquí no se puede trabajar, la verdad.

—Vale —dije.

—¿Qué bebida le gusta?

—El té —respondí. Guardé el manuscrito y me levanté en seguida para huir cuanto antes de allí. Volvimos a estrecharnos la mano. Tiene unas manos de mil años. Éstas al menos no se pueden maquillar, pensé.

—¿Cómo se encuentra su madre? —preguntó, y me quedé de piedra, puesto que no la había incluido entre las preguntas posibles. No tenía ninguna respuesta preparada. Me entraron ganas de darle una bofetada.

—¿De qué conoce usted a mi madre? —pregunté.

—Una vez le hice una entrevista.

—Seguro que está usted equivocada —dije.

—Seguro que tiene usted razón. Me gusta su apretón de manos —confesó, y sólo entonces me di cuenta de que seguía estrechando su mano con la fuerza de una excavadora. Que sus dedos huesudos estaban a punto de resquebrajarse. Salí sin despedirme y me subí al ascensor tipo cadena sin fin, pero olvidé descender en la planta baja, y no sabía cómo funcionaba, y cuando llegué abajo, a la sala de máquinas oscura como boca de lobo, me sujeté desesperadamente del agarradero, pues creía que la caja volcaría y yo saldría volando. Creía que yo y mi mierda de manuscrito acabaríamos molidos por las ruedas dentadas.

—Por el amor de Dios, ¿qué te ha pasado? —preguntó Eszter.

—Yo esto no... —dije.

—No te lo han devuelto, ¿no?

—Lo pediré.

—Te ruego que me digas qué ha pasado.

—No quiero.

—¿Qué no quieres?

—Todo esto —dije, y apoyé la cara entre sus senos, pero seguía sin poder explicar cabalmente cuanto había ocurrido en la editorial: sólo que el ascensor me llevó abajo, al sótano, que me quiso moler, porque allí lo saben todo y conocen hasta a mi madre. Luego sentí su mano sobre mi ingle. «Tranquilízate», dijo. «Sí», respondí, y empecé a buscar su sexo, pero ella volvió a poner mi brazo sobre su cuello. «¿Por qué?», pregunté. «Calla», dijo, y me cerró los ojos, como si fuese un muerto, e inclinó la cabeza sobre mi tórax. «No», dije cuando deslizó su dedo sobre las venas tensas, pero no contestó. Sus dedos se aferraron a mí, y yo sabía que tenía los ojos abiertos. Notaba que los tenía clavados en mi sexo mientras su muñeca

apenas se movía. «No», repetí. «Deja», respondió, y acarició después con la palma de su mano mi vientre empapado como si enjugara el sudor de la frente de un enfermo.

—¿Estás mejor ahora? —preguntó.

—Me falta tu placer —respondí.

—Ahora lo prefiero así.

—Pues a mí me falta.

—Mejor será que me expliques con detalle qué ocurrió en la editorial.

—Quiero pedir que me lo devuelvan.

—Muy bien. Por cierto, no te reconozco.

—Créeme, a mí me basta y me sobra que me leas tú. Ya se publicará en su momento.

—Sigue. Me gusta que digas cosas así. Es una estupidez, pero me gusta.

—Esa cabrona sofisticada llenó de garabatos lo que habías escrito a máquina.

—Más. Sigue haciéndome la pelota.

—¿No te interesa saber cómo era esa cabrona sofisticada?

—Si mal no recuerdo, yo misma llevé el manuscrito. Y no es ninguna cabrona sofisticada. Es una ágil periodista judía.

—No hables de judíos y no judíos.

—Puedo permitírmelo.

—¿Por qué?

—Porque así se dio. O sea, que veo que te gusta. Ya me ocuparé de que vayas bien alimentado a las cenas de trabajo.

—Hasta su olor me da náuseas, y no iré nunca a una cena de trabajo.

—Entonces te llevaré atado a una correa.

—Morderé a todo el mundo.

—¿Sobre todo a la cabrona sofisticada?

—No habrá más opciones.

—Pues te pondré un bozal. Por cierto, tenías razón —dijo.

—¿En qué he vuelto a tener razón, yo solito? —pregunté.

—En esto —respondió, y sacó de su bolso el diario, y entre las noticias sobre las amantes del viceministro y las arbitrariedades de las privatizaciones, un titular escrito con grandes letras tranquilizaba a los lectores: «¡La asesina de palomas acabó también con su vida!». Después de intensas pesquisas, la policía encontró el cadáver de Rebeka V. (69 años), antigua prostituta, que exterminó con granos de trigo envenenados a las palomas del distrito octavo e ingirió luego una dosis letal de matarratas de fabricación yugoslava. Los expertos no acaban de comprender el caso, puesto que, según los datos aportados por vecinos y las pruebas materiales halladas en su vivienda, la suicida amaba a los pájaros (sigue en la página 16).

¿Dónde has estado hijomío?

En la editorial, madre.

A esto yo no he contribuido.

Ni falta que hace que contribuya, madre.

¡Esa puta está haciendo de ti un canalla, un vulgar canalla!

Deje a Eszter en paz, y a mí déjeme trabajar, madre.

¡Tú no eres escritor! ¿Sabes lo que eres? ¡Un carnicero! ¡Eso eres! ¡Un carnicero!

Es posible, madre.

¡Escribes con la sangre de los demás!

Sólo escribo con tinta negra, madre.

¡No es tinta, sino mi sangre!

Si es sangre, es única y exclusivamente la mía, madre.

¡Me estás mancillando!

Nunca he mancillado a nadie, madre.

¡Sí, me estás mancillando con mi sangre!

¡Calle, madre!

¡No callo! ¡Asesino! ¡Asesino de su madre! ¡Me estás mancillando!

¡Cierre el pico! ¡Cierre el pico y lárguese de mi habitación!

—Ya he puesto a enfriar su té. Sin embargo, confío en que al menos lo pida con vodka.

—Con limón —dije, y eché un vistazo a los muebles antiguos, las alfombras orientales y los cuadros contemporáneos. De hecho, es la misma cripta que la nuestra, pero no la han llenado de decorados robados, pensé, y abrí un hueco para mi manuscrito sobre la mesita, entre el cenicero Zsolnay y la taza de té de Meissen.

—Supongo que no le molesta la música —dijo.

—La música no —dije.

—¿Bach?

—Está bien —respondí.

—La vez pasada se marchó un poco irritado.

—Tuve un mal día.

—Me alegro de no haberle ofendido.

—No dijo usted nada ofensivo.

—Se le va a enfriar su té. ¿No quiere que le ponga algo?

—No —respondí.

—Por cierto, es perfectamente correcto que un escritor se muestre irritado de vez en cuando.

—No sólo los escritores se irritan —señalé, pero noté que ya me mostraba un poco más arrogante de lo recomendable. Al fin y al cabo, no tiene la culpa de que hasta su olor me moleste, pensé. Yo también molesto a muchos, pensé. La mayoría

odia incluso mi saludo, pensé. O que pida un vaso de agua mineral con gas además del café, pensé.

—No se preocupe. Una es especialmente comprensiva con el talento.

—No creo que el talento dé derecho a nada —repliqué.

—Por fortuna, no lo piensa usted en serio.

—Pues sí, lo pienso muy en serio —dije.

—Entonces se autolesiona usted con maestría.

—Desde luego, tiene usted toda la razón —asentí.

—¿Judío?

—No que yo sepa —respondí asombrado, porque alguna vez me lo habían gritado a la cara, pero nunca nadie me lo había preguntado.

—Lo sé. Sólo quería ver cómo reacciona usted cuando se sale del papel —dijo, y trajo una servilleta para limpiar el té que se me había derramado sobre la chaqueta.

—Mis reacciones también son bastante humanas a veces —dije, con ganas de levantarme en el acto, pero como me dio la sensación de que en aquel momento resultaría ridículo, agregué dos terrones de azúcar a lo que me quedaba de té.

—Así y todo, su prosa es buena —concluyó, cogió el manuscrito y juntos repasamos el texto. Al principio me enfurecía que detectara varias docenas de errores de los que yo no me había percatado, que yo no hubiera sido suficientemente minucioso, no hubiera extirpado las redundancias, pero al cabo de un rato todo transcurrió como una operación quirúrgica rutinaria, en la que poco tienen que discutir los médicos. Quiso eliminar dos relatos, en el fondo con razón, y pedí un vodka para acompañar mi tercera taza de té, y quedaron los germanismos que yo consideraba importantes pues hay cosas que no valen una mierda sin germanismos, aunque contravengan las normas de estilo, simplemente porque las frases pierden su tensión, y entonces ella preparó unos bocadillos calientes, antes de que habláramos sobre el tema de la cubierta, o sea, que acabé olvidando allí mi pluma.

—¿Qué? ¿Le mordiste? —preguntó Eszter.

—Tú me enviaste allí. Así que adivina —dije.

—¿Seguro?

—A ti te morderé si no me dejas.

—Mejor será que no lo hagas. Ya sangro bastante de todos modos.

—Me prometiste que hoy se te pasaría.

—Te engañé. Precisamente hoy es cuando más sangro.

—Prohibiré el calendario de Gergely. Quiero meses de trescientos sesenta y cinco días.

—Será suficiente que esperes veinte años. Para entonces habremos superado el clímax.

—Creo que me estás engañando. Muéstrame la sábana ensangrentada —dije, pero

al instante siguiente me arrepentí del hecho mismo de poder hablar. Su rostro se ensombreció como el de alguien que ha sido sorprendido in fraganti, y se dirigió al baño sin decir palabra. Oí que abría el grifo. Encendí un cigarrillo y al cabo de un rato me fumé otro. Si al menos hubiera dado un portazo, pensé.

—¿Puedo entrar? —pregunté.

—Claro —contestó, tumbada en el agua helada. Su piel ya se había apergaminado por doquier. Minúsculas burbujas se adherían al vello de sus muslos y a los pezones ya duros y morados. Contemplaba su cuerpo como un objeto extraño, del que no podía saberse para qué servía, pero al que le era difícil renunciar.

—Ven —dije, y se dejó sacar de la bañera. La sequé con la toalla y la conduje a la habitación, donde siguió temblando incluso debajo de la manta.

—Quiero un cigarrillo —dijo, y le ofrecí un pitillo, que en seguida se partió entre sus dedos.

—¿Verdad que crees que ya no...? —preguntó.

—No lo creo —respondí.

—Te quiero —dijo.

—Lo sé.

—¿Por qué me castiga Dios con esto entonces? —dijo, y abrazada a mi cuello por fin estalló en llanto—. ¿Por qué no me mata directamente? ¡Que me mate ya! ¡Que alguien me mate de una vez por todas!

En la mesa contigua había un hombre enjuto, de unos cincuenta años, con zapatillas de gimnasia y chaqueta a cuadros, que llevaba media hora leyendo un libro de antes de la guerra y que luego se dirigió a Jolika advirtiéndole que una mosca había ido a parar a su cerveza. Sin embargo, varios habían visto que él mismo la sacaba de una caja de cerillas.

—Esto puede hacerlo en el supermercado. Allí puede meter cuantas moscas quiera en la calabaza hervida —dijo Jolika, insistiendo en que el hombre pagara—. Una jarra de Kobányai. Si tiene ganas, por mí puede comerse todas las moscas, pero me pagará la cerveza, se lo aseguro —y alguien dijo que habría que llamar a la policía, pero Jolika le obligó a sentarse de nuevo en su sitio, que allí no entraba la policía. Ella lo arreglaba sin la porra, de modo que cogió la jarra por el asa y la sopesó golpeando con ella la palma de su mano izquierda, como si quisiese saber su peso y determinar si era preferible atacar con la jarra o con el cenicero.

—Catorce con cincuenta —dijo, y el hombre empezó a rebuscar en el bolsillo, al tiempo que amenazaba con denunciarla a la KJ y con mandar cerrar ese antro mugroso—. Pues lávese las manos antes de ir allí —le recordó Jolika y arrojó los nueve florines con cincuenta en la caja, pues sabía que el hombre buscaría en vano más calderilla.

Debería haberlo dejado en paz, pensé, aunque Jolika tenía toda la razón. Nueve con cincuenta alcanzaban para un vaso de cerveza, de modo que el hombre no tenía por qué pedir un doble. Además, me puso nervioso que yo, desde el primer instante, me mostrara dispuesto a dejarlo correr. Apuré el vaso, apagué el cigarrillo, pagué y me dirigí en el tranvía de la línea seis hasta la Oktogon y de allí a pie por la calle Andrássy hasta la Ópera. Cuando vi que tenía la luz encendida, estuve a punto de dar media vuelta. Debería haber llamado por teléfono, pensé. Después consideré la posibilidad de aplazarlo hasta el día siguiente, pero me dio la sensación de que alguien me observaba, veía mi indecisión y mi ridiculez, y subí las escaleras y toqué el timbre brevemente después de esperar unos instantes.

—Ya creía que se compraría una pluma nueva —dijo mientras cerraba la puerta con llave—. Ha llegado en el momento más oportuno. Sabe francés, ¿no?

—No —respondí.

—¿Inglés?

—Un poquito —dije.

—Pues debería —dijo, y me presentó a sus invitados—. Son de una editorial parisina, y precisamente les estoy ofreciendo unos libros. También se ha hablado de usted —añadió, y me senté en el diván cubierto con una alfombra, pues los dos señores ocupaban los sillones. Mientras ella se dirigía a la cocina esperamos sin abrir la boca, pues no teníamos nada que decirnos; por fortuna no tardó en regresar con una jarra de té frío.

—Éste es el único escritor húngaro que bebe única y exclusivamente té frío. Por supuesto, no es ése el motivo por el que merece la pena publicarlo —dijo en inglés, para que yo también pudiera comprenderla, y me sentí como una fiera enjaulada a la que se le pueden arrojar tranquilamente unas galletas. Los dos hombres sonrieron y pasaron al francés, y yo tenía ganas de pedir la pluma, pero me daba la sensación de que no era el momento. Los invitados se levantaron, y era evidente que yo no podía bajar con ellos, de modo que nos dimos la mano y nos dijimos *orevuá*, y después oí que ella volvía a cerrar la puerta con llave.

—Les ha resultado muy simpático. De esto puede salir algo —dijo, y se sentó a mi lado en el diván.

—Quizá sea un poco prematuro —dije.

—Eso déjemelo a mí —aseguró—. ¿Puedo servirle un poco de vino ahora?

—No, gracias. Sólo he venido a buscar mi pluma.

—Jamás en su vida habría venido usted sólo por eso —dijo, y vertió vino tinto en mi té, mientras yo pensaba que era el momento de echar en su taza cuantas moscas muertas cupieran en una caja de fósforos y tirárselo todo a la cara, y tenía la sensación de que, con el vino, también los bichos bajaban por mi garganta.

—Pues tiene usted toda la razón, desde luego —dije, y me levanté, pero ella se quedó sentada, de tal modo que sólo los pantalones separaban de su rostro el miembro en plena erección. Las moscas muertas empezaron a trajinar en mi estómago. Ya pululaban por mi pecho y mi cerebro, y no pude evitar la sensación de que me destrozarían a mordiscos, de que devorarían todo mi interior y sólo un muñón colgaría de la aorta en lugar del corazón.

—No te atrevas a meterte en mi vida. Ni en húngaro ni en francés —dije, y no reconocí mi propia voz.

—¿Qué pasa? ¿Me follas ya o no? —preguntó, y me agarró los huevos, y en el instante siguiente le arranqué el jersey como si fuera un calcetín. La empujé sobre el diván, y mientras le quitaba violentamente la falda con una mano, ella me rompía la bragueta. Ni siquiera me desabrochó el cinturón, cuya hebilla metálica le raspó el vientre, que empezó a sangrar. Su piel era amarga. Amarga, olía a almendras como las sábanas de mi madre. Y cuando le introduje dos dedos en el culo, como si la follaran dos hombres, ella empezó a retorcerse de dolor.

—¡No te atrevas a meterte en mi vida, ¿entiendes?! ¡Nunca! ¡Nunca más, furcia! —le grité a la cara, mientras la agarraba del cuello con una mano.

—¡Más! ¡Jódeme hasta destrozarme! ¡Fóllame hasta matarme! —gritó—. ¡El clítoris! ¡Arráncame el clítoris! —gritó, y el chillido sonó como el chirrido del hielo al resquebrajarse, y yo ya sólo sentía que me recorría la nada y me hacía estallar las arterias.

La dejé sobre el diván como un trapo. El semen brotó de ella y cayó sobre la

alfombra arrugada; una pierna colgaba sobre el suelo; el pie se había quedado sin zapato. Sus caderas aún se estremecían, pero ya había dejado de gemir; me subí la cremallera del pantalón, saqué un pitillo de la cajetilla y apagué la luz. Luego vino un taxi, y hablamos con el chófer sobre el cambio de régimen. Mostraba su descontento con los comunistas, por qué no se pegan todos un tiro en la sien, sería lo mínimo, pero yo no estaba de acuerdo con él, porque todos tienen derecho a admitir su error, cerrar la puerta a continuación y no aparecer nunca más en público. «Que vivan en paz con su vergüenza», dije al taxista, pero él insistió en que no concibiera ninguna esperanza, porque el que es un rufián nunca, ni por un puto instante, se avergonzará de nada, pues así fue creado por Dios. Luego manipulé las dos cadenas de seguridad, pero no conseguí descolgarlas, de modo que toqué el timbre, dos veces y brevemente, pues sólo así abría mi madre la puerta, sólo así sabía que era yo.

Estuve hasta la tarde siguiente trabajando sobre un texto inacabado. Cuando tuve la sensación de haberlo concluido, pasé a ver a Eszter, como siempre, pues aquello que había ocurrido no me había ocurrido a mí.

—¿Me bañas? —pregunté.

—Ni lo esperes —respondió.

—Pues lo espero —dije, y llenó la bañera de agua y le puso un dado azul, por lo que la bañera se colmó de espuma y el olor a pino inundó el cuarto de baño.

—Es una injusticia, ahora no veo nada de ti —se quejó, puesto que me tapaba la espuma, y sumergí entonces la cabeza en el agua para que no se me viera ni el pelo y empecé a contar, y ya iba por el ciento veinte y todavía no me rescataba.

—Si de ti dependiera, allí me quedaría —dije cuando ya no aguanté más la falta de aire.

—No temo por tu vida. Sobrevivirías hasta en el fondo del mar, como la perla —aseguró.

—Gracias por no decir sanguijuela —dije. Me secó con la toalla, y cuando saqué el tapón de la bañera, la espuma salió por la rejilla de desagüe e inundó medio baño. Intentamos recogerla con las manos e introducirla en la bañera. Después cogí la botella de vino medio llena que había en la nevera y leí el relato que había acabado aquella tarde.

—Está bien. Pero es una lástima confundir la obscenidad con la sinceridad —dijo.

No titubeé ante el portal, no observé si alguien me observaba ni di dos toques breves al timbre como me había dicho por teléfono la primera vez. Un timbrazo largo es más que suficiente, como en todas partes, pensé, de modo que tuve que esperar un buen rato.

—Dos breves —dijo tras cerrar la puerta.

—Lo prefiero así —repliqué.

—La próxima vez me encierras —insinuó, y puso en mi mano una llave, que yo en seguida deposité sobre el contador de gas.

—Prefiero que nos tratemos de usted —dije.

—Como usted quiera. ¿Un té? Ya está hecho.

—Ni hecho ni no hecho. Sólo he venido a buscar mi manuscrito.

—No sea usted ridículo —advirtió, y se arrellanó en uno de los sillones de cuero.

—Sobrellevo el ridículo a la perfección —dije—. Si está en la editorial, mándemelo por correo.

—Está en el taller de composición, dentro de una semana podrá leer las pruebas.

—No leeré ninguna prueba.

—Lo siento, pero no se le devolverá el manuscrito. Además, no existe ninguna relación entre mi trabajo y con quién me acuesto. Confiaba en que lo tuviera claro.

—Lo tengo claro. Pero en el caso de mi trabajo sí que existe una relación —dije.

—Por supuesto. Pero a largo plazo no resulta muy afortunado que se cague en los pantalones cuando vea a un perro rabioso en el espejo en vez de ver sus ojos bonitos.

Me dispuse a encender un cigarrillo, y ella miraba satisfecha cómo se me rompían, una tras otra, las cerillas.

—Por cierto, su amiga es muy simpática —dijo.

—No es mi amiga —le aclaré.

—Perdón, su novia. No era mi intención menospreciar su relación. Sólo quería señalar que a la pobre chica sin duda le haría daño si se enterara de que usted se comporta como una fiera de primera categoría fuera de casa.

—No lo intente, porque la estrangulo. Deje a Eszter fuera de este asunto —dije, y me levanté.

—Me ha entendido mal —advirtió y me sirvió una bebida—. No soy yo quien ha de dejarla fuera, sino usted. Por lo general, las mujeres toleran compartir a los hombres, siempre y cuando puedan hacer como que no se enteran.

—Ella no me comparte —dije. Cogí la copa que me acercó, y cuando el aguardiente me quemó toda la garganta, ya no quedaba en mí ni huella de odio. La miré de arriba abajo como se mira una estatua restaurada en exceso en la que, así y todo, se oye todavía el crujir de la carcoma. Ya no me irritaban ni su pelo rojo cobrizo, ni el olor a almendra que emanaba su piel, ni las garras rojizas que remataban sus dedos de cinco mil años de edad. Tuve la sensación de estar más limpio cuando salí de aquel burdel de lujo que cuando vine al mundo.

—Todas las mujeres comparten —dijo, y me miró a los ojos—. Su madre, por ejemplo, compartió conmigo a su padre.

El golpe la alcanzó en la mandíbula. Cayó sobre el sillón, pero la agarré de los pelos, la tiré al suelo y le di un empujón para tumbarla boca abajo.

—Igual que tu padre —susurró con voz ronca.

—¡Nunca te atrevas a hablar de mi padre! ¡No quiero oír ni su nombre, ¿entiendes?! —grité, y le abrí las piernas con la rodilla, y entre los jirones de su vestido desgarrado le metí la mano en el coño.

—Más —dijo jadeando.

—¡Nunca, perra! ¡Ni el de mi madre!

—¡Desgárrame! ¡Desgárrame ya! —gritó, y de alguna manera se liberó. Sus uñas me rajaron los muslos, rompieron la cremallera y se agarraron de los testículos cargados de odio. Tenía la sensación de que en el instante siguiente le escupiría en la garganta toda la porquería de mis glándulas genitales, pero me retiré violentamente de su boca puesto que en absoluto tenía yo ganas de sentir placer en ese trozo de carne jadeante.

—¡Encájamela!

—¡Nunca!

—¡Fóllame! ¡Fóllame de verdad!

—¡Nunca nadie! ¡Nunca nadie compartirá nada contigo! —grité jadeando, y le apreté la cintura para poder clavarle los cinco dedos hasta el fondo del vientre. Como si derribara muros de piedra, así le sacudía yo aquel coño lleno de gusanos hasta que ya ni siquiera fue capaz de gemir. Uno, dos, tres, así fui trazando rayas en mi corteza cerebral, hasta que se colocó la alfombra entre las piernas apretándola contra el sexo y yo saqué un pitillo de la cajetilla y me marché dando un portazo.

Mi madre estaba pelando su manzana del desayuno en la cocina. La piel roja de la fruta se desprendía en espiral como una tenia.

¿Quién es Éva Jordán?, pregunté, y el cuchillo se inmovilizó en su mano. Se quedó mirando, rígida, mi camisa desgarrada y el pantalón rasgado, y creí que no me respondería.

¡Bastardo! ¡Vete a tu habitación, animal!, gritó, y la manzana a medio pelar reventó al estrellarse contra la jamba de la puerta como si fuese ecrasita.

De acuerdo, dije, y entré en mi cuarto. Al menos debería lavarme los dientes, pensé, mientras me tumbaba en la cama. Mi boca sabía a pescado crudo, me dolía la muñeca y, a causa de la pringue reseca de la vagina, ambas manos parecían afectadas por una enfermedad cutánea, pero al cabo de un minuto ya dormía.

Cuando me desperté, todo era oscuro como una maldición. Busqué a tientas el interruptor de la lámpara y miré el reloj, pues recordé que Eszter me esperaba a las seis delante de la biblioteca. Le diré que estoy destemplado, pensé, y empecé a rebuscar, nervioso, en uno de los cajones y encontré entre los lápices una vieja barra de tiza, pero sólo logré comerme la mitad. Luego fue a parar a mis manos una caja de cápsulas de sangre, y entonces pensé que una paliza resultaba más convincente. Sí, me habían tratado de judío y me habían apaleado, de modo que abrí todas las

cápsulas a mordiscos, y me embadurné la zona alrededor de la boca con la pintura, pero entonces tomé conciencia de que carecía de todo sentido. Si ella me esperaba a las seis, y ahora eran las diez y acababan de apalearme, ¿dónde había estado yo a las seis? Así pues, preferí comerme el resto de la tiza con papel y todo, aunque ya empezaba a vomitar creta roja y estaba bañado en sudor.

Era mi mejor pantalón, pensé, ahora ya da igual, pensé, mañana me pondré algo de más abrigo, pensé, de hecho convendría averiguar alguna cosa sobre mi padre, pensé, al menos qué aspecto tenía, pensé, mañana se lo preguntaré a esa furcia, pensé, seguro que no sacaré nada en claro, pensé, pero antes le cortaré las garras, pensé, o quizá no, sus uñas son buenas, pensé, mejor será arrancarle los pelos del coño, pensé, y haría falta una picha artificial, pensé, quizás un cipote de toro, no hay nada mejor que una polla de toro disecado, pensé, porque la mía no la tocarás, pensé, está más claro que el agua, pensé, ya hay bastantes escritores que te pueden follar a base de bien, pensé, porque nosotros lo preferimos así, pensé, y no te atrevas a mencionar de nuevo a mi padre porque te arrancaré la pepita, pensé, y haré zapping con ella como si fueras un televisor en color, pensé, por cierto, no está mal apalizar a una mujer, pensé, y mi padre tampoco era tan estúpido, pensé, lástima que vomitara en la cama de los niños, pensé, pues eso no es muy bonito por parte de un padre, pensé, como tampoco lo es poner suave a mamaíta, pensé, no creas que no me acuerdo, pensé, lo recuerdo todo, pensé, cabrón, pensé, vi cómo le dabas por el culo a mi madre, pensé, que uno con medio año de edad ya no es un tonto, pensé, pero no sabe manejar el cuchillo de la cocina, pensé, pero no creas que no te conozco, pensé, que te conozco como la palma de mi mano, pensé, cabrón frustrado hasta la médula, pensé, a buen seguro que provenía de una clase social más baja, pensé, y la desigualdad hizo mella en él, pensé, aunque mamaíta también era una gran puta, la verdad, pensé, seguro que ha follado con cinco a la vez, pensé, que no es ninguna vergüenza, yo también lo haría, pensé, al menos con tres, pensé, esta perra podría venir a verme a casa de mi madre, pensé, y Eszter también, pensé, si se puede por separado, por qué no juntos, pensé, aunque no, mejor no involucrar a Eszter, pensé, que al fin y al cabo no soy un animal, pensé, Eszter es decididamente sensible, no como nosotros, pensé, en tal caso sería preferible Judit, pensé, aunque ella guarde el corazón en un estuche, pensé, y dedique doce horas diarias a practicar, pensé, más los recitales, pensé, una persona así no tiene tiempo para joder a trío, pensé, que durante diecitantos años no ha tenido tiempo ni para escribir una carta, pensé, aunque, eso sí, tuviste la jeta de escribirme que, llegado el momento, no le cierre los ojos a nuestra madre, pensé, pero, claro, no será como lo imaginas, pensé, se los cerraré a martillazos, pensé, tiraré luego todos los decorados de esta cripta, pensé, los tiraré, sí, y aquello será el cuarto de los niños, pensé, y yo no voy a vomitar en tu camita, pensé, ni a dar por el culo a mamaíta mientras te dé de mamar, pensé, que yo no soy tan animal, pensé, de hecho ni siquiera

me follé a esa momia, pensé, sino que sólo le metí mano, pensé, y a mi madre tampoco, pensé, aunque a ésta fue una lástima dejarla pasar, pensé, la próxima vez ya no le dará la vena psicológica a nuestro rabo, pensé, así al menos uno de los dos habría disfrutado, pensé, por ejemplo yo, pensé, no, yo de ningún modo, sino más bien ella, pensé, lo que me frustra quizás es no haber satisfecho a mi madre, pensé, eso sí que es bien jodido, pensé, y mira que manoseaba la polla con habilidad, pensé, y al menos se lo afeitaba, pensé, en serio, con lo tonta que es a lo mejor sigue afeitándose, pensé, tendría que mirarlo, pensé, con tal de que no se salara los pezones, pensé, pero la verdad es que ya podría palmarla, pensé, su ropa le iría de perillas a Eszter, pensé, esto no es obscenidad, nunca he confundido la obscenidad con la sinceridad, pensé, tú confundes la sanguijuela con la perla, pensé, sí que quedan bien esos vestidos, pensé, tal vez habría que meterlos un poco de pecho, pensé, al menos tendrías unos cuantos abrigos de piel carcomidos por las polillas, pensé, y así irías entonces a abortar, pensé, porque, la verdad, deberías haber avisado, decir, por ejemplo, perdón, pero hoy iré a hacerme un raspado, pensé, que al fin y al cabo te han sacado mi leche de tu coño, pensé, o sea que tendrías que presentarme a papá, pensé, sólo por respetar la costumbre, pensé, nosotros fumaremos unos puros y tú permanecerás bien calladita, pensé, y papá explicará la mudez de su niña, pensé, pero no seguirás jugando a esto conmigo, pensé, se acabaron los nomeinterrogues, pensé, porque te daré un guantazo de padre y señor mío, pensé, o sea que no creas que no me atrevo a pegarte, pensé, te voy a sacar a pisotones toda tu empachosa vida anterior, pensé, y escribiré con tu sangre, pensé, y luego podrás pasarlo a máquina, pensé, y buscarle una editorial, pensé, querías a un escritor, pensé, pues sí, tú me mandaste allí, pensé, tú me mandaste a ver a esa furcia, pensé, pues ahora puedes ir a follártela, pensé, pero yo ya no volveré a desayunar tiza, pensé, ojalá Judit no se dé cuenta, pensé, pues era su tiza, pensé, mañana robaré una y la pondré en su sitio, pensé, nunca más te atrevas a rebuscar en mi cajón, dijo, robaré de verdad, y escribiré la redacción de húngaro, dije, no me interesa lo que escribas, dijo, perdona, dije, siempre has sido un gusano, dijo, no es verdad, dije, una nulidad, un don nadie, dijo, no soy nadie, dije, dónde has metido mi violín, preguntó, yo no le he tocado, dije, ve a buscarlo en el acto, dijo, no lo buscaré, dije, que ahora mismo sale mi tren, dijo, yo no me quedo aquí solo, dije, pues entonces aprende a tocar el violín, dijo, no irás a ningún sitio, dije, no tengo tiempo para estas chorradas, dijo, está con la ropa sucia, dije, desgraciado, dijo, eres incapaz de amar, dije, pues en eso nos parecemos, dijo, pues sí, debería haberlo escondido, pensé, meterlo entre la ropa sucia, pensé, que allí no lo encuentra nunca en su vida, pensé, allí es donde lo buscaría en primer lugar, dijo, entre tus pañuelos con manchas de semen, dijo, tú no debes meterte en esto, dije, tienes razón, cada cual es feliz como puede, dijo, a mí al menos mi novio no me engaña con mi madre, dije, tú lo prefieres al revés, dijo, ¡calla!, dije, por atrás, como nuestro padre, dijo, ¡cierra el pico!, dije, pero a tu padre al menos se le ponía dura de verdad, dijo, ¡calla o te mato!, dije, tú matas a todo quisque, así eres de valiente, dijo,

¡largo de aquí!, dije, no te preocupes, sólo te cerraré los ojos, dijo, ¡suéltame, serpiente, mis ojos no, mis ojos nunca!

Cuando abrí la persiana, no sabía cuántos días llevaba tumbado en aquel cuarto que olía a fiebre y vómito. Eszter estaba abajo, en la acera de enfrente. Quise volver a cerrar la ventana, pero se percató de mi presencia. Le hice señas para que esperase y luego me vestí a toda prisa. Ya me disponía a partir cuando pensé: ¿qué pasaría si subiera? No. Imposible. Jamás subiría, pensé, porque de lo contrario ya lo habría hecho. No, a ella le bastó aquel medio minuto, pensé mientras escondía bajo la cama mi ropa hecha jirones y la sábana impregnada de vómitos, y entonces se me ocurrió que mi cara estaba toda embadurnada de sangre artificial y que ella probablemente lo había visto. Sí, había visto mi pinta, y salí al baño a lavarme y quitarme la pintura de encima... y allí estaba mi madre ante el espejo, como una estatua. Seguro que lleva allí sentada desde entonces, pensé. Vaya mierda, pensé. Fue un error preguntarle quién era esa mujer, pensé. Seguro que el pan se le acabó hace días, pensé, y desde el recibidor aún le dije, voy a ver a Eszter, madre, empeñado en que supiera que no iba a ver a aquella mujer, y añadí que antes traería el pan.

—¿Desde cuándo estás aquí? —pregunté.

—Desde las dos —respondió tragando las lágrimas.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las cinco y media —dijo, pero aún no había desahogado su llanto.

—Ven, que he de comprarle pan a mi madre —dije, y la abracé, y así nos fuimos, sin más palabras, a la tienda.

Llevaba el pelo con un moño, como las viudas, y tenía ojeras, y a todo esto pensé que podría haber bajado tranquilamente con mis trapos con olor a vagina, pues estaba dispuesto a contárselo todo. Primero voy a comprar, y después la acompaño a casa y se lo cuento todo. Sí, se lo explicaré igual que le cuento mis sueños. La diferencia sólo residía en que había ocurrido antes de dormirme, pensé, y ya estaba la cesta llena de conservas incomedibles y polvos para hacer sopas perfectamente inútiles, cuando vi en mi muñeca los moratones causados por los dientes de aquella mujer. Bajé rápidamente la manga de mi chaqueta, y tomé conciencia de que mentiría cualquier cosa a la cara de Eszter, que le mentiría durante toda mi vida si hiciera falta.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó una vez en casa.

—Estaba destemplado —respondí.

—Si al menos hubiera sabido qué te pasaba. Creí que me iba a morir allí delante de tu ventana.

—Te digo que estaba destemplado. Me comí la tiza de mi hermana.

—¿Por qué?

—Me entraron ganas. Quería tener fiebre y me salió demasiado bien. Eso es todo.

—Incluso fui a la editorial a preguntar por ti —dijo, y se me hizo un nudo en el estómago.

—¡No te atrevas a volver allí! ¿Entendido? ¡No necesito que me tutelen! ¡Ya me las puedo arreglar yo solo! —grité, y ella me miraba petrificada—. ¡Basta! ¡Ya me basta con que mi madre me pregunte dóndehasestado y cuándovuelves, ¿me entiendes?! ¡Tú al menos ahórrame esto! ¡Tenía fiebre! ¡Comí tiza y me dio fiebre, como cuando quería hacer novillos! ¡Quiero hacer novillos! ¡No me apetece ningún lujo, sólo quiero hacer novillos! ¡Si no hay otro sitio, colgado de la cadena del váter! ¿Lo captas? ¡A mí no me vengas con preguntas ni te quedes esperando delante de mi ventana! ¡Yo tampoco te hago preguntas! ¡Obedezco y no inquiero por lo que hiciste en tu vida antes de ir a parar al manicomio! ¡Yo no iré a parar al manicomio, ¿está claro?! ¡Mi vida se puede contar tranquilamente! ¿Está claro? ¡A mí no te me plantes delante de mi ventana mientras no sepa quién es tu padre! ¡Mientras sólo pueda intuir quién te folló hasta la locura en tu infancia! —grité.

—No vuelvas aquí nunca más —dijo en voz baja, y creí que me abalanzaría sobre su cuello, pero le propiné tal patada al escritorio que saltó por los aires y cayó sobre el suelo patas arriba. Le arrojé la llave del piso y ya me hallaba en el recibidor cuando la caja de madera de la máquina de escribir se partió en dos al estrellarse contra mi nuca. Sólo recobré la conciencia para verla sentada sobre mi cuerpo, ablandándose el rostro a puñetazos.

—¡A mí nadie me folló hasta la locura, ¿entiendes?! ¡Tú te follaste a tu madre hasta la locura! ¡Sé que habéis follado! ¡Lo sé! ¡A mí déjame en paz, so asqueroso! ¡No te atrevas a llamarme loca! ¡Largo de mi casa! ¡Largo de mi vida, so escritor! —gritó, y me clavó las uñas, decidida a arrancarme el corazón y encajármelo por la garganta.

—¡Suéltame, podrido! —gritó cuando le apreté las manos contra el cemento.

—¡Te voy a matar! —gritó cuando le arranqué la ropa.

—¡Os voy a matar, a ti y a tu madre! ¡No me toques! —chilló, y me escupió a la cara, pero nuestras caderas ya empezaban a menearse a compás, y me mordió los labios hasta hacerlos sangrar, y sus piernas me abrazaban como si fuesen esposas.

Probablemente viniendo ya de Bucarest, pero lo que es seguro es que ocurrió en la carretera al otro lado de las montañas de Transfogaras. Probablemente como un simple control de carretera, pero lo que es seguro es que el uniformado no era el de mayor rango. Y probablemente en plena noche, aunque podría haber ocurrido de día.

El uniformado se limitó a pedir la documentación, pero los dos vestidos de paisano no se contentaron con ese trámite. En su opinión, no servía de nada remitirse a los derechos constitucionales, puesto que el camarada ministro no se había mostrado satisfecho tras la audiencia del día anterior. Así pues, probablemente el

fiscal ya no vivía cuando lo volvieron a depositar en el coche, pero lo que es seguro es que el Dacia blanco de mil cien centímetros cúbicos se precipitó por un barranco de ochenta metros con el motor parado.

Adél Fehér sólo insistió en abrir el féretro al principio, luego quiso exigir una autopsia, por último mencionó la ONU y los derechos constitucionales y tomó medidas de precaución para evitar que la encerraran en un psiquiátrico. Escribió, por ejemplo, numerosas cartas a sus conocidos de dentro y fuera del país, que fueron a parar todas a la misma dirección, y realizó numerosas llamadas telefónicas, pero siempre había tres personas en la línea y una de ellas se limitaba a callar. Así pues, cuando ya realmente suponía un riesgo encerrarla en el manicomio, dos hombres vestidos de paisano la ayudaron a que, todavía afectada por el destino de su marido, se arrojara ante el expreso de las cuatro y veinte.

Después se produjo algún fallo en la maquinaria, porque las autoridades tardaron unos cuantos días en ir a buscar a la niña, y eso que ya habían avisado con antelación al orfanato de Marosvécs que pronto le llegaría una huérfana de seis años de edad.

Pasó más de medio año hasta que la directora, quién sabe por qué pues estaba contraviniendo las órdenes de arriba, decidió entregar a Eszter Fehér a ese señor mayor que, con camisa almidonada y bastón de paseo, se presentaba cada semana procedente de la nada.

Mór Fehér abuelo conocía perfectamente la legislación, pero llevaba cuarenta años sin remitirse a ella. Así pues, aduciendo únicamente causas afectivas, pidió que le entregasen a su nieta, a la que, también por causas afectivas, sólo había conocido en el entierro de Mór Fehér padre, porque solamente somos medio húngaros, pues la otra mitad se volvió humo, pero nosotros no nos casamos con una medio rumana ni que sea calvinista, hijo mío.

Así pues, al cabo de medio año, la camarada Porumb decidió que, cuando merece la pena, hasta el asunto más delicado puede resolverse con un poco de papeleo. En un orfanato da igual cómo se llama cada cual, lo que importa es el orden, de modo que una gitanita muda recién llegada pasó a llamarse Eszter Fehér, y la verdadera pudo hacer su equipaje. La decisión se vio reforzada por dos fruteros de plata, una vajilla de porcelana de Meissen para doce personas, un reloj Schaffhausen con estuche de oro, así como tres cuadros de Mednyánszky, y sólo más tarde se dio cuenta la camarada de que, si hubiera presentado mayor resistencia, podría haber conseguido aún más.

El anciano estaba sentado atrás con la niña. Un hombre con olor a caballo conducía el centenario Podeba. Cambiaban el agua del radiador a cada kilómetro. Luego pasaron del camino asfaltado al camino de tierra, de las aguas del Maros a las aguas de los arroyos, y cuando llegaron adonde Cristo dio las tres voces ya había amanecido. «Tengo que hacer pipí», dijo Eszter ante la casa situada a orillas del lago, y era una buena señal, porque fue la primera vez que abrió la boca en medio año, pero a partir de ese momento no se produjo ningún fallo en el engranaje durante doce años

redondos, puesto que los semihúngaros, semiaristócratas y semifilósofos se convirtieron en fotógrafos rurales, y las aldeas olvidadas en los mapas y los bosques perdidos Dios sabe dónde son, en efecto, impecables.

Luego, sin embargo, se produjo un fallo en el impecable mecanismo, los tejidos empezaron a proliferar con el paso de los años, y cuando ya no cabía duda de que no tenía sentido esperar al día siguiente, el anciano mandó a Eszter al veterinario con el que solían jugar a «Ulti» y a veces al ajedrez, aunque en este último juego no se mostrara muy productivo.

El veterinario concluyó el trabajo para el que Dios habría necesitado unos días más y luego ayudó a desprenderse a Eszter de la casa, sin pedir más que unos cuantos libros de los diez mil, e incluso hizo gestiones para encontrar a la persona adecuada en el departamento de emigración.

Si el camarada Fenyő fuera la vara de medir, el camarada Vultur casi llegaría a ser humano. Sacó un pasaporte de uno de los cajones y guardó su precio en el otro. Pero esto no basta, dijo, o sea, que cerró con llave la puerta acolchada, ya que era evidente que quien pagaba un precio equivalente a medio complejo de viviendas por un pasaporte podía ser objeto de cualquier acto. No preguntó mucho. La defloración había sido desde siempre una de sus debilidades; lo que más le gustaba era recibir puñetazos en plena cara mientras procedía y dejaba directamente que se los propinaran. Lo cierto es que, aun jadeando y salivando, tenía aguante. No tengas miedo, decía, si pasa algo, los médicos de allá, todos adictos al régimen de Horthy, te limpiarán el coño judío con habilidad, cariñito.

—Luego llegué a la estación Oeste con una maleta y once mil trescientos florines, y cuando ya llevaba dos días sentada en un banco del andén cinco, me llevaron primero a la comisaría y luego al Hospital László. Confío en que ahora te sientas mejor.

Estábamos tumbados a la orilla de un estanque. Ya había oscurecido, la freiduría de *lángos* y el quiosco de venta de cervezas habían cerrado hacía tiempo, y sólo unos pocos permanecían sentados bajo las esmirriadas acacias. Uno de los papás se dio un último chapuzón para demostrar a la familia cómo se tira uno de cabeza con arte, pero luego ellos también empezaron a recoger. Los hombres apagaron la fogata, las mujeres plegaron las sillas de camping y la mesita, los niños sacaron el aire de los colchones de goma. Después metieron sus bártulos en dos Zastavas, y nos quedamos solos. Tumbado boca arriba, busqué los satélites en el cielo, pero sólo centellearon las luces de un avión. A buen seguro que tienen miedo, pensé. Al menos hasta que no llegemos por encima de las nubes, pensé. Y allí el ser humano seguramente ya se imagina más cercano a Dios. A continuación pensé que, en efecto, a los de arriba ya sólo les queda Dios, puesto que no tienen ni un cúmulo debajo.

—Quiero que te mudes a mi casa —dijo.

—Sabes perfectamente que no es posible.

—Sí que es posible. No he dicho que se haga ahora mismo ni que dejes sola a tu madre. Sólo deseo que vivamos como seres humanos. No solamente nosotros, sino también ella.

—Incluso Cristo sólo fue capaz de resucitar un cadáver recién enterrado.

—Pero yo no hablo de un cadáver, sino de tu madre. Nunca saldrá de casa mientras alguien le cierre la puerta, le haga la compra y le envíe cartas falsas. Para colmo, estoy convencida de que ella sabe que tú las escribes.

—Si lo supiera, yo también lo sabría.

—Es posible. Además, da igual. Quiero que hagas volver a Judit. Ella es la única persona capaz de ayudarla.

Empezó a soplar el viento; me cubrí con la manta y me quedé callado.

—En su día pregunté aquí y allá por ella. Seguro que ha cambiado de nombre.

—El banco de Zúrich te podrá decir a quién pertenece la cuenta desde donde se transfiere el dinero.

—Imposible. Ese mismo día tendría que bajar la persiana.

—Conozco a alguien en la Cruz Roja. Ellos seguro que la encuentran esté donde esté.

—Puede que la encuentren, pero no pueden darnos su dirección si ella no lo desea.

—¿Por qué no quieres encontrarla? —preguntó.

—De hecho, sí quiero —respondí.

—Vaya, esto suena a cien veces no —dijo.

—Pues sí. Lo quiero.

—¿Qué temes?

—No lo sé.

—Pues yo podría decírtelo.

—Por supuesto. Pero no me servirá para saberlo.

—¿Has visto?

—¿Qué?

—Una estrella fugaz.

—No.

—Encuétrala y ve a buscarla. No le escribas. Ve.

—Está bien —dije, me levanté y me metí corriendo en el agua, pero sólo me atreví a llegar hasta donde sentía el barro bajo los pies.

Una noche anunciaron en las noticias que pronto se aprobarían las indemnizaciones. Aún no se sabía cuándo ocurriría ni cuántas hileras de máquinas devolverían a los nietos de Manfred Weiss y cuántas a los de Gedeon Richter, como tampoco se sabía si sólo Siberia y el cincuenta y seis merecían puntos a favor o si también contaba

Dachau, pero algo habría, de eso podían estar seguros los amables telespectadores. Es más, ya era algo que pudiéramos tratar de este tema en la hora de máxima audiencia. A decir verdad, casi no hacía falta nada más. O sea que había muchísimos bosques y tierras y castillos convertidos en garajes de tractores, y todo ello esperaba a su antiguo dueño. Así pues, haga usted el favor de rebuscar en el desván o en el mueble de la cocina las escrituras y contratos de compraventa... Y cuando acabaron de explicar todo esto, mi madre pidió la enciclopedia de Révai, así como los condados de Hungría y los mapas y los libros de heráldica y empezó a apuntar lo que era suyo. No le importaba demasiado que las ventanas de algunos de los castillos dieran a las montañas de Radnai o a un barrio obrero de Bratislava, no le importaban las fronteras ni los tratados de paz. Obligó a desalojar museos y residencias de ancianos, apuntó en la lista todo cuanto según su imaginación podía haber pertenecido a los Weér, recopiló calles hace tiempo reurbanizadas, fábricas hace tiempo bombardeadas y minas hace tiempo derrumbadas.

Dame la calculadora, hijo mío.

Tome, madre. Acérquela a la lámpara porque, si no, no funciona, dije, y calculó la cantidad de trigo que se cultiva en cincuenta mil hectáreas y a cuántos metros cúbicos de madera equivale la mitad del macizo de Mátra y una cuarta parte del condado de Bakony. Habría sido inútil explicarle que nosotros sólo tenemos estos ochenta metros cuadrados, madre. Que mi bisabuela tampoco poseía mucho más y mi abuela ni esto. Que uno de los castillos estaba en el extranjero y el otro era un orfanato... Así pues, le conseguí los formularios y le ayudé a rellenarlos, a pesar de que hasta su documento de identidad había caducado. Luego introdujo en un sobre la lista que pesaba varios kilos y que parecía una saga familiar de las voluminosas, le pegó un sello antiguo, y yo lo guardé todo en el cajón.

Llegó entonces un sobre del mismo tamaño. De remitente sólo ponía que el té está en la nevera. A punto estuve de devolverlo, pero me di cuenta de que habría sido ridículo, o sea, que me preparé un té de menta en una tetera, puse a mi lado unas cuantas bolsas de galletas y me dediqué a leer las galeradas. Habría sido mucho mejor que Eszter me ayudara, pero no quería que volviera a acercarse a aquella mujer. Ni siquiera le mencioné que habían llegado las pruebas. Preferí leer mi propio libro con una falsilla, como los alumnos de primaria. Tardé tres días en corregir el texto, puesto que la cajista era incapaz de comprender que *dóndehasestadohijomío* es una palabra y que Dios se escribe con mayúscula también en los insultos, aunque sólo sea por los buenos modales. Después de concluir el trabajo, lo metí todo en un sobre y lo envié por correo, pero volvió al cabo de unos días, ya que lo había remitido por error a la Oficina de Indemnizaciones, la cual, muy correctamente, decidió no tener en cuenta mi solicitud por carecer del preceptivo formulario, o sea que cogí el mamotreto y me fui a la avenida Andrásy, decidido a meterlo en el buzón aunque fuera a presión.

—Por fin —dijo al abrir la puerta.

—No cabía en el buzón —dije sin pestañear, después de superar un ataque de asfixia antes de tocar el timbre.

Salió de la ducha al segundo timbrado. El albornoz blanco se le pegaba aquí y allá a la piel cubierta con un bronceado artificial, y del turbante que rodeaba su cabeza aún bajaban unas gotas sobre su nuca; así y todo, sus poros seguían despidiendo después del baño el mismo olor amargo a almendras que las sábanas de mi madre en la cesta de la ropa sucia. Como si las dos sudaran cianuro. Como si sus glándulas fuesen bolsas de veneno. Y yo, como si estuviera en casa o en la vivienda de Eszter, saqué una botella de vino de la nevera y traje dos copas de la cocina.

—A las siete voy al teatro. ¿Te vienes conmigo? —preguntó, agitó el frasquito, puso una pierna sobre el sofá procurando mostrar la vagina, y empezó a pintarse las uñas de los pies.

—No voy al teatro ni solo —respondí.

—Vaya, perdón. He olvidado las heridas psíquicas. Por cierto, la próxima vez llama por teléfono a aquella pobre chica cuando desaparezcas durante días. Resulta bastante perturbador que te busque en la editorial. Al final, acabaré delatándome.

—Nunca te atreverías a delatarte —dije.

—A decir verdad, me atrevería. Por cierto, ¿no nos tratamos de usted? Casi podría ser tu madre.

—Prefiero que prescindas de las comparaciones —dije.

—Sólo te pido que nos abstengamos de propinarnos bofetadas. Lo demás está en orden, pero eso, no sé por qué, no me gusta.

—Entonces la próxima vez preséntate antes de abrirte de piernas ante cualquiera.

—Venga, no entiendo por qué hay que montar un cirio por una cosa así. No eres el primero que folla con la amante de su padre. Ya sería hora que aprendieras a tratar estos asuntos con más habilidad. Es al menos tan importante como el inglés.

—Parece que aún me quedan algunos rasgos humanos —dije.

—Tengo la impresión de haber oído alguna vez esta frase. Además, tu entusiasmo por los rasgos humanos no te impide golpear duro. Ahora recuerdo, por cierto, que ayer mandé a París la prueba de traducción. Creo que te necesitarán. Tanta conmovedora inocencia en un volumen ya se considera una rareza hoy en día.

—No me interesa —dije.

—Claro que sí —dijo.

—Será mejor que me vaya —dije.

—¿Por qué has venido, de hecho?

—A follar, probablemente —respondí.

—¿Ves, cariño? Esto, por ejemplo, es un rasgo profundamente humano. Ni un solo macho es capaz de decírselo tan bellamente a la hembra.

—Supongo que por eso querías a mi padre —dije.

—No me hagas reír. A mi gato sí lo quería. Pero con él habría sido difícil joder a

gusto. Y a tu madre también la quise, hasta que hizo picadillo a mi gato. Por cierto, usaba la misma picadora para prepararos la comida de bebé. Papaíto pelaba la zanahoria, mamaíta picaba y yo guisaba. Ésta era la división del trabajo.

—En serio, será mejor que me vaya —dije, y me levanté.

—Como quieras, cariño. A veces resulta sumamente útil conocer la dosis de verdad que uno aguanta. Además, yo tampoco tengo muchas ganas de regodearme en la nostalgia.

—Tolero más verdades que ésta —dije.

—Entonces puedes volver a sentarte tranquilamente. Mi imaginación está mucho menos desarrollada que la tuya, y eso que yo te lavaba los pañales.

—Es posible que conocieras a mi madre y también que te acostaras con mi padre, pero no creo que me lavaras los pañales —dije.

—Durante un año, cuatro meses y doce días viví con vosotros, querido. No fue un idilio, pero de alguna manera pasó.

—Caray, y yo que me acuerdo hasta de la habitación donde nací —dije.

—Pues entonces recordarás, sin duda, que mientras tu madre cantaba canciones obreras en casas de cultura de provincias y tu padre pasaba a máquina en el Ministerio del Interior las falsas declaraciones de los testigos y las actas de los interrogatorios, alguien os mantenía limpios.

—Mi padre era crítico —dije.

—Por supuesto, cariño: esta confesión es buena, esta otra es mala. Pero no te desesperes, él no tomaba ninguna decisión al respecto. Él era un simple miembro callado de la policía secreta. Se desfogaba en casa. Y si esto te tranquiliza, te diré que entró como covachuelista en el Ministerio del Interior gracias al enchufe del camarada Jordán, que quería hacerle un favor a su hija. Para que mi amiga «ajena a la clase obrera» pudiese conseguir un piso.

—Imagino, por tanto, que mi madre llegó a actriz gracias a ti.

—No, vida mía. Pero al cabo de unos años me echaron de los teatros por culpa de tu madre, lo cual, la verdad, no me afectó demasiado. Nunca entendí mucho de dramaturgia. Además, tú no tienes nada que ver con todo esto. Aunque no quiero negar que me extraña que sea tan agradable follar contigo.

—Eres ridícula —dije.

—Veo que no hemos tardado en llegar al límite de lo tolerable —dijo.

Diga lo que diga, no me moveré, pensé.

—Esto, por ejemplo, es un rasgo típico de tu madre —dijo, y volvió a agitar el frasquito.

Diga lo que diga, no me interesa, pensé.

—A ella también le preocupaba mucho la verdad. Por eso enloqueció, probablemente —dijo, y puso un pie sobre la mesita.

Nunca más en mi vida golpearé a una mujer, pensé.

—Si soplas, se secará más rápido —dijo.

—Búscate a otro para eso —dije.

—Hace un rato parecía que para eso habías venido, ¿no? —dijo.

—Ya se me ha pasado —respondí.

—¡Qué dices!, cariño. En seguida se te manchará el pantalón.

—Pues lo lavaré —dije.

—¿Me alcanzas el bolso? —preguntó, y se lo pasé. Rebuscó en él un rato, y luego me arrojó dos pilas Goliát al regazo—. Un trabajito de hombres. Ponlo en la silicona. Está en el baño —dijo, pero como no entendí al instante lo que era esa silicona, me ayudó diciéndome que era la polla artificial, cariño.

Cuando salí, al amanecer, a la calle Andrásy azotada por un chaparrón, sólo sentí un estremecimiento como el que perciben las bestias cuando se rompe una rama o el viento sacude las hojas caídas, pero al cabo de unos instantes ya estaba seguro de que me quería matar. Sí, simplemente me quiere liquidar. Mezcla algo en mi té. Existen productos químicos que no se detectan en los laboratorios o que actúan con efecto retardado, como el matarratas. Éste también sólo mata al cabo de unos días, para que las demás ratas no sospechen, pensé, de modo que en la siguiente ocasión me abstuve de tomar té. Luego pensé que estaba enferma. Sí, sifilítica. Estas mujeres son todas sifilíticas. Y lo calla, porque así podrá eliminar también a Eszter. Debe de odiar a Eszter al menos tanto como a mi madre. Aún no la ha buscado, porque es más infame todavía, pensé. Lo que quiere es matar, no montar una escena, pensé, y cuando ya llevaba sesenta horas sin dormir por el miedo, fui a hacerme un análisis de sangre, y eso que desde la infancia no había permitido que un médico me tocara.

En cada ocasión salía por última vez de aquella vivienda, pero nunca aguantaba más de una semana. Así como el morfinómano aprende a manejar la aguja, también aprendí a corregir con una maquinilla los araños en mi cuello, de tal manera que parecieran cortes producidos mientras me afeitaba. Aprendí a remitirme a conocidos nunca vistos, a accidentes de carretera y a convoyes de metro detenidos en un túnel a causa de una alarma de bomba. A lavarme en el lavabo del Balkán y a apagar con el olor a cloro de medio frasco de jabón líquido aquel olor amargo a almendras.

—Es espantoso, vuelves a oler a cloro —dijo Eszter.

—Entonces báñame —dije, y mientras hacíamos el amor, los gritos eran tan desgarradores que los vecinos creían que le estaba poniendo un cuchillo en el cuello, pero todavía no. Y cuando me enteré de que mi padre no dejó de visitarnos porque había fallecido de forma trágica y repentina, o sea, que ya no hay nada más que decir, hijo mío, sino porque se olvidó de volver de Houston, adonde había ido como acompañante de una delegación de prensa, siendo él precisamente el responsable de que todos volvieran, y cuando me enteré de que, con el precio de los documentos robados de la caja fuerte del camarada Jordán, había fundado previamente una empresa que aportaba pingües beneficios y luego había invertido en la industria

discográfica, mientras que el camarada Jordán, conocedor de las reglas de juego, se había pegado un tiro en la cabeza con su pistola de servicio, Eszter me preguntó, por el amor de Dios, qué te ocurre, vuelves a estar como si hubieras comido tiza.

Así no se puede vivir, así no puede vivir ni un animal, pensé. Ahora mismo le explicaré toda mi pesadilla, pensé, pero cuando salí del portal, Eszter estaba sentada enfrente, en la terraza del Café Művész. Ni me miró, sino que se levantó, puso el dinero sobre la mesa y se marchó. Yo, a todo esto, me quedé paralizado y no pude correr tras ella. Sólo sentí un mareo momentáneo. Como cuando uno se levanta con demasiada prisa. Luego se apagaron las farolas y las luces de los escaparates, enmudecieron los coches y la acera desapareció bajo mis pies. Me precipité en el oscuro remolino o, para ser preciso, algo se precipitó, y no fue en la oscuridad porque ésta aún resulta visible. En ese preciso momento, la gente salía de la Ópera. Uno de los hombres dijo déjalo, que está borracho, pero otro se agachó y tanteó en busca de la yugular.

—Habría que avisar a la ambulancia —sugirió.

—No llevo calderilla —dijo el otro, pero entonces oí una voz de mujer, que ella sí tenía, y cuando empezó a rebuscar en su bolso, ya veía de nuevo, aunque todo era negro y amarillo como cuando a uno le iluminan los ojos con un flash.

—No —dije, tratando de incorporarme.

—Quédese ahí, que ahora mismo llamamos a un médico —me tranquilizó la mujer.

—No hace falta —dije, y agarrándome del brazo de uno de ellos conseguí finalmente ponerme en pie.

—Así no puede ir a ningún sitio —dijo el hombre.

—¡Suélteme! —grité, y solté mi muñeca de su mano.

—¡Esto es increíble! —oí decir a la mujer, pero yo ya corría, y cuando estuve seguro de que no me perseguían, me refugié en un portal para recuperar el aliento.

Me fui a pie hasta la calle Nap, como si esa media hora aún sirviera para algo, como si en ese tiempo pudiera ocurrir algo. Debería haber dejado que llamaran a la ambulancia, pensé. Seguro que habría ido a verme al hospital, pensé. Cuando nos introducen la infusión a raudales, estas cosas ya no cuentan, pensé, y entonces alguien me gritó desde un coche, ¿qué, joder, te has quedado ciego o qué? Qué pasaría si empezaran a disparar, pensé. Si los rusos destruyeran Budapest a cañonazos, pensé. Si dispararan, pensé, daría igual con quién nos hemos acostado, pensé. Sólo importaría a quién arrastraríamos con nosotros al sótano.

Estaba tumbada sobre el colchón como si durmiera.

—Me da asco aquella mujer —dije, pero no abrió la boca. La farola iluminaba la habitación, aunque hubiera sido preferible no ver nada—. La odio, ¿me entiendes? Pero no puedo dejarlo —dije, y sólo entonces abrió los ojos.

—¿Qué quieres dejar? —preguntó con tono soñoliento y abrió los brazos para que la abrazara—. Ya creía que hoy no vendrías —añadió, y entonces me di cuenta de que ella no tenía un vestido gris claro.

Antes de subir por última vez a ver a la Jordán, lo planifiqué todo sobre un papel cuadriculado, con regla y goniómetro. Calculé con precisión de ingeniero la posición de todos los gestos y palabras, redacté de antemano y me aprendí de memoria todas las frases. Lo repasé todo ante la puerta, toqué el timbre y dejé que la visita transcurriera como todas las anteriores.

Se preparaba precisamente para acudir a una recepción diplomática, adonde realmente podía acompañarla, pues, al fin y al cabo, eso no podía hacer mella en mi relación de pareja. Luego me contó esto y aquello y rebuscó en un cajón hasta sacar la bala de pistola que se había incrustado en la pared después de atravesar el cráneo del camarada Jordán. Estaba engastada en plata, porque no le gustaba el oro. Incluso la había usado durante un tiempo como joya, como un souvenir de la muerte, pues por aquel entonces aún era aficionada a los sentimentalismos. Por lo demás, no es tan fácil conseguir un proyectil usado como, por ejemplo, lograr que dos metemueertos roben del depósito unas piezas de decorado de buena calidad, supongo. Sabe, claro está, que eso puede afectarme tanto a mí como a ella, pero por algún motivo se aferra a los recuerdos materiales. Quizás algún día, cuando me lo merezca, dijo. Puede estar segura de que algún día me los mereceré, dije, y le agarré los pechos con su olor a cianuro, y mientras le arrancaba los trapos, volví a repetirlo todo en mi interior, y entonces me puse en pie.

—Lo cierto es que, en el fondo, me das asco —dije, al tiempo que me secaba la mano pringosa—. Creo que contabas con un animal doméstico cuando empezamos a jugar a las bestias. Pues la has jodido. En vez de un fox terrier has pillado una hiena —expliqué, y me subí la cremallera del pantalón—. Si tienes la sensación de no conseguir el placer sola, te mandaré encantado a alguien de la calle. Quizá tengas tiempo incluso de llegar a la recepción —añadí, y me puse la chaqueta.

—Lo que intentas, cariño, es sentir asco de ti mismo, pero no resulta tan fácil. Hay que trabajar un poquito para eso. No puedes ni imaginarte todo lo que el hombre le perdona a su rabo —dijo, y seguí escuchando en la escalera su carcajada forzada.

¿Dónde has estado hijomío?

De hecho, con usted, madre.

Probablemente nadie la conocía en el distrito, pero todos habían oído hablar de ella. Se rumoreaba que la chica era la nueva arma milagrosa, más letal que el napalm, que

allí donde la colocaban, las cajas registradoras no cesaban de sonar, que se llevaba la ropa interior como los dulces llamados «tocino Hitler» en el cuarenta y cuatro, y que las amas de casa ya habían empezado a pellizcar aquí y allí del dinero de la compra, que compraban embutido de cerdo en vez del de pollo y que, más aún, escatimaban el foie gras del domingo para que, cuando llegara el momento, tuvieran dinero suficiente para pagar aquel *combidress*. Con encaje sobre los pechos y broches a presión abajo, no existía el matrimonio desquiciado que no tuviera arreglo gracias al *combidress*. Luego, el lunes por la mañana, aparecieron, en efecto, los carteles en los escaparates de la cadena de tiendas Aranypók, y como era de esperar, la gente se agolpó ante aquella Naomi de tamaño natural y cada cual buscaba su propio comentario. Naomi lo escuchó todo con expresión impávida, desde puta hasta cervatillo, pero las cajas registradoras no sonaron mucho, pues se descubrió que se necesitaba medio año más de foie gras para completar el precio del *combidress*. El señor Ligeti, sin embargo, tenía un enchufe en la Aranypók, puesto que su nuera trabajaba de cajera en la tienda de Újpest, de modo que consiguió una Naomi de tamaño natural, y cuando desplegó el cartel en el suelo con el señor Vértes y le pusieron una jarra de cerveza en cada esquina para que no se enrollara de nuevo, Jolika se limitó a señalar que le parecía muy mal. Al cabo de medio minuto, sin embargo, ya había alguien de pie sobre la mesa, pues desde allí mejoraba la vista sobre Naomi, y varios exigieron que Jolika trajera una cinta adhesiva y colgara al cervatillo en lugar del anuncio del licor de hierbas Zwack Unikum, o sea, que Jolika cogió un cubo lleno de agua, vertió el contenido sobre el cuello de Naomi y empezó a desgarrarla con los tacones, al tiempo que gritaba que quien quisiera mirar una puta, se fuera a la plaza, que ella estaba dispuesta a cerrar la bodega y no volver a ver nunca más aquellas jetas.

—Tranquilícese —dije, después de que barriera el engrudo que había quedado de la mona.

—Usted calle, que, si no, lo echo a usted también —soltó y me colocó el cenicero delante con gesto violento—. ¿Qué os habéis creído?

—Les gustaba, y punto —dije.

—Una etíope llena de lombrices —sentenció.

—Pues les gusta —dije.

—¿Usted lo toleraría? Porque si fuera bonita sería otra cosa. Lo entendería. No crea usted que no lo entendería. Pero, vamos, ¿cómo es que tenéis tanta jeta? Ya le han sacado la próstata y tiene la cara de presentarse con esta tía. ¿Por qué no se la lleva a su casa? ¡Llévesela a casa y cuélguela con cinta adhesiva para la señora Ligeti!

—Tiene usted razón, Jolika —dije, y me quedé un rato sentado, escuché el telediario del mediodía y sólo entonces hice de tripas corazón para abrir por fin el paquete que había llegado esa misma mañana con el correo.

De hecho, no sentía nada. Era exactamente como me lo había imaginado y aun así

no parecía un libro de verdad. Uno de esos que se ponen en la uve doble o que sirven para falcar, por ejemplo, un armario que se balancea porque se ha hundido el parqué. Saqué una hoja de afeitar de mi cartera y corté la penúltima página de uno de los ejemplares, pues no quería que mi madre se enterara de la identidad de la encargada de la edición.

—¿Y esto qué es? —preguntó Jolika.

—Un regalo de Navidad —respondí, pues no se me ocurrió otra cosa, no estaba preparado para tal pregunta.

—Un poco prematuro, ¿no?

—No me gusta tener que correr en el último instante —dije, envolví rápidamente mis ejemplares acreditativos con el papel marrón y acto seguido pagué mi consumición.

¿Dónde has estado hijo mío?

Ya se ha publicado mi libro, madre.

Yo no lo necesito, hijo mío, dijo, y siguió mirando la teleserie del viernes por la tarde. No obstante, puse el ejemplar censurado con la hoja de afeitar en la mesa, entorné la puerta y me quedé escuchando en el recibidor. Al cabo de unos minutos rechinaron los muelles del sillón, y el suspiro de la esclava argentina o brasileña se mezcló con el rumor de las hojas que iban pasando rápidamente. Luego oí que las iba hojeando una por una. Sabía que abriría el libro en la página treinta y cuatro, en *La historia del arte dramático*, su preferida.

Me preparé una taza de café y me quedé hasta tarde redactando una y otra vez la dedicatoria para Eszter. Los borradores eran suficientes para montar una serie televisiva y al final todo quedó en un *A mi esposa*, pues imaginé que era lo que más la alegraría. Compré una rosa en la plaza Kálvin y la fui a buscar a la biblioteca a la hora del cierre, pero una de sus colegas me comunicó que se había marchado hacía unas tres horas con una mujer madura, pelirroja, y le di las gracias.

Me dirigí a la casa de la Jordán caminando por la calle Andrásy, pero no estaban allí, o sea, que pedí un café y un pastel en el Művész, ya que tenía bastante hambre. Regalé la flor a la camarera en señal de agradecimiento, por haber aprendido que yo no suelo pedir nata, sino tres decilitros de agua mineral con gas para acompañar el café. La camarera dijo que me había tomado por el hombre más flemático de la ciudad hasta ese momento, a lo cual le respondí que lo mismo había pensado yo de ella, pero en seguida me corregí aclarándole que no quería decir que fuese un hombre, sino que hasta ahora siempre me ponía con gesto brusco el agua mineral, y ambos nos reímos.

Guardé el libro en el bolsillo, pues quería dárselo a Eszter, claro está, y me fui a

pie a la calle Nap. Que tuvieran tiempo para charlar si es que estaban allí. Probablemente, nunca en mi vida me había sentido tan liviano. En la calle Rákóczy, una puta me preguntó si quería follar con ella a precio de saldo; le respondí que mi mamá no me dejaba y le di fuego, y nos pusimos a hablar. Era una chica muy simpática, me mintió diciéndome que sólo se dedicaría al oficio hasta reunir dinero suficiente para comprarse una casa con jardín en Wekerle o no sé dónde, y yo le mentí diciéndole que era crítico teatral, que me pagaban mil florines brutos por las comedias y mil quinientos por las tragedias porque era más difícil escribir sobre éstas, todas ridículas en general. Me habría gustado seguir charlando, pero apareció el chulo, y la chica me pidió que si no quería follar me esfumara en el acto.

Eszter me saltó al cuello y me besuqueó. Me embadurnó de lápiz de labios; durante todos estos años juntos, no la había visto tan pintarrajeada.

—Dámelo —dijo, y empezó a rebuscar en mis bolsillos, y luego la vi arrojarse sobre el colchón, hojear el libro, olisquearlo como si fuese una carta de amor para sentir el olor a cola y tinta de imprenta. Después vio la dedicatoria, a mi esposa, que había olvidado sacar con la hoja de afeitar.

—¿Es una petición de mano de verdad? —preguntó, al tiempo que las lágrimas bajaban negras por la cantidad de pintura.

—Pues sí, pero me olvidé de ponerle un signo de interrogación al final —respondí, mientras sentía el olor amargo a almendras que emanaba de las paredes.

—¿Pero puedo contestar que sí?

—Primero encontremos a un cura dispuesto a casar a dos incrédulos —dije.

—Yo ya no soy una incrédula —afirmó, y se echó a llorar colgada de mi cuello, y hasta su piel se había impregnado del olor de aquella mujer.

—¿Estás contenta? —pregunté.

—¿No lo ves? ¿Qué más quieres que haga para que lo notes?

—Podrías meterte en la bañera, por ejemplo, y quitarte toda esa cantidad de pintura —dije.

—Ahora no podemos. Hemos de darnos prisa.

—¿Para qué? —pregunté.

—Vamos a cenar a las nueve. Tú también deberías arreglarte un poquito. Imagínate... hoy vino la editora a la biblioteca y me invitó a cenar —dijo, y volvió a besuquearme, para entrar después a toda prisa al baño y empezar de nuevo a embellecerse.

—Vaya —dije.

—Se fue hace menos de una hora. Pasamos toda la tarde hablando de ti.

—¿En serio? —dije, y me quedé contemplando desde el umbral sus esfuerzos por pintarse las uñas de manera uniforme, pero como carecía de práctica, el pincel iba a parar una y otra vez a la piel.

—Es una mujer muy simpática, por cierto. No sé qué problema tienes con ella. No es en absoluto esa intelectual fardona por la que la tomas.

—Puede ser —dije.

—Además, eres un verdadero genio en su opinión. Pero le preocupa que no aprendas al menos inglés. Me pidió que me pusiera con el látigo a tu lado, pues sólo entonces te mostrarás dispuesto.

—Ya veremos —dije.

—Nada de «ya veremos». Tiene toda la razón. Y se consiguen unos latiguitos muy monos —aseguró mientras se soplaba las uñas para secar rápidamente el esmalte—. Según ella, pronto saldrá la edición francesa y quizá también la alemana.

—No lo creo —dije.

—Así me gusta, mejor que no te lo creas demasiado —sentenció, y se dispuso a besarme, pero recordó que entonces el esmalte volvería a saltar y habría que reiniciar la operación—. ¿Qué me pongo?

—Nada —dije.

—Vamos, no puedo ir en enaguas. ¿Me traes el vestido negro con mangas de encaje?

—No te lo traigo —respondí.

—Te lo ruego, tenemos que darnos prisa. Mis uñas aún están pegajosas.

—No iremos a ningún sitio —zanjé la cuestión, y vi que se le helaba la mirada.

—Nos espera a las nueve —afirmó, y jugamos a aguantar la mirada en el espejo.

—No me importa el tiempo que espere. No te sentarás a una mesa con esa mujer.

—Pues sí —insistió, y puso el esmalte en el estante, procurando incluso que no hiciera ruido.

Pasaron minutos sin que ninguno de los dos se moviera. Habría sido preferible que el espejo estallara y nos desgarrara e hiciera añicos, pero no ocurrió nada. No se oían ni los latidos de nuestros corazones.

—Es inútil —dije, sólo porque el silencio resultaba insoportable—. Desde hace medio año —añadí, mientras seguíamos jugando a aguantar la mirada en el espejo.

—No te he preguntado nada —dijo, cogió la toalla y se limpió todo cuanto se había puesto, y su rostro parecía el de los muertos.

—Quería contártelo, pero no se puede.

—Pues no lo cuentes —dijo.

—Además, ¡no hay nada que contar! ¡Odio a esa mujer! Desde que oí su voz, la odio. ¡Y punto!

—No grites —me pidió.

—¡Desde hace medio año que todo esto me da asco!

—Entiendo —dijo.

—¡Tú me enviaste allí! ¡Tú necesitabas ese maldito libro! ¡Yo no lo necesito para nada! ¡Yo sólo necesitaba que te sintieras orgullosa de tu escritor!

—Entiendo —dijo.

—¡No entiendes una mierda! ¿Por qué me enviaste a ver a la puta de mi padre?
¡Tenías que saberlo! ¡Sí señor, lo sabías perfectamente!

—No lo sabía —susurró.

—¡No mientas! ¡Lo querías! Querías pringarme para no estar obligada a rendir cuentas de tu propio pringue. ¡Yo nunca he follado por conseguir un pasaporte ni he matado a nadie!

—Entiendo —dijo.

—¡Claro que lo entiendes, asesina! ¡Quien deja que le den una anestesia letal a su abuelo es una asesina, sí señor!

—Sí —dijo.

—Mandaste liquidar a tu abuelo como a un niño retrasado. ¡Para no tener que atenderlo! ¡Yo, en cambio, cuido de mi madre! ¡No te me quedes mirando así, cabrona! ¡A mí no me puedes pringar! ¡Te he dicho que no te me quedes mirando!

—Ahora vete —dijo, y le asesté un golpe en la cara, y ya le salía la sangre por la boca, pero ella seguía de pie, mirándome. Me miraba como si fuese un objeto metálico, una escupidera o una dentadura postiza, y entonces salí corriendo de su piso.

Esa misma noche, alguien se puso a patear la puerta de entrada. Cuando salí al recibidor, encontré allí a mi madre petrificada, agarrando el martillo atado a una cuerda que colgaba en el perchero.

—Te prohíbo que abras —dijo.

—Usted entre, madre —le pedí, y creí que Eszter se abalanzaría sobre mí, pero se arrojó sobre mi madre.

—¡Pálmela ya, cabrona de mierda! ¡Devuélvame a su hijo! —gritó, y la derribó—. ¡Reviente de una vez! —continuó ahogada por el llanto, y apenas pude arrancar el martillo a mi madre. Al final, sin embargo, conseguí separarlas.

—¡Sácala de aquí! ¡Échala a patadas ahora mismo! —chilló mi madre.

—¡Entre en su habitación! —ordené.

—¡Sácala! ¡Te exijo que la echas a la calle!

—¡Devuélvame a su hijo! ¡Devuélvamelos! ¡No quiero que folle con prostitutas en lugar de hacerlo con usted! ¡No quiero morir de esto! —dijo con la voz entrecortada por los sollozos, y mi madre parecía decidida a arrancarle los ojos.

—¡Largo de aquí! ¡Adentro! —grité, y la metí a empujones en su cuarto y apoyé el pie contra la puerta. Eszter empezó a golpearme la cara con ambas manos y acabó derrumbándose en el suelo.

—¿Qué quieres de mí? —pregunté.

—¡Échala de mi casa! —gritó mi madre, al tiempo que sacudía la puerta.

—¡Si no se calla, la echaré a usted!

—¡Estáis enfermos! —dijo Eszter, con voz entrecortada por los sollozos.

—Déjalo y vete a casa —le rogué.

—Tu madre está enferma, ¡entiéndelo! —sollozaba y me abrazaba la pierna.

—Calla —dije.

—¡No es una puta, sino una desgraciada!

—¡Cierra el pico! —grité, mientras mi madre volvía a sacudir la puerta e insistía en que la echara de su casa.

—¡Vas en vano a ver a la furcia de tu padre! ¡No humillas a tu madre, sino a mí! ¡Sólo puedes humillarme a mí!

—¡Sólo puedo humillarme a mí mismo!

—¿Cómo has podido hacerlo? Por el amor de Dios, ¿por qué quieres matarme?

—¡Largo!

—¿No entiendes que te quiero? ¡Sólo yo te quiero!

—¡Te he dicho que cierres el pico!

—¡Todos te odian! ¡Te temen o te odian! ¡Hasta tu madre te odia! ¡Ni tu hermana te necesita! ¡Sólo yo! ¿No lo entiendes?

—¡No me quieras! ¡No, por favor! ¡Y esfúmate! —grité, y logré echarla a empujones a la galería, donde se quedó un rato sollozando y diciendo con voz entrecortada, son animales, éstos son unos animales.

Al día siguiente pasé a verla y al llegar a su puerta a punto estuve de volver sobre mis pasos, pero por alguna razón no lo hice. Las paredes estaban cubiertas con las hojas de mi libro, los muebles y los azulejos estaban tapizados con mis relatos, así como la bañera y también el espejo. Los vasos estaban envueltos en historias, igual que los pomos, el sol se introducía en el cuarto pasando a través de historias, y sólo el cubo con la cola y un montón de cubiertas yacían en el centro de la habitación. Sobre el mosaico de la cocina dormía una cosa negra vestida con un traje de seda. Tenía el pelo teñido de rubio, como el de mi madre.

—Sólo yo —musitó cuando la espabilé, pero apenas se le movían los labios. Luego, mientras yo llamaba por teléfono, se puso de rodillas y con el cuchillo de cortar el pan empezó a cortarse los mechones que le quedaban.

—¿Qué le ha hecho?

—Nada —respondí.

—A ver, intente acordarse —dijo.

—Quiero entrar a verla —le pedí.

—Mientras yo sea aquí el médico jefe, no podrá entrar en esa sala.

—¿Cuánto quiere? —pregunté.

—Lo que querría es echarlo a usted de aquí a patadas, como a un saco de mierda —respondió.

—Será fácil —dije, y me levanté.

—Vuelva a sentarse —dijo, y volví a sentarme.

—¿Qué desea saber? —pregunté.

—En la medida de lo posible, todo.

—Caray, eso es muchísimo —dije—. Para eso viene usted de una familia demasiado bien.

—Ahórreme usted su humor barato.

—Primero quiero entrar a verla.

—Es inútil. No puede hablar. Por eso estoy obligado a plantearle a usted mis preguntas.

—¿Qué le han hecho? —pregunté.

—Nosotros nada. Usted, en cambio, todo. Lamentablemente, sólo puedo protegerla de usted mientras ella se encuentre en mi planta.

—Teniendo en cuenta que hasta ahora no me ha formulado ninguna pregunta racional, sabe usted bastante. No se droga, si es eso lo que le interesa.

—Lo que me interesa es saber cómo vivían —dijo.

—Como los animales —dije—. Por cierto, ella es mi amor.

—Sería preferible que no usara esta palabra. Mucho me temo que no tiene usted ni idea del amor.

—Es posible —dije—. Intentaré expresarlo de otro modo.

—¿Desde cuándo viven juntos?

—No vivimos juntos. Yo vivo con mi madre. Por cierto, ella también está loca.

—¿Qué tiene su madre?

—Lo normal. Enterró viva a su hija, interrumpió un coito prometedor con su hijo a medio camino, cosas por el estilo. Desde entonces no sale mucho a pasear.

—Déjelo.

—Ya le he dicho que para esto viene usted de una familia demasiado bien.

—Le aconsejo que cambie de tono.

—¡Déjeme verla! ¡Déjeme verla ahora mismo, verdugo diplomado! —grité y, saltando por encima de la mesa, me abalancé sobre él. Le desgarré la bata, lo arranqué de la silla de brazos y apreté su cabeza contra el tablero de la mesa. Tenía la sensación de que faltaba un tris para que su cráneo se hendiera bajo la presión de mis dedos, que en el instante siguiente le arrancarían los sesos y los arrojaría contra la pared como un puñado de mierda. Tres enfermeros entraron corriendo en el despacho, me hicieron una llave, uno de ellos me agarró de las piernas y me levantó, y yo, a todo esto, no paraba de gritar que debía verla, que no osaran aplicarle electroshocks, que estaba dispuesto a hacer estallar el hospital, que eliminaría a todos los verdugos si la tocaban con un dedo, que mataría a todos los psiquiatras si intentaban extirparme de su cerebro aplicándole corriente continua. Los enfermeros se limitaron a permanecer conmigo en el centro de la habitación, aguardando las palabras del médico, que si celda acolchada o inyección, y cuando yo ya no podía más que jadear,

les dijo que me soltaran y salieran tranquilamente, que a estas alturas ya éramos capaces los dos de dialogar como hombres.

Me dio un vaso de agua, y después conté todo cuanto se puede contar. De vez en cuando me interrumpía con una pregunta, que qué esperaba yo exactamente de las cartas falsificadas, que por qué temía que mi madre saliera de la vivienda, que por qué había tolerado, de hecho, que Eszter se pasara años sin hablar de su vida, o sea, todas esas cosas que uno mismo se pregunta y cuyas respuestas es inútil conocer, pues sólo sirven para comprender con precisión por qué convierte Jolika a Naomi Campbell en engrudo pero no sirven para evitar que uno haga otro tanto con la propia vida. Luego me recetó dos medicamentos, y le prometí tomarlos, pero que no esperara nada más de mí: que respetaba su saber, le dije, pero que juntos no iríamos a ningún sitio.

—¿Cómo llega usted a esa conclusión? —preguntó.

—Aunque sepa poco de mí mismo, esto lo sé —respondí.

—Pues no estaría mal eliminar las zonas opacas —dijo.

—Ya acabaré yo solo ese trabajo —lo tranquilicé.

—¿Está usted seguro? —preguntó.

—Sí —contesté.

—¿Y qué pasa si no tiene éxito? —inquirió.

—Pues que todo se irá a la mierda —dije.

—Deje fuera del asunto a esta mujer —pidió.

—De acuerdo —accedí.

—Dejen de mantener relaciones sexuales —dijo.

—De acuerdo —dije.

—Lo mejor sería que no volvieran a verse —aconsejó.

—De ser así, ambos reventaríamos —dije.

—¿Está seguro? —preguntó.

—Segurísimo —respondí.

—Pues eso no es amor, sino una idea fija —dijo.

—La esencia del amor es la idea fija —dije.

—Los poetas se equivocan mucho —señaló.

—Soy escritor. Aunque éstos también se equivocan —aseguré.

—Deje a su madre —dijo.

—Lo intentaré —dije.

—Supongo que no la meterá en una residencia —dijo.

—Jamás —dije.

—Lo entiendo —dijo, y me pidió que esperara hasta el día siguiente para ver a Eszter.

¿Dónde has estado hijomío?

Pintando un piso, madre.

Las compañeras de habitación la animaron, venga, seguro que lo conseguirá, y de algún modo logró ponerse en pie. La mujer de la cama de enfrente sólo se meaba por las noches, pero la del lado de la ventana ya llevaba ocho años sin atreverse a tocar a su hija, pues temía matarla con el mero contacto. Por lo demás, era una madre bastante buena, decoraba el árbol de Navidad, acudía a las reuniones de padres, y cuando su marido no podía por falta de tiempo, acompañaba a la niña a la escuela. Iban una al lado de otra por la calle, casi tocándose las manos. Ahora era ella quien más animaba a Eszter a levantarse, cariño, que usted ya se encuentra bien, no asuste a ese pobre hombre, venga, agárrese de su mano con valentía. Luego le puse mi abrigo sobre la bata, y salimos al parque, pues sólo allí se permitía fumar. De hecho, estaba más fuerte que después del aborto, aunque lo cierto es, también, que esta vez no le habían tocado la matriz.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Sí —respondí.

—¿Y tu madre? —preguntó.

—Al día siguiente ya no se acordaba de nada —dije.

—Eso es bueno —dijo mientras el otoño crujía bajo nuestros pasos, y nos sentamos en un banco. Por el sendero de grava menuda, los visitantes se dirigían al edificio B, deseosos de sacar ellos también a sus enfermos al sol.

—Yo no quería decir eso de tu abuelo... Vamos, que no quería decir nada de eso.

—Lo sé —dijo—. ¿Me puedes traer ropa interior limpia?

—Claro —dije, y nos quedamos mirando a una pareja que trataba de subir, sin éxito, una silla de ruedas por una escalera. Al final, el hombre cogió al anciano en brazos y la mujer subió la silla vacía a empujones, y así llegaron hasta el ascensor.

—He pintado el piso —dije.

—Gracias.

—No pude arrancar bien los papeles de los muebles y de las ventanas.

—Ya lo haré yo —me tranquilizó, y me pareció que quería aplastar un insecto con la punta de la pantufla, pero se limitó a apartar las hojas secas para que el insecto no tuviera que avanzar dando tumbos. No sé por qué, pero era más soportable cuando arrancaba los brotes de una rama en la isla Margarita.

—Entremos, que vas a coger frío —propuse, decidido a huir.

—Por supuesto —dijo, tiró el pitillo que sólo había fumado hasta la mitad, y volvimos a la sala del hospital.

—Mañana intentaré llegar antes —dije.

—Como te vaya mejor —dijo, y la tapé.

Al cabo de unas semanas, aún seguía surgiendo media palabra o incluso media frase quién sabe de dónde. Al principio pasaba a verla cada tres o cuatro días, pero al final se estableció el lunes por la tarde como el día de visita. Sentados en el sofá tomábamos el té, yo le leía mis escritos y las críticas publicadas sobre mi libro. A veces llevaba vino, pero sólo yo podía beber, pues ella aún estaba medicándose.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó.

—De hecho está bien —respondí—. Ahora teme que la lleve al crematorio. Vio un documental en el que mostraban cómo se incorporaban los muertos en el horno.

—Vaya —dijo, y puso azúcar al té, y yo no le avisé de que era la tercera vez que le ponía.

—¿Te has encontrado con esa mujer? —preguntó.

—No —respondí.

—Claro —dijo.

—¿Tenemos que hablar de eso? —pregunté.

—No —dijo, y trajo una bolsa de galletas porque me crujía el estómago.

—¿Aún no hay noticias de la Cruz Roja? —preguntó.

—Pues no —dije, y me incorporé dispuesto a marcharme. Quise besarla, pero recordé que eso también era una relación sexual, o sea, que preferí abstenerme. Luego, antes de volver a casa, me senté en La Perla de los Balcanes a beber un vino con sifón.

—¿Éste es usted? —preguntó Jolika, y me colocó el periódico delante. Puso el dedo sobre la fotografía desenfocada como si apretara el lomo de un insecto cuyo caparazón empezaría a crujir en el instante siguiente.

—Sí —dije.

—¿Desde cuándo es escritor? —preguntó.

—No lo sé exactamente —dije.

—¿Lo enseñan en algún sitio? —preguntó.

—No. Creo que no. Tal vez en América —dije, pagué y me fui a pie hasta casa. Llegó una carta del editor francés, y a punto estuve de tirarla con las revistas de publicidad, pero me di cuenta de que habría sido ridículo, o sea, que con la ayuda del diccionario leí sus condiciones y le escribí que yo no planteaba condición alguna, que su oferta me resultaba muy halagüeña y muchas gracias. Luego escribí una carta a mi madre desde Malmoe, ya que uno de mis conocidos viajaba al día siguiente a la ciudad sueca. Estimada madre, si quiere verme, que no le cierren los ojos en su día, escribí, pero arrugué el papel, pues recordé que había de escribir con la mano izquierda y añadir que me esperaban tres actuaciones en Malmoe.

El año pasado transcurrió con bastante calma. Apareció una chica llamada Noémi, a la que iba a visitar de vez en cuando, nada particular. Nos conocimos en una entrega

de premios, ella llevaba una bandeja y servía champán. Mi madre ni siquiera se enteró de su existencia.

Con la Jordán me encontré una vez en los grandes almacenes Skála Metró; le estaba buscando un regalo navideño a Eszter. Dijo que la cena se había enfriado y le respondí que no importaba.

Cuando llegó la carta de la Cruz Roja, quise llevársela a Eszter, pero recordé que era miércoles y que solíamos vernos únicamente los lunes. Luego pensé que, tratándose de un caso excepcional, podía ir a verla a su casa, pero antes de tocar el timbre oí que había alguien con ella. Me quedé un rato escuchando: sólo hablaban. El hombre hablaba de Alpha Centauri, pero no se le entendía muy bien. Apenas oía la voz de Eszter. Una anciana gritó desde el otro lado de la galería preguntándome a quién buscaba, de modo que me largué. Al final me metí en un cine, donde proyectaban una película de acción, *El repartidor de muerte* o algo por el estilo, una cosa bastante terrorífica.

Después del cine intenté de nuevo ver a Eszter, pero ya no estaban en casa.

Temía que Judit se encontrara en algún lugar de Europa. Sí, quizá vivía tranquilamente en Viena, pensé, y eso era lo que más miedo me daba: que al día siguiente pudiera estar yo sentado en el tren. De hecho, confiaba en que no la hallaran, pero no era cierto que no quisiera verla. A decir verdad, no resultaba nada fácil llamar como un extraño a la puerta de alguien cuya letra ni mi madre era capaz de distinguir de la mía. Así pues, decidí esperar hasta el lunes para no tener que actuar solo. Luego, sin embargo, abrí el sobre, y al leer que la habían enterrado hacía diez años en Niza, me sentí aliviado.

Al día siguiente pedí unos periódicos franceses viejos en la biblioteca Széchényi. Por la rápida traducción realizada por una de las jóvenes bibliotecarias supe lo siguiente: el mundo se ha enterado atónito de la noticia de que, tras el concierto celebrado la noche anterior en memoria de Paganini, la aclamada artista Rebecca Werkhard, de apenas veinticinco años de edad, se cortó las venas de la muñeca con una cuerda de violín. Las investigaciones siguen su curso; su discográfica neoyorquina se hará cargo del entierro.

—Esto es todo a grandes rasgos. Hay una necrológica, pero es larga —explicó.

—Déjelo —le rogué.

—¿Necesita una fotocopia? —preguntó.

—No, gracias —respondí.

—¿Puedo guardarlo? —inquirió.

—Cuando quiera —dije. Me quedé mirando la fotografía amarillenta y desenfocada y seguía sin sentir nada. Era como Rebeka Weér a los veinticinco años. Sabía perfectamente por qué había adoptado el nombre de su madre.

El lunes fui a ver a Eszter. Dijo que podría haber tocado el timbre tranquilamente, que sólo había estado tomando el té con un conocido, un astrónomo que llevaba semanas acudiendo regularmente a la biblioteca, donde habían trabado amistad. Yo le dije que sí, que no era por eso que no había tocado el timbre, sino porque nos habíamos acostumbrado a los lunes.

—Ve a Niza —propuso.

—Puedo encontrar un monumento funerario más cerca —dije.

—Sabes que has de ir —insistió.

—Tú tampoco regresas a tu casa. Y eso que ya podrías ir —sugerí.

—Pues es algo muy distinto. Alguna vez quizá —dijo.

—Cuando te lo pienses, podría ir contigo —dije.

—No sería bueno para ninguno de los dos —dijo—. Además, no puedes dejar sola a tu madre tanto tiempo.

—Claro —dije, al tiempo que calculaba para mis adentros que los Cárpatos orientales estaban mucho más cerca que la Riviera occidental. Al menos tanto más cerca que el Alpha Centauri ahora en comparación con el cráter de Bolyai.

—No tengo razones para ir. No siento nada —dije.

—Lo sé —dijo.

—Era mejor mientras vivía —dije.

—Siempre es mejor la realidad —dijo.

—Claro —dije—. Sólo me duele que eso de la cuerda de violín fuera idea mía.

—Probablemente ni se le pasó por la cabeza —sugirió.

—Por supuesto —asentí—. Además, también es bastante jodido que nuestro padre se la llevara. Y que no hablara de ello.

—Es una estupidez. La última vez que vio a tu padre fue cuando lo viste tú. No la envidies por el hecho de que se atreviera a subir a un barco de carga.

—No la envidio, sino que sé que se fue con mi padre. Y él envía desde hace diez años la asignación mensual.

—No tienes forma de averiguarlo —dijo.

—Sí, puedo averiguarlo —dije.

—Claro que sí —confirmó, y me preguntó cómo estaba mi madre y le respondí que en general bien, pero que insiste en su fobia a la incineración y últimamente incluso cree en Dios. Me tomé mi té, y todavía en el umbral le pregunté si me acompañaría a Niza y ella contestó que, probablemente, nos haría daño tanto al uno como al otro, pero acabó besándome la frente.

¿Qué es esta batahola hijomío?

Es música, madre.

Apágala en seguida. Quiero dormir.

Hay tiempo, madre, pues mañana tampoco irá a ningún sitio.

Tiraré a la basura ese tocadiscos.

¿Qué mosca le ha picado? De todos modos, mañana ya no se acordará de nada, madre.

¡No tolero que me hables así!

Llevamos quince años hablándonos así, ¿por qué no va a tolerarlo precisamente ahora? Traiga una taza de té, escuchemos juntos la música, y si se asoma por la ventana, hasta podrá ver la luna.

¡Tú ya no eres un ser humano! ¡Eres igual de asqueroso que tu hermana menor!

Mi hermana mayor. Hágame el favor de registrarlo de una vez por todas. Por cierto, ¿cómo es que nunca ha querido suicidarse, madre?

Estás podrido. ¡Ojalá os hubierais podrido en mi vientre! Pero Dios pedirá cuentas de todo, ¡y es mejor que lo sepas por mí! ¡Dios te castigará, hijo mío!

Es posible. Pero al menos podría intentarlo. En serio, ¿por qué carajo no se quita de en medio, madre?

¡Largo de mi casa!

Encantado, pero entonces se morirá de hambre. Sin mí ya ni siquiera es capaz de abrir el grifo, madre.

¡El corazón!... ¡Me duele el corazón!

Déjelo y quédese tranquila, que usted no tiene corazón. Yo tampoco. Mocos es lo que tenemos en el lugar del corazón. Mocos, ¿me entiende? La palmaremos precisamente por no sentir nada, dije, y la eché de la habitación y bajé el volumen del tocadiscos, que estaba realmente alto, y así no puedo trabajar. Al amanecer, me desperté porque el disco seguía crujendo, puesto que el brazo no había vuelto a su sitio. Este Tesla no vale una mierda, pensé, me vestí y volví a echar una ojeada al relato sobre aquel cura enfermo mental que exterminó a sus feligreses echando matarratas en la hostia consagrada. Estará bien para el pueblo, pensé, y preparé el desayuno para mi madre y puse su almuerzo en la nevera.

¿Cuándo vendrá hijomío?

Mañana por la noche. Voy a la provincia a dar una lectura, madre.

Últimamente viajas todas las semanas.

El dinero de Judit no nos da para vivir, madre. Caliéntese la sopa y apague el televisor por la noche, dije, y escuché cómo ponía las dos cadenas de seguridad. Me dirigí a pie a la estación Este, y cuando descubrí, en la taquilla, que debía hacer trasbordo, a punto estuve de dar media vuelta.

Volví de la lectura alrededor del mediodía. Eszter trabajaba los lunes hasta las cinco, de modo que me quedé dando vueltas por la zona de la estación, a pesar de que, en el fondo, odio la estación Este. Para ser más preciso: siempre me ha repugnado la miseria convertida en negocio. Aquellos que, aduciendo su necesidad, pululan alrededor de las mochilas de los turistas, que muestran una receta médica caducada

hace tres años afirmando que sólo les faltan veinte florines para poder pagar el medicamento o que rezan por ti, que Dios lo bendiga a usted y a toda su familia, y que si no llevas calderilla te escupen a tus espaldas como si la indigencia autorizara a la gente a cualquier barbaridad.

Desde hacía bastante tiempo, la estación Este se había convertido en colmena de toda esta hipocresía, allí se reunían los vendedores clandestinos y los misioneros, los cambistas y los tullidos de fabricación casera. A primera vista se reconocía a aquellos que mendigaban por cuenta propia y a los que lo hacían por cuenta ajena. La forma de la cicatriz permitía saber qué brazo o pierna había sido cortado por la máquina en el trabajo y cuál había sido cercenado por un hacha en el cobertizo de la leña cuando por las aldeas rumanas se extendió como un reguero de pólvora la buena nueva de que se podía ir a mendigar a Budapest a cambio de un porcentaje. Llegaron cargamentos enteros de tullidos recién mutilados. A veces los traían los mismos camiones que llevaban los cargamentos de ayuda a Transilvania o a Bucarest. Luego alojaban a los pobres desgraciados en algún sótano del distrito octavo, el empresario repartía los letreritos que se habían de colgar al cuello y que ponían «Soy una víctima de Ceaucescu» y por la noche recogía el ochenta por ciento, más el alquiler.

Desde hacía ya bastante tiempo, estos tullidos de importación se repartían el paso subterráneo con los jubilados inválidos, los vendedores de mandarinas podridas y los vendedores de juegos de sábanas baratos, pero allí mismo también se podían comprar cigarrillos sin precinto de garantía y despertadores fabricados en Hong Kong que en vez de pitar tocaban el *Para Elisa*. Allí abrieron las primeras casas de comida china y allí se podía jugar por dinero al ajedrez con presidiarios recién salidos de la cárcel. Extendían el tablero de hule sobre un contenedor de basura, fumaban un cigarrillo y esperaban la aparición de algún cliente desprevenido, uno de aquellos que aún confiaban en la nimzoindia, que habían sido candidatos a maestros por un breve período de tiempo, pero que luego habían abandonado por alguna incidencia en sus vidas y habían sido derrotados por Judit Polgár en el campeonato provincial. Lo sabían todo sobre el ajedrez, salvo el hecho de que en la cárcel de Vác se aplicaba un método pedagógico bastante eficaz, concretamente el siguiente: se podía elegir entre que te dieran por el culo o jugar al ajedrez, pero si uno elegía la segunda opción, no podía volverse atrás aduciendo que prefería que le dieran por el culo. El perdedor había de beber un litro de agua, o sea, que después de la tercera partida uno había de pensárselo dos veces antes de mover el peón, pues la dosis siguiente le era suministrada a través del tablero enrollado. Después de seis o siete litros de agua uno realmente podía morir: acababa con el vientre como un globo encajado en un grifo.

—Por favor, caballero. No, por quinientos ni hablar. Son mil. Haga el favor de ponerlos aquí. Así está bien, insertamos el tablero aquí bajo la tapa del contenedor y ya podemos empezar —y uno en seguida se alegra, porque ¿cómo se puede dar un paso tan estúpido para responder a la nimzoindia? Tres partidas con este chapucero y reuniré la pasta para pagar la cuenta del teléfono. ¿Para qué se pone aquí el tipo este?

Pero en la octava jugada el caballo negro se come al alfil en G3, y allí se acaba la fiesta. Y el antiguo candidato a maestro simplemente no entiende cómo ha sido posible; de hecho, sólo se necesitan unas cuantas jarras de agua y tres compañeros de celda condenados a cadena perpetua.

—Caray, aquí sobresalen dos billetes de mil del contenedor —dice el policía, y se guarda uno en el bolsillo, pues acaba de llegar para recoger el alquiler. Luego elige algunas de las mandarinas menos podridas y cuenta los tullidos, trece en total, lo que equivale a mil trescientos. A los húngaros no les pedimos nada, pues aún existe la decencia en el mundo, pero a estos rumanos apestosos no hay quien los aguante. —*Dutéacase* si no pagas —dice, puesto que ha aprendido en el bar algunas frases básicas de la atención al viajero: vete a casa, cien florines, y cosas por el estilo. —Ya te lo he dicho, son *sutéflorines* y, si no, *dutéacase* —y con la porra empuja el letrero de cartón caducado ya hace tiempo, «soy una víctima de la revolución», porque está nervioso, porque ha vuelto a ser un parálítico y porque ha dejado escapar a los trileros gitanos. Cuando ha bajado las escaleras, ya había desaparecido la bolita y se habían desperdigado las cajas de bananas utilizadas como mesas de juego. A su vez, los vendedores clandestinos simplemente cierran los bolsos de viaje llenos de calcetines de deporte y aún tienen la osadéz de afirmar que los cincuenta pares de calcetines son suyos, porque se cambian tres veces al día.

—Así nos gusta, señor comisario. Calcetines limpios, sábanas limpias y muchos despertadores para no perder el tren. ¿Qué es eso de que podemos quedarnos aquí a cambio de unos guantes de piel? ¿Sabe el señor comisario lo que cuestan? Por menos de tres mil no encuentra usted nada parecido en el Corvin. O sea, que una linterna china y punto, de lo contrario nos vamos a la calle Moszkva.

Así pues, son mil más mil trescientos, es decir, dos mil trescientos, más las mandarinas que equivalen a unos doscientos, o sea, dos mil quinientos, más la linterna centelleante, que cuesta unos quinientos, lo cual suma tres mil, sin contar a los carteristas, cuya contribución aún queda por cobrar.

Al llegar abajo, en el paso subterráneo, recordé que había olvidado el cuaderno del padre Lázár en el tren. No lo echaba mucho de menos, aunque era un objeto bastante bonito. Pues tendré que seguir arreglándomelas con el papel Sirály, pensé. Es posible, además, que el cuaderno haya ido a parar a mejores manos, pensé. Tal vez el revisor acabe usándolo para escribir sus memorias, pensé. Azotado por el humo de la locomotora o algo por el estilo, pensé. Mucho me temo que las memorias de un revisor, rebosantes de errores de ortografía, serán mucho más gratas a Dios que todo cuanto escriba yo en mi vida, pensé. Y mucho me temo también que aquello que en el cielo no vale una mierda valga lo mismo aquí abajo, pensé. Aunque los ecos de la crítica sean favorables, pensé. De hecho, sin embargo, son los respetables padres de familia quienes suelen guardar este tipo de cuadernos en el cajón del escritorio,

pensé. En estas libretas encuadernadas en semipiel suelen apuntar que ayer acudieron a la reunión de padres y que hoy han advertido al camarero de que les ha devuelto quinientos florines de más. En efecto, no ocurrió nada durante la cena, se trataba de una cena de trabajo absolutamente normal, pero luego, en el guardarropas, ayudó a una colega a ponerse el abrigo de piel artificial, y entonces, quién sabe cómo, porque realmente resultaba incomprensible teniendo en cuenta que él, precisamente, llevaba diez años escandalizándose por las cenas de trabajo que aparecían en las series televisivas emitidas los sábados por la noche y que acababan invariablemente en la cama... Porque la vida no es así, la vida no funciona de este modo, cariño. Lo siento, oye, pero todo esto es un invento y, a decir verdad, no consigo entender cómo es que te gustan estas telenovelas.

Ahora, sin embargo, lo apunta todo, desde el abrigo de piel artificial hasta la botella de champán de cuello largo como corresponde, como si ese par de páginas constituyeran la cumbre dorada de su vida. Sí, escribe, aunque esté jodidísimo, con el único fin de que, en un futuro, la calcificación no se coma al menos ese único miércoles de los últimos diez años... Porque lo siento, cariño, pero la vida funciona de este modo. Indico al camarero que si me devuelve quinientos florines de más estoy dispuesto a aguantar la tediosísima reunión de padres hasta el final, pero la vida trata sobre todo de una cosa, ¡más, más, fóllame, desgárrame el coño! Quiero que todos los miércoles por la noche me susurren, jadeando, estas palabras al oído. Sí, a partir de ahora miento cada miércoles diciendo que me he emborrachado con los colegas y me ha dado vergüenza volver borracho a casa. Que alguien se arrojó ante mi coche, y me quedé hasta el amanecer en la comisaría. Que tuve un aviso de infarto, que encontré una bomba de material plástico en la papelera, todo con tal de que nadie se meta con mis miércoles. Tendremos alfombra nueva, y los niños tendrán el equipo de esquiar nuevo para Navidad si hace falta, y a partir de ahora siempre pasaremos dos semanas de la pretemporada en Ibiza, pero no me preguntes dónde suelo parar los miércoles. No me lo preguntes nunca, y entonces, cariño, seguiremos viviendo casi igual que hasta ahora.

Y cuando ya ha registrado todo cuanto le pasó entre las diez y el alba, cuando ya ha descrito dos veces incluso las lúnulas de las uñas, cuando resulta evidente que ya no le queda nada por escribir hasta el miércoles siguiente, intenta encontrar un escondite seguro para la llave del cajón, pero como no cabe tras el zócalo del parque y suelen pasar el plumero por la araña, decide colgársela del cuello, donde puede permanecer años y años sin que nadie se dé cuenta, pero mientras tanto piensa que el hecho de cerrar el cajón con llave no implica no tener seres queridos a su alrededor.

Luego, durante el desayuno, se da cuenta, claro, de que sus nervios no lo aguantan. Que por mucho que la vida funcione así, él tirará el cuaderno a la basura, botella de champán y abrigo de piel artificial incluidos, porque la mujer tiene un pase, al menos calla y engulle los ridículos copos de avena como si hubiera de comer eso durante toda la vida, pero con la llave al cuello no hay Dios que permita ordenar a la

niña que se abstenga de manchar el mantel.

—¿Qué significa bomba de plástico, papá?

—Pues es como una bomba normal, pero está hecho con material sintético, hijita.

—¿Y mañana también habrá una bomba de plástico en la oficina?

—No, nunca más, hijita.

Me compré un bocadillo, miré dos partidas de ajedrez, pero como ni siquiera habían tocado las dos y media, me senté en La Perla. La imagen de la calle había cambiado favorablemente, sin duda, pero aún era prematuro abrir un restaurante italiano en el lugar del centro de recogida de papel, pensé. Caminar cuatro kilómetros con la prensa libre hasta el siguiente centro de recogida supone un esfuerzo considerable, pensé. Ciertamente, hasta entonces el *Népszabadság* y el *Magyarnemzet* sólo se distinguían por el peso y porque uno parecía más liviano que el otro sin la plancha de la cocina, pero arrastrar durante cuatro kilómetros la carretilla con el *Újmagyarország* realmente estropeaba la imagen de la calle. Desde luego, yo no tengo nada que ver con esto, pensé. Puedo prescindir perfectamente de la sensibilidad social, pensé. Tampoco mejora mucho el texto, pensé.

—Vuelve a tener pinta de perro apaleado. ¿Por qué no se toma unas vacaciones?

—preguntó la camarera.

—Estamos en otoño, Jolika —respondí.

—Puede ir igual. Un poco de aire libre al menos le dará algo de color a la cara.

Vaya a pasear al monte János.

—Ya he estado al aire libre. Acabo de llegar de un pueblo —dije.

—¿Ha heredado?

—No he heredado nada, he dado una lectura.

—Eso se paga, ¿no?

—Se paga.

—Pues entonces, ¿qué problema tiene? —preguntó, y le contesté que, en el fondo, ninguno, que sólo me sentía un pelín cansado. Fui a los servicios para lavarme la cara y, quién sabe por qué, me quedé encantado ante el espejo partido en dos. Desde lo alto del cráneo hasta el tórax, la mugre se acumulaba en la hendidura llena de pelusas.

Si no estuviera negado para la física, habría sido astrónomo, pensé. Sabría incluso cuántos centímetros cúbicos tiene este montón de mierda con la Andrómeda y el Alpha Centauri incluidos, pensé. Y podría entrar libremente en la biblioteca pública del barrio, pensé. No mencionaría que no tengo nada que hacer allí, pensé. Entraría por la cara todos los días, como si sólo fuese a leer el diario, pensé. Porque no cabe la menor duda de que en toda la maldita biblioteca Ervin Szabó no hay ni un maldito

libro sobre astronomía, pensé. Hay horóscopos, sí, y libros de bolsillo Búvár también, y mis relatos en la uve doble, pensé. O sea, que ni se te ocurra volver allí, porque te mando unas ratas a que te desgarran los huevos, pensé. Vamos, que es una estupidez, pensé. Si no hacen más que charlar, pensé. Sí, charlar, lo cual es bastante importante, pensé. Uno no puede pasar toda su vida hablando sólo con una persona, pensé. De hecho, apenas teníamos trato con otros, pensé. Yo tampoco iba a ver a aquella mujer sólo por su coño, pensé. Sino para no saber de antemano cuál sería la siguiente frase, pensé. Porque al cabo de los años eso se sabe con bastante precisión, pensé. Y está bien, pensé. Sí, habría sido mejor ir a plomíferos bailes organizados por plomíferos conocidos, pensé. Y viajar de vez en cuando, pensé. La última vez que viajé al extranjero tenía cinco años, pensé. Y fue al Festival de Cine de Moscú, pensé. Aunque por culpa de mi madre no tenía muchas oportunidades para dar vueltas, pensé. A lo mejor tendría que haberla forzado a volver a casa, pensé. Al fin y al cabo, ésa es su verdad, pensé. No debería haberla dejado apagar el televisor cuando transmitieron la ejecución de aquellos dos pobres desgraciados, pensé. Sí, tiene que tomar conciencia de que se acabó, de que ya puede regresar tranquilamente a casa, pensé. Debería haberme subido con ella al primer tren y llevarla a sus malditas montañas, pensé. Tiene que aprender a enfrentarse a la realidad, igual que yo, pensé. A mí tampoco me alegra que mi padre fuera miembro de la policía secreta, pensé, pero no me pego un tiro por eso, pensé. Judit tampoco se cortó las venas por eso, pensé. La palmó por no soportar la verdad, pensé. Por ser igual que su madre hasta el último rincón de las entrañas, pensé. Werkhard, no está mal, pensé. Pero, claro, no se puede tirar mucho tiempo con un corazón artificial, pensé, pero entonces alguien empezó a aporrear la puerta y a gritar, ¿qué te pasa, tienes estreñimiento o qué?, y yo le respondí, ya voy, y me lavé rápidamente la cara.

—Por fin —dijo el hombre cuando abrí la puerta del lavabo.

—Perdón —dije, aunque no tenía motivo para pedir perdón. Hay que esperarse a veces en los lugares que disponen de un solo lavabo, y yo tampoco le derribo la puerta a nadie. Pagué a Jolika, y antes de ir a ver a Eszter, aún escuché las noticias de las cinco junto al mostrador.

Charlan, y tal vez hayan ido en alguna ocasión al Planetario, pensé. No creo que se le ocurra otra cosa a un astrónomo, pensé. Ni se les pasa por la cabeza mirar al cielo sin prismáticos, pensé. Hasta rechazan las nubes porque les tapan la vista, pensé. Se sientan y no hacen más que calcular cuántos centímetros cúbicos tiene este montón de mierda, pensé. Bien mirado, sé más de la maldita bóveda celeste que todos los astrónomos juntos, pensé. Aun así, me habría gustado ir al Planetario, pensé. Y al Jardín Botánico, pensé. Llevo treinta cinco años en esta ciudad y apenas la conozco, pensé. Hace años que no he caminado por el lado impar de la calle Bródy, pensé. No es que cuente mucho, pero uno se acostumbra, y punto, pensé. Con Judit aún se podía

pasear y, claro, durante un tiempo también con Eszter, pensé. Pero luego también se acostumbró a la acera de los números pares, pensé. Y a subirse al tranvía por la última puerta, pensé. Como si el tranvía no tuviera al menos cuarenta puertas más, pensé. Pero te llevarás un buen chasco cuando te enteres de que los astrónomos también usan la misma puerta para subirse al seis, pensé. Y que siempre explican la misma tesis doctoral de pacotilla a las jóvenes bibliotecarias, pensé. Yo al menos no he ido al Planetario con nadie, pensé. Y me repugna hasta mi olor, pensé. Y al menos me atiborré de tiza porque no tenía valor para presentarme ante ella, pensé. Aunque en vez de comer tiza habría sido preferible contárselo todo, pensé. Pero, claro, no es fácil, pensé. Además, ya no importa un rábano, pensé. El pasado nunca tiene otra opción, pensé. No es que el futuro tenga muchas, pensé. En gran parte, sólo se puede elegir entre el violín y la cuerda del violín, pensé. Por cierto, vaya estupidez, pensé. No pinto mucho, pero una o dos cosas las decido yo, pensé. Puedo pasar en cualquier momento a la acera de los números impares, por ejemplo, pensé. O ya no tomaremos más el té ni le leeré mis escritos, sino que compraré una botella de vino y saldremos a pasear a la isla, pensé. Incluso podríamos ir a cenar a algún sitio, pensé. En eso no se puede meter ni un astrónomo ni un psiquiatra, ni ellos ni nadie pueden decidir con quién salgo a cenar, pensé. Así como se fue gestando este lunes, igual de llanamente se irá gestando todo lo demás, pensé. Si, por ejemplo, me paseo delante de la biblioteca justo a la hora del cierre, será como si nos encontráramos por casualidad, pensé. Al principio ocurrirá cada tres o cuatro días, pero luego iré a buscarla todos los días, así sin más, pensé. De hecho, hasta podría quedarme a dormir en su casa aduciendo algún pretexto, pensé. Mentirle, por ejemplo, diciendo que hubo que llevar a mi madre al hospital y no soporto la casa vacía, pensé. Y tampoco pasa nada si se da cuenta de que no es cierto, pensé. No sería una mentira tan grande como las huellas de las uñas retocadas con la maquinilla, pensé. Podría pasar una o dos noches en la habitación pequeña, pensé. Tarde o temprano acabará viniendo, pensé. Hoy todavía no, pero mañana seguro, pensé. La vez pasada también me abrazó y a punto estuvo de besarme en la boca, pensé. Y eso que el médico lo había prohibido, pensé. Ciertamente que era por Judit, pensé. Pero si puede ser por Judit, también puede ser por otra cosa, pensé. Al fin y al cabo, el deseo no se puede extirpar por prescripción facultativa, pensé. No se le puede echar Xanax al enamoramiento, pensé. Sí, simplemente le mentiré y le diré que he llevado a mi madre al hospital, pensé, y luego encontré un papelito pegado a la puerta con cinta adhesiva, que decía que había viajado a su casa.

Escribía, en resumidas cuentas, que probablemente tardaría dos o tres semanas en volver y que no me había avisado por la sencilla razón de que había tomado la decisión en el último momento y que no me enfadara y cosas por el estilo. Me quedé un rato ante la puerta, y luego una vieja me preguntó desde la galería a quién

buscaba, como si no lo supiera exactamente, como si ella no me hubiera denunciado hacía años como realquilado ilegal, y le contesté que no buscaba a nadie, señora Kóródi, siga usted tomando tranquilamente el aire, y luego me marché a casa. Trataba de pensar que, de hecho, lo ocurrido aún no quería decir nada. Es más, resultaba altamente positivo que por fin viajara a casa. El médico lo había planteado varias veces en su día. Además, seguro que había viajado sola. Si necesité un aborto y una pelea para enterarme mínimamente de su pasado, estaba del todo excluido que llevara consigo a un extraño. Una cosa es volver a casa después de media vida fuera y otra ir con alguien al Planetario. En el fondo es mejor que viaje sola, pensé. En tales situaciones no se necesita al público, pensé. Por otra parte, yo no podía dejar sola a mi madre tanto tiempo, pensé. Aunque eso resolvería muchas cosas, pensé. Otra cuestión es saber si solamente moriría ella por el abandono, pensé. Lo cual no necesariamente supone un problema, pensé. Hemos aguantado bastante tiempo en comparación con Judit, pensé. Y eso que a nosotros nos tocó lo peor, pensé. Vaya tontería estoy diciendo, pensé. No hay manera de saber lo que le tocó a ella, pensé. El señor de la discográfica podría haber mandado al menos una postal, pensé. En vez de enviar el giro mensual podría haber escrito que a su hija se le ha detenido el corazón artificial, pensé. De hecho, yo también debería decir a mi madre que su hija murió hace diez años, pensé. Qué le vamos a hacer, ha mantenido un intercambio epistolar conmigo, que tampoco está mal, pensé. Como no está mal que compre el antiarrugas con el dinero de mi padre, pensé. Hasta podría ocurrir que se alegrara, pensé. A lo mejor ni siquiera está loca, sino que simplemente se ha retirado del mundanal ruido, pensé. Y en su alegría sorprende de alguna manera al público, pensé. Bajando a comprar a la tienda, pensé. Quizás el vendedor no se sorprenda, pero yo sí, pensé. Al fin y al cabo, el público soy yo desde hace quince años, pensé. Lo malo es que me aburro, pensé. Es una obra de teatro popular impecable, es cierto, pero a mí me parece un rollazo, pensé. Si el revisor hubiera mostrado hoy una gota de humanidad, habría encontrado un fallo en mi billete y me habría arrojado sin más del tren, pensé. En plena *puszta* húngara, pensé. Y entonces tendrías que repartirte ese medio kilo de pan a la perfección, madre, pensé. Porque ni Dios bajará a la tienda, pensé. Entonces o te pones tu vestidito apolillado y entras en la tienda o te mueres de hambre, pensé. Sea como fuere, se acabó lo que me has estado haciendo, pensé. Se acabó el dóndehasestadohijomío, pensé. Porque te daré un sopapo de padre y señor mío. No creas que no me atrevo a pegarte, pensé. Te arrojaré a la calle agarrándote de los pelos mal teñidos, pensé. Te arrastraré hasta los Cárpatos orientales agarrándote de tu vestidito y allí le besarás los pies, pensé. A cuatro patas darás las gracias a Eszter por impedir que te ingresara en el manicomio, pensé. Y te prometo que cuando empiece a escribir con tu sangre, los ecos de la crítica serán todavía mejores, pensé. O sea, que no te atrevas a repetir eso de llévala a la casa de citas como a las demás. No te atrevas a arrojarme una manzana agusanada cuando te pregunte quién es Évajordán. ¡Y nunca más, nunca más en esta puta vida te atrevas a preguntarme qué es estabatahola

hijomío! ¡No te atrevas a hacer como si no lo supieras, porque te estrello la cabeza contra las paredes sonoras, madre! ¡No me interesan tus lamentos sobre la zona del corazón! ¡Sí, escucharás este disco hasta quedarte sorda!

—Buenos días —me saludó la señora Berényi.

—Buenos días —dije.

—¿Entra? —preguntó, y sujetó la puerta de entrada del edificio.

—No —respondí, y de pronto tuve la sensación de que, practicando un corte con unas tijeras, me separaba de todo y de todos.

Todo cuanto sé de la libertad lo aprendí aquella vez que me despedí de la señora Berényi y me dirigí a la plaza Kálvin. Siempre y cuando no entendamos por libertad la euforia de los pilotos que realizan una incursión aérea, ni el derecho de voto, ni el hecho de poder juzgar y decidir según nuestras normas morales y de que nuestra decisión coincida, además, con nuestros deseos y sentimientos más íntimos. Siempre y cuando libertad no signifique el papel blanco con la tinta negra. Siempre y cuando no sean cuatro cuerdas tensadas o diez mil tubos de órgano. Siempre y cuando no sea la cueva del ermitaño ni el instante en que se detiene el despertador de Dios salido de un almacén de la utillería y en que algo hace estallar la jaula de las costillas. En una palabra, conviene imaginar la libertad como un estado en que ya nada nos ata al mundo que nos rodea. Carecemos de deseos, de impulsos, de temores. Podríamos decir que carecemos tanto de objetivos como de falta de objetivos y no nos preocupa que este vacío ya ni siquiera nos moleste. La libertad es un estado extraño, sin rasgos particulares sobre todo. No tiene nada que ver con la indiferencia, pues ésta es ineludiblemente cínica, ni tiene nada que ver con el estado en que todo da igual, pues tras él acechan, a pesar de todo, la vergüenza o la esperanza. Que todo ya dé igual es aún bastante humano. Para expresarlo de otro modo: la libertad no es un estado adecuado para el hombre.

Cuando empezó a llover, me refugié bajo el alero de un quiosco. El vendedor me preguntó si quería algo, a lo que le respondí que no. En la isleta de enfrente, una madre tironeaba de su hijo porque el pequeño no quería ponerse la capucha. Luego apareció el tranvía. Algunos corrieron para alcanzarlo, una señora mayor cruzó la calle con el semáforo en rojo al tiempo que se tapaba la cabeza con el bolso. Los coches tocaban el claxon... ¿Quieres palmarla, cabrona? Unos escaladores profesionales colgaban de un muro cortafuego, instalando allí un nuevo cartel publicitario. Uno de ellos tomó impulso, se apartó del muro, dibujó un amplísimo semicírculo en el aire como si fuese un péndulo, entregó una herramienta a su compañero y con el mismo impulso tornó volando a su sitio. No recordaba qué cartel había ocupado antes aquel lugar, si era Totólottó o Fabulon, y eso que lo había visto

al menos dos veces por día. Me puse nervioso, pues no me gusta olvidar. Al final pregunté al quiosquero, y me dijo que era Fabulon.

La máquina de café funcionaba en el paso subterráneo, de modo que me tomé un café solo y fui pensando en quiénes podían entrar en consideración. Con una debía charlar sobre el terror de las revistas literarias, con otra sobre el terror de las galerías de arte... Porque si no estás en el grupete, te jodes, tío, viejo, el 2000 no te publica ni en formato de anuncios menudos o en el Mucsarnok no te exponen ni como vigilante. En el caso de la tercera, en cambio, debía contestar incluso a la pregunta de qué pasaba con nosotros... Porque, tal como está, es terrible para ambos, mejor será que acabéis de una vez por todas o que tengáis un hijo. Entonces se me ocurrió que, de hecho, aún tenía la llave del piso de la calle Nap, donde podía quedarme bastante tiempo.

Pensé que esos días me vendrían bien para hincarle el diente a algún libro que se me había resistido, *Lamontañamágica* o el *Sinatributos*, con los que llevaba años luchando como si se tratase de unos deberes de matemáticas. Nunca superaba la página cincuenta. Las letras se fundían, me dolía la cabeza, siempre tenía la impresión de leer una partitura. Sólo ésta podía resultar igual de terrorífica, con sus montones de hormigas sobre las cinco líneas. En vano pedí a Judit que me enseñara; lo probamos algunas veces, pero no tenía ningún sentido para mí. Incluso me aseguré que probablemente me resultaba más coherente el contenido de una bolsa de lentejas arrojado al suelo que aquello que estaba recogido en un sistema normalizado, a lo cual le respondí que era una estupidez, que yo sabía perfectamente qué escribir en cada línea por separado y qué significaban los signos de bemol y sostenido, pero que simplemente no era capaz de captar al mismo tiempo todos los signos, y entonces me remató diciendo que a eso mismo se refería.

Me resultaría difícil explicar qué problema tenía yo con estos libros. Por supuesto, la dificultad no residía en sus dimensiones porque, vistos desde esa perspectiva, los Karamazov tampoco eran moco de pavo y aun así se los leí al mueble de la cocina cuando decidí aprender a leer en voz alta. No existe mueble de la cocina en el mundo que haya escuchado tanto Johann Sebastian y Fiodor Mijáilovich. Mamá aprendía el papel de Desdémona, la niña tocaba el violín y el niño leía en voz alta... Luego me sentaba con *Las amistades peligrosas* en la bañera, en el agua que había dejado mi madre y se había enfriado. A decir verdad, era hermoso. En lo que respecta, pues, a los dos libros mencionados, sólo puedo afirmar, hablando con la máxima claridad posible, que no me interesaban. El pobre desgraciado no había dicho ni la mitad de cuanto pensaba sobre la botánica, el clima o la tuberculosis cuando ya me aburría. A mí que no me venga nadie a hablar durante cincuenta páginas con una enfermera sobre la curva de temperatura, y no porque tal cosa no exista, sino porque, si yo fuera la enfermera, lo mandarían al carajo. Lo cual también era una estupidez,

puesto que, antes de enloquecer, el reverendo Albert Mohos escuchó durante dieciséis páginas que hoyhevueltoadarleenlajetaamimujer y comícarneundiadeayuno, así como historias sobre robos de gallinas. Y eso lo había escrito yo. Aunque también es verdad que, en efecto, me habían mandado al carajo. Aquella mujer huyó de la sala como de la sección de enfermedades contagiosas. Tenía razón, por cierto.

Al final lo intenté con *Lamontañamágica*, sobre todo porque una periodista me había preguntado en primavera si era deliberado, no me entienda usted mal, claro, el paralelismo entre *La historia de la sección de enfermos terminales* y *La montaña mágica*, a lo cual le contesté que desde luego era deliberado porque uno sabe, al fin y al cabo, lo que escribe, que todo cuanto crea se inserta en un determinado contexto cultural, y eso del contexto cultural dio en el clavo, puesto que la mujer dejó de plantear preguntas inteligentes. Así pues, empecé a leer el primer volumen y me alegró que Eszter tuviera la misma edición que yo, la marrón, pues me había acostumbrado a ella, pero, a decir verdad, apenas encontré un paralelismo con mi relato. En los terminales, la gente que la palma es del todo distinta y la palma por causas del todo distintas y nadie tiene ni puñeteras ganas de hablar con nadie, pero bueno, da igual.

Por lo demás, pasé cuatro o cinco días bastante agradables allá en Davos-Dorf, aunque no logré averiguar si existía un lugar con este nombre, puesto que Eszter no tenía un atlas en casa. Aunque el autor era bastante pedante, difícilmente se habría tomado a pecho que sus lectores hojearan los atlas hasta hacerlos trizas. En mi opinión, incluso había extraído el nombre de Hans Castorp de las guías de profesionales o de las listas de defunciones: así actuaba sobre seguro, pues qué habría pasado si el apellido ni siquiera hubiera existido. Lo cual, además, es del todo comprensible, porque al fin y al cabo yo también procuraba que Judit escribiera exclusivamente desde lugares que existían en el mapamundi. No es que no se me hubiera ocurrido esto y aquello en el curso de los años, balneario a orillas del Leteo, por ejemplo, o cosas por el estilo, pero en tal caso mi madre habría buscado en vano. Si Judit escribía desde la Antártida, aún tenía un pase, pues allí está, abajo; es la hueva de blanco, pero allí está. En cuanto a las listas de defunciones, a decir verdad, me había olvidado de mirarlas.

En resumen, que aquel Davos-Dorf no era mal lugar, aunque lo que más me gustaba era la escena en que las mujeres tuberculosas rogaban al señor Albin, también tuberculoso, que guardara la pistola y que no echara al bañero cuando pretendía hacerle una friega con alcohol. Lo cierto es que sentía curiosidad por saber si el pequeño Adonis acababa metiéndose una bala en el cerebro. En cierta medida me interesaba más que el asombro de Hans Castorp ante la naturaleza del tiempo. Pensándolo bien, el señor Füzési también se asombraba de que el tiempo transcurriera tan extrañamente en las prórrogas y más aún en los penaltis, pero había asimismo una mujer con chándal, una tal Erzsi, que todas las semanas prometía a Jolika que se ahorcaría o quizá recurriría al gas, porque éste no sólo acabaría con ella, sino

también, con suerte, con todo el tercer piso, y lo cierto es que esa tal Erzsi siempre me interesó más que los argumentos del señor Füzési sobre la naturaleza terrorífica del tiempo.

De vez en cuando jugaba al ajedrez, en el tablero que Eszter me había regalado para Navidad. Uno podría creer que jugar así no tiene ningún sentido, pero no es verdad. Cuando giramos el tablero, los planteamientos que hemos tenido hasta entonces desaparecen en un santiamén, siempre y cuando uno sólo sepa de este juego lo que yo sé. A un buen mirón o a un presidiario con cierta práctica difícilmente los perturbará el hecho de ver una posición desde el otro lado, pero en los últimos años yo sólo había jugado con Eszter, y al final lo habíamos dejado. En mi infancia me gustaba jugar con Judit, no sólo por jugar, sino también porque durante mucho tiempo me resultó más fácil comprender la estructura de un tablero que la de un montón de lentejas arrojadas desde una bolsa. Aunque parezca extraño, esto empezó a cambiar con el desarrollo de los rasgos sexuales secundarios. Hasta tal punto que cuando Judit volvió del hospital después de la supuesta operación de amígdalas, ya no tenía mucho sentido seguir jugando al ajedrez. Pocas veces conseguí vencer a Eszter; de hecho, luego se descubrió que había pasado años jugando los domingos por la tarde con aquel veterinario que le dio la inyección letal al abuelo.

Era la primera vez que intentaba jugar solo. Aunque se trate de una actividad bastante lógica, no es en absoluto más absurda que, por ejemplo, hacer el amor solo o tomarse solo el café de la mañana. Jugué algunas partidas bastante buenas, a decir verdad. Una vez, con las blancas, logré forzar un cambio de dama, de hecho, las negras apenas tenían otra opción, pero al cabo de unas jugadas quedó claro que habría sido preferible sacrificar el caballo, pues con el cambio las blancas simplemente se habían atado la soga al cuello. Intentaron adelantar un peón por el ala derecha, pero las negras iniciaron una maniobra satánica, pusieron en marcha al rey y poquito a poco, pasito a pasito, lo introdujeron en la defensa de las blancas; luego, la torre mató al peón en A8, y al final las negras sacaron de una patada el taburete de debajo de su colega de marfil.

Me sentía bastante a gusto con el lánguido Castorp y con las treinta y dos figuras. A decir verdad, quien estaba allí, mucho más que Hans Castorp, era Clawdia Chauchat; resulta difícil no mencionarlo, aunque tampoco haya mucho que decir. Quizá que cuando cerró por centésima vez la puerta de vidrio del comedor y, arreglándose el moño, se sentó con el jersey blanco a la mesa rusa «buena», es decir, cuando esa mujer oriental de cara kirguiza ya había aparecido por enésima vez, ya me empezaron a irritar sobremanera las disquisiciones del señor Settembrini sobre la metodología de un pensamiento correcto. Hasta tal punto que cuando Madame Chauchat se presentó como por azar en la antesala de un laboratorio de rayos X y, cruzándose de piernas e inclinándose hacia delante, comenzó a hojear una revista ilustrada, me dio por pensar que mi vida podría haber transcurrido de otro modo. Sí, si me hubiera encontrado con esta mujer hace quince años, si, por ejemplo, la que

había cruzado la calle tambaleándose, con un zapato y un pájaro medio muerto en la mano, no hubiera sido una prostituta medio borracha, sino esta Clawdia y sólo, precisamente ella... Da igual, creo que conviene retirar lo que he escrito sobre la guía de profesionales. A decir verdad, me sentí bastante bien a mi manera. Sólo acudía a la tienda de servicio permanente por las noches, reacio a ser visto por los vecinos.

Cuando volví a casa, encontré la puerta medio abierta. Dos hombres trajeados estaban sentados en la cocina; llevaban allí bastante rato, por lo visto. Se habían preparado un Nescafé y fumaban. Ni siquiera se levantaron cuando llegué.

—¿Es usted el allegado? —preguntó el gordo, y me pidió la documentación. Los motivos de su presencia eran evidentes; tan evidentes como la necesidad de pasar por estos trámites. El flaco se limitó a empujar el taburete con el pie y a indicarme que me sentara.

—¿Puedo fumar? —pregunté como si no estuviera en casa.

—Por supuesto —contestó, y me ofreció el paquete de tabaco.

—Gracias, también tengo —dije.

—Déjelo, que le vendrá bien —aseguró, y aunque no había ninguna amenaza en su tono de voz, opté por uno de los suyos. De todos modos fumamos lo mismo, pensé. Se notaba que era el superior jerárquico, aunque habían omitido presentarse, lo cual, por lo demás, resulta bastante común en este tipo de gente. Deseaba pasar página cuanto antes, porque de todas maneras no iba a negar nada.

—Es muy bonito el piso —dijo el gordo, pero antes miró al otro buscando un gesto de aprobación, como si se tratara de un comentario importante que sólo podía hacer por orden de un superior. Habría preferido que me hablara el otro. Parecía mucho más razonable que este tipo con cara de cerdo al que se le notaba, por su mirada cérea, que era un sádico.

—Pues sí —dije, aunque no tenía muchas ganas de mantener una conversación de este estilo.

—Y es guapo el mobiliario.

—Son en gran parte piezas de decorado —expliqué.

—Pero quinientos al mes dan para sobrevivir —dijo, poniéndome nervioso, puesto que no tenían por qué saber de qué vivíamos.

—Sí —respondí parcamente. Primero quise añadir que yo mismo ganaba bastante desde que se publicaban mis escritos, y daba lecturas, e inauguraba exposiciones, pero decidí no complicar la conversación.

—También alcanzan para dos personas —dijo.

—También alcanzan para dos personas —repetí, y este comentario de mal gusto propició que se me revolviere el estómago, y a punto estuve de pedir una explicación, pero preferí abstenerme.

—Descansemos —terció el flaco y me ofreció otro pitillo. Mientras fumaba, sólo

se oía el tictac del despertador. Traté de recordar la pieza en que había intervenido este reloj, pero, no sé por qué, siempre se me venía a la cabeza el *Muchorruído*, obra en la que a buen seguro no había estado presente.

—Es muy bonito el piso —dijo el gordo cuando apagué el cigarrillo.

—Pues sí —dije.

—Y es guapo el mobiliario.

—Son en gran parte piezas de decorado —expliqué, y sólo entonces me di cuenta de que este mismo intercambio de palabras ya se había producido una vez, aunque difícilmente podíamos estar allí sentados para charlar de los falsos decorados de la herencia de los Weér.

—Pero quinientos al mes dan para sobrevivir.

—Sí, ya le he dicho que sí.

—También alcanzan para dos personas.

—También alcanzan para dos personas. También lo he dicho.

—Descansemos —terció de nuevo el flaco, pero no acepté el cigarrillo, y mientras callábamos, volvió a ponerme nervioso el hecho de no recordar a qué pieza pertenecía aquel despertador. Y me preguntaba, también nervioso, por qué no dábamos por finalizado este asunto. Que me interroguen como corresponde y me condenen a cadena perpetua o a quince años, pues yo no negaría nada de nada.

—Es muy bonito el piso —empezó de nuevo el gordo, y me entraron ganas de levantarme y decirles venga, vamos, pero sabía que era imposible. Recordé, además, que había dicho estas mismas palabras a Eszter en el puente de la Libertad y que por eso mismo no debía pronunciarlas ante estos dos verdugos.

—Esto no tiene ningún sentido —dije.

—Y es guapo el mobiliario.

—Ya les he dicho dos veces que son sólo piezas de decorado —señalé.

—Pero quinientos al mes dan para sobrevivir.

—¿Qué quieren? —pregunté al otro, pero su rostro ni se inmutó. Sorbía el café de la taza de té de mi madre y callaba, al tiempo que sus ojos céreos centelleaban.

—También alcanzan para dos personas —dijo el gordo.

—Claro que alcanzan para dos personas. Calcule y se dará cuenta de que aquí equivale al sueldo de un médico —dije.

—Descansemos —terció el flaco y puso la taza sobre la mesa.

—¡No descansemos! Díganme de una vez qué quieren y vámonos luego —dije, y me dispuse a levantarme, pero el jefe me indicó con la cabeza que era preferible no hacerlo, de modo que me quedé en mi sitio. Después permanecieron sentados, mirando, mientras transcurría el tiempo y escuchábamos el despertador.

—Es muy bonito el piso —volvió a empezar.

—Y es guapo el mobiliario, sí señor, y quinientos al mes dan para sobrevivir. ¿Hasta cuándo va a durar esta estupidez?

—Y es guapo el mobiliario —dijo.

—¿Lo va a dejar ya? ¿Son tontos o me toman por tonto?

—Pero quinientos al mes dan para sobrevivir.

—¡Sí! ¡Los quinientos francos daban para mucho! ¡Para productos cosméticos quenosirvenparanada y para un extintor de incendios! ¡Daban para mucho, sí! ¡Eran más que suficientes!

—También alcanzan para dos personas.

—¡Pare de una vez, cabrón!

—Descansemos —terció el flaco, y volvió a ofrecerme un cigarrillo como en cada ocasión, pero esta vez lo acepté pues temblaba de nerviosismo, y, en efecto, me sentó bien. Procuré serenarme y decidí no perder el dominio de la situación. Quieran lo que quieran, tendré que transmitir mayor tranquilidad. Ha sido un error no responder a las preguntas. Sí, ha sido un error. He caído en la trampa. Aceptaré las reglas del juego.

—Es bonito el piso —dijo el gordo.

—Sí —dije.

—Y es guapo el mobiliario.

—A mí también me gusta, aunque sólo son piezas de decorado —expliqué.

—Pero quinientos al mes dan para sobrevivir.

—Sí, dan para sobrevivir bastante bien —dije.

—También alcanzan para dos personas.

—Por supuesto, también alcanzan para dos personas —aseguré.

—Descansemos —terció el flaco. Cogí el cigarrillo, escuché el despertador y tuve la sensación de que esta vez había ido bien. Sólo había cometido el error, quizá, de no responder igual que la primera vez, palabra por palabra. Después pensé que tal vez ni se acordaban y que, por tanto, era preferible atenerme al último ejemplo.

—Es bonito el piso —dijo.

—A mí también me gusta, si bien sólo son piezas de decorado —dije, pero me di cuenta al instante de que me había equivocado, pues había de dar esta respuesta refiriéndome al decorado. Intenté encubrir mi confusión y me serené.

—Y es guapo el mobiliario —dijo.

—A mí también me gusta, si bien sólo son piezas de decorado.

—Pero quinientos al mes dan para sobrevivir.

—Sí, dan para sobrevivir bastante bien.

—También alcanzan para dos personas.

—También alcanzan para dos personas. Descansemos —propuse, pero tomé conciencia de haberlo estropeado todo definitivamente. Que todo mi esfuerzo había sido en vano, pues ésta era la palabra que correspondía al flaco. Sólo él podía decirla. Yo no podía decidir el momento del descanso.

—Descansemos —terció el flaco como si no hubiera ocurrido nada, pero a mí me habría alegrado que planteara el problema. Que, por ejemplo, no me ofreciera un cigarrillo. Luego pensé que a buen seguro la escena no tardaría en concluir, puesto que esta gente tampoco la aguantaría mucho tiempo. Y que, de hecho, estos

descansos nos venían de perilla porque al menos servían para recomponerse, pero en ese preciso instante todo empezó de nuevo.

—Es bonito el piso.

—Sí.

—Y es guapo el mobiliario.

—Sí, pero son sólo piezas de decorado. En su mayoría.

—Pero quinientos al mes dan para sobrevivir.

—Sí.

—¿Alcanzan también para dos personas? —preguntó, y ya estaba a punto de responder que sí, pero de pronto caí en la cuenta de que siempre solía afirmarlo, no preguntarlo. Que hasta ese momento nunca había preguntado nada. Hasta entonces no había sonado ni una maldita pregunta, y tuve la sensación de que me habían tendido una trampa, que querían agotarme, querían romperme como a una bestia de tiro, y no les contesté con normalidad, sino a gritos, que ¡no!, ¡no alcanzaban para dos!, ¡no alcanzaban para nada!, ¡no he hecho nada!, ¡dejadme, que sois unos animales!, y cosas por el estilo.

—Descansemos —propuso el flaco cuando me calmé y me disculpé. Recibí un cigarrillo, y quise pedir agua, pero me abstuve.

—Es bonito el piso.

—Sí —dije.

—Y es guapo el mobiliario.

—Pregúntenme algo —dije—. Esto realmente no tiene ningún sentido. Pregúntenme, y si puedo, les responderé.

—Pero quinientos al mes dan para sobrevivir.

—Les hablo en serio. ¿Por qué me hacen esto? ¿Cómo creen ustedes que voy a negar cualquier cosa? ¡Pregúnteme algo, por el amor de Dios! ¡Pregunte, ¿entiende?!

—¿Alcanzan también para dos personas?

—Sí, pero no tiene nada que ver. Como tampoco tienen que ver el piso y las piezas de decorado. Pregúntenme algo que tenga sentido. Pregúnteme por qué. ¿Vale? Descansemos primero y pregúnteme luego por qué.

—Descansemos —propuso el flaco, y pensé que ya sabían lo que tenían que preguntar, que podía pedir tranquilamente un vaso de agua, que esto al fin y al cabo no era la cárcel, que seguía siendo nuestra cocina, pero después pensé que esto no tardaría en acabar, que aún aguantaba este ritmo, que era suficiente mi confesión, que no podían esperar de mí que les suplicara pidiendo un vaso de agua en mi propio piso, y arranqué de un mordisco el filtro del cigarrillo y empecé a masticar, pues masticando se generaba saliva, y la saliva apagaba la sed.

—Es bonito el piso —dijo el gordo, pero era evidente que sólo pretendía asustarme. Fingía no querer preguntarme, y le respondí que sí.

—Y es guapo el mobiliario.

Callé. No por desafiarlo, sino más que nada por cansancio. Miré al otro para ver

si aún podía callar un rato. Su rostro estaba tan lozano como cuando llegué a casa y su mirada era igual de cerúlea.

—Pero quinientos al mes dan para sobrevivir.

De hecho, lo odiaba más que al gordo. Y eso que era él quien siempre proponía que descansáramos y me ofrecía un cigarrillo.

—También alcanzan para dos personas.

Sin embargo, no había en él ni una gota de humanidad. Me miraba, de hecho, como un objeto. Como una máquina que fuma al cabo de cuatro frases. Lo odiaba, pero no me atrevía a abalanzarme sobre él, y quizá lo odiaba sobre todo por eso. Por ser más fuerte que yo y saber mejor lo que quería. El otro no cuenta, sólo éste, el animal de mirada cérea. ¿Por qué no dices que descansemos? Ya ha pasado el alcanzanparadospersonas. ¿Por qué no descansamos entonces, cabrón? ¿Qué miras? ¿Nunca has visto a un asesino?

—Descansemos —propuso, enjuagó la taza de mi madre bajo el grifo y me sirvió un vaso de agua, aunque habría sido preferible que me preguntara si tenía sed. Que dijera o señalara simplemente si estaba satisfecho o no lo estaba. Tragué los sorbos al ritmo del tictac del reloj, poco a poco, pues sabía que en esta ocasión no habría cigarrillo, que el descanso sólo duraría mientras bebiera el agua, y cuando deposité el vaso vacío sobre la mesa, tenía la garganta tan seca como antes, y pensé que debería haber dejado una cantidad mínima de agua, porque a buen seguro no me volverían a ofrecer nada. Luego, sin embargo, se me ocurrió que no era grave y que, de hecho, tampoco había valido la pena beberme el vaso, pues estaba claro que todo duraría hasta que perdiera la razón. Siendo así, lo mejor era acabar cuanto antes. No sentían ninguna curiosidad por mi confesión. Sí, eso era evidente. Nunca me preguntarían el porqué. No debería haber dicho que me lo preguntaran.

—Esbonitoelpiso.

Esto es peor que el dóndehasestadohijomío, pensé.

—Yesguapoelmobiliario.

No tienen derecho a hacerme esto, pensé.

—Peroquinientosalmesdanparasobrevivir.

A quién, de hecho, pensé.

—Tambiéalcanzanparadospersonas.

Seguro que vendrá Eszter, pensé.

—Su hijo se ha cansado un poco, señor comandante.

—Eso parece —dijo el hombre de la mirada cerúlea, y entonces me eché a llorar, animal, espía asqueroso, a ti también te mataré, cabrón, pero ya no les interesaba. Se levantaron y me dejaron como un trapo allí sobre el taburete. Luego oí que claveteaban la puerta de entrada, y cuando las puntas de los clavos atravesaron la madera, me desperté bañado en sudor, chillando y oyendo que aporreaban la puerta, y de pronto no sabía dónde estaba y me desesperé al pensar que había llegado Eszter, que yo había olvidado la llave en la cerradura y que ella llamaba a la puerta porque

no podía entrar, y de repente no recordé qué mentira tenía que decir, que mi madre estaba en el hospital, y entonces espí por la ventanilla de ventilación del baño y vi que sólo era alguien que traía una factura.

Esperé a que el hombre introdujera la orden de pago por el resquicio y me lavé. Esto me recompuso del todo, de modo que devolví las cosas a su sitio, el ajedrez, *Lamontañamágica* y las sábanas. Recogí las bolsas de galletas y los paquetes de cigarrillos vacíos, saqué la borra de café de la cafetera y coloqué el cepillo de dientes en el vaso tal como solía hacerlo Eszter, pues no quería que se enterara de que había pasado estos días en su casa.

Esta aguja se ha gastado, pensé en el umbral al oír los crujidos del tocadiscos. Ya llevaba años estropeada, pues el brazo no volvía a su sitio. La alfombra estaba cubierta por las cartas de Judit, Estimada madre, ayer di un recital en Amsterdam, Estimada madre, hoy doy un recital en Lisboa, Estimada madre, mañana doy un recital en Montreal... colocadas todas en orden cronológico, como un solitario, y entonces me di cuenta de que el cajón de mi escritorio había sido forzado, y que todo se hallaba fuera, desde los sobres dirigidos a hoteles inexistentes a la solicitud de indemnización carente de todo sentido, al tiempo que mi madre, con un vestido de calle apolillado, yacía sobre mi cama, con los restos y jirones de la gitanilla de Caracas y de la comunicación de la Cruz Roja en la mano, y durante un momento pensé que aún vivía, pues tenía los ojos abiertos y me atravesaba con la mirada como si fuese un vidrio opaco.

—Falleció hace día y medio más o menos —explicó el médico. Era un hombre aseado, a poco de jubilarse, con un traje apizarrado y uñas arregladas con esmero—. Ha sido probablemente el corazón, pero ya se averiguará en la autopsia.

—¿Es necesario practicarle la autopsia? —pregunté.

—Teóricamente sí —respondió, haciendo hincapié en la palabra «teóricamente».

—Querría saber de qué murió, pero sin autopsia —dije, y puse cinco mil en su mano.

—Insuficiencia cardíaca. Después de treinta años de experiencia, basta un vistazo para saberlo —aseguró, mientras sacaba la cartera, doblaba cuidadosamente el billete y lo guardaba.

—¿Está usted seguro? —pregunté.

—Segurísimo. Ahora bien, si tiene usted dudas, la autopsia se las resolverá. No es tan horrible. Hoy en día la cosen de tal manera que queda bastante bien.

—¿Cómo sabe que no murió de hambre, por ejemplo? —insistí.

—¿Verdad que no ha visto a mucha gente morir de hambre? —preguntó, y yo le contesté que, excepcionalmente, no.

Sólo en el patio permití que taparan el ataúd provisional, pues quería que, ya que sus ojos habían quedado abiertos, al menos viera algo del mundo exterior. Los vecinos se extrañaron cuando los empleados de la funeraria subieron al primer piso con aquella tina de hojalata, pues en el transcurso de los quince años se habían olvidado de mi madre como de los retretes comunes y del lavadero que se había venido abajo en la buhardilla. Después comuniqué a la mujer de la oficina mi deseo de enterrarla más tarde, pues quería esperar el regreso de Eszter, pero la mujer se remitió a un nuevo reglamento y al hecho de que el cadáver llevaba ya dos días en la vivienda, y no aceptó seguir congelándola ni aunque pagara algo de más.

—¿Por qué no la incinera? —preguntó—. Es más práctico y puede elegir el momento adecuado para toda la familia —pero yo me limité a contestarle que yo no incineraba a mi madre, y estampé mi firma en el libro en el lugar que me señalaba.

Me alegré de no tener que lidiar mucho con el asunto de la tumba, puesto que mi madre había reservado en su día aquel sitio en el cementerio de Kerepes por un período de veinticinco años y sólo habían transcurrido quince desde entonces. El picapedrero afirmó no poder sacar el nombre de Judit Weér porque quedaría horrible, pero pensé que era mejor así y acordamos que grabara a continuación los nombres de Rebecca Werkhard y Rebeka Weér y dejara sitio abajo.

—¿No quiere algún epitafio? —preguntó.

—No —respondí.

—Mire que se suele hacer —dijo—. Alguna breve oración, alguna cita de un poema. Puedo enseñarle el muestrario.

—Mejor no —dije—. ¿Puede grabar algún dibujo? —inquirí.

—Por supuesto —contestó.

—Pues grabe un pelícano —sugerí.

—No está en mi muestrario. Sólo la cruz, el sauce llorón, y cosas por el estilo —dijo.

—Aquí tiene un modelo. Quédeselo, su pico es de oro —aclaré.

El sábado por la mañana fui a casa de Eszter a ver si había llegado, pues deseaba que asistiera al entierro o, para ser más preciso, que viera aquel cuerpo rígido, las uñas mordisqueadas hasta la base en aquellos dedos nudosos adornados con los siete anillos conmemorativos, desde el anillo de la Julieta de la temporada, pasando por el de los amigos de la poesía, hasta el del Festival de Moscú, todos los cuales habían perdido el baño de oro y habían teñido de verde o negro la parte proximal de los dedos, dependiendo de si eran de cobre o de aluminio. Quería que viera su pelo pajizo, pegajoso por la laca, en el que el tinte se esparcía de forma cada vez menos uniforme año tras año y dejaba traslucir el color ceniza del cuero cabelludo, que viera los pechos nuevamente tensos por el *rigor mortis*, esos pechos que había untado con

sal después de amamantarme durante no más de mes y medio para que no se le dilataran los pezones, pero deseaba sobre todo que viera esa mirada que no se distinguía en nada de cuando aún vivía y cuyo resplandor azulado iluminaría lo hondo de una tumba que, ahora sí, era de verdad.

La orden de pago seguía en su sitio, allá junto al pomo, donde la volví a encajar. Escribí sobre el papel que mi madre había muerto, tomé un taxi y me dirigí al cementerio de Kerepes, pues ya iba con retraso.

Los sepultureros no tenían motivos para quejarse, pues no había ni malas hierbas, ni nidos de faisanes, ni raíces de hiedras. El picapedrero estropeó un poco el escudo, grabó tres polluelos en el nido, lo cual me puso nervioso, pero después pensé que el error había sido mío, que debería haberle pedido dos y que el pájaro no debía ser exactamente como el del capuchón de la pluma, pues no se trataba de un reclamo publicitario, sino de una tumba. De hecho, no tenía la culpa, acostumbrado como estaba a trabajar según un modelo, pensé, y avisé al taxista que me esperara.

—Vale, pero dejaré puesto el taxímetro —dijo.

—Claro, pero entonces haga el favor de retroceder un poco —dije, pues no quería que el tictac del taxímetro acompañara al padrenuestro. Luego bajaron el ataúd, y arrojé una flor, y entonces me di cuenta de que el montón de tierra seguía lleno de trocitos de papel en descomposición, que aún podía sacar alguna partitura y alguna fotografía familiar de aquí y allá, que había piezas para las que, por lo visto, los gusanos necesitaban más de quince años. Los cuatro hombres empezaron a tapar el hoyo a paladas; de vez en cuando, la pala partía un gusano en dos, y al final decidí despedir al taxista a pesar de todo, puesto que me apetecía pasear un poco.

No se podía bajar a La Perla porque estaban pintando. La puerta estaba abierta para ventilar el sótano, pero habían puesto una escoba de través y la escalera quedó cubierta con un plástico. Jolika discutía abajo con los trabajadores, ya que la pared había salido más oscura de lo que había imaginado.

—Cuando se seque, quedará como la muestra, fijo, señora —explicaba el hombre del gorro de papel.

—¿Me toma usted por tonta? —estalló Jolika—. ¿No es cierto que ayer les avisé que el sótano no se secaría en su puta vida? Les avisé, ¿no? ¡Cómo no lo iba a saber! Píntenlo todo tal como lo había pedido. ¡Ahora mismo!

—Y el material lo compra usted, ¿no, señora? Porque, claro, esto ya está mezclado, inamovible, para colmo. O sea, que más material yo no compro, señora —dijo el hombre, al tiempo que manipulaba el pincel y la pintura color crema salpicaba el plástico.

—Pues sí que lo comprará, Pityuka, se lo garantizo. Aplique sus truquillos en Buda, no me venga a mí con ellos, porque el final será trágico, se lo aseguro.

—Haga el favor de no venirme con profecías, porque entonces vamos a dar por

concluida la conversación, señora.

—No vamos a acabar la conversación, Pityuka, sino el pedido, que queda cancelado. Si le he dicho que lo repinte, pues lo repinta, porque, si no, se cancela el pedido y pueden ustedes recoger la escalera.

—Mañana, señora. Si compra usted veinte kilos de Dispersit, mañana se lo repintamos de azul Prusia si quiere, pero hasta entonces no podemos hacer nada porque la pintura tiene que secarse. Y cuando se seque, señora, quedará tal como usted lo había pedido. Entonces haga el favor de echar un vistazo a la muestra. Yo tampoco me meto para decirle cómo hay que echarle agua a la cerveza, señora, o sea, que haga el favor de reclamar cuando la pared esté seca y usted vea que no coincide con la muestra —insistió Pityuka.

A continuación me dirigí hacia mi casa, dispuesto a limpiarla y arreglarla.

Pensé que quizás era mejor que Eszter no hubiera vuelto. Poco tenía que hacer en el entierro porque, al fin y al cabo, sólo se habían visto dos veces y esas dos habían sido demasiadas. Basta que sepa que todo ha acabado. Sí, así al menos tendré tiempo para poner orden en la vivienda para cuando llegue. Le diré que fue una insuficiencia cardíaca, bastará y sobraré. Además, no me hará preguntas. Yo tampoco la interrogué nunca. Toleré que me moliera la cara con el puño, que la caja de madera de la Remington se estrellara contra mi nuca y se partiera en dos, que pasaran los años sin que supiera nada de ella. Claro que yo también había cometido errores, y no de orden menor, pero al menos yo me conocía. Sí, pocas cosas hay más importante que conocer las propias debilidades. Las conocemos y las asumimos. Y para eso, Jordánéva resultó sumamente necesaria. Para no cagarse al ver una bestia salvaje en el espejo en vez de dos ojos azules y saber cómo actuar. Por otra parte, la permanente referencia a mi madre fue quizás un error mucho más grave que el de Jordánéva. Y recurrir a la porquería del otro para lavarse. Desde esta perspectiva, no hay forma de huir más infame y ridícula. Así como tampoco existe maldición más grande que la cobardía. La celda oscura no nos vuelve tan solitarios como la mentira. Cada frasco de jabón líquido con olor a cloro nos separaba como una falla de san Andrés, pero esto ya carece de importancia. De hecho, es bueno. Toda relación de pareja ha de superarlo. Nos hemos torturado el uno al otro, pero al menos lo hemos superado, pensé.

Quizá se desarrolle de otro modo, ahora que no he de dedicar mis años al cuidado de mi madre. Pero, claro, era mi madre; no podía meterla en el manicomio ni en una residencia para actores jubilados. De mí recibió más de lo que dio a sus dos hijos. Pocos preparan una comida caliente diaria a sus madres y menos aún tolerarían lo que ella hizo con este arresto domiciliario. Que convirtiera en cripta una vivienda, sólo porque había vivido de tal manera que al final hasta un secretario del Partido le escupió en la cara. Puede que alguno cocinara, puede que alguno pagara un comedor

para que pudiera acudir su madre, pero nadie habría asumido estos quince años de régimen carcelario. A decir verdad, el milagro es que aguantara tanto tiempo. A su edad, el ataque al corazón es algo cotidiano, se lleva a la gente como en su día se la llevó la epidemia de gripe de 1918. Luego vi a una señora mayor en los jardines del Museo; había sacado a pasear a un perrito faldero; su andar sobre la grava era como el de la actriz Weér, pero yo sabía perfectamente que sólo se le parecía y que esta escena se repetiría alguna vez. Que la encontraría sentada en el tranvía o dándome la espalda en el trolebús. Sí, podía contar con eso, y aquello con lo que contamos es algo que ya tenemos en la mano. Al fin y al cabo, no le había partido la cabeza con un hacha, pensé. Hasta el médico aseguró que se trataba de un caso de insuficiencia cardíaca, pensé. Aunque más probablemente fuera un derrame cerebral, pues no tenía ningún problema con el corazón, pensé.

—Buenos días —me saludó la señora Berényi.

—Buenos días —dije.

—Mi más sentido pésame —dijo.

—Gracias —dije.

—¿Entra? —preguntó, y me dejó abierta la puerta, pero yo le di las gracias otra vez y me quedé en el portal manipulando mi buzón para evitar subir con ella las escaleras. Al llegar a la puerta de arriba toqué dos veces brevemente el timbre, pues así sabía mi madre que era yo, pero tomé conciencia de que se trataba de un reflejo condicionado, como cuando uno apaga la luz que ni siquiera estaba encendida.

Era la época de la limpieza otoñal, cuando se sacaban los trastos inútiles, de modo que decidí bajar las Novedades Farmacéuticas y los periódicos de radio y televisión. Ya se acumulaban los montones de basura ante los edificios para que la empresa de limpieza viaria se llevara esa cantidad ingente de porquería que no cabía en los contenedores en el transcurso del año. Por estas fechas aparecían en la calle pianos destrozados y alubias en conserva de antes de la guerra, lavabos y jaulas de pájaros llenas de cagadas, novelas anticuadas para chicas, revistas ilustradas y televisores en blanco y negro, divanes que olían a abuela y álbumes familiares no sometidos a censura con las escenas más picantes de la noche de bodas. Los herederos sacaban a quintales las máquinas de coser Singer y los hilos marca Láncid, los abrigos Loden apolillados y los cochecitos de bebé Patyomkin, así como los cubiertos de aluminio aprovechando que ya habían llegado los bañados en oro. Las fiambreras puestas al borde de la acera apestaban a guisantes hervidos mohosos, y el olor a meados de los orinales inundaba el barrio. Tres generaciones de mugre se acumulaban año tras año ante los portales, y al día siguiente llegaba el camión de la limpieza viaria y lo tragaba y lo trituraba todo, y durante mucho tiempo no entendí cómo cabía toda la basura de una calle en el contenedor, pero uno de los empleados de la limpieza me explicó que se trataba de un mecanismo especial, me entiende usted, que incluso hace

picadillo el hierro, convierte una bañera en un bacín, me entiende usted, si metieran toda una casa, acabaría más pequeña que un garaje, porque la hidráulica no sólo tritura, sino que también aplasta y lo deja todo como una crepe, ha sido desarrollada por los alemanes, pues allí esto de recoger así la basura tiene tradición, me entiende usted, dijo, y me ofreció un pitillo que los soldados norteamericanos habían dejado en algún desván y que aún sabía a tabaco.

—Mejor que el Kossuth —aseguró.

—Pues sí —dije, pero entonces el conductor le gritó que ya habían acabado, que se montara a la plataforma porque ya se dirigían hacia el vertedero, o sea, que aplastó su Chesterfield viejo de cuarenta años, se subió y se sujetó del agarradero. Eran tres en la cabina, mientras que él y un colega permanecían de pie atrás, junto a la boca de aquel vehículo triturador, como dos estatuas vigilantes ataviadas con sendas capas de color naranja. Y de su cinturón colgaba una bolsa de plástico, con trastos aún aprovechables que habían reunido.

Después del entierro decidí bajar los periódicos y vaciar el cuarto de la criada, destinado a ser la habitación del niño. Luego bajé también la ropa apolillada, las sábanas con su olor a té de menta y a almendras, así como las toallas. Acto seguido vacié los cajones, até una sábana para convertirla en un saco y eché ahí dentro los polvos, los perfumes y los antiarrugas vitaminados que encontré en su tocador y que no valían un peine, porque en vano se untó ella con una cantidad de cremas cuyo valor equivalía a una vuelta al mundo en viaje organizado, al final la envolvió el hilo de la nada como la araña al insecto de las rosas, y arrojé también el contenido de la nevera para que hiciera compañía a todos aquellos cosméticos y arrollé las alfombras de toda la vivienda.

—Lástima esta alfombra tan bonita —dijo el vecino de enfrente, que trataba de bajar la nevera antigua con su hijo plagado de granos, pues acababan de traerles una Zanussi de Viena.

—Ocúpese usted de su propia basura —le aconsejé, y al dar la vuelta por la escalera aún pude oír cómo daba una lección de psicología a su hijo, que éstos nunca habían sido normales, decía, y quién sabe cuánto tiempo conservó el cadáver de su madre en la vivienda, pero no me interesó.

Quise eliminar todas las piezas de decorado de esa cripta. Ya había tirado el sillón robado a Lady Macbeth y la cama de Laura Lenbach, pero seguía asfixiándome. Luego fue a parar a mis manos la pequeña hacha que usaba para tallar la punta del árbol de Navidad y encajarlo en el pie cuando aún celebrábamos las fiestas navideñas, y clavé el hacha en el aparador de la cocina como si fuera un cráneo.

—Por el amor de Dios, ¿qué hace? —preguntó la señora Berényi, aterrada en el umbral al ver que insistía en destrozar el aparador mientras gritaba, pálmala ya, furcia de mierda.

—¡Largo de aquí! —chillé, pero ella no podía ni moverse y miraba paralizada como si la hubieran clavado al umbral—. ¿Qué mira? ¿Pretende denunciarme?

—¡Qué dice! ¿Por qué lo iba a denunciar? —preguntó pálida.

—¡No me mienta! ¡La vi en el portal! ¡Sabe usted perfectamente que yo no estaba aquí!

—¿Cuándo? —preguntó.

—¡No finja! ¡Yo no la maté, métase eso en la cabeza! ¿Quiere que le muestre el acta? ¡Insuficiencia cardíaca! ¿Está claro? ¡Y yo no estaba en casa! ¡No pude matarla si no estaba en casa!

—Claro que no pudo matarla —dijo, pero entonces apareció su marido, del que quería divorciarse desde hacía veinte años.

—¿Cómo te atreves a tocarla, canalla? —gritó Berényi abalanzándose sobre mí, y tuve la sensación de que se me rompía la clavícula bajo sus manos, pero la mujer consiguió separarlo de mí.

—Déjalo en paz. ¿No ves que delira? —lo tranquilizó.

—¡Da igual! ¡Le voy a romper la cara! ¿Cómo se atreve a levantar la mano contra ti?

—Suéltalo ya, bestia, que sólo me ha cogido del brazo —dijo, y a empujones sacó a su marido a la galería.

Lloré hasta desahogarme y acabé durmiéndome. Cuando me desperté, junto a la puerta, ya había oscurecido. Quise pasar por el piso de los Berényi a pedir perdón, pero preferí dedicar mis fuerzas a recoger los restos del desastre. El llanto me había sentado bien, ya no quedaba en mí ningún deseo de destrozar; sólo quería liberarme de todo cuanto resultaba superfluo. Trajiné con los restos de basura hasta última hora de la noche, procurando no estropear lo que aún era aprovechable. Hacia las once, en la habitación de mi madre sólo quedaban las paredes amarillentas con los perfiles de los muebles y en la cocina algunos objetos menudos, una taza esmaltada, cubiertos, cacerolas. Lo que no se había roto. Quedaban cosas por tirar, pero como tenía las manos llenas de ampollas, me senté a la ventana a observar a los vagabundos provistos de linternas que recorrían el barrio con mochilas y carritos y recogían los trastos por orden temático.

Hay quien sólo desmonta los mandos de las lavadoras y hay quienes se dedican a cazar antigüedades que venden al día siguiente en el mercadillo. Yo también había encontrado, en tales ocasiones, las obras completas de Marx y molinillos de café manuales. El atril de latón de Judit también procedía de uno de estos montones. Recorriamos el barrio por las noches igual que estos hombres provistos de linternas.

—Deja ya ese orinal —dijo.

—Es de mayólica —dije.

—Sí, pero da la casualidad que está lleno de cálculos urinarios —aseguró.

—Están usando uno igual en el Avaro —expliqué.

—Pues espera a que lo quiten de la cartelera, porque ése al menos no lo han llenado de orina —dijo, y volví a colocar el orinal en el montón, pero al cabo de cinco minutos no puso reparos al atril deformado, porque éste, señaló, al menos tenía sentido. Así y todo, el sentido no era siempre el punto de vista fundamental; de hecho, nunca logramos especializarnos como aquellos que, digamos, recogían sólo juguetes para niños o sólo ropa o sólo restos metálicos. Incluso llegué a ver a uno que daba vueltas con el coche y tenía el maletero a rebosar de tendederos de ropa rotos.

Si lo presan bien prensado, todo el almacén de decorados cabrá en una maleta, pensé, al tiempo que contemplaba a un hombre que se había puesto a desmontar un televisor allá abajo.

—No lo desmonte, que funciona perfectamente —le grité desde la ventana, pero él se quedó mirando.

—En serio, funciona. Lo he bajado yo. Allí, en algún sitio, debe de estar el mando.

—Diviértete con tu polla —dijo, y destrozó la pantalla con un tubo de gas, para pasar acto seguido a otro montón.

Encontré té de menta de mi madre en la tetera, y luego me quedé observando la pelea de tres mujeres gitanas por la ropa de mejor calidad. Había quien precisaba ropa de cama, otros necesitaban alfombras y otros, a su vez, sólo los estantes de madera del aparador, pero todos encontraban algo. Los Berényi regresaron de madrugada, y yo me aparté de la ventana, pero escuché su conversación hasta el final, que no traerás a casa estos muebles que apestan a cadáver, a lo que la mujer le respondió que si hubieras frecuentado los teatros, sabrías quién era, o sea, que acabaron subiendo la mesita de noche cubierta con un tablero de mármol que en su día fuera de Irina y Masha. El tablero de mármol ya vale un perdón, pensé, y volví a sentarme en mi sitio, dispuesto a contemplar a los siguientes. A veces me adormilaba, pero quería esperar el alba, quería ver cómo devoraba los restos aquella máquina con boca de pelícano.

La tierra de nadie del despertar es, a grandes rasgos, algo así como unas arenas movedizas que avanzan en falsa dirección o, más bien, como una ciénaga, como un pantano que se mueve hacia arriba y del que poco a poco va emergiendo el hombre sin dar, a pesar de todo, muchas muestras de agradecimiento. La vivienda estaba más pelada que una barraca, lo cual, a decir verdad, no me molestaba. La manta se me pegaba, tibia como el verdín, y al principio creí que sólo era sudor, pero no tardé en sentir el olor asfixiante de una jaula. Esto no puede ser. ¿No habré vuelto a mearme encima a los treinta y cinco años?, pensé. Afuera también estaba todo mojado, la

lluvia lavaba y cubría con su gris las plantas de los jardines del Museo, como correspondía al otoño, claro está. Debía de ser la última hora de la mañana, de modo que había dormido unas veintiocho horas: ciertamente tenía motivos para ello. Ahora tendré que ir allí en seguida, pensé. Llevé la manta a la bañera y durante un rato no supe qué hacer con el colchón. Después lo rocié con agua y lo apoyé contra la estufa de azulejos. Sí, debería ir ahora mismo, pensé. Lo veía todo bastante limpio, teniendo en cuenta mis posibilidades. Para expresarlo de otra manera: por primera vez después de bastante tiempo, lo veía todo bastante claro, todo cuanto debería haber visto con claridad hacía muchísimos años. Sentía en gran parte el mismo miedo que se puede sentir ante lo desconocido y estaba en gran parte tan seguro de lo mío como cuando, con mi cabeza de niño, mandé a paseo al amante de mi madre. Cinco años me endilgarán, o quizás ocho. Otros también lo han aguantado, pensé. Probablemente tengan en cuenta el hecho de mi confesión, pensé. Han de tenerlo en cuenta porque teóricamente puedo escabullirme. Pero no volveré a mearme, pensé, y me estaba poniendo ropa limpia cuando tocaron el timbre. Esperé titubeando en el recibidor, pero volvió a sonar el timbre, y entonces decidí que Eszter también tenía que saberlo. No tiene ningún sentido seguir haciendo el payaso, porque lo sabrá de todos modos. No se pueden negar cinco años, los que pasaré en la cárcel, como a una amante, pensé, y cuando abrí por fin la puerta, quien estaba en el umbral era el párroco.

—Vine a Budapest por unas gestiones. Y pensé que sería una buena idea hacerle una visita —dijo, y de pronto no lo reconocí. O, mejor dicho, lo reconocí, pero era como si lo hubiera visto hacía años en la sala de espera de alguna estación de ferrocarril, por ejemplo; de hecho, sin embargo, no había transcurrido ni una semana y media desde nuestro encuentro.

—¿De dónde ha sacado mi dirección? —pregunté nervioso.

—Me la dio usted. ¿Molesto?

—No. O sí. No es el momento más oportuno. Estoy limpiando la casa —dije, y seguíamos plantados en el umbral.

—Me quedo en la ciudad hasta la noche. Puedo volver más tarde si le parece.

—Será mejor ahora. Es que tengo prisa, pues ya voy retrasado —dije, apartándome para dejarlo pasar.

—Creía que estaba limpiando.

—Pues sí. Lo que ocurre es que tengo prisa. Pero tome asiento —dije, haciéndolo pasar a mi habitación, que aún tenía un aspecto más o menos presentable. Con la sotana subida pasó por encima de los montones de basura, restos de muebles y trozos de platos hechos trizas, y mientras tiraba al suelo mi ropa apilada en el sillón, me di cuenta de que su mirada se clavaba por un instante en el colchón apoyado en la estufa.

—El agua del cubo se derramó encima —dije, lamentando haberlo dejado entrar.

—A mí también me pasa —señaló, y a punto estuve de preguntarle por qué se meaba él en la cama.

—Siento no poder ofrecerle nada. Por el momento no tengo ni siquiera sobres de caldo en polvo.

—No importa. Sólo quería pasar un ratito, a preguntarle cómo se encontraba.

—Bien.

—En serio, dígame si lo molesto. Aún tengo que hacer algunas gestiones antes de tomar el tren.

—Ya le avisaré. ¿Le explotó el todoterreno?

—No, pero lo más probable es que pase bastante tiempo sin conducir. El viernes llevaba los paquetes de ayuda de la cooperación internacional, y uno de los pobres chicos resbaló en el barro y fue a parar justo debajo de una rueda. Usted mismo ha visto cómo corretean alrededor del vehículo.

—¿Ha muerto? —pregunté.

—Gracias a Dios se salvó. Pero con una fractura de pelvis. Lo operaron aquí, en el Hospital János. Por eso he venido a Budapest.

—O sea, que casi lo mató —dije, y fue la primera vez que vi asombro en su cara desde que entró en esta barraca.

—Pues sí, casi lo maté —dijo.

—Lo siento. Lo que quería decir es que no ha de ser fácil.

—Pues no lo es, la verdad.

—Supongo que en estos casos tampoco ayuda pensar que precisamente llevaba paquetes de ayuda. Ni que yo también los había visto corretear alrededor del coche.

—Pues sí, estas cosas tampoco ayudan.

—Pero uno las tiene en cuenta —dije.

—Pues es bastante natural —dijo.

—Sabe usted, en una ocasión hablé con un maquinista despedido. Se pasó al cultivo de champiñones después de que una mujer se arrojara con sus dos hijos a la vía del tren.

—¿Piensa usted que a partir de ahora debería dedicarme al cultivo de champiñones?

—Qué va. Lo que quiero decir es que estas cosas son más fáciles de soportar para quien guarda una buena relación con Dios.

—Creo que se equivoca. Siberia es más fácil de aguantar. Según tengo entendido, Dios aún no ha eximido a nadie de las perturbaciones de la conciencia.

—Pues sí, tiene usted toda la razón —dije—. Ya procuraré dejar de confundir la confesión con el negocio.

—Tarde o temprano se dará cuenta de que no hay tanta diferencia entre la confesión y la escritura.

—También es negocio. Pero da igual, dejémoslo —dije, con el único fin de dar por cerrada la conversación. Por fortuna, vi sobre el alféizar la tetera, que aún

contenía té de menta de mi madre, como si fuera una cornucopia inagotable—. ¿Quiere té? Está un poco pasado, pero aún se puede beber —señalé, para añadir acto seguido que me había quedado sin azúcar. Antes de que respondiera, ya le servía yo el resto en una taza de hojalata roja.

—Gracias —dijo, y, no sé cómo, extrajo una bolsita de azúcar de debajo de su sotana—. Me la dieron en el tren para el café, pero suelo tomarlo amargo. Eso sí, lo guardo para los niños. Quizá considere usted que estoy jugando a sanfrancisco, pero, créame, les alegra más que las imágenes de santos impresas con relieve.

—No es jugar a sanfrancisco. Espere, que le busco una cucharita. A lo mejor hay una por aquí —dije, y fui a la cocina, a ver si encontraba una cucharita entre los cubiertos tirados en un rincón, al tiempo que trataba de convencerme de que este hombre no había venido por casualidad. Nadie saca las *Confesiones* de la estantería por casualidad. Sí, si toda esta pesadilla se podía explicar a alguien, este alguien era el padre Lázár venido de donde Cristo dio las tres voces. El que da bolsitas de azúcar en vez de imágenes de santos a los niños gitanos atropellados. Y mientras seguía rebuscando entre los tenedores de alpaca y las cacerolas mal lavadas, establecí la cadena de causa-efecto, a partir del momento en que un telar se estropea en la industria textil holandesa y produce quinientos jerséis defectuosos, pasando por el hecho de que el padre Lázár recibe de las milicias obreras la antigua casa solariega de los Weér, hasta llegar al instante en que el pequeño Gabriel resbala y se desliza bajo la rueda, pero sobrevive, ofreciendo así un motivo para subir a Budapest, y cuando llegué a la escena en que toca el timbre, y yo abro la puerta creyendo que es Eszter, ya supe que todo esto era una estupidez, pero no porque no exista el Dios que imagine semejante castillo de naipes, sino porque Dios existe, pero se cagó hace cinco mil años en todo esto.

—¿Le ayudo? —preguntó, y sólo entonces me di cuenta de que estaba a mi espalda, con la taza en la mano.

—No hace falta, ya la he encontrado. La enjuagaré un poquito —dije—. Mejor será que volvamos, pues aquí no hay dónde sentarse.

—Me extraña que viva usted en un ambiente tan puritano. Lo cierto es que esperaba algo muy distinto.

—Pues así evolucionaron las cosas —dije.

—¿Acaba de separarse? —preguntó.

—No. O, mejor dicho, sí. Ayer se llevó sus cosas. Por eso este follón.

—Entonces será mejor que me vaya.

—Da igual —dije—. Más bien me alegra que haya venido a verme. Me encantaría decirle que lo esperaba, pero no sería verdad. Ni me pasó por la cabeza que volvería a verlo.

—Entiendo —dijo.

—También podría haber ocurrido, claro, que yo hubiera ido a visitarlo. No hay manera de saber cuándo acudiremos corriendo al cura. Ni cuándo empezaremos a

cultivar champiñones.

—Entiendo —dijo.

—Aunque con los curas me pasa lo mismo que con los médicos. Cuando no queda más remedio que ir a verlos, es porque todo se ha ido al carajo.

—Veo que su vanidad es la de siempre. Siendo así, no hay problema.

—Vamos, esto no tiene nada que ver con la vanidad. Además, Kalmopyrin es mucho mejor que el sacramento de la penitencia por cuanto te baja la temperatura sin necesidad de la fe.

—Pues no se confiese —dijo.

—Claro —dije—. ¿No tendrá un cigarrillo? Sabe, acabo de separarme, y...

—Lo siento, pero no tengo.

—Bueno, da igual. De hecho, fui yo quien quiso que se fuera. Luego lo tiré todo, desde la crema antiarrugas hasta el dispositivo contra incendios.

—Entiendo —dijo.

—Ya sólo existía odio entre nosotros. Sé que la Iglesia opina de otra manera, pero en estos casos no tiene ningún sentido. Nos asfixiábamos el uno al otro.

—Entiendo —dijo.

—Seguro que a usted también lo asfixia Dios cuando llevan mucho tiempo juntos.

—Pues, la verdad, no llevamos tanto tiempo juntos —dijo.

—Da igual... ¿Pero entiende lo que le digo?

—Claro que lo entiendo —dijo—. Se odiaban.

—Es difícil no odiar a un parásito.

—Entiendo —dijo.

—Que incluso después de mear te pregunta dónde has estado hijomío.

—Entiendo —dijo.

—Además, da igual. No tengo esposa. O, mejor dicho, tengo una, pero sin papeles de por medio. Y ya llevamos bastante tiempo sin vivir juntos. Yo me ligué a una puta y ella a un astrónomo aficionado. Aunque quizá sea de verdad.

—Entiendo —dijo.

—Yo empecé.

—Entiendo —dijo.

—De hecho, sin embargo, seguía viviendo con mi madre.

—Entiendo —dijo.

—Pero ahora resulta que ha muerto.

—Lo siento —dijo.

—No hay nada que sentir, pues ya le he dicho que nos odiábamos.

—A veces el odio actúa como un lazo muy potente.

—Así es —dije.

—Entiendo —dijo.

—Además, para ella seguro que es mejor así. Y para mí también quizá. Ayer al menos tiré un montón de mierda.

—Entiendo —dijo.

—¡No repita la cantilena de que entiende! ¿Quién es usted? ¿Un grajo? ¿Por eso ha venido? ¿Qué pretende arrancarme?

—Yo no quiero arrancarle nada. Hasta ahora ni siquiera sabía que hubiera algo para arrancar —dijo, y se reclinó como quien no pretende marcharse nunca más—. Y también le he pedido que me diga si lo molesto.

—¡Molestar! ¡Esto no es la silla del confesionario! ¡Es mi silla!

—Lo sé —dijo.

—Nos dábamos asco, y ya está. ¡Teníamos nuestros motivos! ¿Qué tiene de particular?

—Pues escribe usted cosas maravillosas sobre su madre —dijo.

—Venga, ¡no me diga tonterías! Ni una sola línea es verdad. ¡Todo mentira! ¡Mentira premiada por el estado! ¿Usted se cree cualquier mierda?

—Yo me lo creí. Lo siento, pero en mi opinión está mintiendo ahora, y eso que no recuerdo haberle preguntado nada. Me limito a decir de vez en cuando que lo entiendo. Como los grajos. Y tiene usted razón: de hecho, no lo entiendo. Puede que la odiara, puede que tuvieran ustedes sus motivos, puede que tirara hasta sus toallas, pero nadie se mea en la cama por eso.

Me dio una sensación de asfixia. No por rabia, sino por vergüenza. O, más bien, por miedo.

—Lo siento —dije.

—Tranquilo. No crea usted que yo nunca he hablado como un cochero.

—Me gustaría que se marchara —dije.

—Voy a ventilar un poco —dijo, y abrió la ventana y cogió luego su paraguas—. Voy a traer cigarrillos y algo para comer. Supongo que lleva usted mucho tiempo sin comer. Y un trago de cerveza tampoco viene mal en estos momentos.

—Prefiero vino —dije.

Apenas me quedé solo en mi habitación impregnada de olor a orina, se apoderó de mí, poco a poco, un temor como el de antaño, cuando creí que aquella mujer se disponía a envenenarme. Esto no tiene ningún sentido. Yo no hablo con curas, pensé. No debería haberlo dejado entrar. Dios no tiene nada que ver con este asunto. Existe un código civil. Exigiré que la exhumen y determinen la causa de su muerte, pero no necesito ningún examen del alma. Me endilgarán cinco años, y se acabó. Otros han aguantado esto y más. Se tendrá en cuenta mi confesión. Al fin y al cabo, no le partí la cabeza con un hacha. Al fin y al cabo podría salir incluso indemne. El propio médico dijo que era un caso de insuficiencia cardíaca. Si no voy, nunca se averiguará. Iré. Aunque quizá no haga falta. Sí, puede que mis vecinos me denunciaran ayer. No debería haberme abalanzado sobre la señora Berényi. Ni debería haber perdido el control. Pueden enviar a cualquiera a husmear. A este cura, por ejemplo. ¿Por qué no?

Yo tengo que vérmelas con este espía porque es listo. Demasiado listo. Un vulgar secretario de las Juventudes Comunistas, al que han formado en psicología y después han incorporado hábilmente a la Iglesia. Aunque esto no es probable. Estas cosas ya han acabado. Eso sí, baja a buscar vino para que luego charlemos. Así no sacarás nada en limpio. Por cierto, hice bien en dejarlo entrar. Así al menos sé a quién me enfrento. Y el hecho de que descubriera lo del colchón. Este agente de la secreta lo descubrió en el acto, claro. Y aún tuvo la osadéz de decírmelo. A ver, por qué se mea un hombre adulto. Poco faltó para que me dijera a la cara el porqué. Pero ni se me ocurrió negarlo. Simplemente no volví a casa. Eso es todo. Soy un hombre adulto, que hasta podría tener una familia. O un puesto de trabajo. Entonces tampoco podría volver a casa. Hay trabajos donde te pasas semanas sin volver a casa. A decir verdad, debería haberlo hecho hace mucho tiempo. Antes de Eszter. Cuando se fue Judit. Los cinco años valen la pena, o los ocho. Los que sean valen la pena, y se acabó. Y aunque no se acabe, también vale la pena. Porque la cosa no acaba con que te meten entre rejas. Hasta un imbécil lo sabe. Para eso no se necesita psicología profunda. Pero no hablaré con los curas. No quiero ver a un solo cura ni a un solo médico más en mi vida. El cabrón del astrónomo también se lo debo a los médicos. Al doctor Hijodeputa aquel que entiende profundamente que no meta a mi madre en una residencia, pero deje usted de mantener relaciones sexuales con esta joven. Una persona de verdad no dice una cosa así, y menos aún un médico jefe. Ese cabronazo le sugirió que viajara a su casa. Claro, sola en la medida de lo posible, porque seré mejor. Seré mejor para ti, hijodeputa. Sé perfectamente lo que he de hacer, pero nunca más quiero ver a un cura ni a un médico. Y prohíbo que la exhumen. Le romperé la mano a Dios si intenta tocar a mi madre, pensé, y encontré por fin mi abrigo.

Escondido tras los arbustos mojados de los jardines del Museo, observé cómo llegaba con la compra. Se pasó más de diez minutos tocando el timbre allá arriba, y cuando salió del portal, parecía más furioso que asombrado. Se quedó titubeando un rato en la acera, miró el reloj, alzó la vista hacia la ventana abierta y por último se marchó. La lluvia que caía parecía una ducha fría, pero consideré que era mucho mejor así. No existe nada más infame que llorarle a los curas como las putas de los balnearios. De hecho, sin embargo, deseaba mi bien. Es mi problema no tener ninguna necesidad de los curas. Quizá si hubiera venido en otro momento, pensé, pero luego regresé a mi piso, pues aún no sabía adónde ir en tales situaciones.

Del pomo colgaba la bolsa de plástico, con el vino y los cigarrillos en su interior, con doscientos gramos de embutido tipo *párizsi* y dos sobres de caldo Maggi; además, había encajado en el resquicio un papelito diciendo que volvería esa noche, pero que si no quería hablar en esta ocasión, lo visitara en cualquier momento.

De hecho, él debería casarnos, pensé, mientras ponía a hervir el agua para

preparar una sopa de crema de apio. Aunque no es seguro que nos haga falta música de órgano, pensé. El altar no es la mesa de un bufé, pensé. Que ante el altar se pongan aquellos que allí se sacian a gusto, pensé. Los que no se quejan del servicio, sino que sienten lo que hay que sentir, pensé, y fui cortando y poniendo el *párizsi* en la sopa y también me serví un poco de vino.

El almuerzo me sentó bien. Me fumé un cigarrillo, barrí por todas partes, bajé unas cuantas veces la basura y guardé los trastos que quedaban en el cuarto de la criada. El colchón se secó; tal como quedó, el piso resultaba bastante soportable. A decir verdad, me gusta limpiar.

Tal como había prometido, tocó el timbre a primera hora de la noche, pero no le abrí la puerta, puesto que habría tenido que darle explicaciones. O, para ser más exacto: quise gritarle desde la ventana, pero decidí no hacerlo. Ya me verá si mira hacia arriba, pero no miró hacia arriba.

Decidí escribirle más adelante una tarjeta y darle las gracias por la comida. De hecho, no me había encontrado con ningún sacerdote que no soltara, acompañándola de un eructo, alguna cita de las Sagradas Escrituras después de cada trago del vino de misa. O que no se refiriera al amor como el artículo número uno. Pues sí, es usted un cura estupendo, padre. Su sopa de crema de apio vale más que el vino de misa de sus colegas. No me extraña que lo degradaran y lo mandaran de una iglesia catedral allí donde Cristo dio las tres voces. Créame, padre, el todoterreno del señor obispo a buen seguro habría matado al pobre niño. Y si no, el señor obispo seguiría yendo en su todoterreno a visitar al niño lesionado, sin que se le cayera la cara de vergüenza. Porque iría, de eso no cabe la menor duda. O soltaría tal oración junto a la barra del suero que las lágrimas asomarían hasta en los ojos del cirujano. Quizá no me dé usted la razón, padre, quizá me confunda simplemente la experiencia en estado puro, pero perdóneme que yo me deje engañar por esta suerte de experiencias. Claro que mi imagen de segunda fila de Dios proviene de curas de segunda fila, pensé. Con el tiempo puede cambiar, pensé. Ya sabemos, por ejemplo, que la retención de orina no es eterna, pensé. Tiene razón, padre, mi vanidad quizá sea la de siempre, pero preferiría inclinar la cabeza cuando no sienta una particular necesidad de preocuparme. Sólo así. En vez de orina, por ejemplo, el sudor del vientre de Eszter sobre mi vientre.

Intenté imaginar cómo iba a entrar yo en la comisaría del barrio, pero me encallé ya en la portería. Después se me ocurrió que lo más conveniente sería hablar con el médico que determinó la causa de la muerte. Recordé haber guardado el acta de defunción en algún cajón, junto con los demás documentos del entierro. Por fortuna, no había tirado los papeles a la basura. Luego encontré las cartas de mi madre dirigidas a hoteles inexistentes, que había vuelto a meter en el cajón antes de la llegada de los empleados de la funeraria. Saqué la hoja de afeitar de mi bolsillo y me

puse a abrir uno a uno los ciento veinte sobres. Sólo encontré hojas vacías, o sea, que durante quince años no había escrito ni una sola línea ni a Judit ni a mí. Así pues, había jugado a este miserable juego de mesa desde el primer instante. Eszter tenía razón, pensé, y no me extrañó demasiado que mi madre supiera perfectamente con quién se carteaba. Al fin y al cabo, lo sabía todo a su manera y se acordaba de todo. Acto seguido, pensé que si continuaba escribiendo, estas hojas me vendrían de perillas, porque el papel escaseaba.

El portero me preguntó a quién buscaba, pero no recordé el nombre, o sea, que tuve que volver a echar un vistazo al acta. Subí a pie al tercer piso, en parte porque varios esperaban el ascensor y en parte porque uno no se da prisa aunque sepa que es preferible superar un problema cuanto antes. Me detuve en uno de los descansillos y examiné en el reflejo de la ventana si llevaba bien puesta la chaqueta y bien abotonada la camisa, me ensalivé el dedo para frotarme los ojos, pues no quería parecer alguien recién caído de un árbol. He de estar tranquilo, pensé, y debería haber comido más, porque con el hambre uno se controla menos. Seguí hasta el tercer piso, y ante la puerta número trescientos doce ya sólo procuré comprobar si, aquí también, el pomo era de aluminio.

—Pase —me invitó una mujer cuando llamé a la puerta. Me presenté, manifesté mi intención de hablar con el doctor István Frégel, y la mujer me respondió que el doctor no se encontraba en el despacho en ese momento y que podía esperarlo en el pasillo si era urgente, pero que me aconsejaba volver hacia el mediodía.

—Entonces vendré mañana —anuncié.

—¿Quiere dejarle algún recado? —preguntó.

—No, es bastante personal —dije, y respiré aliviado al pensar que el encuentro no se produciría ese día, aunque quizá pueda ocurrir por la tarde, pensé, sí, volveré a primera hora de la tarde, y ya me dirigía hacia la escalera, deseoso de huir corriendo, cuando se abrió la puerta del ascensor y casi choqué con el forense.

—¿Me busca a mí? —preguntó. No se le notaba excesivamente entusiasmado con mi presencia, pero bien sabía yo que si ahora me marchaba corriendo, ya no podría volver nunca más.

—Sí —respondí, y en ese momento tenía tan clara mi tarea como el día anterior por la mañana, cuando la manta se me pegó tibia como el verdín. Entré en el despacho como si fuera a la oficina de Correos a pagar una factura y le conté, procurando pronunciar las frases más claras y simples posibles, que yo había asesinado a mi madre.

—¿Y qué quiere usted de mí? —preguntó.

—No le entiendo. ¿Cómo que qué quiero? Que cambie el acta de defunción. Usted sabe lo que hay que poner en estos casos.

—¿Y va a contar lo mismo a la policía?

—Por supuesto —dije.

—Le recetaré unos medicamentos, aunque, de hecho, sería competencia del especialista. Está usted agotado.

—No necesito ningún medicamento. ¿No ha entendido lo que acabo de decirle?

—Sí que lo he entendido. Usted se acusa del asesinato de su madre. No sin cierto motivo, sin duda.

—¡No me acuso! ¿Todavía no está claro? ¿O teme recibir una sanción porque se guardó el dinero en el bolsillo y prescindió de la autopsia? ¡Yo quería que muriera! ¡Sabía perfectamente que así moriría! ¡Y a eso se le llama asesinato!

—¡Haga el favor de dominarse! No existe el código penal que lo vaya a considerar un asesino. Puede que sea usted un canalla, pero por mucho que lo desee, usted, formalmente, no cometió ningún asesinato. Y si lo hizo, lo ejecutó de manera genial. Lo echarán a patadas de cualquier comisaría del país, ¿me entiende? Si no monta usted una escena histórica más potente, ni siquiera entrará en un pabellón psiquiátrico más o menos bueno —dijo, y sacó el bloc para prescribirme un tranquilizante. Me arrepentía de haber perdido la cabeza, pero esto no lo esperaba, no estaba preparado para eso de que no existiera el código penal. Cualquiera está convencido de la existencia de un artículo de la ley en el caso de que mate a su madre.

—No necesito ningún medicamento —dije, y aunque me temblaba todo el cuerpo, me controlé.

—Yo se lo prescribo de todos modos. Si no lo quiere, no acuda a la farmacia, y ya está.

—O sea que me considera usted un enfermo.

—No, pero sí una persona extenuada. Además, le creo. Por eso mismo le agradecería que no volviera a aparecer por aquí. Puede que me guste guardarme cinco mil en el bolsillo, pero no aguanto a los canallas. Ni siquiera cuando están afectados por una perturbación mental transitoria. Tome usted los medicamentos, que ya se le pasará. No es el único.

—Entiendo —dije.

—Es usted escritor, si no recuerdo mal.

—Sí —dije.

—Entonces escriba un buen librito. Sublime un poco. Se tranquilizará y, además, le pagarán por ello.

—Sí —dije.

—Venga, arriba esa cabeza. Un poco de psicología aún cabe perfectamente en su proyecto de trabajo. Le he prescrito unos medicamentos que no suponen un obstáculo para beber.

—Sí —dije, me levanté y guardé las dos recetas.

Los dos o tres primeros días transcurrieron bastante mal. Por supuesto, se me pasó

por la cabeza la idea de no abandonar el piso. Compré una buena variedad de productos y para colmo me peleé con la cajera de la tienda. Dijo que aquello no era un negocio de venta al por mayor y que devolviera en el acto todas las galletas a la estantería, y yo le contesté que hiciera el favor de servirme, que en la época de la policía secreta se solía permitir únicamente la compra de un kilo, pero que eso ya pertenecía al pasado. Que si me daba la gana le podía comprar la tienda entera, frigorífico y anuncio luminoso incluidos. Me daba rabia que se permitiera ese tono conmigo simplemente porque le caía antipático.

—Si no lo marca en la caja, me lo llevaré todo sin pagar —dije.

—Inténtelo, y lo mando detener como si fuera una mierda —amenazó.

—Lo siento, pero no será tan fácil. Y haga el favor de ponerme sesenta paquetes de cigarrillos —le pedí, mientras la cola ya empezaba a impacientarse, pero todo el mundo reconocía que yo tenía razón porque, al fin y al cabo, podía comprar con mi dinero todo el té de menta y las galletas que me vinieran en gana. Una señora mayor gritó entonces a la joven exhortándola a hacer su trabajo, que de lo contrario conseguiría que la despidieran de la tienda y añadió que con estos modales su sitio estaba más bien en el mercado Lehel, o sea, que al final pagué, pero la cajera fue marcando uno por uno los paquetes de galletas y los té y los sobres de caldo para obligar a todos a esperar todavía más y luego me tiró la vuelta, pura calderilla, de mala manera.

—Cuéntelo —dijo.

—Gracias, pero deme a cambio una caja de cerillas y diez bolsas de plástico —le ordené; metí, no sé cómo, toda esa porquería en las bolsas y en la calle seguí temblando por los nervios, pues no tenía derecho a hablarme así. Mientras no supiera nada de mi persona, no podía hablarme como si fuese un trapo.

O sea, que se me pasó por la cabeza la idea de no abandonar el piso, lo cual, por cierto, era bastante normal, pero al cabo de tres o cuatro días se descubrió que esta situación no me iba. Cuando estaba ciego, Judit había de llevarme a la galería a pasear. Por otra parte, podía ocurrir también que no viera las cosas con la claridad necesaria, pero eso no significaba estar loco. Y verlas con mayor lucidez que muchos otros, que podía ser el caso, no equivalía a ser un monje. Así pues, el arresto domiciliario voluntario no era por mi parte más que una pura y simple payasada.

Los dos o tres primeros días transcurrieron bastante mal. Después de la conversación mantenida con el doctor Fregel ya se podía saber con bastante precisión que la verdadera Statio Tranquillitatis se hallaba un poco más lejos que el Mar de la Tranquilidad, pero que quizá resultaba más fácil acceder a ella. Y que cuando uno trabaja, el tiempo parece adherirse al fango, más o menos como en una prórroga. Dicho de otra manera, mientras uno escribe, la hora de Davosdorf sustituye a la de Greenwich; y, aunque parezca extraño, eso no depende en absoluto de si

descendemos o no de la montaña después de realizar nuestro trabajo.

Siempre he sido un hombre débil, no he tenido ni perseverancia ni fe religiosa. Durante mucho tiempo consideré que al menos tenía un sueño confuso e impreciso sobre cierto orden y belleza, lo cual no era poca cosa, pensaba, pero lo era. Leí en algún lugar que existen, de un lado, quienes construyen el laberinto y, de otro, quienes se pierden en él. Pues bien, ésta es mi única capacidad particular: que soy una persona adecuada para ambas tareas. No es asunto mío juzgar si mi construcción es comparable, por ejemplo, con la de Creta o si sólo es un trabajo de jardinería podado con habilidad. Sin embargo, averiguar cómo y por qué levanté esta edificación bastante estéril, en verdad, es una misión que, aparte de mí, casi nadie puede llevar a cabo.

Al principio sólo quise escribir una carta más o menos larga a Eszter para explicarle, básicamente, qué le había ocurrido a mi madre. Es verdad que sólo se vieron dos veces, demasiadas quizá, pero pensé que de todos modos tenía que saberlo. Así pues, empecé a escribir una carta tras otra, pero siempre me quedaba atascado en el encabezamiento, lo cual, por cierto, no era de extrañar. En los tres últimos lustros sólo he escrito dos tipos de cartas: unas empezaban por Querida Judit, las otras por Estimada Madre. En una palabra, tenía todos mis motivos para pensar que, en cuanto a lucidez y clarividencia, mis historias eran más logradas que mis cartas. Pero, lamentablemente, el padre Lázár se equivocó de lleno al creer en la existencia de un parecido entre la escritura y el cuarto sacramento. Apuesto a que se equivocó tanto como mi madre, según la cual, no puedes imaginarte, hijomío, todo lo que el hombre se perdona en caso de necesidad.

Compré una radio portátil marca Sokol en la tienda de objetos de segunda mano. En un principio la compré por la música, para las horas nocturnas, porque me había acostumbrado a que el televisor zumbara durante la noche en la habitación de mi madre, y así duermo mejor. Luego empecé a escuchar las emisoras francesas, rusas y portuguesas, pero al cabo de un tiempo me empezaron a poner nervioso. Un par de jirones de palabras o la simple entonación ya permiten intuir de qué se trata, aunque uno no sepa siquiera si son noticias o una radionovela. Así pues, uno entiende media palabra y, sin querer, empieza a prestar atención y va tomando conciencia de que se está perdiendo algo. A continuación me pasé a las emisoras árabes, para no escuchar palabras latinas, germánicas o eslavas, sino la monotonía de una lengua del todo incomprensible. A un volumen bajo, era mucho mejor por la noche que la música o las emisoras europeas. Era como si Dios mismo hablara con voz ora de hombre, ora de mujer.

Hay una historia que quiero contar de todos modos. La compañía de mi madre

actuaba en la calle Markó y, a fuerza de súplicas, conseguí que me llevaran consigo, pues quería conocer el interior de una cárcel. Era el cuatrotodeabril o el veintedeagosto, más probablemente la primera fecha. Sí, porque llevaba un abrigo de terciopelo. Judit me exhortó a tranquilizarme, que era un lugar tan cutre como el zoológico, dijo, y se quedó ensayando en casa; yo, en cambio, lo imaginaba más bien como un teatro, en el que hasta los espectadores iban disfrazados y, descontando aquel día, habían de contemplar el escenario vacío todas las noches, hasta el final de sus vidas.

Actuaron en una especie de sala de actos o sala cultural. Poemas, canciones obreras, escenas didácticas, el grillo y la hormiga. El señor artista Dios hacía de grillo, pues sabía tocar el violín, eso sí, en plan aficionado, aunque suficiente para una cárcel. Se mostraban reacios a actuar; para colmo, no era obligatorio, lo cual es lo peor, porque si uno rechaza una obligación, sabe con bastante exactitud a qué atenerse, pero cuando no es obligado, no puede saber si recibirá alguna recompensa o si la cosa acabará en nada. Se trataba, pues, de un programa que representaban por si acaso, para ver si así quedaban exentos de hacer un Gorki en la temporada siguiente.

A decir verdad, esperaba un espacio un poco más teatral. A unos cinco metros de altura centelleaban unos tubos fluorescentes que no se podían apagar por motivos de seguridad, y en la sala se percibía un olor similar al de los comedores escolares. Bajo el escudo se veía una cita, seguramente referida a la justicia, digo yo. Los presos permanecían sentados en unos bancos de madera sin respaldo, muy disciplinadamente, aunque también es cierto que unos guardias se mantenían de pie a ambos lados, pegados a las paredes. Así pues, aquello no se parecía mucho a una función en provincias; allí, al menos, el público no cesa de moverse en sus asientos hasta el comienzo del espectáculo, come pipas y hasta interviene con silbidos en la función cuando el malvado se pasa de la raya. Pero sobre todo no hay guardias en las puertas, sino, en mucha menor cantidad, señoras que recogen las entradas.

Allí estaba yo, sentado en un extremo de la primera fila. Hacía bastante frío, y no me quité el abrigo; por eso recuerdo que era el cuatrotodeabril. No me lo quité, además, porque el color de la tela de mi traje coincidía más o menos con el de la ropa de los presos, y yo quería establecer cierta distancia. A mi lado se sentó un hombre de constitución atlética; su uniforme, sin embargo, era como un signo de igualdad entre alguien y nadie. Trescientos seminaristas en una iglesia son tan horribles como trescientos presidiarios en una sala de actos o trescientos reclutas de permiso en la estación del Este. Así pues, en vano tenía el hombre una constitución atlética, en vano era su mirada mucho más humana que la del guardia que nos vigilaba justo al lado; sería absurdo afirmar que se parecía a un obrero metalúrgico, a un profesor de gimnasia o a un poeta espigado.

Llevaba un tatuaje azul en el antebrazo, una mujer de pechos enormes y cola de pez. Me quedé mirándola, pero me molestaba que la imagen estuviera boca abajo y no se le viera la cara, porque el hombre había apoyado los codos sobre las rodillas y las mangas de la casaca llegaban precisamente hasta el cuello de la sirena. Le saludé

y le pedí que me mostrara el rostro de la mujer; él, sin embargo, se arregló la manga de la casaca y me dijo que no era para niños, nene.

—Soy Andor Weér —me presenté, y añadí que la persona que acababa de recitar los poemas de Attila József era mi madre.

—Mil veintiuno —respondió. Se sonrió y añadió su verdadero nombre, que ya no recuerdo.

Le pregunté qué lo había traído a la cárcel.

—Tampoco es cosa para niños —dijo, pero me tranquilizó agregando que nunca había hecho daño a nadie sin motivo.

Le pregunté cuánto tiempo permanecería preso, a lo cual me preguntó cuál era el número más elevado que podía imaginar.

Le contesté que el infinito.

Me contestó que nadie era capaz de imaginarlo.

Le contesté que yo sí.

Me contestó que eso estaba muy bien y que así llegaría muy lejos. A continuación me preguntó cuántos años tenía.

Le contesté que seis y medio.

Entonces era más conveniente para mí que no imaginara el infinito, dijo, sino que tratara de figurarme cómo sería yo cuando viviera cuatro veces más. Cuando él saliera de la cárcel, yo sería un hombre adulto, tal vez casado con una mujer tan bella como mi madre ahora.

—Mi madre será igual de bella entonces —dije.

—Claro que sí, nene —me tranquilizó, y me acarició la cabeza.

Intenté figurarme cómo sería tener cuatro veces más años que entonces, pero no lo conseguí. Sólo logré imaginar que vivía cuatro veces seguidas como hasta el momento, lo cual, sin embargo, no era lo mismo.

—Es bastante tiempo —señalé.

—Lo aguantaremos incluso a la pata coja —dijo, y nos concentramos en el espectáculo, puesto que uno de los guardias nos siseó para que nos calláramos.

No había escenario. Habían trazado una raya en el suelo con una cinta aislante; actuaban detrás de ella. También habían colgado cortinas oscuras a los lados, para poder tapar algo. Tocaba la escena en que mi madre hacía de muchacha trabajadora y el actor Bojtár de tractorista; ambos discutían qué hacer con un jefe de taller que robaba los cojinetes de la fábrica. Según el diálogo, mi madre había visto al jefe de taller envolver un cojinete en su pañuelo, pero no quería denunciarlo porque, al fin y al cabo, no se lo robaban a ella; el tractorista, en cambio, le explicaba que estaba muy equivocada, pues qué ocurriría, por ejemplo, si precisamente su tractor necesitara el cojinete y lo necesitara precisamente en la época de la siega, cuando empezaba a menguar el trigo del año anterior, y la cosecha se detuviera durante días por tal motivo y no hubiera suficiente pan. Mi madre debía comprender, pues, que estaba personalmente afectada por el robo, y no sólo ella, sino la sociedad húngara en su

conjunto.

—La harina no se elabora a partir de trigo recién segado porque se enmohece al cabo de un día. No te hará daño saberlo, nene —me susurró el hombre al oído, procurando que nadie más lo oyera.

—No son los actores los que escriben los textos —dije, puesto que me avergonzaba un poco que mi madre soltara semejantes sandeces en el escenario.

—Por supuesto —dijo, y me preguntó si tenía hermanos.

—Sí, una hermana, pero no le gustan las cárceles. Prefirió quedarse en casa y practicar. Es una artista del violín —dije.

—¿Y qué artista eres tú? —preguntó.

—Aún no lo sé, pero me interesan muchas cosas. Quizá sobre todo el dibujo —expliqué, y le pregunté si tenía hijos, a lo cual me respondió que sí, uno, y que era casi tan mayor como yo y un buen nadador.

—¿Nadaban ustedes juntos? —pregunté.

Sí, él le había enseñado, iban todos los veranos al río Tisza.

Lo cual quería decir, dije, que su hijo podía ver la sirena.

—Eres más peligroso que un fiscal —aseguró, y me preguntó si quería sentarme sobre sus rodillas, y le respondí que sí.

Lo demás fue bastante horrible. Cuando me puso sobre sus rodillas, se plantaron allí dos guardias, le hicieron una llave y se lo llevaron, y yo me puse a gritar que lo soltaran en seguida, que no había hecho nada, que dejaran en paz a mi padre, mientras los presos se reían. Acto seguido, mi madre me arrastró hasta detrás de la cortina y me encajó una impresionante bofetada, no tanto por haber gritado, sino más bien por tratar al preso de padre.

Claro que el otro final de la historia es aún más espantoso. Cuando los guardias le hicieron la llave y lo sacaron a rastras de la sala, no me atreví a abrir la boca. Años más tarde seguía calculando cuánto tiempo le faltaba al mil veintiuno para salir de la cárcel, pues temblaba ante la posibilidad de toparme con él.

Una noche busqué tinta en mi cajón y al final tuve que recurrir al bolígrafo, que odio, por cierto, pero da igual. O sea, que fue a parar a mis manos un cuaderno de espiral. En un primer momento creí que era de Judit, pues estaba escrito con la mano izquierda. Sin embargo, durante mucho tiempo yo lo escribí casi todo con la mano izquierda, cuando menos el diario de los sueños, los poemas, y cosas por el estilo. A buen seguro, digo yo, porque a los catorce o quince años el sano sentimiento de vergüenza aumenta su graduación. Uno puede aguantar bastante bien el orgasmo simulado de la señora actriz Ivett Bíró en el guardarropas del restaurante Kárpátia, pero si uno le escribe a la señora actriz Weér, si se trata de sonetos compuestos con rima consonante, necesariamente jugará al escondite con la inmortalidad. Poco a poco descubrirá, no obstante, que la edad media de la inmortalidad es de unos cuarenta y

cinco años, que en parte aplaude, en parte se levanta y abandona la sala, pero que se limita sobre todo a quedarse sentada en casa y, a lo sumo, leer un poquito antes de dormirse. Con el tiempo incluso llegará a intuir cuántas personas integran la inmortalidad: en el caso de la Hungría actual son unas cinco mil, lo que no está nada mal, de hecho, y eso que ni siquiera he mencionado la posible publicación en Francia. En una palabra, tan pronto como asimos la inmortalidad, ésta empieza a desmoronarse. Se desmorona ante Jolika, según la cual podía escribir esto porque era bonito, y ante el cobrador, según el cual tenía que escribir esto de todos modos porque habían aparecido los documentos referidos a la necesidad de reemprender las negociaciones de paz de 1919. Se desmorona ante la pregunta de mi madre que qué es estabasurahijomío y ante el traqueteo de la máquina de escribir prestada de Eszter, que se oye bien entrada la madrugada, como si fuese un piano con las cuerdas talladas en madera. Volviendo al cuaderno de espiral, encontré allí un relato de media página sobre los pompeyanos. O, para ser más preciso, sobre las excavaciones: cuando descubren los huecos de forma humana y los llenan de yeso, el triunfo se les congela a todos en la cara, puesto que encuentran sus propios rostros en las profundidades de la lava fría. Y, claro, el Vesubio vuelve a erupcionar y todo empieza de nuevo, porque a los quince años no se puede dejar escapar esta posibilidad.

Eszter pasó hace unas dos semanas. O quizá tres. Hace tres semanas, sí. El mismo día en que llegó a Budapest. Preguntó por mi madre, y traté de explicárselo de la manera más respetuosa posible. Sólo mentí al negarle mi presencia en su casa, pues no quería involucrarla en el asunto. Por tanto, inventé a una chica llamada Adél Bárdos, a la que conocí en el tren y en cuya casa permanecí, pero ella me aseguró que mis esfuerzos eran del todo inútiles, que no mintiera al menos por esta vez; que al entrar en su habitación ya supo que yo había dormido allí.

Le pregunté cómo lo supo y me contestó que durante todos estos años nunca lo había mencionado, pero que yo no sabía distinguir el derecho y el revés de las mantas. Y añadió que, además, Adél fue en su día mi amor en el jardín de infancia y comió arena sollozando cuando mi madre decidió que nos llevaría al jardín de infancia de elite del Ministerio.

Le dije que lo recordaba mal y que otra persona, igualmente incapaz de distinguir el derecho y el revés de las mantas, también podía estar en posesión de una llave, a lo cual me respondió que tranquilo, que nadie salvo yo tenía la llave de su casa.

Callamos un rato. Luego me percaté de que seguía con el abrigo puesto y le pregunté si quería quitárselo.

—Prepararé un té —dije. Aceptó la invitación, y esperamos junto a la estufa a que hirviera el agua.

Le pregunté qué pensaba de mí.

Me respondió que aquello que pensaba de mí poco tenía que ver con lo que

sentía.

Cogí la tetera con el pañuelo, y ella trajo las tazas y el azúcar. Pensé que después de pasar por un aborto y dos pabellones psiquiátricos y, claro, por otras cosas más, se hallaba en mi habitación por primera vez. De hecho, no encontraba su sitio. Al final volvimos a sentarnos, ella en el sillón, yo sobre la cama, como antes.

—¿Cómo lo pasaste en tu casa? —pregunté, aunque, de hecho, sólo quería preguntarle si había viajado sola o con el astrónomo.

—Mejor no hablemos de esto ahora —respondió.

—Claro —dije, y volvimos a callar. Traté de contemplar su rostro como si fuera por vez primera y pensé que si esta mujer me hubiera cogido del brazo esta misma mañana en el puente de la Libertad, igualmente se lo habría contado todo. Y también que entonces al menos no sabría por qué el pelo le llegaba sólo a los hombros y por qué tenía arrugas en torno a los ojos.

—Vuelvo a casa —dijo.

—Quédate un rato —dije.

—Quiero decir que me mudo a mi casa.

—¿Cuándo? —pregunté.

—No lo sé aún. Para un traslado así se necesita medio año como mínimo. O quizá más.

—Está bien —dije, y entonces me contó que el hombre que había comprado la casa en su día había muerto hacía tres años y que ella había hablado con los herederos y que podría recuperarla vendiendo la casa de la calle Nap.

—Entiendo —dije, y por un instante me pasó por la cabeza que era preferible vender esta vivienda y dejar el piso de la calle Nap para cuando viniéramos a Budapest, pero me di cuenta de que no tenía ningún sentido.

—Seiscientos kilómetros no son tantos. En una noche te plantas allí.

—Claro —dije.

—Y probablemente yo también vendría bastante a menudo.

—Lo sé —dije.

—Pero esta ciudad es un infierno para mí.

—Lo sé —dije.

—Aquello quizá sea también un infierno, pero allí al menos estaré en casa.

—Lo sé —dije.

—De verdad, habría sido mejor no hablar de esto ahora.

—Qué va. Hasta ahora siempre hemos hablado demasiado tarde de todo —dije.

—Entonces no llores.

—No lloro, sólo me ha entrado humo en los ojos —dije, y cuando se me acercó y me besó la frente, las garras del miedo ya habían soltado mi garganta. De hecho, me alegraba que creyera que mis ojos se habían nublado porque volvía a casa.

—¿Puedo quedarme a dormir? —preguntó.

—Claro —respondí, pero cuando su lengua se introdujo entre mis labios y se

deslizó por la bóveda del paladar, me estremecí al pensar que su placer me haría tambalear. Que un grito y unas cuantas contracciones musculares harían estallar el bloque de hormigón en el que me sentía bastante a gusto y que en las semanas pasadas ni el miedo, ni los argumentos intelectuales, ni los medicamentos del doctor Frégel habían podido atacar.

—No —dije.

—Tú calla —ordenó, y me desabrochó la camisa, y antes de llegar a su sexo ya ni siquiera intenté pensar en el vehículo de la limpieza viaria, triturador de decorados. En parte porque la última vez había sido hacía un año y en parte seguramente por miedo. Así pues, antes de llegar a su sexo, ya no intentaba pensar en nada. Lo cierto es que el despertador del depósito de accesorios de Dios no se detuvo y el colchón estaba lleno de manchas, pero a ella, dijo, no le importaba.

Apoyando la cara sobre su vientre, intenté alejarme lo máximo posible de mis pensamientos. Conté los libros que se acumulaban en las estanterías: en prosa, mil cien hasta la M. Bastantes. Debería haber desechado al menos aquellos que habían sido escritos con guantes de goma. Luego apagó la lamparita y cubrió nuestros cuerpos con la manta.

—¿Te vienes conmigo? —preguntó.

—No —respondí, y volvimos a callar, pero ahora en la oscuridad.

—Entonces me quedaré en Budapest.

—No tienes ningún motivo para temer por mi vida. Tú misma dijiste que sobreviviría hasta en el fondo del mar.

—Pues estaba equivocada —dijo.

—¡Qué va! —dije, y la abracé, y su rostro parecía un mar de lágrimas, pero no lloraba o, cuando menos, su voz no lo delataba.

—¿Hasta cuándo me mentirás? —preguntó.

—Tres semanas. O quizás un mes. Aún no he pasado del puente de la Libertad.

—No tienes ningún derecho a esto —dijo.

—Es lo único a lo que tengo derecho.

—Tú no mataste a tu madre. Tu madre te mató a ti. Y quizá también a Judit.

—Es posible —dije, y ya no volvimos a hablarnos hasta la mañana.

Cuando me desperté, ella ya estaba preparando café. Desnuda, con mi chaqueta sobre los hombros, contemplaba junto a la ventana la lluvia y los plátanos de los jardines del Museo. Le pedí que no se enfadara por lo de anoche, pues incluso aunque tuviera derecho, la cobardía seguía siendo un señor bastante importante, que ya me podía conocer hasta ese punto. Pero, claro, las últimas semanas habían transcurrido en torno a ese tema, lo cual ya era bastante normal. Y ahora se sumaba para colmo su intención de volver a su casa, lo que venía a significar algo así como un último retoque a la soga del verdugo. Pero yo no quiero vivir ni en el culo del mundo ni en el

fondo del mar, lo cual también es normal. Lo que más quiero es tener hijos, aunque, claro, de ningún modo aquí, en esta cripta de antaño, de modo que lo mejor sería vender esta vivienda, y con lo que se cobrara no sólo podría recuperarse la casa de su abuelo, sino que también se podría vivir perfectamente, porque el florín se cambia bastante bien, o sea, que el piso de la calle Nap quedaría para cuando viniéramos de vez en vez a Budapest, porque yo tendría que venir de todos modos a ver al editor. De hecho, sólo me faltan tres semanas o como máximo un mes para acabar este libro, y por fortuna el trabajo avanza que da gusto, lo cual me sorprende sobre todo a mí, puesto que uno suele pasar meses dándole vueltas a un adjetivo, y ahora, en cambio, la cosa fluye como el agua, aunque, claro, probablemente habrá que corregir mucho más después, pero si consigo mantener este ritmo, ya podrá empezar a pasar el texto a máquina a finales de octubre, pero será mejor que no me busque editor, porque su elección no resultó muy afortunada, fue una broma pesada, la verdad, pero ahora da igual, o sea, que necesito unas semanas de soledad para ver claramente todo cuanto debería haber visto con claridad hace tiempo, de modo que no hace falta que venga durante un par de semanas ni que nos veamos los lunes, y entonces pondré el piso en venta anunciándolo en el *Expressz*, porque la mayoría de los agentes de propiedad inmobiliaria son unos estafadores, pero le recomiendo que escriba hoy mismo a los herederos, y tan pronto como llegue el dinero de mi padre, podremos enviar la paga y señal...

—¿Has acabado? —preguntó.

—Sí, he acabado —dije.

Volvió a poner la chaqueta en el respaldo de la silla. Me senté a la mesa y me quedé mirando mientras se vestía. Sus pezones se pusieron duros y adquirieron un color liláceo, y su cuerpo temblaba exactamente igual que aquella vez que se quedó en el agua helada de la bañera. Su mirada no expresaba ni reproche, ni odio, ni indiferencia. De hecho, nada. Parecía una recién nacida, pero Dios la había castigado con tener de golpe treinta y tres años, y por quinta vez como mínimo. Se puso las medias y los zapatos y luego la blusa.

—¿Me quedo? —preguntó.

—No. Nunca te lo perdonarías.

—Me da igual cuál de las dos opciones no me perdonaré —dijo, y se puso el vestido—. Pero sería más soportable que permanecer sentada en casa y hacer cábalas.

—No tendrás que hacer cábalas.

—Como a ti te parezca mejor.

—Así me parece mucho mejor.

—Lo sé —dijo, y le ayudé a ponerse el abrigo. Me besó en la frente y salió por la puerta como si se dirigiera a la tienda a comprar pan.

Al cabo de unos días cesó por fin la lluvia y bajé a pasear media hora por los jardines del Museo. Encontré una paloma desgarrada al lado de la fuente; algún perro la había matado. Traté de recomponer la cadena de causa-efecto partiendo del momento en que, en el entierro del actor Újhelyi, dije furioso a Judit que cuando hubiera mentido la dosis entera que le correspondía se fuese a casa y se cortase las venas de la muñeca con la cuerda del violín, pasando por el instante en que mi madre mandó controlar cien veces la chimenea por culpa de un comentario sobre una tragedia que mereció aparecer en los titulares, hasta llegar a la actualidad, cuando, contraviniendo la prohibición expresada en el letrero, el doberman juguetero del señor Schöbel, por ejemplo, se introdujo en los jardines del Museo con el fin de cazar palomas, y yo ya me limitaba a darles vueltas a los adjetivos porque la cosa hacía días que ya no fluía como el agua, en vano le buscaba un final a la historia de la cárcel, puesto que un colofón resultaba tan verdadero como el otro, y entonces bajé a pasear media hora, antes de que el vigilante descubriera el cadáver de la paloma, y llevaba para más inri una bolsa de plástico en el bolsillo, o sea, que tratando de recomponer la cadena, me di cuenta de que era tan estúpido como que mi madre se quedaba sin pan porque el jefe de taller robaba los cojinetes de la fábrica para construirle un patinete a su hijo. No es una estupidez por el hecho de que no exista el Dios que imagine este castillo de naipes, sino porque sólo lo imagina aquel que, de un lado, lo ve todo con bastante claridad y, de otro, sólo comprueba que vuelve a encontrarse en la acera, con una porquería de reloj en la mano: en vano trata de arreglarlo, pues en el curso de quince años se ha dedicado única y exclusivamente a joder el mecanismo y ya no hay manera de volver atrás las manecillas.

A continuación apareció el vigilante con el palo provisto de un clavo y la bolsa de plástico negra y empezó a recoger los paquetes de tabaco tirados alrededor del banco, los envoltorios de las chokolatinas y demás porquerías. Allí quedó la mitad de las plumas de la paloma, que al fin y al cabo era materia orgánica, pero consiguió recoger gran parte del cadáver. A todo esto, pensé que, por muy infantil que fuera mi imagen de Dios a pesar de mis esfuerzos, el vigilante con la bolsa de plástico bien cabía en ella. Que la Providencia no necesariamente había de tener alas blancas y podía andar perfectamente en unas zapatillas Adidas y un impermeable color pardo. Que la Providencia bien podía gargajear y escupir tres veces y no se le caían los anillos por meter los restos llenos de barro de una paloma en una bolsa. Después pensé que si no hubiera paloma, bastaría papel de periódico.

Si no calculo mal, hoy se han cumplido treinta y seis años desde que Andor Darvas, Rebeka Weér y Éva Jordán se sentaron en el asiento trasero de un Volga oficial para que los desgraciados acontecimientos no perturbaran su romance. De hecho, recibí de Jordán una fotografía tomada en el pabellón del coto de caza del Ministerio del Interior precisamente por las fechas en que los colegas de mi padre en la facultad de

historia húngara fabricaban cócteles Molotov con botellas de cerveza Kőbányai. Se trata de una fotografía del tamaño de una postal, con el borde recortado; no es una obra de arte, pero está bien compuesta y ni siquiera se ha vuelto amarilla con el tiempo. Los tres están sentados a una mesa de cocina hecha con tablas de madera. Tienen vasos delante y una jarra de vino llena hasta los tres cuartos; detrás, la oscuridad de la habitación contigua. Mi padre, situado en medio con un chaleco tejido y los labios entreabiertos, apoya la cabeza sobre el hombro de mi madre. A la derecha, Éva se acoda apoyando el mentón sobre una mano que tiene un cigarrillo entre los dedos, mientras pone la otra sobre la de mi madre, aunque esto no pueda verse con precisión debido a la jarra. Los tres miran hacia la lente de la cámara Zorki y esperan a que se dispare el dispositivo automático. No hay asomo de artificio en sus miradas. Ni sonríen ni lanzan una mirada ensoñadora hacia la nada. Son evidentemente felices. Si no calculo mal, cuando se sentaron en el asiento trasero para dirigirse a Budapest a finales de noviembre, ya eran cinco.

En un principio tenía la intención de garabatear unas líneas a Eszter en el reverso de la foto, pero no se me ocurrió nada. Así que escribí las señas en la postal y me quedé observando desde la ventana, esperando a que acabara la colocación de coronas delante del edificio de la radio, uno de los principales escenarios del levantamiento de 1956, pues allí se hallaba el buzón más cercano.

Tengo miedo, claro. Pero mientras la estufa de azulejos se calienta a fondo, aún tendré rasgos humanos. Si estuviera sentado fuera, en el patio de una casa a orillas del lago, por ejemplo, allá en los Cárpatos, allí donde Cristo dio las tres voces, únicamente podría escribir que sólo una cosa transcurrió como una maravilla: el cielo estrellado sobre mi cabeza. Y eso, a decir verdad, sigue siendo muy poco.



Attila Bartis (Tirgu Mures (Marosvásárhely) —Rumanía—, 1968), fotógrafo y escritor, ha publicado, además de la obra que hoy presentamos, la novela *El paseo* (1995) y el libro de relatos *La bruma azulada* (1998). Desde 1984 reside en Budapest.